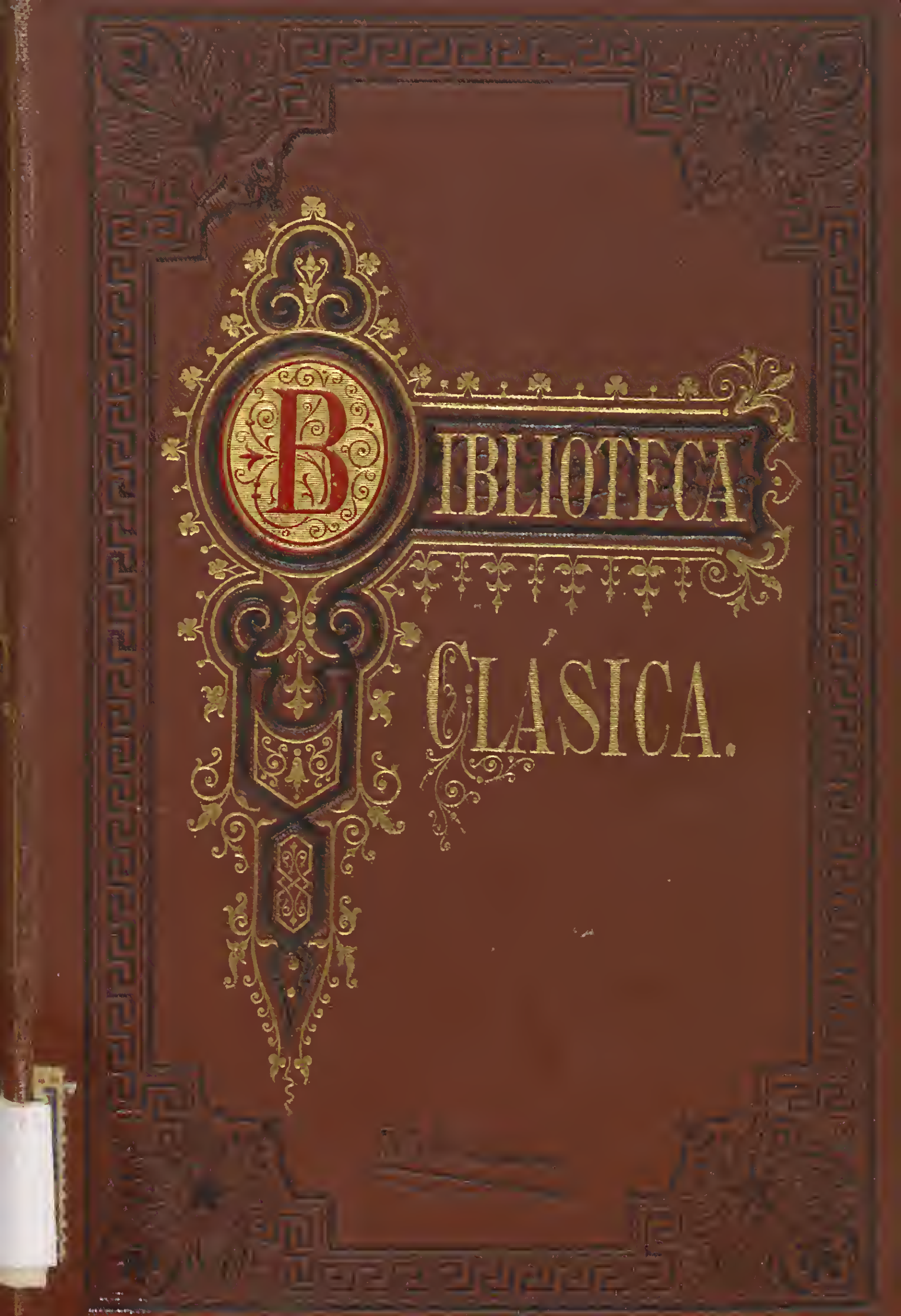

BIBLIOTECA
CLÁSICA.

BIBLIOTECA CLASICA
TOMO XXVII

COMEDIAS

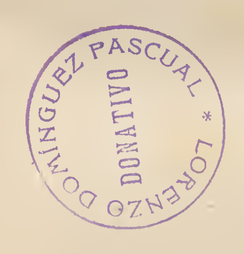
DE

ARISTÓFANES

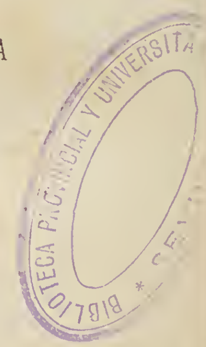
TRADUCIDAS DIRECTAMENTE DEL GRIEGO

POR

D. FEDERICO BARÁIBAR Y ZUMÁRRAGA



TOMO I.



MADRID
IMPRENTA CENTRAL Á CARGO DE VÍCTOR SAIZ
CALLE DE LA COLEGIATA, NÚM. 6

1880



CUATRO PALABRAS

ACERCA DEL TEATRO GRIEGO EN ESPAÑA.

Si el autor de la presente traduccion, que lo es mi amigo el laborioso helenista vascongado señor Baráibar, no la hubiese encabezado ya con una discreta introduccion, además de los proemios que delante de cada comedia ha puesto, quizá vendria bien aquí un estudio sobre el carácter y mérito del teatro de Aristófanes, en que, remontándonos á los orígenes de la comedia griega, hiciéramos notar su índole ditirámbica y lírica, y prescindiendo de esas reminiscencias del teatro moderno que por tanto tiempo han extraviado á la crítica, aplaudiéramos en Aristófanes la franca alegría, la serenidad y plácido contentamiento de la vida, su portentoso genio cómico en que dichosamente se daban la

mano lo fantástico y lo plástico; y el vuelo como de águila con que, desde las impurezas y escorias de la realidad, se levanta á las más altas esferas de la poesía lírica; y el sentido moral, patriótico, tradicionalista y de hombre de órden que, áun en medio de sus licencias y desenfrenos de diccion, nunca le abandona, y le convierte en azote de demagogos y sofistas (siquiera diese á veces léjos del blanco). Si el falso clasicismo de otros tiempos, por vana mojigatería y ridículo sentimentalismo, estuvo muy léjos de comprender la altísima hermosura y la importancia histórica de la sátira aristofanesca, hoy que cara á cara podemos contemplar la antigüedad, sin preocupaciones de colegio, lícito nos es decir con Platon que *en el alma de Aristófanes anidaron todas las gracias*, como que desde su teatro ideal y grandioso, lleno de luz y poesía, variado como el mundo, y rico de contrastes que hoy diríamos humorísticos, á la pálida, *bourgeoise*, y prosaica comedia nueva de Menandro y Filemon, de Plauto y Terencio, hay todavía mayor distancia que de Homero á Apolonio de Rodas, de Píndaro al Pseudo-Anacreonte, y de Demóstenes á Demetrio Falereo. Nunca lo cómico se ha presentado con tan galano atavío; nunca ha sido la sátira más poética que en Aristófanes.

Pero de todo esto se ha escrito mucho, y no es

cosa de repetir lo ya sabido. Prefiero reducir á breve y descarnada sinópsis un estudio mio, aún inédito, y compendiar en pocas palabras la historia, no muy gloriosa ni larga, del conocimiento é influencia del teatro griego en España. Hablar sólo de los traductores de Aristófanes no daría materia ni para media página.

Traductores. *Esquilo* no ha sido traducido ni estudiado apénas hasta nuestro siglo, en España. Tengo por primeras versiones la que de todas las tragedias ha hecho en prosa (1) mi amigo D. Fernando Brieva Salvatierra, catedrático de la Universidad de Granada; y las que en verso he trabajado yo del *Prometeo* y de *Los siete sobre Tébas*, proponiéndome hacer lo mismo con las restantes, en union con el insigne helenista D. Juan Valera, que ha querido asociar su nombre al mio oscurísimo, para esta labor difícil.

Sófocles. 1) «La Ven- | gança de Agamenon. Tragedia que hi- | zo Hernán pérez de | Oliva, Maestro, cu- | yo argumento es de | Sophocles poeta | griego..... | Año 1528.»

Colofón: «Fué impreso en la muy noble y más leal ciudad de Búrgos: acabo se a xiiij dias del mes

(1) Está en prensa para esta biblioteca.

de Mayo. Año del señor de mil y quinientos y xxviij años.»

En 4.° gót. Sin foliatura, signaturas a—b.

El único ejemplar conocido de esta rarísima edicion, perteneció á la biblioteca de Salvá, y pertenece hoy á la de D. Ricardo Heredia. Ni Moratin ni Barrera la conocieron.

Hay las siguientes reimpresiones.

—«Las obras del Maestro Fernán Pérez de Oliva..... Con otras cosas que van añadidas. Córdova, Gabriel Ramos, Bejerano, 1586.»

En 4.° 24 hojas preliminares, 283 fólios, y una blanca. La impresion se empezó en Córdoba y se acabó en Salamanca. La dirigió el cronista Ambrosio de Morales, sobrino del autor.

La tragedia de Sófocles está al fólio 75 vuelto.

—«Las obras del Maestro Fernán Pérez de Oliva, natural de Córdova, Rector que fué de la Universidad de Salamanca, y Catedrático de Teología en ella..... Dalas á luz en esta segunda edicion D. A. V. C..... En Madrid, en la imprenta de Benito Cano. Año de M.DCC.LXXXVII.»

2 tomos en 8.°, págs. 174 á 234 del 1.° se lee *La venganza de Agamenon.*

—«Parnaso Español. Coleccion de poesías escogidas de los más célebres poetas castellanos. Por D. Juan Joseph Lopez de Sedano..... Tomo VI°....

Madrid. Por D. Antonio de Sancha. Año de M.DCC.LXXII.» Págs. 191 á 250 se halla la tragedia.

Es una traduccion libre, ó más bien imitacion de la *Electra* de Sófocles, en prosa elegante y noble, pero algo fria. Basta compararla con el original para ver cuán recortada é infielmente traducida está. La parte lírica, sobre todo, ha sufrido espantosas mutilaciones. Añádanse á esto los rasgos ampulosos y declamatorios que de su cosecha pone el traductor, y se tendrá idea de *La venganza de Agamenon*, digna de vivir sólo por la hermosura de lengua, y por ser la primera muestra del teatro griego entre nosotros. Dista mucho de ser una *hermosa copia*, como le parecia á Martinez de la Rosa, pero siempre merecerá respeto quien modeló la prosa castellana hasta el punto de perfeccion que muestran estas líneas de la escena IX:

Clitemnestra..... «Esto viendo, quisiera yo otra vez esconderla en mi vientre, porque ningun mal llegara á ella, que no pasara primero por mí: mas no pudiendo, la abrazaba y besaba sus ojos, y mezclaba mis lágrimas con las suyas, pensando en su mala ventura, y contemplando su simpleza virginal, segun la qual ella no sabía sino llorar con esta triste de su madre: y así estando, me la quitaron de mis pechos, con no ménos dolor que si el corazon me arrancaran, y la llevaron donde aquel

su cuello semejante al marfil, adornado con oro, pasasen con cuchillo,» etc., etc.

2) D. Vicente García de la Huerta puso en verso castellano, á fines del siglo pasado, la *Electra* con el título de *Agamenon vengado*; pero como no sabía griego, se valió de la traduccion de Hernan Perez de Oliva. Todo su trabajo consistió en convertir la prosa en endecasílabos asonantados, por lo general fáciles y rotundos. Trozos hay que no desdicen de los mejores de su *Raquel*.

Puede leerse este *rifacimento* en el tomo 2.° de las *Obras poéticas de D. Vicente García de la Huerta* (Madrid, 1768, por D. Antonio de Sancha). Es la primera composicion de las incluidas en ese volúmen.

3) El P. José Arnal, jesuita aragones, de los expulsos á Italia (nació en Teruel el 18 de Marzo de 1729; murió en el destierro hácia 1790), publicó anónimos:

«*El Philoctétes de Sophocles*. En verso. Dedicado por las Escuelas de Zaragoza á su Ayuntamiento. Zaragoza, 1764, por Francisco Moreno.» En 4.°, 36 págs.

Poseo otra edicion sin año, aunque parece del mismo tiempo.

«Tragedia. El Philoctetes de Sophocles. En dos actos.»

Al fin dice: «Barcelona: Por Cárlos Gibert y Tutó, impresor y librero.» En 4.°, 24 páginas.

Versificacion sumamente débil. Parte de ella es en endecasílabos asonantados; parte en endecasílabos pareados (abundan los agudos.) No hay trozo alguno que merezca citarse. Tampoco es traduccion, sino una especie de arreglo de la obra original (muy raquítico y compendiado) para que lo representasen los discípulos del P. Arnal en Zaragoza. Obra, en suma, muy endeble, y sólo estimable por su rareza.

4) «Edipo Tirano, Tragedia de Sófocles, traducida del Griego en verso castellano, con un discurso preliminar sobre la tragedia antigua y moderna. Por D. Pedro Estala, Presbítero. En Madrid, En la Imprenta de Sancha. Año de MDCCXCIII.» En 8.°, 50 páginas de discurso preliminar y 86 de texto.

El autor no era poeta, pero sí helenista, y literato de véras, y regular versificador. No alteró la sencillez griega con vanos afeites. El *Discurso preliminar* es documento interesantísimo, y bien puede decirse que señala adelanto notable en nues tra crítica. Estala rompe con la escuela *pseudo-clásica*, ataca las unidades de lugar y tiempo y el principio de la *ilusion* dramática: explica el carácter de la tragedia griega por su objeto

moral y político: pone en el fatalismo la esencia del teatro antiguo, y en la simpatía el orígen de la emocion trágica: defiende el teatro español: hace notar la diferencia profunda entre la tragedia griega y la francesa, en medio de sus aparentes analogías, y lo prueba comparando el *Hipólito* de Eurípides con la *Fedra* raciniana, con bastante más acierto que Guillermo Schlegel, empeñado en condenar á Racine en nombre de Eurípides; de lo cual amargamente se ha burlado Enrique Heine. Hay en este discurso de Estala verdaderas adivinaciones.

5) D. José Musso y Valiente, de la Real Academia Española (murió en 1838), tradujo en verso el *Ayax flagelífero*, segun es de ver en su biografía publicada en la *Revista de Madrid* por D. Fermin de la Puente y Apecechea.

6) D. Emeterio Suaña, catedrático de latinidad en el Instituto de San Isidro de Madrid, tiene traducido en prosa castellana el *Edipo Rey*, y se ocupa en otras tragedias de Sófocles.

7) D. Fernando Brieva y Salvatierra ha interpretado tambien en prosa todo Sófocles. Pronto se publicará en esta *Biblioteca clásica*.

Eurípides. 1) En el *Privilegio* dado por Cárlos V en 18 de Febrero de 1543 á la viuda de Boscan para la impresion de las obras de su marido,

leemos: «Por quanto por parte de vos, doña Ana Giron de Rebolledo, vidua del difunto Juan Boscan, caballero de Barcelona, nos ha sido hecha relacion que el dicho vuestro marido compuso..... *una tragedia de Eurípides, autor griego,*» etc.

Esta tragedia no llegó á imprimirse, ni áun se sabe su título.

2) «*Hécuba triste.*» Tragedia de Fernan Perez de Oliva. Puede leerse en sus *Obras*, fól. 100 vto. de la ed. de 1586 (fól. 235, tomo I de la de 1787). y en el *Parnaso Español* (tomo VI, pág. 251 y siguientes).

Es imitacion de la *Hécuba*, pero todavía más libre y ménos ajustada que la de la *Electra*. Faltan la escena entre Hécuba y Agamenon, los vaticinios de Polimnestor, todo el papel de Taltibio y mucha parte de los coros. El plan está asimismo algo variado, intercalándose el episodio de Polidoro ántes de acabar la historia de Polixena. Los méritos de lengua y estilo son iguales ó mayores en esta tragedia que en *La venganza de Agamenon*. Una y otra han sido largamente estudiadas por Montiano y Luyando (*Discursos sobre las tragedias españolas*), Moratin (*Orígenes del teatro*) y Martinez de la Rosa (*Apéndices á la Poética*).

A la *Hécuba* añadió un final de su cosecha Jerónimo de Morales, sobrino del autor. Y de él dijo

su hermano Ambrosio que «*más parecia recitado en juicio que fin de tragedia.*»

3) «La *Medea* de Eurípides,» traducida, sin duda en prosa, por Pedro Simon Abril. Barcelona, 1599.

La cita como impresa en ese año D. Luis José Velazquez (*Orígenes de la Poesía Castellana*, página 147,) pero nadie más dice haberla visto.

4) A fines del siglo XVI se representaba con aplauso una *Ifigenia en Aulide*, traducida ó imitada de la de Eurípides. Sabémoslo por el Pinciano en su *Philosophia Antigua Poética* (Ep. XIII, página 513): «*¿A dó vamos* (dice uno de los interlocutores del diálogo), *que en el teatro de la Cruz se representa la Iphigenia... .*» Más adelante advierte que *era la tragedia de Eurípides con episodios nuevos* (pág. 530), pero *con prólogo.*

Tambien Mateo Lujan de Sayavedra (pseudónimo de Juan Martí) en la parte 2.ª, lib. 3.º, capítulo VIII de su continuacion del *Guzman de Alfarache*, de Mateo Aleman, habla de la *Ifigenia*, copiando casi las palabras del Pinciano.

5) Don Estéban Manuel de Villegas tradujo ó imitó el *Hipólito* de Eurípides. Habla de él en una epístola (que llama *elegía)* á D. Lorenzo Ramirez de Prado:

Que no se han de igualar fábulas pías
A una que he engendrado sin remiendo,
Cuya preñez me cuesta cien buxías.
Bien sé que si á tus manos la encomiendo,
Has de tomar de Eurípides cariño,
Por quien va nuestro *Hipólito* creciendo.
Déjale, pues, criar, que agora es niño, etc.
(*Eróticas*, Parte II, elegía 6.ª)

6) Como fragmentos traducidos de Eurípides en el siglo de oro, pueden citarse dos de la *Andrómaca:*

No truxo esposa á Troya cosa buena...
(En tercetos.)
O no nacer jamás escojo y quiero...
(En cuartetos.)

por Fr. Luis de Leon, publicados por primera vez en el tomo VI de sus *Obras* coleccionadas por el P. Merino (págs. 288 y 289) conforme á un manuscrito del Colegio de San Ildefonso de Alcalá. Son como de tal maestro.

Tambien Pedro de Valencia tradujo un largo trozo de las *Bacantes*, y le inserta en su *Discurso* (inédito) *sobre las brujas y cosas tocantes á magia.*

7) Don Genaro Alenda publicó en la *Revista de Instruccion Pública* (27 de Noviembre de 1858) la escena de Taltibio en la *Hébuca* de Eurípides.

8) «Biblioteca de dramáticos griegos, publi-

cada por la iniciativa y bajo la proteccion del Excmo. Sr. D. José Gutierrez de la Vega... y traducida en prosa castellana por D. Eduardo de Mier. Tragedias de Eurípides. Tomo I. Madrid, imprenta de M. Tello... 1865.» 4.°, XXIV + 382 páginas.

Contiene este tomo nueve tragedias; la mitad del teatro de Eurípides:

Hécuba.—Hypólito.—Las Fenicias.—Oréstes.—Alcéstes.—Medea.—Las Troyanas.—Hércules Furioso.—Electra.

Con una introduccion, notas y preámbulos del traductor á cada tragedia.

Si tan escasa y pobre es la cosecha en Castilla, fácilmente se imaginará que es aún menor en Portugal y Cataluña. No existe ninguna traduccion portuguesa de Esquilo, y las de Sófocles y Eurípides se reducen á las siguientes:

a) «*Tragedia da vingança que foy feita sobre a morte del Rey Agamenon. Agora novamente tirada de Grego em lingoagem: trovada por Anrrique Ayres Victoria. Cujo argumento he de Sophocles poeta Grego. Agora seguda vez impressa e emendada e anhadida pelo mesmo autor.*»

A la vuelta de esta portada hay una dedicatoria á doña Violante de Tavora.

Impreso á dos columnas. Dividido en siete esce-

nas, tras de las cuales viene una *Exhortacam do autor aos leitores*, en cuatro estancias de arte mayor. La última dice así:

A presente obra foi acabada
De em nossa linguagem se traduzir
A quinze de marco, sem nada mentir,
Na era do parto da virgem sagrada
De mil e quinhentos, sem errar nada,
E treinta e seis falando verdade,
No Porto que he muy nobre cidade,
E por Anrique Ayres foi tresladada.

«Aqui fenece a Tragedia de Orestes tirada de grego em lingoagem portuguez e trovada. Foy impressa na muy nobre e sempre leal cidade de Lixboa por German Galhardc..... Acabouse a os VI dias do Novembro de Mil e quinhentos e cincoenta e cinco anhos.»

Veinte cuadernos de papel, sin foliar, letra gótica.

De este opúsculo de estupenda rareza sólo llegó á ver un ejemplar Inocencio da Silva, y á juzgar por los trozos que en su *Diccionario bibliographico portuguez* copia, Enrique Ayres, más que el original griego, tuvo á la vista la traduccion del maestro Oliva, y sobre ella calcó la suya, convirtiendo la prosa en quintillas.

b) El oratoriano Francisco José Freyre, más

conocido por su nombre arcádico de *Cándido Lusitano*, legislador de la poesía portuguesa en tiempo de Pombal, y hombre de no escasa doctrina, aunque de dotes poéticas nulas, tradujo el *Edipo* de Sófocles, la *Medea*, la *Hécuba*, las *Phenicias*, el *Hércules Furioso*, la *Ifigenia en Aulide* y un fragmento de la *Ifigenia en Táuris*, de Eurípides. Todas yacen inéditas en la Biblioteca de Évora, y fueron trabajadas por los años de 1760 á 1769.

c) En 11 de Abril de 1777 se representó en Lisboa una *Ifigenia en Aulide* de Manuel de Figueiredo, infatigable, aunque poco feliz dramaturgo. Teófilo Braga la da por traduccion de Eurípides; pero de las aficiones de su autor, nada helenista, puede sospecharse que más bien sea arreglo de la de Racine, como lo es su *Andrómaca*. Por no tener ahora á la vista los trece volúmenes del teatro de Miguel de Figueiredo, no puedo resolver de plano esta cuestion.

d) Francisco de Pina Mello publicó:

«*Traducçao do OEdipo de Sophocles*. Lisboa, 1765.» 4.°, 140 páginas. Citado por Inocencio da Silva.

e) «Hyppolito de Eurípides, vertido do Grego em Portuguez pelo director de huma das classes da Academia Real das Sciencias, e por elle offerecido a sua alteza real o Principe Regente nosso

Senhor. Lisboa, na Typografía da mesma Academia. MDCCCIII.....» 4.°, 161 páginas, hermosa edicion con el texto griego al frente. En verso suelto: los coros en metro lírico.

Esta curiosa traduccion es obra del P. Joaquin de Foyos, presbítero del Oratorio (m. en 1811).

Catalanas no conozco más que una de *El Cíclope* de Eurípides (drama satírico), publicada en la primera época del *Gay Saber* con las iniciales J. R. R., y otra del *Edipo Rey* de Sófocles, por D. Enrique Franco en la segunda época de la misma *revista*, que tambien anunció en un prospecto la *Ifigenia en Táurida* (1). Las dos citadas están en prosa.

Aristófanes. a) El *Pluto*, traducido en prosa por Pedro Simon Abril. Tuvo el manuscrito Tamayo de Vargas, y le cita en la *Junta de Libros*, de donde tomaron la noticia Nicolás Antonio y Pellicer.

b) «El Pluto, comedia de Aristófanes, traducida del Griego en verso castellano, con un discurso preliminar sobre la comedia antigua y moderna. Por D. Pedro Estala, presbítero. En Madrid.

---

(1) Escribo esto de memoria, y quizá alguna de estas traducciones haya visto la luz pública no en el *Gay Saber*, sino en *La Renaixensa*.

En la imprenta de Sanchez. Año de MDCCXCIV».

Cuarenta y seis páginas y 102 de texto. La traduccion es en romance octosílabo, y los versos bastante flojos y rastreros; pero, además de la fidelidad y buen lenguaje, la recomienda el *Discurso preliminar*, escrito con ingenio y buen gusto aunque no con la novedad y atrevimiento de ideas que admiramos en el que precede al *Edipo*. Uno y otro fueron leidos por Estala en su cátedra de Historia literaria de San Isidro. Se fija mucho en el carácter democrático de la comedia antigua y en la censura moral que entrañaba.

c) «Comedias escogidas de Aristófanes traducidas del griego por D. Federico Baráibar. *(Las Nubes.)* Vitoria, imprenta de los Hijos de Manteli, 1874.» XVI+77 páginas. Es una tirada aparte de *El Ateneo* de Vitoria (tomos III y IV) donde por primera vez se imprimieron *Las Nubes*.

El resto de la elegante, castiza y fiel traduccion del Sr. Baráibar, primera que de Aristófanes vemos completa en España, se publica hoy en la *Biblioteca Clásica*.

Los portugueses no traen más contingente á esta pobrísima bibliografía aristofanesca, que la siguiente traduccion latina:

—«*Plutus Aristophanis, Comoedia in Latinum Conversa Sermonem. Authore Michaele Cabedo*

Senatore Regio, dum Parisiis esset anno MDXLVII.» 17 hojas sin foliar. El ejemplar que ví en la Academia de Ciencias de Lisboa no tenía portada. A la comedia siguen versos latinos y cartas del autor. El cual fué eminentísimo humanista y jurisconsulto. Nació en Setúbal en 1525, y murió en Lisboa en 1577. Habia estudiado en Burdeos, Tolosa y Coimbra, siendo discípulo de Juan Gélida y Martin de Azpilcueta. La traduccion del *Pluto* está en versos fáciles y bien construidos, aunque Cabedo la estimaba sólo como desenfado de estudiante.

Si á estos trabajos agregamos las traducciones, tambien latinas, del escoliasta de Sófocles y del escoliasta de Eurípides, hechas por el infatigable valenciano Vicente Mariner, que se conservan manuscritos con sus demas obras en el estante *Ff.* de la sala de manuscritos de la Biblioteca Nacional (1), tendremos casi completo este índice.

Ni sería mucho más granado el de los críticos y expositores, pues aunque de la tragedia griega di-

---

(1) *Sophoclis Tragediae Septem, cum interpretationibus vetustis et valde utilibus, Vincentio Marinerio Valentino interprete*, 468 fólios.

Scholia in septem Eurípides Tragoedias ex antiquis exemplaribus ab Arsenio Archiepiscopo Monembasiae collecta, etc., etc. 774 páginas. Ambos en fólio.

ron algo, y bien, el Dr. Alonso Lopez Pinciano en su *Philosophia Antigua Poética*, y D. José Antonio Gonzalez de Salas en su *Nueva idea de la tragedia antigua é ilustracion última al libro singular de Poética de Aristóteles Stagirita*, fué no tanto á la luz de los modelos mismos como á la de los comentarios y explicaciones del hijo de Nicomáco. Y perdida más adelante esta severa y fructuosa enseñanza, que quizá nos hubiera llevado á una comprension séria y profunda del espíritu de la antigüedad, abrimos sin recelo la puerta á los libros franceses; y fuera de los discursos de Estala, cuya originalidad queda ya indicada, no hallamos en el siglo XVIII otra cosa digna de memoria que algunas notas de Moratin sobre *Las Suplicantes*, *Ifigenia en Aulíde*, *Ifigenia en Táuris*, *Reso* y *Medea* (1), donde la crítica es tan pobre y estrecha, que sin reparo se tiene por inútil el coro y por impertinente todo lo que en los antiguos se refiere á los ritos de la sepultura y al culto de los muertos: se dice que Racine ha mejorado mucho á Eurípides, y que Metastasio sabía hacer mejor que él las exposiciones: se encuentra mal que Aquíles no esté enamorado: se censura á los griegos por no haber observado las unidades, etc., etc.

---

(1) Tomo III de sus *Obras Póstumas*.

Mucho más vale el prólogo de Martınez de la Rosa á su *Edipo,* y áun las observaciones que sobre el mismo asunto trágico hizo en las notas á su *Poética.* Siquiera tiene el mérito de haber reprobado los absurdos episodios y ornamentos con que los imitadores modernos habian desfigurado y calumniado la purísima sencillez de Sófocles. En cuanto al coro, estaba á la misma altura que Moratin: le tenía por un accesorio ó comparsa, *las más veces inverosímil*, pero que contribuia á la pompa del espectáculo. ¡El coro, que es presisamente la esencia de la tragedia!

No me toca juzgar aquí los estudios posteriores, que son todos harto breves. Baste decir que en sus respectivos compendios y manuales de literatura griega han dicho algo de estas cosas los señores D. Braulio Foz (1), D. Raimundo Gonzalez Andrés (2), D. Jacinto Diaz (3) y D. Salvador Constanza (4).

Con lo cual, y con los *Ensayos histórico-críticos sobre Esquilo y Sófocles*, publicados por don

---

(1) *Literatura griega...* Zaragoza, 1849, en 8.° Zaragoza, 1854, en 8.°

(2) *Compendio de literatura griega.* Madrid, 1860.

(3) *Historia de la literatura griega.* Barcelona, 1865, dos tomos en 8.°

(4) *Manual de literatura griega.* Madrid, 1860, en 8.°

Eduardo Mier en la *Revista de Instruccion Pública* (1857 y 1858); el discurso inaugural leido en la Universidad de Zaragoza en 1874 por el doctor D. Andrés Cabañero y Temprado sobre la *tendencia é influjo del teatro griego en el órden político y social de los antiguos pueblos de la Grecia*, y los *Estudios* del Dr. Camus acerca *de la Comedia griega y Aristófanes*, insertos en la *Revista de la Universidad de Madrid*, quedará completa esta bibliografía, todavía más pobre, raquítica é infecunda que la anterior.

La influencia *directa* del teatro griego bien puede decirse que ha sido casi nula en España; y la razon es clara: hemos poseido un teatro propio y castizo, nacido y desarrollado aquí, con alguna influencia de la Italia del Renacimiento, en sus primeros pasos, pero libre luégo de trabas y andadores. Este teatro, á primera vista romántico y anárquico, tiene en la grandeza de sus felices momentos, en el carácter nacional, y áun en el espíritu religioso, en la presencia de elementos líricos y (¿será una profanacion decirlo?) en ciertos personajes cómicos, que cumplen, aunque de muy distinto modo, uno de los fines del coro antiguo, y templan como él la emocion trágica, cierta remota analogía con el de los helenos.

En la primera época de nuestra escena, en la de

los orígenes, donde no faltaron tentativas de todo color y toda laya, dió una muestra de tragedia clásica el portugues Antonio Ferreira en su *Castro*, si es que esta obra es original y no traduccion de la *Nise lastimosa* de Fr. Jerónimo Bermudez. Quienquiera que fuese su autor primero, acertó con rasgos patéticos dignos de Eurípides, aunque suele afearlos con otros declamatorios de la escuela de Séneca, de quien tomó asimismo la manía de moralizar, y los diálogos rápidos y contrastados. Los coros están muy desligados de la accion, pero abundan en bellezas líricas del género horaciano.

La *Tragedia de la muerte de Ayax Telamon sobre las armas de Aquíles*, que compuso Juan de la Cueva, nada tiene que ver con el *Ayax flagelífero*, sino que está fundada en la famosa *Contienda* que se lee en los *Mètamorfóseos* de Ovidio.

El único poeta español que se acercó instintivamente á la ruda manera de Esquilo fué (aunque parezca extraño) Miguel de Cervantes en su *Numancia*, con aquel proceder por grandes masas, aquella imperiosa fatalidad que mueve la lengua de los muertos é inspira agüeros, vaticinios y presagios; los elementos épicos (narraciones, descripciones, etc.) que se desbordan del estrecho cuadro de la escena lo mismo que en *Los Siete sobre Te-*

bas; el asunto, que no es una calamidad individual, sino el suicidio de todo un pueblo, y finalmente, el espíritu nacional que lo penetra é informa todo, y por medio de profecías y visiones anuda y encadena la España moderna con la de los primeros tiempos históricos.

Entró luégo Lope de Vega, y se alzó con el cetro de la monarquía cómica, sin que en tan prodigioso número de comedias propias, felices, discretas y bien razonadas, con que inundó el teatro, deba nada á los griegos, aunque sí algo á Plauto, á Terencio y á los italianos; y por más que entre tantos asuntos, algunos tomara de la antigüedad. Y lo que digo de él debe entenderse de toda su escuela, incluso de Calderon, á quien como hierofante ó poeta sacerdotal, y por lo alto, profundo y simbólico de las concepciones, y el aire místico y solemne, y por haber tratado á su modo lo que debió ser asunto de la primera parte de la Trilogia de Prometeo, han llamado algunos el *Esquilo* castellano.

Y mejor podia llamarse á Quevedo el *Aristófanes*, faltándole sólo para merecer tal título la claridad y la limpieza, la ática transparencia de estilo que enamora en las obras del cómico ateniense, pues en lo demas ambos ingenios eran gemelos, y no faltan en los *Sueños* ni lo cómico ideal y fan-

tástico, ni los contrastes humorísticos, ni la sal mordicante, ni la intencion política.

Los pocos y frigidísimos imitadores de la tragedia antigua en el siglo XVII, fuéronlo de Séneca y no de los griegos: así, Gonzalez de Salas en *Las Troyanas*, y Lopez de Zárate en el *Hércules Furente* y *Etéo*. Rójas convirtió los *Encantos de Medea* en una absurda comedia de magia, que se sostuvo largo tiempo en las tablas.

De Calderon consta que escribió una *Ifigenia*, no sabemos si *en Aulide ó en Táuris*, porque pertenece al número de sus comedias perdidas. Pero algo hubo de aprovecharla Cañizares para las dos suyas del mismo argumento, tan populares en el siglo pasado. De la primera no ocurre hablar, por ser imitacion de la de Racine, con más los indispensables *graciosos* y otras adiciones infelices de la cosecha del refundidor, que la hizo, «para mostrar las comedias conforme al frances estilo.» Mas para la *Ifigenia en Táuris* no tuvo modelo frances, y como era hombre de pocas letras y no conocia directamente á Eurípides, sospéchase que entró á saco por la obra calderoniana. Como quiera, hizo una comedia de intriga, llena de anacronismos, cuchilladas y extravagancias, en la cual apénas se descubren confusas reminiscencias de la tragedia griega, fuera del diálogo entre Ifigenia, Pílades y

Oréstes, que está copiado de Eurípides con bastante fidelidad, si bien de segunda mano, y es (segun Moratin) «lo único tolerable en esta desatinada composicion.» Mala y todo como es, fué refundida en cinco actos, con título de tragedia, por D. Cándido María Trigueros (1).

En el siglo pasado no hubo más *Fedras*, *Medeas*, *Antígonas* y *Andrómacas* que las que se tradujeron del frances. El abate Marchena, en los pocos trozos que conocemos de su *Polixena*, tiene imitaciones de Eurípides, mezcladas con otras de Lucrecio.

Queda, pues, como única muestra del teatro griego entre nosotros, el *Edipo* de Martinez de la Rosa, ingenio elegante y tímido, que en esta ocasion se levantó algo sobre su nivel ordinario. Desde luégo deja atras á los demas *Edipos* modernos, aunque este no es grande elogio. Tuvo el buen gusto de no alterar con inoportunos episodios la imponente unidad del asunto griego. El estilo es pulcro y terso, y la expresion de los afectos sencilla; pero no faltan rasgos de sentimentalismo á la moderna, y repugna sobremanera oir hablar á Edipo de su *sensible pecho*. Los coros, escritos

(1) El Sr. Hartzenbusch incluyó esta refundicion en el tomo IV de las *Comedias de Calderon* (ed. Rivadeneyra).

como están en metros cortos y reducidos á un accesorio, parecen cantarcillos de zarzuela y desdicen de la gravedad trágica. La versificacion y el lenguaje no tienen tacha. Y cuanto el buen juicio y el amor al arte pueden hacer, otro tanto logró Martinez de la Rosa en esta composicion, privilegiada entre las suyas. Y logró más: hacer tolerable á un público como el nuestro la forma de Sófocles, no muy adulterada, é interesarle y conmoverle hasta el punto de que áun resuena en nuestros oidos *el eco de las tumbas de Tébas.* Tales ventajas se logran del trato con los grandes modelos, aunque la inspiracion propia no sea muy enérgica ni robusta.

M. MENENDEZ PELAYO.

Santander 4 de Enero 1880.



INTRODUCCION.

¡Coros de nubes, y graznar de ranas,
Chistes inmundos, mágico lirismo,
Comedia aristofánica, que adunas
Fange y grandeza, y buscas en las heces
De lo real lo ideal! La suelta danza
De tus alados hijos me circunde,
Que nunca el ritmo ni la gracia olvidan
Aun en sus locos, descompuestos saltos.

(Menéndez Pelayo, *Carta á mis amigos de Santander con motivo de haberme regalado la* Bibliotheca Graeca *de Fermin Didot.)*

«La gloria escénica de Aristófanes, dice un discreto traductor (1), su influencia sobre el pueblo ateniense, las numerosas coronas conquistadas en las fiestas de Baco, hé aquí toda su biografía.» Tal carencia de noticias tratándose de tan ilustre poeta, débese, sin duda, á su misma celebridad, que dispensó á los escritores contemporáneos de consignar lo que de todos era sabido, no ménos que á la

(1) Poyard. *Aristophane*, trad. nouvelle, 6.e éd. Paris, 1878, pág. 11.

pérdida de las comedias de sus rivales (1), de las cuales, á vueltas de la exageracion natural en el ataque, pudieran haberse recogido muy interesantes datos.

La escasez de estos llega al extremo de no saberse á punto fijo la fecha ni el lugar del nacimiento de Aristófanes. Conjetúrase que debió ser hácia la Olimpiada 82 (452 años ántes de Cristo), (2) y en Cidatene, demo del Atica, perteneciente á la tribu de Pandion. Así lo afirman la mayoría de sus biógrafos, por más que algunos le creyeran natural de Egina, de Camira, de Lindo en Rodas y áun de Naucratita en Egipto (3). Igualmente desconocidos son los detalles de su vida de familia, sabiéndose en junto que su padre se llamaba Filipo, y que tres de sus hijos, Araros, Filetero y

(1) Los principales fueron Cratino, Eupolis, Ferécrates, Hermipo, Amípsias, Telecléides, Crátes y Platon, de cuyas comedias sólo se conservan fragmentos. (V. *Poetarum comicorum græcorum fragmenta post Augustum Meinecke recognovit et latine transtulit F. H. Bothe*, Parisiis. Ed. A. F. Didot, 1855, y Otfried Müller, *Histoire de la littérature grecque*, trad. par K. Hillebrand, Paris, 1866. Tomo II, págs. 433 y siguientes.

(2) El Escoliasta de *Las Ranas*, v. 501, dice, con evidente exageracion, que era un adolescente cuando concurrió al primer certámen dramático en el año 427. Lo probable es que entónces tuviera 25 años por lo ménos. El mismo poeta se pinta en sus comedias como de más avanzada edad, y en *Las Nubes* alude ya graciosamente á su calvicie, que no hay razon para suponer prematura.

(3) V. *Scholia græca in Aristophanem cum prolegomenis grammaticorum.* Parisiis, ed. F. Didot, 1855, p. xvii et sqq. —Suidas: Ἀριστοφάνης.—*Heliodorus atheniensis in libris* περὶ ἀκροπόλεος, *apud Atheneum*, VI, pág. 299, c.

Nicóstrato, se dedicaron tambien al cultivo de la Musa cómica. El florecimiento de Aristófanes coincidió con la guerra del Peloponeso (431-404 ántes de la era cristiana), en cuyo azaroso período se representaron diez de las once comedias que de él se conservan. Afilióse al partido aristocrático, y atacó constantemente á los demagogos, en cuyas manos estaba en su tiempo la direccion de la república. Con este motivo se atrajo las iras de varios de ellos, pero muy especialmente de Cleon, que fué su más constante y encarnizado enemigo.

Tampoco se sabe si ejerció cargos públicos, por más que es de suponer que, dada su gran significacion, no dejarian de enconmendársele algunos. Se tiene sólo noticia de que en 430 pasó en calidad de cleruco con otros conciudadanos á la isla de Egina, recobrada por los Atenienses, con objeto de hacerse cargo de los extensos dominios que en ella poseia (1).

O por timidez, ó porque la ley ó la costumbre exigiesen una edad determinada para presentar comedias, Aristófanes, como él mismo lo indica (2), puso en escena las tres primeras que compuso bajo los nombres de sus dos actores Fidónides y Calístrato, aunque el público no dejara de comprender

---

(1) Müller (obra citada, pág. 385) apoya esta noticia en el testimonio de Aristófanes, *Los Acarnienses*, v. 652, y de Küster, *Aristoph.*, pág. 14, y Teágenes en los escolios á la *Apología* de Platon, pág. 93, 8 (311, Becker).

(2) En *Los Caballeros*, v. 512, y en la *Parábasis* de *Las Nubes*.

á quién pertenecian. Fueron estas *Los Detalenses* y *Los Babilonios* (1), de las cuales sólo se conservan fragmentos, y *Los Acarnienses*, que poseemos completa. En la primera atacaba Aristófanes la defectuosa educacion que se daba á los jóvenes de su tiempo, presentando ante el coro, compuesto de una sociedad de gastrónomos, un debate entre un jóven modesto y virtuoso (σώφρων) y otro corrompido (καταπύγων), análogo al que el *Justo* y el *Injusto* sostienen en *Las Nubes*, cuyo objeto es, aunque ampliado y mejorado, el mismo de *Los Detalenses*.

En la segunda, ó sea *Los Babilonios*, representada en 426 por Calístrato, el poeta echa por otro camino, y principia ya la audaz empresa en que no cejó un punto de hacer del pueblo mismo, de la constitucion ateniense y de las resoluciones de los tribunales y la agora, el objeto de sus comedias. En esta atacó ruda y valientemente, ante el inmenso público que concurria al teatro en las brillantes fiestas Dionisiacas, á muchos magistrados, y especialmente al arrogante Cleon. El demagogo sintió en el alma la ofensa y trató de vengarla citando ante el Senado á Calístrato, que era, por decirlo así, el editor responsable, y acumuló sobre él tales insultos, calumnias y amenazas que le pusieron á dos dedos de su ruina (2). Contra Aristófanes

(1) De *Los Detalenses* se conservan 41 fragmentos y 23 de *Los Babilonios*, reunidos en la edicion greco-latina de Aristófanes, dada á luz por F. Didot en Paris, 1877.

(2) V. *Los Caballeros*, 377. Algunos creen que la primera acusacion fué tambien contra Aristófanes, pero el

valióse para inutilizarle de medios indirectos, presentando la grave acusacion de usurpacion de los derechos de ciudadano, γραφὴ ξενίας, de que el poeta consiguió ser absuelto. La animosidad que entre ambos existia adquirió con esto las proporciones de un odio mortal, que estalló con una violencia sin ejemplo en la célebre comedia *Los Caballeros*, cuarta de las compuestas por Aristófanes y primera de las presentadas con su nombre. Siguieron á esta otras, hasta cuarenta y cuatro, de las cuales sólo se han conservado once, que son, además de *Los Acarnienses* (Ἀχαρνῆς) y *Los Caballeros* (Ἱππῆς) ya citados, *Las Nubes* (Νέφελαι), *Las Avispas* (Σφῆκεσ), *La Paz* (Εἰρήνη), *Las Aves* (Ὄρνιθες), la *Lisistrata* (Λυσιστράτη), *Las Fiestas de Céres* (Θεσμοφοριάζουσαι), *Las Ranas* (Βάτραχοι), *Las Junteras* (Εκκλησιάζουσαι) y el *Pluto* (Πλοῦτος) (1).

---

público no podia ménos de aplicar las palabras de Diceopolis:

> Αὐτὸς τ' ἐμαύτον, ὑπὸ Κλέωνος, ἄπαθον
> Ἐπίσταμαι, etc.

al actor que las declamaba, que era Calístrato, encargado de desempeñar el papel de protagonista en las comedias de carácter político.

(1) Los títulos de las restantes son: Δαιταλῆς, Βαβυλώνιοι, Προαγών, Ἀμφιάρεως, Αἰολοσίκων, Κώκαλος, Ἀνάγυρος, Γεωργοί, Γῆρας, Γηρυτάδης, Δαίδαλος, Δαναΐδες, Δράματα ἢ Κένταυρος, Δράματα ἢ Νίοβος, Ἥρωες, Λήμνιαν, Ναυαγός, Νῆσοι, Ὀλκάδες, Πελαργοί, Ποίησις, Πολύϊδος, Σκηνὰς καταλαμβάνουσαι, Ταγηνισταί, Τελμησῆς, Τριφάλης, Φοίνισσαι Ὧραι. Estas veintiocho comedias con las once del texto hacen sólo treinta y nueve, pero es de advertir que de *Las*

Ignóranse, por último, la época y las circunstancias de la muerte de Aristófanes, conjeturándose únicamente que debió ocurrir siendo de édad bastante avanzada, pues su *Pluto* reformado se representó en el año 390, cuando el poeta debia estar ya en los 62 de su edad, y aún compuso despues el *Cócalo* y el *Eolosicon*, bien que estos se pusieron en escena por su hijo Araros.

Hechas estas indicaciones biográficas, pasemos ya á ocuparnos del teatro de Aristófanes, diciendo ántes, para juzgarle con el debido acierto, algo sobre el orígen y carácter de la antigua comedia ateniense, de que fué principal cultivador y es genuino y único representante (1).

La comedia y la tragedia sabido es que nacieron en las fiestas de Baco, cuyo culto, vário sobre manera, contenia una multitud de elementos dramáticos (2). Pero así como la segunda, inspirada en las fiestas Leneas, tuvo un carácter triste y serio, conforme á los sufrimientos aparentes del dios en aquella solemnidad conmemorados, la primera, na-

---

Nubes, La Paz, Las Fiestas de Céres, el *Pluto* y el *Eolosicon*, se hicieron dos ediciones. Para más detalles, véanse *De Aristophanis fabularum numero et nominibus*, en la edicion Dindorf-Didot, pág. 445 y siguientes, y las *noticias* que preceden á nuestra traduccion de cada una de las conservadas.

(1) En la coleccion de los poetas cómicos de Meinecke, ántes citada, puede verse el inmenso tesoro de comedias que se ha perdido. El índice de poetas comprende 151 nombres y se conservan los títulos de 1.414 obras.

(2) Vid. Müller, t. II, pág. 156.

cida en las Dionisiacas campestres, fiestas de vendimia en que el placer de ver terminadas las faenas agrícolas y llenos trojes y lagares se manifestaba con todo género de locuras, lleva hasta en sus menores detalles impreso el sello de la más descompuesta alegría. Parte muy principal de estas fiestas era el *comos* (κῶμος), festin animado y bullicioso sazonado con picarescos chistes y canciones de sobremesa, al fin de las cuales los convidados, perdiendo su gravedad, se entregaban medio beodos á danzas irregulares y desenvueltas y entonaban á coro un entusiasta himno á Baco en que al dios del vino se asociaban Falo y Fáles, representantes de la fuerza generatriz de la naturaleza. A esta cancion báquica se la llamaba la *Comedia*, es decir, el canto del banquete, segun la fuerza etimológica de la palabra (1), y solia repetirse en una procesion que á continuacion del festin se organizaba. Los comensales, disfrazados con abigarrados vestidos, grotescas máscaras, enormes coronas de hojas y flores, y tiznados de heces de vino y otras sustancias colorantes, recorrian encaramados en carros de labranza el demo ó villa en que la fiesta tenía lugar.

Una vez celebrado el dios causa de su alegría, esta especie de ebria mascarada buscaba como blanco de sus burlas al primero que se ofrecia ante su vista, y lanzaba contra él desde la carreta, em-

(1) Otros creen que viene de κώμη, en cuyo caso *Comedia* significaria *canto de aldea*.

brion del futuro tablado escénico, un verdadero diluvio de irrespetuosos chistes, sacando á pública vergüenza todos los defectos, y saltando las barreras del pudor entre las carcajadas y aplausos de la multitud que los rodeaba é iba engrosando á cada instante. En *Las Ranas* de Aristófanes encontramos vestigios de la costumbre que estamos indicando, pues en ella el coro de Iniciados, despues de haber dirigido sublimes himnos á Dionisio-Iaco, los interrumpe sin transicion alguna, para exclamar: «¿Quereis que nos burlemos juntos de Arquedemo?» Circunstancia que con otras sirve de base al insigne Müller para considerar las improvisadas burlas de los falóforos como parte esencial del canto báquico.

El cómo y cuándo este rudimento de comedia se perfeccionó y tomó carta de naturaleza en Atenas, convirtiéndose las farsas de la aldea en espectáculo artístico digno de ser saboreado por los ciudadanos más cultos, es cosa que no está bien averiguada. Dejemos á un lado la historia de su oscura gestacion, desconocida para los mismos Griegos, y hagamos notar tan sólo que este género dramático, áun despues de su perfeccionamiento, conservó en el fondo todos los caracteres de su orígen, siendo, por tanto, la antigua comedia ateniense una composicion enteramente distinta de las que con igual título cultivaron Menandro y Filemon, imitaron Plauto y Terencio y se representan en nuestro moderno teatro. Así, al aquilatar su mérito evitaremos el grave error en que escritores de nota han incur-

rido, porque como dice Schlegel (1), «para juzgar »acertadamente al antiguo teatro cómico, es nece»sario prescindir por completo de la idea de lo que »en la actualidad se llama comedia y los Griegos »designaron tambien con el mismo nombre. La co»media antigua y la nueva no se distinguen sólo por »diferencias accidentales, sino que son absoluta y »esencialmente diversas. Jamás podrá considerarse »la antigua como el principio grosero de un arte »perfeccionado despues; al contrario, constituye el »género original y verdaderamente poético, mién»tras la nueva únicamente presenta una modifi»cacion más cercana á la prosa y á la realidad.»

Nacida la comedia en las regocijadas fiestas Dionisiacas, conservó siempre como carácter distintivo y esencial la alegría franca y desenvuelta que en el canto del *cómos* y los subsiguientes himnos falofóricos é itifálicos dominaban. Buscando los poetas la fuente de lo cómico, y huyendo en sus composiciones de cuanto pudiera ser grave y serio, presentaron los errores, inconsecuencias y debilidades de los hombres como resultado natural del imperio de sus apetitos y de casuales accidentes sin desastrosas consecuencias. Comprendiendo que la alegría rehuye todo fin determinado, y que así como cuando llega á apoderarse de un individuo se manifiesta por saltos desordenados, gritos, carcajadas sin motivo, atrevidas burlas, hasta llegar á

(1) *Cours de littérature dramatique, trad. de l'allem.* Paris, 1814, tomo I, págs. 293-295.

una especie de delirio, prescindieron por completo en sus piezas de todo plan y presentaron la Musa cómica á modo de bacante ebria que ya se eleva á regiones ideales, revelando en medio de su beodez la pura esencia de su naturaleza divina, ya desciende al fango de la realidad más repugnante; que enlaza en medio de un caos sin objeto aparente sublimes himnos y obscenas groserías, sabios consejos y virulentas sátiras; y que aspirando á la virtud y á la justicia, propone su ideal á los espectadores entre el bullicio del licencioso *cordax* y las torpes imágenes del falo. Recordando las improvisaciones carnavalescas y las ocurrencias imprevistas de los falóforos, presentaron sus obras en el tablado escénico como una inmensa chanza, como una especie de bromazo universal, si se nos permite la frase, en que no escapan impunes ni filósofos, ni generales, ni estadistas, ni poetas, ni oradores; en que se revelan los misterios más recónditos de la vida de familia; en que se cruza el rostro con el látigo de procaz ironía al pueblo que presencia, paga y juzga el espectáculo y á los mismos dioses, en cuyo honor se celebra.

De esta suerte la comedia, embriagada, por decirlo así, con su propia alegría y levantada en alas de la imaginacion, pasó pronto de la censura del ciudadano particular á mostrar bajo su aspecto cómico, dice un escritor ya citado (1), «toda la »constitucion social, el pueblo, el gobierno, la raza

(1) Schlegel.

»de los hombres y la de los dioses, dándoles la fan»tasía con los brillantes toques de su pincel los co»lores más vivos y originales.»

Atenta únicamente la comedia antigua á rendir culto al dios de la alegría, y apegada siempre á sus tradiciones, no trató en sus censuras de evitar las personalidades (1); todo lo contrario, designaba al vicioso por su nombre, le presentaba con su propia fisonomía, y si acudia al teatro, lo señalaba con el dedo. De otro modo hubieran parecido insípidas sus sales á los espectadores, ávidos de hallar en ella pasto á su natural malignidad, pues es de advertir que el público que acudia á las representaciones escénicas no era, como en los teatros modernos, en escaso número y formado de las clases más ilustradas, sino el pueblo en masa, que buscaba en aquel espectáculo una distraccion análoga á su gusto. Por consiguiente, los poetas quizá hubieran sido silbados implacablemente si, prescindiendo de personalidades, única parte de la comedia inteligible para la mayoría de su auditorio, se hubiesen concretado á presentar obras de pura imaginacion como las modernas.

De aquí el carácter predominantemente político que, conformándose á la aficion á intervenir en el

(1) *Eupolis atque Cratinus Aristophanesque poetæ*
Atque alii, quorum comœdia prisca virorum est,
Si quis erat dignus describi, quod malus aut fur,
Quod mœchus foret, aut sicarius, aut alioqui
Famosus, multa cum libertate notabant.

(HORACIO, *Sat.* IV, lib. I.)

gobierno y á la constitucion democrática de Atenas, llegó á revestir la comedia antigua, convirtiendo la escena en una segunda tribuna y juzgando con una audacia sólo posible dado el buen sentido de los Atenienses, las decisiones que el pueblo adoptaba en la Agora y proponiendo además reformas y medidas que le han dado cierta semejanza con la prensa periódica moderna. Así es que, no contenta todavía con las alusiones más ó ménos directas que en el decurso del diálogo van como bordando el velo alegórico que constituye generalmente la trama de las mismas, habia un punto en que toda ficcion se suspendia, en que se cortaba la accion, y el poeta se presentaba frente á frente á los espectadores, para decirles paladinamente en la *Parábasis* cuanto creia oportuno sobre los más graves negocios del Estado ó sus asuntos particulares. En ella el corifeo, quitándose la máscara, no es ya un simple actor que se dirige á los concurrentes á un espectáculo, sino el orador que arenga á una asamblea. De este modo, como afirma Platon con una ironía que manifiesta el extremo á que la influencia de los cómicos alcanzaba, la república ateniense llegó á ser una *Teatrocracia* verdadera (1).

En esta forma determinada llegó la comedia á Aristófanes, quien no introdujo en ella más modificaciones que las que un ingenio superior da inevitablemente á cuanto toca con sus manos. ¿Habrá, pues, derecho á exigirle en sus obras méritos y

(1) *Las Leyes*, lib. III.

perfecciones impropios de las mismas, dada la diferencia esencial que hemos señalado entre la antigua comedia y la moderna? ¿No podria el poeta favorito de las Gracias, rechazar como impertinente el interrogatorio á que el Abate Andrés le sujeta al hacerle comparecer ante la autoridad de su crítica? (1) ¿No tendría derecho cuando el erudito Aristarco le exige un plan bien ideado y regular, una accion ligada, bien seguida y acabada, pinturas justas y fieles, caracteres bien expresados y distintos, y afectos bien manejados, á contestarle: todo eso que echas de ménos en mis dramas es grave y serio, y en su composicion yo no he tenido más objeto aparente que la alegría; y la alegría sólo existe cuando se rechaza todo plan y toda traba; cuando se desarrollan de un modo inesperado todas las facultades de nuestra alma; cuando el pensamiento abandona sus trilladas sendas y vuela por la region de lo imprevisto; cuando se reune lo extraordinario, lo inverosímil, lo maravilloso y lo imposible con las localidades más conocidas y los usos más familiares; cuando se inventa una fábula atrevida y fantástica, con tal que sea propia para sacar á luz caracteres extravagantes y situaciones ridículas; cuando con la rapidez del rayo se arranca su máscara al vicio y se disimula la indignacion bajo una estrepitosa carcajada; cuando, en una palabra, se toman como á juego

(1) *Orígen, progresos y estado actual de toda la literatura*, ed. Madrid, 1787, tomo IV, p. 68.

las cosas más graves y se presentan bajo el disfraz de divertida chanza? (1)

Para convencerse de que Aristófanes fué, en efecto, digno intérprete de Talía, y de que poseyó, como nadie, ese talento especial y precioso de regocijar los ánimos, al que se ha dado el expresivo nombre de *vis comica*, no hay más que leer sin preocupaciones sistemáticas ni espíritu de escuela cualquiera de sus obras, y no se podrá ménos de confesar que la serie de escenas que las constituyen revelan tal ingenio, tal profusion de sales y de gracias, que si el aparato escénico, los trajes, las danzas y la música eran dignas de las concepciones del poeta, debieron producir en los espectadores, dice Müller, una verdadera embriaguez cómica.

No se crea, sin embargo, que la comedia es en manos de Aristófanes un simple juego de la fantasía, propio sólo para divertir á los niños y á la plebe más rústica y soez. Todo lo contrario. Parecida á aquellas grotescas imágenes de sátiros que contenian en su interior la estatua de una divinidad, oculta siempre bajo el revuelto vaiven de sus locuras, liviandades y chocarrerías, el oro de un profundo pensamiento moral y la constante aspiracion á un ideal más perfecto, *buscado entre las heces de la realidad.*

Perfectamente persuadido Aristófanes de la altísima mision de los poetas, lleno de ardiente patrio-

(1) V. Schöel y Müller, obras citadas.

tismo, y amante de la justicia y la virtud, ataca, como Cervantes, con aquellas *terribles gracias*, φοβερὰς χάριτας (1), de que poseia inagotable caudal, todos los vicios y abusos que minaban en su tiempo la existencia de la república ateniense ó contribuian á extraviar el buen sentido en el órden religioso, literario y moral.

Así es que de las once comedias que de él se han conservado, unas son predominantemente políticas, como *Los Acarnienses*, *Los Caballeros*, la *Lisístrata* y *La Paz*, y se refieren á la guerra del Peloponeso, aconsejan su terminacion y atacan rudamente á los ambiciosos demagogos que conseguian captarse el aura popular; otras, como *Las Avispas*, *Las Junteras* y el *Pluto*, van dirigidas con especialidad contra abusos introducidos en la interna administracion de la República por la viciosa organizacion de los tribunales y las discusiones de la Agora, y tratan de atajar el mal que la predicacion de ciertas utopías filosóficas podian llegar á producir; otras, como *Las Fiestas de Céres* y *Las Ranas*, son verdaderas sátiras literarias en las cuales el poeta trata de contener la decadencia del arte trágico, iniciada en Eurípides y Agaton; otras, en fin, como *Las Nubes* y *Las Aves*, atacan la viciosa educacion que á la juventud daban los sofistas, ó presentan, en el cuadro más animado y pintoresco que ha podido crear la humana fanta-

(1) Vid. en la *Antología palatina*, IX, 186, el epigrama de Antípatro de Tesalónica.

sía, una especie de resúmen de cuantos vicios, abusos y ridiculeces son objeto de especial censura en las demas.

Mas para salir victorioso en esta gigantesca lucha contra la injusticia, las preocupaciones y el error, el poeta hubo de acudir á todos los resortes de su ingenio, y doblegarse á la dura necesidad de dar gusto lo mismo á la parte más sensata de su auditorio, que era naturalmente la menor, que á la multitud ignorante, grosera y afiliada por añadidura á un partido contrario al que Aristófanes se creia obligado á defender. Por eso, sin duda, y teniendo además presente la derrota de Cratino, expulsado del teatro por no haber sazonado su comedia con los inmundos chistes que eran de rigor, nuestro poeta mancha con excesiva frecuencia el espléndido ropaje de su Musa con impúdicas sales, licenciosos cuadros, frases malsonantes, equívocos bajos y pueriles, y recursos escénicos de pésimo gusto y mala ley. Al decir esto, no pretendemos defenderle á fuer de ciegos apologistas; pero sí creemos oportuno advertir, como circunstancia que atenúa notablemente la gravedad de esas faltas, que más que del poeta son de la corrompida sociedad y de la época en que vivió, á la cual, si le indignase el verse pintada tan al vivo y con tan repugnantes colores, pudiera decirse con Quevedo:

Arrojar la cara importa,
Que el espejo no hay por qué.

Pues es de notar que entre los méritos que,

aparte de los literarios, hacen sobremanera interesante el teatro de Aristófanes, figura en primera línea el de ser un verdadero retrato de la República ateniense en el interesante período de la guerra del Peloponeso, así como el más completo monumento que de las costumbres griegas nos ha legado la antigüedad. Y tan exacto es esto, que se cuenta que deseando Dionisio el Jóven conocer á fondo la situacion de Atenas, el divino Platon le envió como el libro más adecuado las comedias de Aristófanes; y en nuestros dias, para citar un solo testimonio entre mil, el docto Macaulay (1) las prefiere para igual objeto á las admirables historias de Tucídides y Jenofonte.

Entiéndase, por supuesto, que al utilizar los dramas de Aristófanes como documentos históricos, hay que proceder con la necesaria discrecion para prescindir de todas aquellas exageraciones, errores y áun calumnias en que el espíritu de partido, la enemistad personal, el amor propio lastimado y otras debilidades humanas hicieron incurrir al poeta, especialmente al ocuparse de Lámaco, Cleon, Eurípides y Sócrates.

Pues aunque Aristófanes, segun él mismo dice y manifiesta, creia obrar siempre á impulsos de un pensamiento generoso, como no era ni un sabio ni un santo, no pudo librarse en todas sus censuras del ofuscamiento de las pasiones y el error. Por eso

(1) *Estudios literarios*. Tr. de M. Juderías Bender. Madrid, 1879, pág. 384.

confundió lastimosamente á Sócrates con aquella muchedumbre de sofistas, corruptores del arte y de la moral y peligrosos maestros de la juventud, y envolviéndole quizá en el profundo aborrecimiento que sentia contra Eurípides, de quien el ilustre filósofo fué amigo, le escarneció en *Las Nubes*, sembrando las calumnias que veinticuatro años más tarde sirvieron de base á su ccndenacion. Fué esta una falta de que no habremos de disculparle, por más que ni seríamos los primeros, ni faltarian razones sólidas que alegar; pero creemos sumamente injusto el que algunos críticos, haciendo solidarios los errores del hombre con los del literato, se ensañen por este motivo contra Aristófanes hasta el punto de negarle, por decirlo así, el pan y la sal, y tratar de expulsarle ignominiosamente del Estado de las letras, sin darle siquiera aquella honorífica corona que Platon concedia á los vates al desterrarlos de su República ideal.

Al hacer esta indicacion, bien se comprenderá que nos referimos especialmente á Plutarco (1), que en su violenta diatriba contra Aristófanes en parangon con Menandro, punto de partida de muchas críticas posteriores, aparte de comparar la poesía aristofánica á una vieja é hipócrita ramera, tan insoportable á las personas sensatas como á la más abyecta multitud, llega hasta motejar su

(1) Ricard *(Œuvres morales de Plutarque, trad. en français,* Paris, 1789, t. XI, p. 264) atribuye el injusto juicio de Plutarco á haber atacado Aristófanes á Sócrates en *Las Nubes.*

estilo, desconociendo aquel aticismo seductor, encanto de San Juan Crisóstomo, y en cuyo honor compuso Platon, autoridad nada sospechosa en la materia, el sabido dístico en que se hace del alma de Aristófanes el indestructible santuario de las Gracias.

Se necesita, en efecto, todo el apasionamiento y ceguedad del autor de un tratado sobre la *Malignidad de Herodoto* para negar al lenguaje de Aristófanes esa magia indescriptible, ese perfume delicioso que se percibe todavía á pesar del trascurso de tantos siglos, raro conjunto de elocucion sublime y familiar, de elegancia y rudeza, de giros graciosísimos mezclados á palabras de incomensurables dimensiones, siempre exacto, puro, flexible, conciso y espontáneo, y siempre encajado por decirlo así, en la pauta de una versificacion rica, variada, armoniosa é irreprochable.

Mucho pudiéramos decir todavía sobre el Teatro de Aristófanes y los encontrados juicios á que ha dado lugar, pero creemos que las observaciones apuntadas bastan para preparar el ánimo del que emprenda la lectura de sus comedias con la imparcialidad debida. Sólo nos resta, pues, reclamar mucha indulgencia para nuestra traduccion, que por ser nuestra y la primera que aparece en lengua castellana, necesariamente debe adolecer de infinitos defectos. Al hacerla hemos seguido el texto de Aristófanes, corregido por Dindorf y publicado en 1867 por Fermin Didot en su *Bibliotheca græca*, habiendo tenido tambien á la vista, entre

otros trabajos, las ediciones de Brunck (Lóndres, 1823), Boissonade (Paris, 1826) y Bergck (Leipzig, 1867). Para las notas, que necesariamente han de abundar en un autor todo alusiones, parodias y alegorías, hemos acudido principalmente á los escolios griegos, procurando apartarnos en ellas de todo cuanto pudiera parecer de mera erudicion. Y finalmente, en la version hemos procurado ceñirnos todo lo posible á la letra, adecentando á menudo con el velo de la perífrasis sus obscenas desnudeces, y poniendo al pié la interpretacion latina de Brunck, excepto en aquellos pasajes, poco frecuentes por fortuna dadas las costumbres griegas, en que lo nefando del vicio nos ha obligado á suprimirlos ó á dejarlos en el idioma original.

LOS ACARNIENSES.

NOTICIA PRELIMINAR.

Cuando se representaron *Los Acarnienses*, hacía ya seis años que la guerra llamada del Peloponeso tenía en conflagracion toda la Grecia, y, sembrando por do quiera la discordia, la desolacion y la muerte, anulaba el resultado de los épicos combates de Maraton, Salamina y las Termópilas, y preparaba sensiblemente la ruina de la nacionalidad helena. No siendo preciso á nuestro propósito el entrar en minuciosos detalles sobre el particular, remitimos á los que deseen conocerlos á las obras de Tucídides, Diodoro Sículo, Plutarco y otros (1), donde podrán satisfacer su curiosidad cumplidamente, y nos limitaremos á espigar en el vasto campo de sus escritos las noticias más necesarias para la ilustracion de *Los Acarnienses*.

(1) *Historia de la Guerra del Peloponeso;* DIODORO SÍCULO, *Bibliotheca historica*, Lib. XII; PLUTARCO, *Vitæ Parallelæ*. Perícles; DODWELL (Henr.) *Annales Thucydidei et Xenophontei* ad calcem operis ejusdem de cyclis. Oxonii, 1710.

Algunos jóvenes de Atenas, despues de haberse embriagado jugando al Cótabo, se dirigieron á Megara y robaron á la cortesana Simeta. Los Megarenses, en revancha, arrebataron á Aspasia dos de sus más íntimas amigas (1). Entónces Perícles, cediendo á las instigaciones de la hermosa y discreta *hetaira*, y más que todo, á la necesidad de sostenerse en el poder por medio de una guerra que le hiciese indispensable y distrajera á los Atenienses, hizo aprobar el célebre decreto que castigaba con la pena capital á todo ciudadano de Megara que fuese cogido dentro del territorio del Atica. Los Megarenses solicitaron, pero inútilmente, la derogacion de este decreto, y vanas fueron tambien las reclamaciones hechas por los Lacedemonios. Perícles se opuso con toda su influencia, y el decreto no se derogó. Tal fué el pretexto de aquella guerra funesta; pretexto decimos, porque la verdadera causa que la hizo completamente inevitable fué, como apunta el perspicaz Tucídides (2), el recelo y justificado temor que á los Lacedemonios inspiraba el siempre creciente poderío de Atenas. No dejaba de haber, sin embargo, entre ambas repúblicas otros poderosos motivos de resentimiento; pero Plutarco (3) da por seguro que los Espartanos jamás se hubieran puesto á la cabeza de la liga, si el decreto contra Megara hu-

(1) Aristófanes, *Los Acarnienses*, v. 524 y sig.
(2) *Historia de la Guerra del Peloponeso*, I, 23.
(3) *Vida de Perícles*.

biera sido revocado, estando acorde en este punto con lo que Aristófanes dice en su comedia.

La mayoría de los Atenienses, acostumbrados á vivir hasta entónces en el campo con esa independencia, abundancia y libertad que hacen la vida rústica tan agradable, viéronse obligados á buscar un refugio en la capital con sus mujeres é hijos, enviando sus ganados á la Eubea, y abandonando sus hogares y tierras cuando apénas habian concluido de repararse los estragos causados por las recientes guerras médicas. «Desamparaban llenos de dolor, dice Tucídides (1), las habitaciones y los templos á los cuales una larga posesion parecia ligarles; y al renunciar á su modo de vivir, creian dar un adios eterno á su pueblo nativo.» La pena que naturalmente les hizo experimentar la concentracion, se exacerbaba cada dia por lo incómodo de los alojamientos que en Atenas pudieron proporcionarse. «Muy pocos, dice el historiador citado (2), hallaron acogida en las casas de sus amigos y parientes; los más se establecieron en los sitios deshabitados de la ciudad, en los lugares consagrados á los dioses y á los héroes, en todas partes, en fin, excepto en la Acrópolis, el Eleusinion (3), y otros recintos sólidamente cerrados. El mismo Pelásgicon (4), á pesar del oráculo

(1) *Historia de la Guerra del Peloponeso,* II, 16.
(2) *Hist.,* II, 17.
(3) Templo de Céres Eleusinia, situado al Norte de la Acrópolis, cerca de la Agora.
(4) Espacio situado á lo largo del muro septentrional

que á su ocupacion se oponia, fué tambien invadido, é igualmente las torres de las murallas.» Todo esto no era suficiente, sin embargo, para la inmensa afluencia de refugiados, y la mayor parte vivian mezquina y desastrosamente faltos de aire y de luz, sujetos á todo género de privaciones y miserias (1), y expuestos más tarde al furor de la espantosa peste que repetidas veces desoló á Atenas durante el decurso de la guerra. La influencia de ésta, como no podia ménos, dejóse muy pronto sentir, introduciendo perturbaciones en el órden político y social. La discordia tiranizaba las ciudades; todo eran disensiones y atroces venganzas; las ambiciones más bajas y viles tenian espacio abierto donde tender las alas; la codicia era causa y ocasion de enriquecerse en los frecuentes tumultos; la calumnia estaba segura de ser oida y aceptada, no ménos que la audacia irreflexiva ó criminal de conseguir el favor de la desenfrenada muchedumbre; y á tal extremo llegaron el desórden y la perversion, que se cambió arbitrariamente la acepcion de las cosas y palabras. «La inconsiderada temeridad »se tuvo por valor á toda prueba; la calma prudente »por hipócrita cobardía; la moderacion por pretexto »de timidez; y una inteligencia poco comun por »una grande inercia. El ciego arrojo fué el distin»tivo del valiente; la circunspeccion un especioso

de la Acrópolis, construido por los Pelasgos (Herodoto, *Historia,* VI, 137). A semejanza del *pomœrium* romano, debia permanecer deshabitado y vacío.

(1) Aristófanes. *Los Caballeros,* v. 780.

»subterfugio. Al hombre violento se le consideraba »como el más seguro; y al que se le oponia, como »sospechoso. El colmo de la habilidad era tender »asechanzas á sus enemigos, y sobre todo el eludir»las, y en cambio, al que rehuia tan bajos medios »se le acusaba de traidor y pusilánime. Los vínculos »de la sangre eran más débiles que el espíritu de »partido; éste, en efecto, ligaba más fuertemente á »los hombres, por lo mismo que sus asociaciones no »se pactaban bajo el amparo de la ley sino con mi»ras culpables, y en vez de estar sancionadas por »el santo temor de los dioses, tenian su sola salva»guardia en la participacion del crímen. Se esti»maba en más el vengar una ofensa que el no ha»berla recibido. Los juramentos de paz solo tenian »una fuerza transitoria que duraba lo que la nece»sidad que los habia arrancado; en cuanto se ofre»cia ocasion no habia reparo en atacar al enemigo »indefenso, prefiriéndose la vil traicion al noble y »descubierto combate. Manantial de todos estos »males fué el afan de dominar instigado por la co»dicia y la ambicion, envenenado despues por las »pasiones, despertadas al grito de la rivalidad. Los »jefes de partido ostentaban en sus banderas, unos »la igualdad de derechos, otros una aristocracia »moderada; pero, bajo la máscara del bien gene»ral, sólo trataban de suplantarse mútuamente. »Daban rienda suelta á sus deseos y rencores, y »sin más ley que el propio arbitrio, menosprecia»ban la justicia y el bien comun. Llegados al po»der, satisfacian sus odios personales á fuerza de

»sentencias inicuas y descaradas violencias. Nin-»guno respetaba la buena fe: el dios éxito era el »único en cuyos altares se sacrificaba; y el perpe-»trador de algun negro delito, como supiera encu-»brirlo con apariencias de honradez, podia estar »seguro de la pública estimacion. En cambio, los »ciudadanos que se mantenian apartados de la po-»lítica, sucumbian al furor de ambos partidos, ya »por negarse á tomar parte en la lucha, ya por »envidia á su tranquilidad (1).»

Tan aflictiva situacion veíase además sobremanera agravada, de un lado por la escasez y carestía que se dejaba sentir como era natural despues de la devastacion del territorio del Atica y el consiguiente abandono de las tareas agrícolas, y de otro por una segunda invasion de la peste que debilitó extraordinariamente á Atenas, arrebatándole cuatro mil cuatrocientos hoplitas, trescientos caballeros, é incalculable número de los demas habitantes (2). Además, las esperanzas fundadas en alianzas con reyes extranjeros habian menguado mucho, y áun no pocas se habian desvanecido por completo, visto el ningun resultado práctico de las negociaciones entabladas con Sitálces, rey de Tracia, casado con una hermana de Ninfodoro de Abdera, y con los monarcas de Persia y Macedonia. Y para colmo de males, la sábia y moderada influencia de Perícles, víctima de la peste á los dos años y medio de la

(1) *Historia de la Guerra del Peloponeso*, lib. III.
(2) Tucídides, III, 87.

guerra, se veia sustituida por la del demagogo Cleon, hombre de baja estofa, orador violento y audaz, ídolo entónces del populacho ateniense, cuyos bélicos instintos halagaba incesantemente, excitándole además contra todos aquellos ciudadanos que podian oponerse legítimamente á su poder.

En tal estado de cosas, las gentes honradas y pudientes, hartas de ser juguete de ambiciosos é intrigantes, compadecidas de la miseria pública, previendo el desastroso efecto de la guerra, cualquiera que fuese el vencedor, desconfiando del envío de auxilios extranjeros, anhelando la tranquilidad y el sosiego, se pronunciaron abiertamente por la paz. Aristófanes, haciéndose eco de tales sentimientos, compuso entónces *Los Acarnienses*, comedia cuyo objeto es demostrar las ventajas de la paz, y la conveniencia de reconciliarse con Lacedemonia.

El título de esta pieza Ἀχαρνῆς viene de *Acarna* (Ἀχάρνα), demo del Atica, cuyos moradores, toscos y robustos, ejercian en su mayor parte el oficio de carboneros. No sin razon escogió Aristófanes el coro entre los ancianos de aquella comarca, pues además de estar dotados del belicoso humor que le convenia para el contraste, el territorio de Acarna fué de los primeros invadidos, hasta el punto que Arquidamo, rey de Lacedemonia, contaba con la exasperacion de sus habitantes para obligar á los Atenienses á una decisiva batalla en los principios de la guerra del Peloponeso. «Creia, en efecto, al

»tomar posiciones junto á Acarna, que suministran-
»do sus moradores al Estado hasta tres mil hoplitas,
»no dejarian asolar impunemente su territorio y
»arrastrarian á todos al combate, ó que una vez
»tolerada la devastacion no pondrian igual empeño
»en defender las haciendas ajenas despues de la
»ruina de las propias (1).» El plan de Arquidamo era acertadísimo. Sólo el tacto exquisito de Perícles pudo contener á los Acarnienses y evitar el que en una sola partida se decidiese la suerte de Aténas.

Los Acarnienses, pues, habian sido los más castigados por la guerra: seis años hacía que habian abandonado sus fértiles campos cubiertos de viñedos y los frondosos bosques donde ejercian la industria carbonera. No fué sin motivo, por consiguiente, el elegirlos para formar el coro en una comedia cuyo fin era aconsejar la paz, y el sacar de entre ellos el protagonista.

Diceópolis, identificado, como indica su nombre (δίκαιος, *justo*, πόλις, *ciudad)*, con la idea de lo que debe ser una república bien administrada, acude al lugar de la Asamblea decidido á promover una discusion sobre la conveniencia de la paz. A pesar de lo grave de la situacion de Atenas, encuentra el Pnix desierto, y distingue á los ciudadanos y á los Pritáneos muy distraidos en la Agora con pláticas insustanciales. El buen viejo recuerda con amargura su vida pasada y su situacion presente, y se confirma más y más en sus proyectos pacíficos.

(1) Tucídides, II, 20.

Ábrese al fin la sesion, y Anfiteo, que usa el primero la palabra, en cuanto propone la paz con Lacedemonia es arrojado de la Asamblea. Preséntanse despues los embajadores de Aténas al rey de Persia, acompañados de Pseudartábas, el *Ojo del Rey*, y luego Teoro, enviado á la corte de Sitálces, rey de Tracia. Diceópolis descubre sus farsas y mentiras, y exasperado por el robo de su frugal desayuno y la ineficacia de sus esfuerzos, hace levantar la sesion y encarga á Anfiteo que pacte para él y su familia una tregua particular con los Lacedemonios.

A su vuelta de Esparta, Anfiteo es sorprendido y perseguido por un grupo de ancianos acarnienses, y sin tiempo más que para entregar á Diceópolis su tratado, huye precipitadamente. El furioso tropel encuentra á Diceópolis cuando se disponia á solemnizar con un sacrificio su regreso al campo. La bílis acarniense, *inflamable como una encina seca*, se desata contra él y tratan de matarle á pedradas; pero el astuto viejo les contiene amenazando hundir su puñal en el seno de un inocente saco de carbon. Los Acarnienses, enternecidos por la desgracia que amenaza á un compañero querido, admiten parlamento. Diceópolis, comprendiendo lo apurado del trance, acude á Eurípides en busca de un traje á propósito para producir el patético. El poeta trágico accede benévolo á las súplicas del viejo socarron, y le da á elegir los andrajos de Eneo, Fénix, Filoctétes y Belerofonte. Diceópolis escoge por último los de Telefo, que en el guarda-

ropa de Eurípides se hallaban entre los de Ino y Tiéstes. Con su disfraz de mendigo heroico, arenga al coro Diceópolis y logra convencer á varios de sus compatriotas de que no todas las injusticias han sido cometidas por los Lacedemonios. El resto del coro, indignado, llama en su auxilio á Lámaco, general ateniense, que es tambien blanco de las burlas de Diceópolis. Este acaba por abrir su mercado á Megarenses y Beocios, con los cuales estaba entónces prohibida toda relacion mercantil. Llega un Megarense y da á conocer la espantosa miseria á que su país estaba reducido. Obligado por el hambre, se propone vender sus dos hijas disfrazándolas al efecto de puercos, lo cual da lugar á una multitud de equívocos maliciosos. Un sicofanta ó delator sobreviene durante la corta ausencia del protagonista, que al fin le obliga á callarse. Acude luego un Beocio, inundando el mercado de todo género de comestibles, legumbres, caza, aves, anguilas y otros deliciosos manjares de que hacía tiempo estaba privada Aténas. La venta es interrumpida por Nicarco, otro delator, que acaba por ser empaquetado como una vasija en castigo de su insolencia. Diceópolis, hechas sus provisiones, se prepara á celebrar alegremente la fiesta de las Copas. Un sirviente de Lámaco, que se presenta á comprar para su dueño algunos tordos y anguilas, es rechazado entre graciosas burlas; pero la peticion de una recien casada es benévolamente acogida. El coro pondera las ventajas de la paz y la felicidad de Diceópolis, y un afligido labrador contri-

buye á ponerlas de relieve con la relacion de sus miserias. En esto, una repentina invasion obliga á Lámaco á partir, no obstante lo crudo del temporal. Con tal motivo hay una graciosísima escena abundante en contrastes cómicos entre los preparativos guerreros de Lámaco y los aprestos culinarios de Diceópolis. Parten por fin ambos y vuelven á poco, el primero herido y magullado, arrojando lastimeros gritos, y el segundo sostenido por dos lindas muchachas, bien comido y bien bebido. Por último, las lamentaciones del asendereado general son ahogadas por las aclamaciones del coro en honra de Diceópolis, dichoso vencedor en la fiesta de las Copas.

Esta comedia es una de las más notables de Aristófanes y la tercera que compuso, segun la más acreditada opinion que la coloca despues de *Los Detalenses* y *Los Babilonios* (1). En toda ella se observa una alegría siempre creciente, y verdadera plétora de aquellas sales áticas que tan sabrosa hacen la poesía aristofánica. Las escenas entre Eurípides y Diceópolis y éste y Lámaco son de mano maestra en su género, como el lector podrá juzgar por sí mismo, á pesar de lo mucho que con la traduccion se desfigura. La pintura viva y animada de las ventajas de la paz debió sin duda hacerla apetecible á los más belicosos. Pero el carácter inconstante y voluble, que Aristófanes echa en cara

(1) *V. Aristoph. comœdiæ, ed. Firmin Didot*, p. 445.—*Schol. Nub.*, 529.

á los Atenienses, hizo sin duda ineficaces sus saludables consejos. ¡Tanta influencia ejercia entónces hasta sobre ciudadanos víctimas de los horrores de la guerra la audaz y arrebatada oratoria de los demagogos!

Esta Comedia se representó el año 425 ántes de Jesucristo, como lo indican varios pasajes de la misma (1). Calístrato estuvo encargado del papel de Diceópolis, y la representacion tuvo lugar en las fiestas Leneas, que se celebraban en el mes Gamelion (Enero-Febrero) y ofrecian la particularidad de no admitirse extranjeros á sus espectáculos.

(1) Versos 266, 890; 504-508.

PERSONAJES.

DICEÓPOLIS.
UN HERALDO.
ANFITEO.
UN PRITÁNEO.
EMBAJADORES DE ATÉNAS, de regreso de Persia.
PSEUDARTÁBAS.
TEORO.
CORO DE ACARNIENSES.
UNA MUJER, esposa de Diceópolis.
UNA JÓVEN, hija de Diceópolis.
UN CRIADO de Eurípides.
EURÍPIDES.
LÁMACO.
UN MEGARENSE.
MUCHACHAS, hijas del Megarense.
UN DELATOR.
UN BEOCIO.
NICARCO.
UN CRIADO de Lámaco.
UN LABRADOR.
UN PARANINFO.
MENSAJEROS (1).

(1) La edicion de Dindorf, publicada por Fermin Didot, que es la que seguimos, no incluye entre los personajes de esta comedia á los *Mensajeros*, sin razon para ello, pues intervienen en la accion y hablan tanto como cualquiera de los otros secundarios. En la lista no se ponen los personajes mudos, que son: *Jántias*, esclavo de Diceópolis, y la *Madrina* de las bodas que aparece en una de las últimas escenas.

LOS ACARNIENSES.

DICEÓPOLIS (1).

¡Cuántos pesares me han roido el corazon! ¡qué pocas, poquísimas veces, cuatro á lo más, he sentido placer! Pero mis penas son innumerables como las arenas del mar; veamos, si no, qué cosas me han causado verdadero júbilo. Nunca recuerdo haber gozado tanto como cuando Cleon (2) vomitó aquellos cinco talentos. ¡Qué alegria! desde entónces amo á los caballeros, autores de esta accion,

(1) El nombre de *Diceópolis* se compone de dos palabras, δίκαιος y πόλις, que significan *ciudadano justo*, ó *ciudad justa*. Píndaro da este epíteto á la isla de Egina.

(2) Demagogo ateniense, enemigo encarnizado de Aristófanes, contra el cual lanza éste en sus comedias todo género de acusaciones. Es uno de los personajes principales de *Los Caballeros*. Habiendo recibido en una ocasion cinco talentos de las islas tributarias de Aténas, para conseguir rebaja en la contribucion que debian de pagar, los caballeros le obligaron á devolverlos. Y este es el hecho que causó tanta alegría á Diceópolis.

digna de Grecia (1). En cambio, experimenté un dolor verdaderamente trágico, cuando despues de esperar con tanta boca abierta la aparicion de Esquilo (2), oí gritar al Heraldo: «Teógnis (3), introduce tu coro.» ¡Golpe mortal para mi corazon! Otra vez gocé mucho cuando á seguida de Mosco (4), ejecutó Doxíteo (5) un aire beocio; pero este año pensé morir víctima del más cruel martirio, viendo á Quéris (6) disponerse á cantar al modo Ortio (7).

Mas nunca, desde que me es permitido lavarme

---

(1) Hemistiquio del *Telefo* de Eurípides, al decir del Escoliasta.

(2) Esquilo murió el 456 á. d. C., es decir, 30 años ántes de la representacion de *Los Acarnienses*. Mas en consideracion á su mérito, los Atenienses permitieron á los poetas modernos concurrir á los certámenes trágicos con sus tragedias corregidas y arregladas. Suidas dice que Euformion, hijo de Esquilo, ganó cuatro premios con tragedias de su padre, que áun no habian sido representadas.

(3) Poeta trágico, de cuya frialdad se burla más adelante Aristófanes, suponiendo que al representarse sus dramas se helaron todos los rios de Tracia (v. 140). Los Atenienses le llamaron por lo mismo χίων la *Nieve*. Llegó á ser uno de los treinta tiranos.

(4) Músico detestable.

(5) Excelente citarista, vencedor en los juegos Píticos.

(6) Flautista y citarista, sin mérito alguno. Aristófanes se burla tambien de él en otros pasajes de sus comedias (*Las Aves*, 858; *La Paz*, 951). Entre otros defectos, le echa en cara el de hallarse siempre donde sus amigos se reunian á comer.

(7) Era un modo vivo y guerrero y que, segun indica su nombre, se cantaba en los tonos más elevados. Arion (Herod., *Clio*, XXIV), ántes de arrojarse al mar, cantó un *nomo Ortio*, cuya deliciosa melodía le valió el ser salvado por un delfin.

en los públicos baños (1), me ha picado tanto el polvo en los ojos como hoy, dia de la asamblea ordinaria (2), en este Pnix (3), todavia desierto. Allí se están charlando mis conciudadanos en la plaza, corriendo arriba y abajo para evitar la cuerda teñida de rojo (4). Ni áun los Pritáneos (5) vienen; eso sí, en cuanto lleguen, aunque tarde, los veremos empujarse sin consideracion, disputarse los primeros bancos de madera (6) y tomarlos como por asalto. De los medios de conseguir la paz, no hay temor de que se ocupen ¡Ah, ciudadanos, ciudadanos! Yo soy el primero que acudo á

---

(1) Es decir, *desde la pubertad*, porque ántes de esa edad no se permitia la entrada en los baños públicos.

(2) Las asambleas ordinarias (κύριαι) tenian lugar los dias once, veinte y treinta de cada mes. A las extraordinarias (συγκλήτοι) se convocaba cuando habia asuntos urgentes é interesantes.

(3) Plaza próxima á la Ciudadela, donde tenian lugar las asambleas del pueblo. La palabra Pnix se deriva de πυκνῶσθαι, *apretarse*, habiéndosele dado este nombre, tal vez, por la multitud que en él se aglomeraba en algunos dias de sesion.

(4) Para obligar á los ciudadanos á entrar en el Pnix, se teñia de rojo una cuerda, que se llevaba á lo ancho de la *agora* ó mercado. La cuerda manchaba el vestido de los morosos, pudiendo así ser reconocidos y obligados á pagar la multa de un triobolo (medio dracma), en que consistia el sueldo de los asistentes á la asamblea.

(5) Magistrados entre cuyas atribuciones estaba la de convocar y presidir las asambleas populares y levantar sus sesiones.

(6) Los asientos del Pnix eran de piedra (V. *Los Caballeros*, 754); pero debia de haber algunos de madera, cuya posesion se disputaban los Pritáneos por ser sin duda más distinguidos y cómodos.

la asamblea y tomo en ella asiento; y al verme solo, suspiro, bostezo, me desperezo y desahogo á mi gusto (1); no sabiendo qué hacer, me entretengo en escribir con el baston en la arena, en arrancarme pelillos, en hacer cálculos; y, mirando al campo, amante de la paz y aborrecedor de la ciudad, echo de ménos mi aldea, que nunca me decia: «compra carbon, compra vinagre, compra aceite;» esta palabra «compra» le era desconocida; ella misma lo producia todo, sin este eterno «compra» (2) que me sierra las entrañas. Así es que vengo completamente decidido á gritar, á interrumpir, á insultar á los oradores si hablan de otra cosa que de la paz. Pero ya llegan, aunque al mediodía, los Pritáneos. ¿No lo decia yo? como me figuraba, todos se precipitan sobre los primeros bancos.

UN HERALDO.

Más adelante, más adelante, para que esteis dentro del recinto purificado (3).

ANFITEO (4).

¿Ha hablado ya alguno?

---

(1) Πέρδομαι, *pedo*.

(2) Hay en el texto un juego de palabras intraducible, basado en la semejanza de las palabras πρίων, *sierra*, y πρίω, *comprar*.

(3) Poco ántes de reunirse la asamblea se purificaba el local, vertiendo sobre los bancos de los Pritáneos algunas gotas de sangre de cerdo. Este sacrificio se ofrecia á Céres.

(4) La palabra Θεός, *dios*, entra en la composicion de este nombre.

EL HERALDO.

¿Quién pide la palabra?

ANFITEO.

Yo.

EL HERALDO.

¿Quién eres?

ANFITEO.

Anfiteo.

EL PRITÁNEO.

¿No eres hombre?

ANFITEO.

No; soy un inmortal. Anfiteo fué hijo de Céres y Triptólemo; de él nació Celeo; Celeo se casó con Fenáreta (1), mi abuela, de esta nació Licino, que me engendró inmortal. Unicamente á mí permitieron los dioses que pactase una tregua con los Lacedemonios. Pero yo, Ciudadanos, á pesar de mi inmortalidad, carezco de los víveres necesarios para el viaje; porque no me los dan los Pritáneos (2).

EL PRITÁNEO.

¡Hola, Arqueros!

---

(1) Aristófanes parodia los prólogos de Eurípides, en los cuales uno de los personajes principales solia exponer friamente toda su genealogía. Ifigenia, por ejemplo, presentándose sola en escena decia, *(Vid.* EURIP. *Ifig. in Tauride)*: «Pelope hijo de Tántalo, cuando vino de Nisa se casó con la hija de Enomao, de la cual nació Atreo; de Atreo nacieron Menelao y Agamenon; éste se casó con la hija de Tíndaro; y yo, Ifigenia, fuí el fruto de este himeneo.»

(2) Los Pritáneos estaban encargados de proveer á las necesidades de los ciudadanos pobres que habian servido á la república.

ANFITEO.

¡Oh Triptólemo! ¡oh Celeo! ¿lo consentireis?

DICEÓPOLIS.

Pritáneos, inferís una injuria á la Asamblea mandando expulsar á un hombre que trata de proporcionaros una tregua y el placer de colgar nuestros escudos.

EL PRITÁNEO.

Siéntate y calla.

DICEÓPOLIS.

No, por Apolo; no callaré hasta que propongais que se trate de la paz.

EL HERALDO.

Los embajadores enviados al Rey...

DICEÓPOLIS.

¿A qué rey? ya estoy harto de embajadores, y pavos reales (1) y fanfarronerías.

EL HERALDO.

¡Silencio!

DICEÓPOLIS.

¡Ah! ¡Ah! ¡Oh Ecbatana (2), qué traje!

---

(1) Los pavos reales eran muy raros entónces en Aténas y se exponian todos los meses á la curiosidad pública. Tal vez los embajadores se presentarian en escena con plumas de pavo real, lo cual explica la exclamacion de Diceópolis.

(2) Residencia de invierno del gran Rey; en el verano la corte residia en Susa. En Ecbatana se hacía la especie de vestido llamado *pérsida*, que sin duda traian los embajadores atenienses.

UN EMBAJADOR.

Siendo arconte Eutímenes (1), nos enviasteis al gran Rey con un sueldo de dos dracmas diarios.

DICEÓPOLIS.

¡Cuántos dracmas, gran Júpiter!

EL EMBAJADOR.

Hemos padecido muchísimo vagando por las orillas del Caistro (2), viviendo bajo nuestras tiendas blandamente acostados en los carros; ¡muertos de fatiga!

DICEÓPOLIS.

¿Y yo? ¿lo pasaba muy bien durmiendo sobre paja para guardar las murallas?

EL EMBAJADOR.

Adonde quiera que llegábamos nos obligaban á beber en copas de oro y cristal un vino dulce y exquisito.

DICEÓPOLIS.

¿No conoces, ciudad de Cranao (3), que se burlan de tí tus embajadores?

EL EMBAJADOR.

Aquellos bárbaros sólo tienen por hombres á los grandes glotones y borrachos.

DICEÓPOLIS.

Y nosotros á los libertinos é infames.

---

(1) Eutímenes fué arconte el 423 á. d. C., de modo que la embajada habia durado trece años.

(2) Rio de Lidia, que desemboca en el Egeo, junto á Efeso.

(3) Antiguo rey de Atenas, sucedió á Cécrope en 1506.

EL EMBAJADOR.

A los cuatro años llegamos al palacio; pero el rey, á la cabeza del ejército, habia marchado á hacer sus necesidades, y semejante operacion le entretuvo ocho eternos meses en las montañas de Oro (1).

DICEÓPOLIS.

¿Y cuánto tardó en terminarla definitivamente?

EL EMBAJADOR.

Todo el plenilunio; despues regresó á su alcázar y nos recibió admirablemente, obsequiándonos con bueyes enteros asados en horno.

DICEÓPOLIS.

¿Se han visto nunca bueyes asados en horno? (2) ¡Qué exageracion!

EL EMBAJADOR.

Tambien, os lo juro, hizo que nos sirviesen un ave tres veces mayor que Cleónimo (3); se llamaba el Engañador.

---

(1) Censura de la ostentacion de la corte de Persia. Luciano *(Hermótimo,* al fin) habla de las montañas de Oro como de un país imaginario.

(2) Los Griegos sólo conocian los panes *cocidos en el horno*. Herodoto (I, 133) hablando de los Persas dice: «El aniversario de su nacimiento es de todos los dias el que celebran con preferencia, debiendo dar en él un convite, en el cual la gente más rica y principal suele sacar á la mesa bueyes enteros, caballos, camellos y asnos asados en el horno.» *(Tr. de Pou).*

(3) General ateniense, de elevada estatura y muy vil y cobarde. Aristófanes lanza contra él sus invectivas en casi todas sus comedias. El hecho más escandaloso de su vida pública fué el haber huido arrojando el escudo. (V. *Las Nubes,* 673; *Los Caballeros,* 958; *Las Aves,* 1473 y 1480; *Las Fiestas de Céres,* 829, etc.)

DICEÓPOLIS.

Por eso nos engañas tú cobrando los dos dracmas.

EL EMBAJADOR.

Y ahora os traemos á Pseudartábas (1), el Ojo del Rey.

DICEÓPOLIS *(á Pseudartábas)*.

¡Hércules poderoso! ¿Qué te pasa, buen hombre? ¿Ves una línea de navíos dispuestos al ataque, ó costeas un accidentado promontorio? Tu ojo está guarnecido de cuero como los agujeros de los remos en las naves (2).

EL EMBAJADOR.

Manifiesta ahora, Pseudartábas, lo que el Rey te encargó que anunciases á los Atenienses.

PSEUDARTÁBAS.

Iartaman exarx anapissonai satra (3).

---

(1) La palabra Ψεῦδος, *mentira*, entra en la composicion de este nombre. Recibian el título de *Ojo del Rey* ciertos ministros de la confianza particular del Monarca persa. Eran, como si dijéramos, *su brazo derecho.*

(2) Este agujero se llamaba ὀφθαλμός, *ojo*. El actor que desempeñada el papel de Pseudartábas tenía una máscara con un solo ojo enormemente grande, de donde la comparacion de Diceópolis.

(3) Jerga incomprensible que probablemente no tiene significado en lengua alguna. Algunos sabios orientalistas han creido encontrar en ella ciertos vestigios de la lengua persa, pero sumamente alterados é ininteligibles. (Anquetil-Duperron y Sacy). Hotibius supone que es una frase griega, ligeramente alterada y que pudiera reconstruirse así

ἐγὼ ἄρτι μὴν ἔξηρξ' ἀναπιττοῦν αὖ σαθρά

y traducirse: «Yo hace poco he comenzado á calafatear

EL EMBAJADOR.

¿Has entendido lo que ha dicho?

DICEÓPOLIS.

No, por mi vida.

EL EMBAJADOR.

Dice que el Rey os enviará oro.

PSEUDARTÁBAS.

No se te dará oro, Jonio infame (1).

DICEÓPOLIS.

¡Desdichado de mí! ¡eso sí que lo ha dicho claro!

EL EMBAJADOR.

¿Pues qué ha dicho?

DICEÓPOLIS.

Nada: que son unos asnos los Atenienses si cuentan con el oro de los Persas.

EL EMBAJADOR.

No hay tal: habla de darnos el oro por fanegas.

DICEÓPOLIS.

¡Por fanegas! Eres el fanfarron más grande que se ha visto. Pero véte, les preguntaré yo solo. *(A Pseudartábas.)* Ea, respóndeme con claridad, si no quieres que te tiña en púrpura de Sardes (2). ¿Nos enviará dinero el gran Rey? *(Pseudartábas hace señas negativas)*. ¿Por consiguiente nos engañan los

---

de nuevo mis estropeadas naves.»—Tal vez haya en todas estas ingeniosas explicaciones mucho de los sueños de los sabios de Campoamor, al interpretar el *Tururú y Tarará*.

(1) *Hianti podice.*

(2) Es decir, «que te apalee hasta dejarte bañado en sangre.»

embajadores? *(Pseudartábas hace señas afirmativas).* Pero estos hombres hacen para contestar las mismas señas que los Griegos: me parece imposible que no lo sean. ¡Justamente! ya he conocido á uno de estos eunucos; es Clístenes (1), el hijo de Sibirtio. ¡Qué invencion la del infame! ¿Cómo, teniendo barba, quieres pasar por eunuco, mico desvergonzado? Y ese otro, ¿quién es? ¿Acaso Estraton?

EL HERALDO.

Calla y siéntate. El Senado invita á Ojo del Rey á pasar al Pritáneo (2).

DICEÓPOLIS.

¡Hay para ahorcarse! ¿Qué hago aquí ya? Las puertas del Pritáneo siempre están abiertas para tales huéspedes. Mas voy á llevar á cabo un proyecto grande y asombroso. ¿Dónde está Anfiteo?

ANFITEO.

Héme aquí.

DICEÓPOLIS.

Toma estos ocho dracmas, y páctame con los Lacedemonios una tregua para mí solo, mi mujer y mis hijos. Vosotros, papanatas, continuad enviando embajadores.

---

(1) Hombre de relajadas costumbres citado muchas veces en las comedias de Aristófanes (V. *Las Aves,* 831; *Los Caballeros,* 1374; *Las Nubes,* 355; *Las Ranas,* 48; *Lisístrata,* 1092, etc.) Cratino tambien se ocupó de él en la *Botella de Mimbres.*

(2) Los embajadores se alojaban en el Pritáneo, donde eran mantenidos por cuenta del Estado.

EL HERALDO.

Preséntese Teoro (1), embajador en la corte de Sitálces.

TEORO.

Aquí estoy.

DICEÓPOLIS.

Ya sale otro charlatan á la palestra.

TEORO.

No hubiéramos permanecido tanto tiempo en Tracia...

DICEÓPOLIS.

Es verdad, si no hubieras percibido tan crecido sueldo.

TEORO.

Si toda la Tracia no hubiera estado cubierta de nieve y helados sus rios, precisamente cuando Teógnis (2) hacía representar aquí sus tragedias. Miéntras tanto, pasé el tiempo en beber con Sitálces (3), que es aficionadísimo á los Atenienses y nos quiere de véras; á tal punto llega su afecto que ha escrito en la muralla: «Hermosos Atenienses.»

---

(1) Embajador, que es preciso no confundir con otro Teoro, poeta de mala reputacion, que vivia en Corinto para satisfacer sus crapulosas aficiones. Aristófanes le acusa de adulador, impío, adúltero y ladron (*Las Avisp.* 42, 43; *Las Nubes,* 309).

(2) Alusion á la frialdad de sus dramas.

(3) Rey de Tracia, aliado de Atenas y muy poderoso. Murió algunos años despues de la representacion de *Los Acarnienses* en una expedicion contra los Tríbalos. (Véase Tucid., II, 368, 369; IV, 101.)

Su hijo (1), á quien nombramos ciudadano, deseaba comer salchichas en las Apaturias (2), y rogaba á su padre que os auxiliase; éste, atendiendo su súplica, ha jurado en un sacrificio, que habia de venir á socorrernos con tan numeroso ejército, que los Atenienses exclamarian al verlo: «¡Qué nube de langostas!»

DICEÓPOLIS.

¡Que muera desastrosamente si creo una sola palabra de cuanto has dicho, excepto lo de las langostas!

TEORO.

Por de pronto os envia el pueblo más belicoso de la Tracia.

DICEÓPOLIS.

Ya empieza á verse claro.

EL HERALDO.

Presentaos, Tracios de Teoro.

DICEÓPOLIS.

¿Qué plaga es esta?

TEORO.

El ejército de los Odomantas (3).

(1) Téres ó Sitálces, llamado Sadoco por Tucídides (IV, 101.)

(2) Fiestas que duraban tres dias y se celebraban en el mes Pianepsion (Noviembre). Fueron establecidas en conmemoracion de un combate entre Atenienses y Tebanos, en el cual cada pueblo estuvo representado por dos campeones. El Ateniense derribó á su adversario por medio de un ardid, y salvó á su patria. La palabra *apaturia* encierra la idea de engaño (ἀπάτη), y por eso sin duda el hijo de Sitálces preferia estas fiestas á otras más solemnes.

(3) Pueblo de Tracia que habitaba en la orilla del Es-

DICEÓPOLIS.

¿Qué Odomantas? Dime, ¿qué es esto? ¿quién los ha circuncidado? (1).

TEORO.

Si les dais dos dracmas de sueldo, asolarán toda la Beocia. (2).

DICEÓPOLIS.

¡Dos dracmas á esos hombres incompletos! Con razon se quejarian todos nuestros marinos, bravos defensores de la ciudad. ...¡Ah! qué desgracia... los Odomantas me han robado los ajos (3); devolvédmelos pronto.

TEORO.

¡Desdichado! guárdate de acercarte á unos hombres que han comido ajos (4).

DICEÓPOLIS.

¿Consentís, oh Pritáneos, que en mi propio país me traten los extranjeros de esta manera? Me opongo á que la Asamblea delibere sobre el sueldo de los Tracios: os aseguro que acaba de manifestarse un augurio: me ha caido una gota de agua (5).

---

trimon. Practicaban la circuncision, por lo cual se les creyó judíos.

(1) *Quisnam ei mutilavit penem?*

(2) Entónces en guerra con los Atenienses.

(3) Diceópolis habia traido á la Asamblea su frugal desayuno. En *Las Junteras*, v. 306, se hace referencia á la misma costumbre.

(4) Los ajos les hacian más terribles en el combate, como á los gallos, á quienes se obligaba á comerlos ántes de entrar en riña.

(5) La Asamblea se disolvia cuando se manifestaba algun augurio desfavorable.

EL HERALDO.

Retírense los Tracios y comparezcan dentro de tres dias; pues los Pritáneos disuelven la Asamblea.

DICEÓPOLIS.

¡Pobre de mí! he perdido casi todo el almuerzo. ¡Hola! aquí está Anfiteo de vuelta de Lacedemonia. Salud, amigo.

ANFITEO.

Déjame, déjame correr y huir de los Acarnienses que me persiguen.

DICEÓPOLIS.

¿Qué sucede?

ANFITEO.

Venía apresuradamente con tu tratado de paz: pero lo olieron (1) unos de esos viejos Acarnienses, duros como el roble, intratables, feroces, veteranos de Maraton, y gritaron unánimes: «Infame, ¿traes la paz, y el enemigo ha talado nuestras viñas?» y al mismo tiempo recogian piedras en los mantos: yo eché á correr, y ellos me persiguen vociferando.

DICEÓPOLIS.

Que griten cuanto quieran; ¿traes el tratado de paz?

---

(1) Para la inteligencia de esta frase y las siguientes es preciso tener en cuenta que la palabra griega σπονδαί, *treguas*, significa tambien *libaciones*.

ANFITEO.

Los traigo de tres clases: á eleccion. Este es por cinco años. Toma y gústale.

DICEÓPOLIS.

¡Puf!

ANFITEO.

¿Qué?

DICEÓPOLIS.

No me gusta: huele á brea y á equipo de naves (1).

ANFITEO.

Toma este de diez años, y prueba á ver.

DICEÓPOLIS.

Tampoco; este huele á los embajadores enviados á las ciudades para quejarse de la morosidad de los aliados.

ANFITEO.

En este se pacta por treinta años una tregua en mar y tierra.

DICEÓPOLIS.

¡Oh placer! este sí que huele á ambrosía y á néctar: este no me manda aprovisionarme para tres dias (2), sino que me dice bien claro: «Vé á donde quieras.» Por eso lo acepto y ratifico con entusiasmo, deseando mil felicidades á los Acarnienses.

---

(1) Alusion á los aprestos marítimos que entónces se hacian.

(2) Los soldados al partir á una expedicion militar debian llevar víveres para tres dias. (V. *La Paz*, 312; *Las Avispas*, 243.)

Libre de la guerra y de sus males, iré al campo á celebrar las fiestas de Baco (1).

ANFITEO.

Yo huyo de los Acarnienses (2).

CORO.

Por aquí todos, seguidle, perseguidle, preguntad á los transeuntes por él: la captura de ese hombre interesa á la república. El que sepa á dónde ha huido ese porta-tratados, dígamelo.

¡Ha escapado, ha desaparecido! ¡Triste peso de los años! ¡En mis buenos tiempos, cuando cargado de carbon seguia sin dificultad á Failo (3) el andarin, no se me hubiera escurrido ese negociante de treguas, á pesar de toda su agilidad!

Las rodillas del viejo Lacrátides (4) se han endu-

---

(1) Habia en Aténas cuatro fiestas de Baco: 1.ª, las *Dionisiacas*, llamadas de los campos, se celebran en todo el Atica en el mes Posidéon (Diciembre-Enero); 2.ª, las *Leneas* (fiesta de los lagares) peculiares á Aténas, en el mes Gamélion (Enero-Febrero); 3.ª, las *Antesterias* (Febrero-Marzo); 4.ª, las Grandes *Dionisiacas* en el 12 de Elafebólion (Marzo-Abril). Las fiestas á que se refiere Diceópolis, son las segundas. En ellas fueron representadas *Los Acarnienses* y *Los Caballeros*.

(2) Al terminar esta escena debia de haber necesariamente un cambio de decoracion.

(3) Célebre andarin, natural de Crotona, que obtuvo tres veces el primer premio en los juegos Pitios. (HEROD., VIII, 47).

(4) Arconte de Aténas en tiempo de Darío. Durante su mando nevó tanto y se sintieron tan intensos frios, que

recido: los años pesan sobre sus piernas; por eso se escapó el bribon. Persigámosle: que jamás pueda burlarse de nosotros, aunque viejos, gloriándose de haberse librado de los Acarnienses, él, ¡oh Júpiter y dioses soberanos! él que se ha atrevido á pactar treguas con mis enemigos, contra los cuales mis campos devastados me obligaran á combatir cada dia más encarnizadamente. ¡Oh! no cesaré de perseguirlos hasta clavarme en su costado como acerado junco; ni dejaré de hostigarlos para que nunca vuelvan á talar mis viñas.

Pero busquemos á ese hombre: dirijámonos hácia Balena (1), y persigámosle de lugar en lugar: jamás me cansaré de apedrearle.

DICEÓPOLIS.

Guardad, guardad el silencio religioso (2).

CORO.

Callad. ¿Habeis oido? Se nos pide que guardemos el silencio religioso. Es el mismo á quien buscamos. Venid todos aquí. Separaos: parece que va á ofrecer un sacrificio.

DICEÓPOLIS.

Silencio, silencio. — Adelántate un poco, jó-

---

las gentes viéronse obligadas á encerrarse en sus casas. De ahí que su nombre se hubiese hecho proverbial para designar toda cosa fria en sentido propio ó figurado.

(1) Juego de palabras intraducible. *Palena* era un demo del Atica donde los Atenienses lucharon contra Pisistrato cuando quiso apoderarse de la Tracia. Cambiando la P en B, resulta *Balena*, palabra que significa *lapidacion*.

(2) Εὐφημεῖτε *(ore favete)*, fórmula sacramental que pronunciaba el sacerdote ántes de ofrecer el sacrificio.

ven Canéfora (1).—Jántias, ten el falo (2) derecho.

LA MUJER.

Deja la cesta, hija mia, para que principiemos el sacrificio.

LA HIJA.

Madre, dame la cuchara, y verteré la salsa sobre esta torta.

DICEÓPOLIS.

Todo está bien preparado.—¡Baco poderoso, ya que lleno de gratitud te dedico con mi familia esta fiesta y solemne sacrificio, concédeme que, libre de las faenas militares, celebre con alegría las Dionisiacas campestres, y que me sean para bien estos treinta años de tregua!

LA MUJER.

Vamos, hija mia, procura llevar con gracia el canastillo; vé séria y con el avinagrado gesto del que mastica ajedrea. Feliz quien se cáse contigo

(1) Llamábase así la jóven que llevaba la cesta mística en las ceremonias religiosas. Solian ser de las más distinguidas familias.

(2) El Falo figuraba en las procesiones de las fiestas de Baco, en memoria de una enfermedad de los órganos de la generacion que Baco, irritado por la mala acogida hecha á su imágen importada por Pegaso, envió contra los Atenienses. La enfermedad sólo cesó por la institucion de las Dionisiacas, en las cuales figuró en primera línea una representacion de las partes atacadas por la epidemia. El Falo se imitaba con un pedazo de cuero pendiente de la punta de un báculo ó cayado. Los poetas cómicos abusaron de las imágenes del Falo para hacer reir á la parte más grosera del público, como censura Aristófanes en *Las Nubes*, v. 542, por más que despues, con notable inconsecuencia, lo empleó él mismo en la *Lisístrata*.

y fecunde tu seno al salir el sol (1). Anda y cuida de que entre la multitud no te roben las alhajas de oro (2).

DICEÓPOLIS.

Jántias, lleva el falo derecho detras de la Canéfora: yo te seguiré cantando el himno fálico.—Tú, esposa mia, puedes mirarnos desde el terrado de casa (3).—Adelante.

¡Oh Falo (4), amigo y compañero de Baco, nocturno rondador, adúltero y pederasta, al cabo de seis años (5) te saludo al fin, volviendo regocijado á mi aldea, libre de miserias, combates y Lámacos (6), despues de haber pactado una tregua para mí solo y mi familia! ¡Cuánto más delicioso es, amable Fáles, encontrarse una linda leñadora como Trata, la esclava de Estrimodoro, robando troncos en el monte Feleo (7), y estrechar su talle gentil, y gozar allí mismo de sus encantos! ¡Oh Fáles, amable Fáles, si hoy bebieres con nosotros, trastornado aún por el vino de la víspera, devorarás mañana

(1) *Tempus* ʽαφρωδισίον, dice el Escoliasta.

(2) Sin duda se corria en escena peligro de ser robado. (V. *La Paz*, 734.)

(3) Las mujeres no formaban parte de las procesiones.

(4) Dios de la generacion, adorado bajo el emblema del falo.

(5) Este pasaje no deja duda sobre la fecha en que se representaron *Los Acarnienses*.

(6) General ateniense, contemporáneo de Nícias y Alcibíades.

(7) Monte del Atica donde crecia en abundancia la planta acuática llamada *Fleos*.

el plato de la paz, y yo colgaré mi escudo al humo!

CORO.

Ese es, ese mismo. Tirad, tirad. Apedreemos todos á ese infame. ¿Por qué no tirais? ¿Por qué no tirais?

DICEÓPOLIS.

¡Por Hércules! ¿Qué es esto? Me vais á romper la olla (1).

CORO.

Tu cabeza, traidor, es lo que vamos á romper á pedradas.

DICEÓPOLIS.

¿Qué motivo hay, venerables Acarnienses?

CORO.

¿Y lo preguntas, bribon desvergonzado, traidor á tu patria? ¿Y aún te atreves á mirarme á la cara despues de haber pactado treguas con los enemigos?

DICEÓPOLIS.

Ignorais por qué he hecho ese tratado. Escuchad.

CORO.

¡Escucharte! Matémosle á pedradas.

DICEÓPOLIS.

Nunca ántes de oirme. Calmaos, mis buenos amigos.

---

(1) En las Dionisiacas rurales se llevaba una olla llena de legumbres. Por lo mismo uno de los tres dias de las *Antesterias* se llamaba la fiesta de las *ollas*.

CORO.

Ni yo me calmaré, ni tú hablarás otra palabra. Porque te aborrezco más que á Cleon, á quien pienso desollar para hacer con su piel sandalias á los caballeros (1). Amigo de los Lacedemonios, no pienses que yo escuche tus largos discursos. Vas á llevar tu merecido.

DICEÓPOLIS.

Mis buenos convecinos, dejad en paz á los Lacedemonios. Oid las razones que he tenido para pactar esta tregua.

CORO.

¿Qué razones puede haber para pactar con esos hombres sin fe, sin religion, sin juramento?

DICEÓPOLIS.

Es que creo tambien que los Lacedemonios, á quienes tanto aborrecemos, no son la causa de todos nuestros males.

CORO.

¿Que no son la causa de todos nuestros males, grandísimo bribon? ¿Y te atreves á decirlo delante de nosotros? ¿Y áun pretenderás que te perdone?

DICEÓPOLIS.

No de todos, no de todos. Yo mismo podria demostraros que ellos han sido víctimas de más de una injusticia.

CORO.

Sólo faltaba que te atrevieses á defender delante

(1) Cleon habia sido curtidor. Los caballeros eran sus más acérrimos enemigos.

de nosotros á nuestros enemigos: tus palabras me irritan y exasperan.

DICEÓPOLIS.

Si lo que digo no es justo, y si el pueblo no lo reconoce por tal, me comprometo á hablar con la cabeza sobre un tajo.

CORO.

Ea, compañeros, ¿por qué no le apedreamos? ¿por qué no le cardamos como á la lana que va á teñirse de púrpura?

DICEÓPOLIS.

¿Qué negro tizon enciende de nuevo vuestra ira? ¿No me escuchareis, Acarnienses? ¿No me escuchareis?

CORO.

No te escucharemos.

DICEÓPOLIS.

¿Y me tratareis tan indignamente?

CORO.

¡Que me muera si te escucho!

DICEÓPOLIS.

De ningun modo, Acarnienses.

CORO.

Sabe que vas á morir ahora.

DICEÓPOLIS.

Tambien yo os daré que sentir; tambien yo mataré á vuestros más queridos amigos; porque tengo rehenes vuestros y los degollaré sin piedad.

CORO.

Decidme, conciudadanos, ¿qué amenaza contra los Acarnienses envuelven sus palabras? ¿Tendrá

acaso encerrado á alguno de nuestros hijos? ¿Cómo está tan atrevido?

DICEÓPOLIS.

Tirad, tirad si quereis; yo destrozaré á éste: así sabré pronto el cariño que teneis á los carbones (1).

CORO.

¡Perdidos somos! Ese cesto es conciudadano mio. No realices, ¡ah! no realices tu intento.

DICEÓPOLIS.

Lo mataré, gritad cuanto querais; yo no os escucharé.

CORO.

¿Será posible qué mates á ese pobre carbonero, nuestro amigo é igual?

DICEÓPOLIS.

¿Atendiais vosotros hace un instante á lo que os decia?

CORO.

Di, pues, lo que quieras de esos Lacedemonios que te son tan queridos. Jamás abandonaré á ese pobre cestillo.

DICEÓPOLIS.

Dejad primero las piedras.

CORO.

Ya están en el suelo; deja tú tambien la espada.

DICEÓPOLIS.

Cuidado con esconder piedras en los mantos.

---

(1) Parodia de la escena en que *Telefo* se apodera de Orestes, niño todavía, y amenaza matarle si Agamenon no le da audiencia.

CORO.

Las hemos tirado todas. Mira cómo sacudimos los mantos; pero no pongas pretexto, deja la espada; ya ves cómo sacudo mi manto al pasar de un lado á otro.

DICEÓPOLIS.

Debiais de gritar todos á porfía. Si continuais un poco más, hubierais visto perecer los carbones del Parneto (1) por la imprudencia de sus conciudadanos. Á fe que este cesto ha tenido un miedo terrible; pues me ha manchado de negro, como el calamar al verse perseguido. Ya veis cuán dañoso es ese vuestro carácter intratable, que os arrastra en seguida á dar golpes y gritos, y no os deja escuchar las equitativas proposiciones que sobre los Lacedemonios pensaba haceros con la cabeza sobre un tajo: y cuenta que estimo la vida como el que más.

CORO.

¿Por qué no traes, hombre audaz, tu decantado tajo, y dices sobre él esas cosas de tanta importancia? Tengo vivos deseos de saber lo que piensas. Pero ya que tú mismo te has comprometido, venga el tajo, y habla en seguida.

DICEÓPOLIS.

Está bien, mirad. Este es el tajo, el orador este, es decir, yo, así, pequeñito. No me cubriré con un escudo; pero diré de los Lacedemonios lo que me parezca conveniente. Y no es que no tenga por que

(1) Monte del Atica, en el demo de Acarna.

temer: conozco perfectamente el flaco de los labradores, y sé que, con tal que un charlatan colme de elogios justos ó injustos á ellos y á su ciudad, ya no caben en sí de gozo, ni ven que les está vendiendo. Tambien conozco el carácter de los viejos: sólo piensan en fulminar sentencias condenatorias. Y sé por experiencia propia lo que me hizo sufrir Cleon (1) por mi comedia del año pasado, haciéndome comparecer ante el Senado, calumniándome, acumulándome supuestos crímenes, tratando de confundirme con sus ultrajes y declamaciones, y poniéndome á pique de morir, manchado por sus infames calumnias. Pero ántes de principiar mi discurso, permitidme que me vista los andrajos de un hombre miserable.

CORO.

¿Qué engaños estás fraguando? ¿A qué tales dilaciones? Por mí, si quieres, ya puedes pedir á Hierónimo (2) el casco tenebroso y erizado de

---

(1) Alusion á *Los Babilonios*. Cleon, que era muy mal tratado en esta comedia, acusó á Calístrato de haber injuriado en ella á los principales magistrados de Aténas, con la circunstancia agravante de haberlo hecho en presencia de los muchos extranjeros que, por haberse puesto en escena durante las Dionisiacas, asistieron á la representacion.

(2) Poeta lírico y trágico que escogia para sus dramas los asuntos más terribles, sin saber sacar partido de ellos; el éxito de sus piezas lo fiaba mucho en las extrañas máscaras que daba á sus personajes. Tal vez el erizado casco de Pluton, de que habla Aristófanes, es una alusion á la crespa y abundante cabellera que cubria el ardiente cráneo del melenudo poeta, ó quizá á alguna de las piezas

Pluton, y emplear despues todas las astucias de Sísifo (1); pero el negocio no admite demora.

DICEÓPOLIS.

Ya es tiempo de adoptar una resolucion enérgica; no tengo más remedio que dirigirme á Eurípides. *(Llamando á la puerta de Eurípides)* ¡Esclavo! ¡esclavo!

EL CRIADO DE EURÍPIDES (2).

¿Quién?

DICEÓPOLIS.

¿Está en casa Eurípides?

EL CRIADO.

Está y no está, ¿lo entiendes?

DICEÓPOLIS.

¿Cómo puede estar y no estar al mismo tiempo?

EL CRIADO.

Muy fácilmente, anciano. Su espíritu, que anda por fuera recogiendo versitos, no está en casa; pero él está en casa, colgado del techo, y componiendo una tragedia (3).

DICEÓPOLIS.

¡Oh bienaventurado Eurípides! ¡Qué felicidad

---

del mismo, en que Perseo se presentaba cubierto del *casco infernal,* para cortar la cabeza de Medusa. (V. SUIDAS, Ἄϊδος κυνῆ.)

(1) Se dió maña hasta para escaparse del Infierno.

(2) Otras ediciones sustituyen el nombre apelativo por el propio Cefisofon, criado de quien habrá ocasion de hablar más adelante.

(3) Crítica de las sutilezas que abundan en las tragedias de Eurípides.

tener un criado que responda con tanta discrecion! (1)—Llámale.

EL CRIADO.

Es imposible.

DICEÓPOLIS.

Sin embargo... yo no puedo marcharme. Llamaré á su puerta. ¡Eurípides, mi querido Eurípides! Escúchame, si alguna vez has escuchado á álguien. Te llamo yo, Diceópolis el de Cólides (2).

EURÍPIDES.

No tengo tiempo.

DICEÓPOLIS.

Haz que te traigan aquí.

EURÍPIDES.

Es imposible.

DICEÓPOLIS.

Sin embargo...

EURÍPIDES.

Sea, haré que me lleven (3); pero no tengo tiempo de bajar.

DICEÓPOLIS.

¡Eurípides!

---

(1) Estas palabras envuelven quizá una censura á Eurípides por haber dado gran importancia en sus tragedias á los papeles de esclavo, lo cual debió escandalizar á los clasicistas de su tiempo.

(2) Demo del Atica.

(3) Como los dioses y los héroes, que aparecian en escena por medio de la máquina llamada *ekciclema*, de donde vino el haberse hecho proverbial el *Deus ex machina*. En las fiestas de Céres, Agaton se presenta con igual aparato.

EURÍPIDES.

¿Por qué gritas?

DICEÓPOLIS.

¡Ah, compones tus tragedias suspendido en el aire, pudiéndolas hacer en tierra! ya no me asombra que sean cojos tus personajes (1). ¿Qué miserables andrajos guardas ahí? ya no me extraña que tus héroes sean mendigos (2). De rodillas te lo pido, Eurípides; dáme los harapos de algun drama antiguo. Tengo que pronunciar ante el coro un largo discurso; y, si lo declamo mal, me va en ello la vida.

EURÍPIDES.

¿Qué vestidos te daré? ¿los que llevaba Eneo (3), anciano infeliz, al presentarse á la lucha?

DICEÓPOLIS.

Los de Eneo, nó; otros más derrotados.

---

(1) Porque se rompen las piernas al caer de la máquina donde está colgado. Alusion á varios personajes de las tragedias de Eurípides que eran cojos, como Telefo, Filoctétes, Belerofonte. En *Las Ranas*, Esquilo le llama graciosamente χωλοποιόν (Lit.: *factor de cojos).*

(2) Eurípides se complacia en presentar á sus héroes cubiertos de andrajos y en la última miseria, acudiendo á este medio, un poco de mala ley, para producir efecto.

(3) Héroe de una tragedia perdida. Despues de la muerte de Tideo, miéntras Diomédes hacia una expedicion contra los Tebanos, Eneo, ya anciano, fué destronado por los hijos de Agrio, y reducido á andar errante en la mayor miseria. Diomédes, á su regreso, arrojó al usurpador y volvió á colocar en el trono á Eneo. En *Las Ranas*, v. 1.238, cita Eurípides dos versos de la tragedia aquí aludida.

EURÍPIDES.

¿Los de el ciego Fénix? (1)

DICEÓPOLIS.

Los de Fénix, no: otros más miserables todavía.

EURÍPIDES.

¿Qué andrajos serán los que pide este hombre? ¿Quieres los del mendigo Filoctétes? (2)

DICEÓPOLIS.

No, no: los de otro héroe muchísimo más miserable.

EURÍPIDES.

¿Quieres aquel manto sucio que sacó el cojo Belerofonte? (3)

DICEÓPOLIS.

No quiero el de Belerofonte, sino el de aquel que era cojo, mendigo, charlatan é infatigable hablador.

EURÍPIDES.

Ya sé quién dices; Telefo de Misia (4).

(1) Protagonista de otro drama de Eurípides, tambien perdido. Atendiendo á las calumnias de una concubina, su padre Amíntor le condenó á perder la vista; pero el centauro Quiron se la devolvió al encomendarle la educacion de Aquíles.

(2) Eurípides lo presentó mendigando en la isla de Lémnos, donde le abandonaron los Griegos á causa de la fetidez de su herida.

(3) Belerofonte quedó cojo á consecuencia de una caida del caballo Pegaso, sobre el cual tenía la pretension de subir al cielo.

(4) Cuando los Griegos se dirigieron contra Troya, creyendo al llegar á Misia encontrarse ya en país enemigo, la devastaron por completo. Telefo, rey de aquel país, que quiso oponerse, fué herido por Aquíles, y no consiguió

DICEÓPOLIS.

El mismo; por favor, préstame su vestido.

EURÍPIDES.

Esclavo, dále los harapos de Telefo; están encima de los de Tiéstes y entre los de Ino (1).

EL CRIADO.

Tómalos.

DICEÓPOLIS.

¡Oh Júpiter, que todo lo ves con perspicaz mirada, permíteme cubrirme hoy con el vestido de la miseria! (2)—Eurípides, ya que me has concedido este favor, no me niegues los accesorios correspondientes á estos girones; dáme el gorrillo misio para la cabeza. «Pues hoy me conviene, para fingirme mendigo, ser quien soy y no parecerlo (3).» Es preciso que los espectadores sepan quién soy, y que yo burle al coro estúpido con mi palabrería.

EURÍPIDES.

Te lo daré: á tu sutil ingenio nada puede negarse.

DICEÓPOLIS.

«La bendicion de los inmortales descienda sobre tí y tu Telefo (4).» ¡Magnífico! Me siento henchido

---

curarse hasta hacer un viaje á Tesalia. Telefo fué en tarde muy infeliz, llegando hasta mendigar el sustento,más cuya situacion lo presentó Eurípides en una tragedia perdida.

(1) Tragedias perdidas.

(2) Versos tomados del *Telefo* de Eurípides.

(3) Nueva parodia.

(4) Este verso es probablemente parodia de otro de Eurípides.

de bellas frases. Pero necesito tambien un baston de mendigo.

EURÍPIDES.

Toma, y «retírate de estos pórticos de piedra.»

DICEÓPOLIS.

¿Ves, alma mia, cómo me despide, cuando áun me faltan tantas cosas para completar mi atavío? No hay que desistir; pidamos, supliquemos, porfiemos. Eurípides, dáme un farolillo de mimbres ya medio quemado (1).

EURÍPIDES.

Pero, desdichado, ¿para qué lo quieres?

DICEÓPOLIS.

Para nada; pero quiero tenerlo.

EURÍPIDES.

Eres excesivamente fastidioso. Véte.

DICEÓPOLIS.

¡Ah! los dioses te bendigan como ya bendijeron á tu madre.

EURÍPIDES.

¡Ea, véte!

DICEÓPOLIS.

Aún no; dáme tambien un jarrillo desportillado.

EURÍPIDES.

Toma y márchate; ya estás demas aquí.

DICEÓPOLIS.

No sabes, por Júpiter, todo el mal que me causas. Ea, dulcísimo Eurípides, otra cosa tan sólo; dáme

(1) Los faroles se llevaban en cestitas de mimbres para preservarlos del viento.

un puchero cuyo fondo esté cerrado por una esponja (1).

EURÍPIDES.

Hombre, te me llevas una tragedia entera. Toma y lárgate.

DICEÓPOLIS.

Me marcho; ¿mas qué hago? Aun me falta una cosa, de cuya adquisicion pende mi vida. Oye, dulcísimo Eurípides; si me das lo que te voy á pedir, me marcho para no volver: por favor, unas hojitas de verdura para la cesta.

EURÍPIDES.

¡Me asesinas! Ahí las tienes. Mis tragedias quedan reducidas á nada.

DICEÓPOLIS.

Basta; me retiro: soy demasiado molesto «sin mirar que me hago odioso á los reyes.» ¡Infeliz de mí, soy perdido; he olvidado lo principal! Dulcísimo, queridísimo Eurípides, permita Júpiter que muera desastrosamente, si te pido otra cosa fuera de esta sola, de esta sola; dáme un poco de aquel perifollo que vende tu madre (2).

---

(1) O para servirse de ella á modo de casco, cuyo fondo solia rellenarse de esponjas ó lana con objeto de amortiguar los golpes; ó para excitar la compasion mostrando el mal estado de su batería de cocina. Crítica mordaz de los recursos dramáticos de Eurípides para producir el patético.

(2) La madre de Eurípides habia sido verdulera. Aristófanes no se contenta con echar en cara á su enemigo lo humilde de su nacimiento, sino que parece acusar á su madre de no vender legítima hortaliza, sino perifollo ó *scandix*. (Vid. Plin. *Hist. nat.*, XXII.)

EURÍPIDES.

Ese hombre me insulta. Cierra la puerta.

DICEÓPOLIS.

No tengo más remedio que presentarme sin el perifollo. *(A sí mismo.)* ¿Sabes la lucha que vas á emprender atreviéndote á hablar en favor de los Lacedemonios? Adelante, corazon mio: hé aquí la línea enemiga. ¿Te detienes? ¿No estás empapado en el espíritu de Eurípides? ¡Valor! adelante, corazon angustiado; presenta sin miedo tu cabeza, y dí cuanto te agrade. Atrévete, anda, acércate. Mi denuedo me regocija.

CORO.

¿Qué hará? ¿Qué dirá? Sólo un hombre impudente y de férreo corazon se atreveria á exponer su cabeza contra toda la ciudad, y á ponerse en contradiccion con ella. Ya se presenta ese hombre intrépido. Ea, habla, pues tal es tu deseo.

DICEÓPOLIS.

No os ofendais (1), espectadores, de que siendo un mendigo, me atreva á hablar de política en una comedia; pues tambien la comedia conoce lo que es justo. Yo os diré palabras amargas, pero verdaderas. No me acusará hoy Cleon de que hablo mal de la ciudad en presencia de los extranjeros; estamos solos; las fiestas se celebran en el Leneo (2); no hay extranjeros, ni han venido de las

---

(1) Parodia del *Telefo.*
(2) Véase la nota al verso 378.

ciudades los pagadores de tributos, ni los aliados; estamos solos y limpios de toda paja: porque yo llamo paja de la ciudad á los Metecos (1).

Yo aborrezco como el que más á los Lacedemonios; ojalá el mismo Neptuno, dios del Ténaro (2), reduzca á escombros su ciudad (3): pues tambien talaron mis viñas. Sin embargo, y esto lo digo porque sois amigos mios los que escuchais, ¿á qué creerles la causa de todos nuestros males? Algunos conciudadanos nuestros, no digo toda la república, notadlo bien, no digo toda la república; sino algunos hombres perdidos, falsos, sin honra, ni pudor, y extraños á la ciudad, acusaron de contrabando á los Megarenses. En cuanto veian un melon, ó un lebratillo, ó un cochinillo de leche, ó un ajo, ó un grano de sal, decian que eran de Megara, y los arrebataban y vendian inmediatamente. Todo esto no tenía grande importancia, ni trascendia fuera de la ciudad; pero algunos mozuelos, que se habian embriagado jugando al cótabo, fueron á

(1) Los Metecos eran los extranjeros domiciliados en Atenas.

(2) Ciudad de Laconia, junto al cabo del mismo nombre (hoy de Matapan). Neptuno tenía en ella un magnífico templo.

(3) Alusion á un terremoto que se sintió en Esparta (468), despues de haber quebrantado los Lacedemonios el derecho de asilo de que gozaba el templo de Neptuno, para apoderarse de los Hilotas refugiados al pié de sus altares. En el invierno anterior y en el verano siguiente se observaron otros temblores de tierra en toda Grecia. (TUC. III, 87, 89.)

Megara y robaron á la cortesana Simeta (1); los Megarenses, irritados, se apoderaron en revancha de dos hetairas amigas de Aspasia (2), y por esto, por tres meretrices, la guerra se encendió en todos los pueblos griegos. Por esto Perícles el Olímpico (3) tronó y relampagueó, conturbó toda la Grecia con sus discursos, é hizo aprobar una ley en la cual, como dice la cancion (4), se prohibia á los Megarenses permanecer en el territorio del Atica, en el mercado, en el mar y en el continente. Pronto éstos, al verse acosados por el hambre, rogaron á los Lacedemonios que intepusieran su influencia para que revocásemos el decreto, moti-

(1) El Escoliasta se hace eco de la especie de que Alcibiades, enamorado de Simeta, indujo á unos marineros atenienses á que la robaran. *(Acar., 524.)*

(2) Célebre cortesana, amiga y consejera de Sócrates, amante, y más tarde esposa de Perícles, y rival de los más elocuentes oradores. Segun Platon, la oracion fúnebre de los Atenienses muertos por la patria, que Tucídides nos ha conservado, es obra de Aspasia. Su influencia era extraordinaria. (Vid. FHILARÉTE CHASLES, *Etudes sur l' Antiquité*, p. 320 y siguientes. Paris, 1847.)

(3) Acerca de este sobrenombre de Perícles dice Plutarco en su biografía: «El nombre de Olímpico creen unos que se le dió por los soberbios monumentos con que embelleció la ciudad, y otros por su acierto en el gobierno de la república y el mando de los ejércitos; nada impide, sin embargo, que várias causas hayan contribuido á su gloria. Los poetas cómicos de su tiempo, al asestar contra él los dardos de la sátira, dan á entender que su elocuencia le valió ese sobrenombre, pues dice que tronaba y relampagueaba desde la tribuna.»

(4) Una cancion de Timocreonte de Rodas, entónces muy popular, principiaba con las mismas palabras que el decreto contra los Megarenses.

vado por las cortesanas. Nosotros desatendimos sus repetidas súplicas. Empezaba ya á oirse el entrechocar de los escudos. «Alguno dirá: no convenia; decid, pues, ¿qué convenia?» (1). Si contra un Lacedemonio se hubiera presentado la acusacion de haber ido embarcado á Serífos (2), y robado allí un perrillo, ¿hubiérais permanecido tranquilos en vuestras moradas? Me parece que nó: en seguida hubierais puesto á flote vuestras trescientas naves, y nos hubieran ensordecido el rumor de los soldados, las voces de los electores de trierarcas (3), y los gritos de los que venian á cobrar su paga: se hubieran dorado las estatuas de Pálas (4); la multitud hubiera invadido los pórticos donde se distribuye el trigo; y la ciudad se hubiera llenado de odres, de correas para remos, de compradores de toneles, de ristras de ajos, de aceitunas, de horcas de cebollas, de coronas, de sardinas, de tañedoras de flauta, y de contusiones: el arsenal tambien se hu-

(1) Verso del *Telefo* de Eurípides.

(2) Isla pequeña, próxima á la costa de Tracia perteneciente al grupo de las Cicladas. Estaba bajo la dependencia de Aténas.

(3) El nombramiento de Trierarca, traia consigo cuantiosos gastos, pues estaba obligado el electo á mantener por su cuenta la tripulacion de una galera, y á tenerla siempre en disposicion de darse á la vela en servicio del Estado. Este cargo durante las revueltas políticas era conferido á ciertos ciudadanos con ánimo de arruinarles. Así es que muchos se fingian pobres para excusarse de aceptarlo.

(4) Las galeras atenienses llevaban en la proa una imágen dorada de Minerva, que se restauraba á cada nueva expedicion.

biera visto atestado de maderas para remos, y atronado por el ruido de las clavijas que se ajustan y por el de los remos sujetos á las clavijas, por los gritos de los marineros, y por los silbidos de las flautas y pitos, que los animan al trabajo. «Sé que hubierais hecho esto;» pero, ¿no pensamos en Telefo? «Nos falta el sentido comun.» (1).

SEMICORO.

¡Perdido, infame, mendigo harapiento! ¿cómo te atreves á decirnos eso, y á echarnos en rostro que hemos sido delatores?

SEMICORO.

Tiene razon. Por Neptuno, cuanto ha dicho es la pura verdad.

SEMICORO.

¿Y aunque sea verdad, es necesario decirlo? Pero ya le costará caro su atrevimiento.

SEMICORO.

¡Eh, tú! ¿á dónde vas? Detente. Si tocas á ese hombre, yo me encargaré de tí.

SEMICORO.

¡Oh Lámaco de fulminante mirada, socórrenos: preséntate, amigo Lámaco, ciudadano de mi tribu; preséntate y atérralos con tu terrible penacho! (2)

---

(1) Versos del *Telefo.*

(2) La eleccion de Lámaco, como representante del partido que deseaba la guerra, es acertada, no sólo por el humor belicoso que caracterizaba á aquel general, sino hasta por su nombre, perfectamente adecuado á las circunstancias: la etimología de Λαμαχος es, en efecto, λῶ, *quiero*, μάχη, *guerra.*

Generales y capitanes, acudid todos en mi auxilio. Me tienen agarrado por medio del cuerpo.

LÁMACO.

¿De dónde salen esos gritos de guerra? ¿A dónde es menester prestar mi auxilio y armar alborotos? ¿Quién me obliga á sacar de su caja mi terrible Gorgona? (1)

DICEÓPOLIS.

¡Oh Lámaco, héroe sin rival en penachos y batallones!

CORO.

¡Oh Lámaco, este hombre hace tiempo que está ultrajando á toda la ciudad!

LÁMACO.

¿Tú, vil mendigo, te atreves á tanto?

DICEÓPOLIS.

Heroico Lámaco, perdona que un mendigo, al empeñarse en hablar, haya dicho algunas necedades.

LÁMACO.

¿Qué has dicho contra nosotros? Habla.

DICEÓPOLIS.

No me acuerdo ya; el miedo á tu armadura me marea; por piedad, aparta de mi vista ese espantajo de tu escudo.

LÁMACO.

Sea.

---

(1) Era bastante frecuente esculpir en los escudos una cabeza de Gorgona.

DICEÓPOLIS.

Déjalo ahora en el suelo.

LÁMACO.

Ya está.

DICEÓPOLIS.

Ahora dáme una pluma de tu casco.

LÁMACO.

Toma la pluma.

DICEÓPOLIS.

Ahora sostenme la cabeza para que vomite: tu penacho me da náuseas.

LÁMACO.

¿Qué intentas? ¿quieres provocar el vómito con esa pluma?

DICEÓPOLIS.

¡Ah! ¿es una pluma? Y dime, ¿de qué pajáro? ¿Acaso del Fanfarron? (1)

LÁMACO.

¡Me las vas á pagar!

DICEÓPOLIS.

De ningun modo, Lámaco; esto no se decide por la fuerza; ya que tanta fuerza tienes, ¿por qué no me circuncidas? Armas no te faltan.

LÁMACO.

¿Así te insolentas con todo un general, vil mendigo?

DICEÓPOLIS.

¡Yo mendigo!

(1) Nombre de pájaro, fingido por Aristófanes para pintar el carácter de Lámaco.

LÁMACO.

¿Pues quién eres?

DICEÓPOLIS.

¿Quién soy? Un buen ciudadano, exento de ambicion; y, desde que hay guerra, un soldado voluntario; y tú, desde que hay guerra, un soldado mercenario.

LÁMACO.

Fuí elegido por los votos de...

DICEÓPOLIS.

Tres petates (1). Eso es lo que me ha indignado y movido á pactar esta tregua, no ménos que el ver en las filas á hombres encanecidos, miéntras otros jóvenes como tú, escurriendo el bulto, se iban con embajadas, unos á Tracia, ganándose tres dracmas, como los Tisámenes (2), los Fenipos y los Hipárquidas, todos á cual peores; otros, con Cáres (3), á la Caonia (4), como los Géres y Teodoros, y los Diomeos, tan pagados de sí mismos; otros á Camarina, Gela y *Catágela* (5).

---

(1) Lit.: *de tres cucos*. Alude quizá á alguna eleccion hecha por sorpresa.

(2) Atenienses de mala reputacion.

(3) El escoliasta de Aristófanes, en *Los Caballeros*, habla de un «Cáres general que tomó á Mitilene», sin duda confundiéndole con Páques. (Tuc., III, 18, 28, 34 y sigs.).

(4) País de Tracia. Este nombre tiene en su acepcion etimológica un significado obsceno, por lo cual lo emplea Aristófanes para indicar la depravacion de costumbres de Géres y Teodoro.

(5) *Camarina* y *Gela*, ciudades de Sicilia. *Catágela*, nombre imaginario que significa cosa *ridícula*. El poeta parece aludir á Láques, que habia mandado por entónces la escuadra enviada contra Sicilia.

LÁMACO.

Fueron elegidos por el sufragio popular.

DICEÓPOLIS.

¿Entonces por qué todas las recompensas son para vosotros y para estos ninguna? (1) Di, Maríllades, tú que tienes la cabeza encanecida por la edad, ¿has ido alguna vez en embajada? Dice que no, y sin embargo es prudente y laborioso. Y vosotros, Dracilo, Eufórides y Prínides (2), ¿conoceis á Ecbatana ó la Caonia? Tampoco. Sin embargo, las han visitado el hijo de Cesira (3) y Lámaco, de quienes, por no poder pagar su escote, ni sus deudas, decian hace poco sus amigos: «¡Agua va!» como los que al anochecer vierten por las ventanas el líquido con que se han lavado los piés.

LÁMACO.

¡Pueblo insolente! ¿Habrá que tolerar tales insultos?

DICEÓPOLIS.

No; si Lámaco no cobrase sueldo.

LÁMACO.

Pues yo haré siempre la guerra á todos los Peloponesios; los hostilizaré cuanto pueda, y los perseguiré con todas mis fuerzas terrestres y marítimas.

---

(1) Señalando al Coro.

(2) *Maríllades, Prínides, Eufórides*, nombres perfectamente adecuados á unos carboneros; vienen, en efecto, de μαρίλη, *brasa;* πρῖνος, *encina*; εὖ φέρω, *que lleva con facilidad su carga.*

(3) Jóven orador desconocido. Algunos suponen que es una alusion á Alcibíades.

DICEÓPOLIS.

Pues yo anuncio á todos los Peloponesios, Megarenses y Beocios, que pueden acudir á comprar y vender en mi mercado; sólo exceptúo á Lámaco. *(Queda solo el* CORO.)

CORO.

Este hombre aduce argumentos convincentes y va á cambiar la opinion del pueblo, inclinándole á la paz. Pero dispongámonos á recitar los anapectos (1).

Desde que nuestro poeta dirige los coros cómicos nunca se ha presentado á hacer su propio panegírico (2); pero hoy que ante los Atenienses, tan precipitados en sus decisiones, sus enemigos le acusan falsamente de que se burla de la república é insulta al pueblo, preciso le es justificarse con

(1) Metro empleado en las *Parábasis*. La *Parábasis* (de παραβαινῶ, *mudar de sitio)* era la parte más principal del coro en la comedia antigua ateniense. En ella, reunido aquel frente á los espectadores, les dirigia la palabra, en el primer entreacto, como diríamos nosotros, pues la *Parábasis* se declamaba cuando los actores abandonaban por primera vez la escena. Los poetas aprovechaban esta oportunidad para dirigir la palabra al pueblo, dando explicaciones sobre sus actos y obras, ó discurriendo sobre los negocios públicos, como se observa en esta de *Los Acarnienses*. La *Parábasis,* á lo ménos con el carácter político que aquí tiene, desapareció en la comedia media y moderna. *El Pluto,* última de las piezas de Aristófanes que se han conservado, no tiene *Parábasis*.

(2) Aristófanes habia presentado sus dos primeras comedias con los nombres de Calístrato y Filónides, actores encargados de la representacion de sus fábulas dramáticas.

sus volubles conciudadanos. El poeta pretende haberos hecho mucho bien, impidiendo que os dejeis sorprender por las palabras de los extranjeros y que os hechicen los aduladores y seais unos chorlitos. Antes los diputados de las ciudades, cuando os querian engañar, principiaban por llamaros: «Coronados de violetas» (1), y al oir la pabra *coronas*, era de ver cómo no cabiais ya en vuestros asientos (2). Si otro adulándoos decia: «La espléndida Atenas» (3), conseguia al punto cuanto deseaba, por haberos untado los labios con el elogio, como si fueseis anchoas. Desengañándoos, pues, os ha prestado el poeta eminentes servicios, y ha difundido por las ciudades aliadas el régimen democrático. Por eso los pagadores de tributos de esas mismas ciudades acudirán deseosos de conocer al excelente poeta que no ha temido decir la verdad á los Atenienses. La fama de su atrevimiento ha llegado tan léjos, que el gran Rey, in-

(1) Los Atenienses hacian un gran consumo de coronas, especialmente de violetas. En *El Banquete* de Platon, Alcibiades se presenta con varias coronas de aquella deliciosa flor.

(2) La frase griega es mucho más gráfica: *in primoribus natibus sedebatis*.

(3) Lit.: *grasienta* y *lustrosa*, como lo que se unta de aceite; por eso viene despues la comparacion de las anchoas. El Escoliasta cita con este motivo el siguiente verso de una oda de Píndaro:

Αἱ λιπαραὶ καὶ ἰοστέφανοι Ἀθῆναι
Brillante y coronada
De violetas Atenas.

terrogando á la embajada de los Lacedemonios, preguntó primero cuál era la armada más poderosa, y despues cuáles eran los más atacados por nuestro vate, y les aseguró que sería más feliz y conseguiria señaladísimas victorias la república que siguiese sus consejos. Por eso los Lacedemonios os brindan con la paz, y reclaman á Egina (1); no porque den gran importancia á aquella isla, sino por despojar de sus bienes al poeta; pero vosotros no le abandoneis jamás; en sus comedias brillará siempre la justicia, y abogará siempre por vuestra felicidad, no con adulaciones ni vanas promesas, fraudes, bajezas ni intrigas, sino dándoos buenos consejos y proponiéndoos lo que sea mejor.

Despues de esto, ya puede Cleon urdir y maquinar contra mí cuanto se le antoje. La honradez y la justicia estarán de mi lado, y nunca la República verá en mí, como en él, un cobarde é inmundo bardaje.

¡Ven, infatigable Musa acarniense, brillante y devoradora como el fuego! Semejante á la chispa que, sostenida por un suave viento, salta de los tizones de encina miéntras unos asan sobre ellos sabrosos pececillos, y otros preparan la salmuera fresca de Tasos ó amasan la blanca harina, ven,

(1) Isla dependiente de Atenas. De este pasaje han deducido algunos que Aristófanes tenía propiedades en Egina; otros creen que no se trata del poeta, sino del actor Calístrato. De todos modos, la toma de Egina fué una de las principales causas de la guerra (V. Tuc., I, 139).

Musa impetuosa, intencionada y agreste, y presta inspiracion á tu conciudadano!

Nosotros, decrépitos ancianos, acusamos á la ciudad. Vemos desamparada nuestra vejez, sin que se nos alimente en recompensa digna de los méritos que en las batallas navales contraimos; en cambio, sufrimos mil vejámenes; nos enredais en litigiosas contiendas, y luégo permitís que sirvamos de juguete á oradores jovenzuelos: ya nada somos; mudos é inservibles, como flautas rajadas, un baston es nuestro único apoyo, ó nuestro Neptuno, por decirlo así. En pié ante el tribunal, balbuceando algunas palabras inconexas, solo vemos de la justicia la bruma que la rodea, miéntras el abogado contrario, deseando captarse las simpatías de la juventud, lanza sobre el demandado un diluvio de palabras precisas y seguras; y luego de haberlo rendido, le interroga, le dirige preguntas insidiosas, y le turba, le aflige y despedaza, como le sucedió al anciano Titon.

El pobre calla; se retira castigado con una pena pecuniaria; llora y solloza, y dice á sus amigos: «El dinero con que pensaba comprar mi ataud, tengo que darlo para pagar esta multa.»

¿Es justo arruinar de ese modo á un anciano, á un hombre encanecido, que sobrellevó con sus compañeros tantas fatigas, que vertió por la República sudores ardientes, varoniles y copiosos, y que en Maraton peleó como un héroe? Nosotros, que de jóvenes perseguimos en Maraton á los enemigos, somos ahora perseguidos por hombres malvados, y

condenados al fin. ¿Que responderá á esto Marpsias? (1) ¿Es justo que un hombre encorvado por la edad, como Tucídides (2), cual si se hubiera perdido en los desiertos de Escitia, sucumba en sus litigios con Cefisodemo (3), abogado locuaz? Os aseguro que sentí la más viva compasion y hasta lloré, viendo maltratado por un arquero á ese anciano, á Tucídides digo, que, por Céres, cuando estaba en la plenitud de sus fuerzas no hubiera tolerado fácilmente que se le atreviese nadie, ni áun la misma Céres, pues primero hubiera derribado á diez Evatlos (4), y luego aterrado con sus gritos á los tres mil arqueros, y matado con sus flechas á toda la parentela de ese mercenario. Mas, ya que no quereis dejar descansar á los viejos, decretad, á lo ménos, la division de las causas: que el viejo desdentado litigue contra los viejos; el bardaje contra los jóvenes, y el charlatan contra el hijo de Clínias (5). Es necesario, no lo niego,

(1) Orador sumamente verboso y siempre pronto á disputar.

(2) Uno de los adversarios políticos de Pericles. Acusado de traicion, no pudo pronunciar una sola palabra, á pesar de ser un orador distinguido, y fué condenado, segun unos, al ostracismo por diez años, y, segun otros, á destierro perpétuo y confiscacion de bienes.

(3) Mal orador y gran pleitista. Su abuela era natural de Escitia, lo cual le echa en cara Aristófanes. Para comprender lo que sigue conviene tener presente que la mayor parte de los arqueros, que constituian la guardia municipal de Atenas, procedian de Escitia.

(4) Orador de mala reputacion. Era hijo de un arquero ó de otra persona de baja extraccion.

(5) Alcibiades.

perseguir á los malvados; pero en todos los procesos sea el anciano quien condene al anciano, y el jóven al jóven.

DICEÓPOLIS.

Estos son los límites de mi mercado. Todos los Peloponesios, Megarenses y Beocios pueden concurrir á él, con la condicion de que me vendan á mí sus mercancías y no á Lámaco. Nombro agoránomos (1) de mi mercado, elegidos á suerte, estos tres zurriagos del Lepreo (2). Que no entre aquí ningun delator, ni ningun habitante de Fásos (3). Voy á traer la columna (4) sobre la cual está escrito el tratado, para colocarla á la vista de todos.

(Entra un Megarense con dos muchachas.)

EL MEGARENSE (5).

¡Salud, mercado de Atenas, grato á los Megarenses! Juro por Júpiter, protector de la amistad, que deseaba verte como el hijo á su madre. Hijas des-

(1) Magistrados que, como su nombre indica, tenian á su cargo la inspeccion de los mercados. Iban armados de azotes formados de correas.

(2) *Lepros* era un sitio extramuros de Atenas, donde estaba el mercado de cueros.

(3) Es decir, todo delator, porque *fasos* en griego tiene la misma raíz que *sicofanta* ó delator. Fasos es el nombre de una ciudad y de un rio de Escitia.

(4) Era costumbre grabar en una columna de piedra ó de madera las leyes y decretos para darlos á conocer.

(5) El Megarense se expresa en dialecto dórico.

dichadas de un padre infortunado, mirad si encontrais alguna torta. Escuchadme, por favor, y hagan eco mis palabras en vuestro famélico vientre. ¿Qué quereis? ¿Ser vendidas ó moriros de hambre?

LAS MUCHACHAS.

¡Ser vendidas! ¡ser vendidas!

EL MEGARENSE.

Tambien me parece lo mejor. ¿Mas habrá algun tonto que os compre siendo una carga manifiesta? Pero se me ocurre un ardid digno de Megara. Os voy á disfrazar de cerdos, y diré que os traigo al mercado. Poneos estas pezuñas y procurad parecer de buena casta, pues si volveis á casa, ya sabeis, por el tonante Júpiter, que sufrireis los horrores del hambre. Ea, colocaos estos hocicos de puerco y meteos en este saco. Procurad gruñir bien y hacer *coi*, gritando como los cerdos que van á ser sacrificados á Céres (1). Yo voy á llamar á Diceópolis: ¡Diceópolis! ¿Quieres comprar cerdos?

DICEÓPOLIS.

¿Qué es ello? ¡Un Megarense!

EL MEGARENSE.

Venimos al mercado.

DICEÓPOLIS.

¿Cómo lo pasais?

(1) Cada iniciado ofrecia á Céres el sacrificio de un cerdo.

EL MEGARENSE.

Sentados siempre junto al fuego y muertos de hambre.

DICEÓPOLIS.

Por Júpiter, eso es muy agradable, teniendo al lado un flautista. (1) ¿Y qué más haceis los Megarenses?

EL MEGARENSE.

¿Y lo preguntas? Cuando yo salí para venir al mercado, nuestras autoridades dictaban las medidas oportunas para que la ciudad se arruine lo más pronto y desastrosamente posible.

DICEÓPOLIS.

Entónces no tardareis en veros libres de apuros.

EL MEGARENSE.

¿Por qué no?

DICEÓPOLIS.

¿Qué más ocurre en Megara? ¿Qué precio tiene el trigo?

EL MEGARENSE.

Tiene tanta estimacion y precio como los dioses.

DICEÓPOLIS.

¿Traes sal?

EL MEGARENSE.

¿Cómo, si os habeis apoderado de nuestras salinas?

---

(1) Juego de palabras. El Megarense dice πεινῶμεν, *tenemos hambre*, y Diceópolis entiende πίνωμεν, *bebemos*, por la semejanza de ambos vocablos, que en la pronunciacion casi debian confundirse.

DICEÓPOLIS.

¿Y ajos? (1)

EL MEGARENSE.

¿Qué ajos? Si siempre que invadís nuestras tierras arrancais todas las plantas como si fueseis ratones de campo.

DICEÓPOLIS.

¿Pues qué traes?

EL MEGARENSE.

Puercas para los sacrificios.

DICEÓPOLIS.

¡Que me place! A verlas.

EL MEGARENSE.

¡Mira qué hermosas! Tómalas á peso si quieres. ¿Qué gorda y qué hermosa está esta?

DICEÓPOLIS.

¿Pero qué es esto?

EL MEGARENSE.

Una cerda, por vida mia.

DICEÓPOLIS.

¿Qué dices? ¿De dónde es?

EL MEGARENSE.

De Megara. ¿No es puerca ó qué?

DICEÓPOLIS.

A mí no me lo parece.

---

(1) El ajo puede decirse que constituia la base de la alimentacion de los campesinos y del pueblo bajo. En Megara se recogia mucho.

Testylis et rapido fessis messoribus æstu
Allia serpyllumque herbas contundit olentes.

(VIRG. *Eg.* II, 10-11.)

EL MEGARENSE.

¡Que no! ¡Tu incredulidad es asombrosa! ¡Decir que no es una puerca! Apostemos, si quieres, un celemin de sal mezclada con tomillo á que entre los Griegos pasa esta por puerca.

DICEÓPOLIS.

Sí, que es puerca (1); pero de hombre.

EL MEGARENSE.

Sí, por Diócles, (2) y mia, ¿qué crees tú que son? ¿Quieres oirlas gruñir?

DICEÓPOLIS.

Bueno; no hay inconveniente.

EL MEGARENSE.

Gruñe pronto, puerquecilla. ¿A qué te callas, desdichada? Te volveré á casa, por Mercurio.

UNA MUCHACHA.

¡Coi! ¡Coi!

EL MEGARENSE.

¿Es ó no puerca?

DICEÓPOLIS.

Ahora lo parece; pero bien alimentada será otra cosa (3).

EL MEGARENSE.

Dentro de cinco años, te lo aseguro, será como su madre.

---

(1) La palabra χοῖρος significa *porcus* y *cunnus;* de aquí una infinidad de equívocos que no hacemos más que dejar traslucir.

(2) *Diócles* era un héroe por el cual juraban los Megarense como en otros pueblos por Hércules ó los Dioscuros. En su honor se celebraban juegos llamados *Diocleenses*.

(3) *Cunnus fiet.*

DICEÓPOLIS.

Pero no sirve para el sacrificio.

EL MEGARENSE.

¿Por qué razon?

DICEÓPOLIS.

Porque no tiene cola (1).

EL MEGARENSE.

Aun es muy jóven; cuando crezca tendrá una cola grande, gorda y colorada. Si quieres alimentarla, será una puerca magnífica.

DICEÓPOLIS.

¡Qué parecida es á esta otra! (2).

EL MEGARENSE.

Las dos son hijas del mismo padre y de la misma madre. Cuando se engorde y se cubra de pelos será la mejor víctima que pueda ofrecerse á Vénus.

DICEÓPOLIS.

A Vénus no se le sacrifican puercas.

EL MEGARENSE.

¿Que no se sacrifican puercas á Vénus? Precisamente es la única deidad á quien le agradan. La carne de estos animales es riquísima, sobre todo cuando se la clava en el asador.

DICEÓPOLIS.

¿Comen ya solas, sin necesitar de su madre?

EL MEGARENSE.

Ni de su padre, por Neptuno.

---

(1) Sólo se sacrificaban víctimas perfectas.
(2) *Quam germanus est hujus cunni alteri!*

DICEÓPOLIS.

¿Qué comida les gusta más?

EL MEGARENSE.

La que les des. Pregúntaselo á ellas

DICEÓPOLIS.

¡Gorrin! ¡Gorrin!

LAS MUCHACHAS.

¡Coi!! ¡Coi!!

DICEÓPOLIS.

¿Comerás nabos? (1).

LAS MUCHACHAS.

¡Coi! ¡Coi! ¡Coi!

DICEÓPOLIS.

¿Comerás higos?

LAS MUCHACHAS.

¡Coi! ¡Coi!

DICEÓPOLIS.

¡Con qué furia han pedido los higos! Traedles algunos á estas puerquecillas. ¿Los comerán?—¡Sopla! ¡Con qué afan los devoran, Hércules venerando! Parece que son de *Tragacia* (2). Pero es imposible que se hayan comido todos los higos.

EL MEGARENSE.

Todos, ménos uno que he cogido yo.

DICEÓPOLIS.

Son hermosos animales, á fe mia. ¿Por cuánto me los vendes?

---

(1) Lit.: *garbanzos. Vox græca penem etiam significat.*
(2) Ciudad imaginaria, cuyo nombre se deriva de τραγεῖν, *tragar ó devorar.*

EL MEGARENSE.

Este, por una ristra de ajos, y el otro, si te gusta, por un quénice (1) de sal.

DICEÓPOLIS.

Trato hecho. Espérame aquí.

EL MEGARENSE.

¡Bueno va! ¡Mercurio protector del comercio, concédeme que pueda vender lo mismo á mi mujer y á mi madre! (2).

UN DELATOR.

¡Buen hombre! ¿De dónde eres?

EL MEGARENSE.

Soy un Megarense, vendedor de cerdos.

EL DELATOR.

Pues yo denuncio como enemigos á tus lechoncillos y á tí.

EL MEGARENSE.

¡Otra vez! Este renueva la fuente de todos nuestros males.

EL DELATOR.

Ya te arrepentirás de tu venida. Deja pronto ese saco.

EL MEGARENSE.

¡Diceópolis! ¡Diceópolis! Me denuncia un no sé quién.

---

(1) Medida de capacidad equivalente á un litro, ocho centílitros.

(2) Esta súplica indica el extremo á que habia llegado en Megara la miseria.

DICEÓPOLIS.

¿Quién te denuncia? Agoránomos, ¿por qué no arrojais del mercado á los delatores?—¿Cómo quieres alumbrarnos sin linterna? (1).

EL DELATOR.

¿No puedo denunciar á los enemigos?

DICEÓPOLIS.

A costa de tu pellejo, si no te largas á otro sitio con tus delaciones.

EL MEGARENSE.

¡Qué peste para Atenas!

DICEÓPOLIS.

Animo, Megarense; aquí tienes el precio de tus lechoncillos; toma los ajos y la sal. Y pásalo bien.

EL MEGARENSE.

Ya no es costumbre entre nosotros.

DICEÓPOLIS.

Cierto, he dicho una tontería. ¡Caiga la culpa sobre mí!

EL MEGARENSE.

Id, lechoncillos mios, y, lejos de vuestro padre, ved si hay quien os dé de comer tortas con sal. *(Vanse los dos.)*

CORO.

Este hombre (2) es muy feliz. ¿No has oido cuán provechosa le ha sido su determinacion? Se gana

---

(1) La voz griega significa *alumbrar* y *delatar*.
(2) Diceópolis.

la vida sentado tranquilamente en la plaza; y si se presenta Ctesias ó algun otro delator, les obligará á tomar asiento doloridos. Nadie te engañará en la compra de comestibles; Prépis (1) no te manchará con su inmundo contacto; Cleónimo no te dará empellones; cruzarás por entre la multitud vestido de fiesta sin temor de que te salga al encuentro el pleitista Hipérbolo, ni de que, al pasear por el mercado, se te acerque Cratino (2), pelado á la manera de los libertinos, ó aquel perversísimo Artemon (3), en cuyas axilas se esconden chivos apestados (4). Tampoco se burlarán de tí en la plaza ni el perdido Pauson (5) ni Lisístrato (6), oprobio de los Colargienses; ese que impregnado de todos los vicios, como el paño en la púrpura que le tiñe, padece hambre y frio más de treinta dias al mes.

---

(1) Alusion á sus prácticas infames.

(2) El Escoliasta dice que este Cratino, poeta lírico de costumbres depravadas, no debe confundirse con el poeta cómico de igual nombre, atacado tambien por Aristófanes en várias de sus comedias.

(3) Anacreonte, en un fragmento conservado por Ateneo (XII. 434. c. f.), habla de un Artemon, al cual llama πὲριφὸρητος *(circunvectitius)*, adjetivo cambiado por Aristófanes en περιπὸνηρος (como si dijeramos *archibribon*). Plutarco *(Vida de Perides*, 27) habla de otro Artemon, hábil mecánico, que ayudó Perícles en el sitio de Sámos, empleando máquinas de guerra.

(4) Los poetas latinos usan tambien esta perífrasis para indicar el mal olor vulgarmente llamado á sobaquina.

(5) Pintor extremadamente pobre y desvergonzado.

(6) Parásito, natural del demo de Colárges; su pobreza y descaro eran extraordinarios. (Vid. *Los Caballeros,* 1.265; *Las Avispas,* 787, y el frag. 1 de *Los Detalenses.)*

UN BEOCIO.

¡Por Hércules! ¡Cómo me duele el hombro.—Isménico, descarga con cuidado el poleo (1); y vosotros, flautistas tebanos, soplad con vuestras flautas de hueso por el agujero mayor de esta piel de perro (2).

DICEÓPOLIS.

¡Callad, malditos! ¿Si habrán echado raíces en mi puerta semejantes moscones? ¿De dónde vendrán esos discordantes flautistas, dignos discípulos de Quéris? (3).

EL BEOCIO.

Por Iolao (4), ¡con qué placer les veria irse al infierno! Desde Tébas vienen soplando detras de mí, y me han arrancado todas las flores del póleo. Extranjero, ¿quieres comprarme pollos ó langostas?

DICEÓPOLIS.

Salud, amigo Beocio, gran comedor de panecillos. ¿Qué traes?

UN BEOCIO.

Cuanto de bueno hay en Beocia: orégano, poleo, esterillas, mechas para lámparas, ánades, grajos, francolines, pollas de agua, reyezuelos, mergos...

---

(1) Hierba tónica y astringente, muy abundante en Beocia.

(2) *Osseis tibiis inflate canis culum.* Las flautas á que alude eran parecidas á nuestras gaitas gallegas.

(3) Mal flautista, ya citado.

(4) Héroe muy respetado en Beocia. Ayudó á Hércules en su combate con la hidra de Lerna. (V. *Pausanias*, l. IX, 23.)

DICEÓPOLIS.

De modo que entras en el mercado á manera de huracan que abate las aves contra el suelo.

EL BEOCIO.

Tambien traigo gansos, liebres, zorras, topos, erizos, gatos, píctidas, nutrias, anguilas del Cópais... (1)

DICEÓPOLIS.

¡Oh qué deliciosísimo bocado acabas de nombrar! Sí traes anguilas, déjame que las salude.

EL BEOCIO.

Sal, tú, la mayor de las cincuenta vírgenes Copaidas, á regocijar con tu presencia á este extranjero (2).

DICEÓPOLIS.

¡Querida mia, por tanto tiempo deseada, al fin has venido á satisfacer los deseos de los coros cómicos, y los del mismo Moricos! (3).—Esclavos, traedme el fuego y el aventador. Mirad, muchachos, esta hermosa anguila, que al fin viene á visitarnos despues de seis años de espera (4). Saludadla, hijos mios. Llevadla adentro.—Ni áun la

---

(1) Lago de Beocia, cuyas anguilas eran muy grandes y apreciadas.

(2) Parodia de Esquilo y Eurípides.

(3) Poeta trágico, fué embajador en la corte de Persia, y gastrónomo famoso, una especie de Lúculo ateniense.

(4) Porque durante la guerra del Peloponeso estuvieron interrumpidas las relaciones mercantiles con Beocia, y no podian presentarse en el mercado ateniense sus renombradas anguilas.

muerte podrá separarme de tí (1), como te cuezan con acelgas.

EL BEOCIO.

¿Y cuánto me vas á pagar por ella?

DICEÓPOLIS.

Esta me la darás por derechos de entrada. ¿Quiéres vender alguna otra cosa?

EL BEOCIO.

Sí, por cierto; todo.

DICEÓPOLIS.

Vamos á ver, ¿cuánto pides? ¿O prefieres cambiar por otras tus mercancías?

EL BEOCIO.

Bien, me llevaré de Atenas lo que no hay en Beocia.

DICEÓPOLIS.

Entónces querrás anchoas del Falero (2) y cacharros.

EL BEOCIO.

¡Anchoas! ¡Cacharros! De sobra los tenemos. Sólo quiero llevarme cosas que no hay allí, y aquí se encuentran en abundancia.

DICEÓPOLIS.

Ahora caigo en la cuenta: llévate un delator perfectamente empaquetado como si fuese una vasija.

---

(1) Verso 367 de la *Alcéstes* de Eurípides.

(2) Puerto de Atenas. Barthelemy, apoyado en AA. antiguos, dice que las sardinas que en sus inmediaciones se pescaban merecian presentarse en la mesa de los dioses. (V. *Voyage du jeune Anacharis*, t. II, cap. 25).

EL BEOCIO.

¡Por los Dioscuros! (1) Ese sí que sería un negocio redondo: cargar con un mico lleno de malicias.

DICEÓPOLIS.

Muy oportunamente llega Nicarco á delatar á alguno.

EL BEOCIO.

¡Qué pequeño es!

DICEÓPOLIS.

Pero todo veneno.

NICARCO.

¿De quién son estas mercancías?

EL BEOCIO.

Mias; traidas de Beocia: por Júpiter lo juro.

NICARCO.

Pues yo las denuncio por enemigas.

EL BEOCIO.

¿Qué furia te mueve á declarar la guerra á las aves?

NICARCO.

Tambien á tí te denunciaré.

EL BEOCIO.

¿Qué daño te he hecho yo?

NICARCO.

Te lo diré en obsequio de los presentes: tú traes mechas del país enemigo.

(1) Juramento muy usado por los Espartanos, entre los cuales Cástor y Pólux recibian culto especial. (V. *La Paz*, 214, 285; *Lisist*.. 81, 86.)

EL BEOCIO.

¿Eres por tanto un denunciador de mechas?

NICARCO.

Una sola puede incendiar la flota.

EL BEOCIO.

¡Una mecha incendiar la flota! ¿Cómo? ¡Soberano Júpiter!

NICARCO.

Cualquier Beocio enciende una mecha, la ata á un insecto alado, y, aprovechando un momento en que el Bóreas sople con más violencia, la lanza sobre la flota por medio de un tubo; si el fuego prende en cualquier navío, es seguro que se abrasará en seguida toda la flota.

DICEÓPOLIS.

¡Canalla sin vergüenza! ¿De modo que para reducir á cenizas la escuadra, bastan una mecha y un insecto? *(Le pega).*

NICARCO.

¡Sed testigos! ¡Favor!

DICEÓPOLIS.

Tápale la boca: dáme bálago y mimbres para envolverle y podérmelo llevar como una vasija sin que se rompa.

CORO.

Buen hombre, ata bien tan delicada mercancía, no se te quiebre en el camino.

DICEÓPOLIS.

Eso á mi cargo queda; aunque deja oir un crujido como si se hubiera rajado en el horno. ¡Crujido odioso á los inmortales!

CORO.

¿Qué hará con él?

DICEÓPOLIS.

Me servirá para todo: de recipiente de los males; de mortero para majar pleitos; de linterna para espiar á los recaudadores, y de barreño donde se enturbien todas las cosas.

CORO.

¿Pero quién se atreverá á usar un vaso cuyos crujidos resuenan incesantemente en la casa?

DICEÓPOLIS.

Es sólido, amigo mio, y no se quebrará fácilmente si se le cuelga de los piés, cabeza abajo.

CORO.

Ya está bien embalado.

EL BEOCIO.

Voy á segar mi cosecha.

CORO.

Excelente forastero, carga con ese paquete, llévate á ese delator, bueno para cualquier cosa, y arrójalo donde te agrade.

DICEÓPOLIS.

Trabajo me ha costado el empaquetar á ese perdido. Ea, amigo, toma tu vasija y llévatela.

EL BEOCIO.

Isménico, cárgatela sobre tus duros hombros.

DICEÓPOLIS.

Procura llevarla con cuidado. Aunque no llevas nada de bueno, sin embargo, es fácil que salgas ganancioso con tu carga: serás feliz por gracia de los delatores. *(Váse el Beocio.)*

UN CRIADO DE LÁMACO.

¡Diceópolis!

DICEÓPOLIS.

¿Quién va? ¿Qué me quieres?

EL CRIADO.

Lámaco te suplica que le des, mediante este dracma, algunos tordos, para celebrar la fiesta de las *Copas* (1); y que por otros tres le vendas una anguila del Cópais.

DICEÓPOLIS.

¿Quién es ese Lámaco que desea la anguila?

EL CRIADO.

Aquel terrible sufridor de trabajos, que lleva una Gorgona en el escudo, y sobre cuyo casco se agita un penacho triple.

---

(1) Fiesta que se celebraba el segundo dia de las *Antesterias*. Hé aquí su orígen, segun el Escoliasta: cuando Oréstes vino á Atenas, despues de haber vengado el asesinato de su padre Agamenon con el de su madre Clitemnestra, Pandion, rey entónces del Atica, hallábase presidiendo un banquete en honor de Baco. No queriendo ni excluir á Oréstes ni que sus convidados se contaminasen bebiendo en el mismo vaso que el parricida, distribuyó á cada uno una copa, de modo que al hacer las libaciones no hubiese necesidad de pasarla de mano, como era costumbre.

La tradicion de este piadoso procedimiento conservóse en las fiestas de Baco. Lo característico de la de las *copas* era la lucha de bebedores, en la cual para ser declarado vencedor era preciso apurar una copa (χοῦς) cuyo contenido era de más de tres litros. El que primero la vaciaba recibia en recompensa una corona y un pellejo de vino.

Al fin de la comedia veremos á Diceópolis triunfante en este certámen báquico.

DICEÓPOLIS.

No le venderé nada, por Júpiter, aunque me dé su escudo: en vez de comer pescado, entreténgase en agitar su penachos. Si se alborota, llamaré á los Agoránomos. Ahora, recogiendo mis compras, entraré en mi casa «sobre las alas de los mirlos y los tordos.» (1)

CORO.

¿No veis, ciudadanos, no veis la extremada prudencia y discrecion de ese hombre, que, despues de haber pactado sus treguas, puede comprar cuantas cosas suelen traer los mercaderes, útiles unas á la casa, y gratísimas otras al paladar?

Todos los bienes penetran por sí mismos en su morada.

Nunca admitiré en mi casa al belicoso Marte; jamás cantará en mi mesa el himno de Harmodio (2), porque es un sér cuya embriaguez es temible. Arrojándose sobre nuestros bienes, descargó sobre nosotros todos los males, la ruina, la destruccion y la muerte; en vano le decíamos amable-

(1) Parodia de alguna cancion popular.

(2) En honor de *Harmodio,* que, unido á Aristogiton, mató al tirano Hiparco, se compuso un *Escolio* ó canto de sobremesa, conservado por Ateneo (lib. 15, c. 15). *Cantar el Harmodio* con alguno, significaba lo mismo que comer en su compañía. La cancion aludida principiaba:

«Llevaré mi espada cubierta con hojas de mirto, como Harmodio y Aristogiton, cuando mataron al tirano y restablecieron en Atenas la igualdad de las leyes.»

mente: «Bebe, acompáñanos en la mesa, acepta esta copa de amistad,» porque entónces atizaba con más violencia el incendio de nuestros rodrigones, y derramaba el vino de nuestras cepas.

Abundante mesa es la de Diceópolis; envanecido con su suerte, arroja en los umbrales de su casa esas plumas, indicio de su regalada vida.

¡Oh Paz, compañera de la hermosa Vénus y de sus amigas las Gracias! ¿Cómo he podido desconocer tanto tiempo tu sin par belleza?

¡Ojalá me despose contigo un Amor coronado de rosas como el que está allí pintado! (1) ¿Me crees acaso demasiado viejo? Pues si me enlazo á tí podré, aunque anciano, hacer tres cosas en obsequio tuyo: abrir en primer lugar un largo surco para la vid (2); poner despues junto á él tiernos retoños de higuera, y plantar luégo el vigoroso sarmiento; cercando, por fin, todo mi campo de olivos, con cuyo aceite podamos mútuamente ungirnos en las Neomenias.

UN HERALDO.

Pueblos, escuchad: conforme á la costumbre patria, bebed en vuestras copas, al són de las trom-

---

(1) Se cree que Aristófanes alude á un Amor coronado de rosas y radiante de hermosura que Zéuxis habia pintado en el templo de Vénus, en Atenas.

(2) *In his turpiuscula latent* (BOISSONADE.).

petas; el que primero haya apurado su vaso recibirá en premio un odre de Ctesifon (1).

DICEÓPOLIS.

Muchachos, mujeres, ¿no habeis oido? ¿Qué haceis? ¿No habeis oido el pregon? Coced las viandas, asadlas; retirad pronto las liebres de los asadores; tejed las coronas; dadme asadorcillos para los tordos (2).

CORO.

Celebro tu suerte, amigo mio, y más que todo esa tu discrecion admirable por la cual gozas de tan delicioso banquete.

DICEÓPOLIS.

¿Pues qué direis cuando veais cómo se asan mis tordos?

CORO.

Tambien creo que tienes razon en eso.

DICEÓPOLIS.

Atizad el fuego.

CORO.

¿Veis cómo dispone su comida, á modo de un cocinero hábil y experimentado?

UN LABRADOR.

¡Infeliz de mí!

DICEÓPOLIS.

Por Hércules, ¿quién es este?

(1) Epigrama contra Ctesifon, que era muy grueso y panzudo.

(2) Los tordos eran muy estimados en Atenas, como lo prueban varios pasajes del mismo Aristófanes.

EL LABRADOR.

Un hombre desgraciado.

DICEÓPOLIS.

Pues sigue tu camino.

EL LABRADOR.

Queridísimo amigo, ya que las treguas se han pactado sólo para tí, cédeme un poco de tu paz, aunque no sea más que por cinco años.

DICEÓPOLIS.

¿Qué te aflige?

EL LABRADOR.

Estoy arruinado; he perdido una pareja de bueyes.

DICEÓPOLIS.

¿Cómo?

EL LABRADOR.

Los Beocios me los quitaron en la toma de Fila (1).

DICEÓPOLIS.

¡Oh tres veces mísero! ¿y áun vas vestido de blanco?

EL LABRADOR.

Ellos, ¡oh poderoso Júpiter! me mantenian en la más deliciosa abundancia (2).

DICEÓPOLIS.

¿Qué necesitas ahora?

EL LABRADOR.

Me he estropeado los ojos llorando aquellos bue-

(1) Demo del Atica.
(2) Lit.: *alebant me fume bovino;* para significar que los abonos constituyen una parte muy principal de la riqueza agrícola.

yes. Si algun interes te merece Dercéles de Fila, frótame pronto los ojos con el bálsamo de la paz.

DICEÓPOLIS.

Pero, desdichado, yo no soy médico público (1).

EL LABRADOR.

Por piedad, hazlo, para ver si puedo recobrar mis bueyes.

DICEÓPOLIS.

Me es imposible; véte con tus lágrimas á los discípulos de Pítalo (2).

EL LABRADOR.

Pónme siquiera una gota de paz en esta cañita.

DICEÓPOLIS.

Ni el átomo más imperceptible. Véte á llorar donde quieras.

EL LABRADOR.

¡Desdichado de mí! ¡Sin bueyes para la labranza!

CORO.

Este hombre ha conseguido con su tratado muchas ventajas, de las cuales, al parecer, no quiere hacer partícipe á nadie.

DICEÓPOLIS.

Pon esos callos con miel: asa los calamares.

CORO.

¿Oís cómo levanta la voz?

DICEÓPOLIS.

Asad las anguilas.

---

(1) Habia en Aténas médicos encargados de prestar gratuitamente sus servicios á los pobres.
(2) Médico de Aténas.

CORO.

Nos vas á matar de hambre; y á tus vecinos con el humo y las voces.

DICEÓPOLIS.

Asad esa con cuidado; que quede doradita.

UN PARANINFO (1).

¡Diceópolis! ¡Diceópolis!

DICEÓPOLIS.

¿Quién llama?

EL PARANINFO.

Un recien casado te envia esta parte de su convite de boda.

DICEÓPOLIS.

Es muy amable, sea quien quiera.

EL PARANINFO.

Te suplica que en cambio de estas viandas, le eches en este vaso de alabastro una copita de paz, para que pueda eximirse de la milicia y quedarse en casa disfrutando de los placeres del amor.

DICEÓPOLIS.

Llévate, llévate tus viandas, y nada me des, pues no le cederia una gota por mil dracmas.—¿Pero quién es esa mujer?

EL PARANINFO.

Es la madrina de la boda. Quiere hablarte á tí solo, de parte de la novia.

---

(1) Dábase este nombre al mozo que acompañaba al recien casado cuando se dirigia á su casa con su esposa.

DICEÓPOLIS.

Vamos, ¿qué tienes que decirme?...—¡Dioses inmortales! Qué ridícula es la pretension de la novia... Me pide que haga de modo que permanezca en la casa una parte del cuerpo de su esposo (1). Ea, venga aquí el tratado; á ella sola le daré parte, en consideracion á que siendo mujer no debe sufrir las molestias de la guerra. Tú *(A la madrina)*, buena mujer, acerca el frasco... ¿Sabes cómo se ha de usar? Dile á la desposada que cuando se haga la leva de los soldados, unte con esto esa parte del cuerpo de su marido que desea conservar. Llévate el tratado. Traed el cacillo para que llene de vino las copas.

CORO.

Ahí se acerca uno con el entrecejo fruncido, como si nos fuera á anunciar alguna desgracia.

MENSAJERO 1.°

¡Oh trabajos y combates! ¡Oh Lámacos! (2)

LÁMACO.

¿Quién mueve tanto estrépito en torno de esta casa hermoseada por ornamentos de bronce? (3).

MENSAJERO 1.°

Los Estrátegas ordenan que, reuniendo á toda prisa tus batallones y penachos, partas hoy mismo, á pesar de la nieve, á custodiar la frontera. Han

(1) Τὸ πέος.
(2) Juego de palabras sobre μάχαι y Λάμαχοι.
(3) Parodia del estilo trágico.

sabido que los bandidos Beocios pensaban invadir nuestro territorio, en ocasion de estarse celebrando la fiesta de las copas y las ollas (1).

LÁMACO.

¡Oh Estrátegas, cuantos más sois peores! ¿No es terrible el no poder ni siquiera celebrar esta fiesta?

DICEÓPOLIS.

¡Oh ejército bélico-lamacaico! (2).

LÁMACO.

¡Oh desgracia! ¿Ya te burlas de mí?

DICEÓPOLIS.

¿Quieres luchar con este Gerion de cuádruple penacho? (3).

LÁMACO.

¡Ay! ¡Ay! ¡qué noticia tan triste me ha traido este mensajero!

DICEÓPOLIS.

¡Oh! ¡Oh! ¡qué agradable es la que me trae este otro!

MENSAJERO 2.°

¡Diceópolis!

DICEÓPOLIS.

¿Qué hay?

---

(1) El tercer dia de las Antesterias se llamaba la fiesta de las *ollas*.

(2) Expresion burlesca.

(3) El Escoliasta supone que el nombre de *Gerion* se lo da burlescamente Diceópolis á un insecto de *cuatro alas* que revolotea sobre la cabeza de Lámaco.

MENSAJERO 2.°

Corre al festin y lleva una cesta y una copa, pues te invita el sacerdote de Baco (1): pero apresúrate: los convidados te esperan. Ya está todo preparado, los triclinios, los cojines, los tapetes, las coronas, los perfumes y los postres: hay allí cortesanas, y galletas, pasteles, tortas de sésamo, rosquillas, y hermosas bailarinas, delicias de Harmodio (2); pero corre, corre cuanto puedas.

LÁMACO.

¡Infeliz de mí!

DICEÓPOLIS.

¡Infeliz tú, cuando te pavoneas con la gran Gorgona de tu escudo! Cerrad la puerta y preparad la comida.

LÁMACO.

¡Esclavo! ¡esclavo! Tráeme la maleta.

DICEÓPOLIS.

¡Esclavo! ¡esclavo! Tráeme la cesta.

LÁMACO.

Trae sal mezclada con tomillo, y cebollas.

DICEÓPOLIS.

Y á mí peces; me cansan las cebollas.

LÁMACO.

Tráeme aquel rancio guiso envuelto en su hoja de higuera.

---

(1) Que solia dar un gran festin para celebrar la fiesta del dios.
(2) Es decir del banquete.

DICEÓPOLIS.

Y á mí aquel recien hecho (1): ya lo coceré yo.

LÁMACO.

Tráeme las plumas de mi casco.

DICEÓPOLIS.

Tráeme pichones y tordos.

LÁMACO.

¡Qué hermosa y qué blanca es esta pluma de avestruz!

DICEÓPOLIS.

¡Qué hermosa y qué dorada está la carne de este pichon!

LÁMACO.

Amigo, deja de burlarte de mi armadura.

DICEÓPOLIS.

Amigo, deja, si puedes, de mirar mis tordos.

LÁMACO.

Dáme la caja de mi triple cimera.

DICEÓPOLIS.

Dáme ese embutido de carne de liebre.

---

(1) Este guiso recibia el nombre de Θριῶν, *hoja de higuera*. Los habia de muchas clases; vayan por muestra dos recetas para confeccionar este sabroso plato. Se mezclaba manteca de cerdo derretida con leche, hasta formar una masa espesa; añadíase queso fresco, yemas de huevos, y sesos; envolvíase la pasta en una hoja de higuera, y se ponia á cocer en un caldo de aves ó de cabrito. Despues se retiraba del fuego, se separaba la hoja y se sumergía en una cazuela llena de miel hirviendo. El manjar se servia despues de cuajada la mezcla. Otra ménos complicada: se mezclaban un trozo de tocino, harina de trigo comun, leche, y una yema de huevo, y se envolvia la pasta en hojas de higuera.

LÁMACO.

¡Cómo han devorado las polillas mis penachos!

DICEÓPOLIS.

¡Cómo voy á devorar embutidos de liebre ántes del banquete!

LÁMACO.

Amigo, ¿no puedes dejar de hablarme?

DICEÓPOLIS.

No te hablo; disputo hace tiempo con mi esclavo. —¿Quiéres apostar (Lámaco decidirá la cuestion) si son más sabrosos los tordos que las langostas?

LÁMACO.

Estás muy insolente.

DICEÓPOLIS.

Dice que son más sabrosas las langostas.

LÁMACO.

Esclavo, esclavo, saca la lanza y tráemela.

DICEÓPOLIS.

Esclavo, esclavo, saca aquella morcilla del fuego y tráemela.

LÁMACO.

Ea, sujeta bien la lanza miéntras yo tiro de la vaina.

DICEÓPOLIS.

Ten tú tambien firme y no lo sueltes (1).

LÁMACO.

Saca las abrazaderas de mi escudo.

---

(1) Se supone que para sacar las carnes del asador.

DICEÓPOLIS.

Saca del horno los panes, abrazaderas de mi estómago.

LÁMACO.

Tráeme el disco del escudo que tiene una Gorgona.

DICEÓPOLIS.

Tráeme el disco de aquel pastel que tiene un queso.

LÁMACO.

¿No es éste un burlon sin gracia?

DICEÓPOLIS.

¿No es éste un pastel delicioso?

LÁMACO.

Echa aceite en el escudo. Veo en él la imágen de un viejo que será acusado de cobardía (1).

DICEÓPOLIS.

Echa miel al pastel. Veo en él la imágen de un viejo que hace rabiar al penachudo Lámaco.

LÁMACO.

Esclavo, tráeme la coraza de batalla.

DICEÓPOLIS.

Esclavo, tráeme mi coraza, es decir, mi copa.

LÁMACO.

Con esto defenderé mi pecho contra los enemigos.

DICEÓPOLIS.

Con esto defenderé mi pecho contra los bebedores (2).

(1) Era una de las acusaciones públicas, lo mismo que la desercion.

(2) El verbo Θωρήσσω significa: *ponerse una coraza*, y *embriagarse*.

LÁMACO.

Sujeta esas correas á mi escudo.

DICEÓPOLIS.

Sujeta los platos á la cesta.

LÁMACO.

Cogeré esta maleta y la llevaré yo mismo.

DICEÓPOLIS.

Yo cogeré este vestido y me marcharé.

LÁMACO.

Toma el escudo y anda.—¡Oh Júpiter! ¡Está nevando! Tengo que hacer una campaña de invierno.

DICEÓPOLIS.

Recoge las viandas. Tengo que cenar. *(Salen ambos.)*

CORO.

Id alegremente á la guerra. ¡Qué caminos tan diversos seguís! Aquel beberá, coronado de flores; tú harás centinela medio helado; aquél dormirá con una hermosísima jóven... Lo digo de véras: ¡ojalá Júpiter confunda al hijo de Psácas, á Antímaco, poetastro infeliz, que, siendo Corega (1) en las fiestas Leneas, me mandó á mi casa sin cenar! ¡Ojalá le vea yo algun dia deseoso de comer un calamar, y cuando esté ya frito, chirriando en la sarten, servido en la mesa, y aderezado con sal, en el mo-

(1) El Corega tenía á su cargo ordenar por su cuenta los gastos teatrales. Parece que Antímaco trató mezquinamente á los artistas. Además hizo aprobar un decreto en que se prohibia á los poetas cómicos poner en escena con su propio nombre á los ciudadanos atenienses; por lo cual hubieron de retirarse muchas comedias, y quedaron reducidos á la mendicidad gran parte de los coristas.

mento de llevarlo á la boca, un perro se lo arrebate y escape con él!

Además de ese mal, le deseo otra aventura nocturna. ¡Ojalá al volver febril á su casa, despues de la equitacion, se tropiece con Oréstes (1) borracho, y éste enfurecido le rompa la cabeza; y que pensando tirarle una piedra, coja en la oscuridad un excremento reciente, y al lanzarlo con ímpetu como si fuera un guijarro, yerre el golpe y le pegue á Cratino! (2).

UN CRIADO DE LÁMACO.

¡Esclavos de Lámaco, pronto, pronto, calentad agua en un pucherillo! Preparad trapos, ungüento, lana vírgen y vendas, para atarle el tobillo. Al saltar una zanja se ha herido con una estaca, se ha dislocado un pié y se ha roto la cabeza contra una peña; la Gorgona saltó del escudo, y al ver el héroe su formidable penacho caido entre las piedras, entonó estos versos terribles:

Por la postrera vez, astro brillante,
Te ven mis ojos; desfallezco y muero (3)

Dicho esto, cae en una zanja, levántase, se arroja sobre los fugitivos, persigue á los bandoleros, los hostiliza con su lanza. Pero hélo aquí; abrid pronto la puerta.

(1) Ladron de vestidos.
(2) Este Cratino es el mismo del verso 849, y no el poeta cómico.
(3) Parodia de algun poeta trágico.

LÁMACO.

¡Ay, ay, ay! ¡qué agudos dolores! ¡qué frio! ¡Yo muero, triste de mí, herido por una lanza enemiga! Pero áun será mas terrible mi desgracia si Diceópolis viéndome en este estado, se burla de mi infortunio.

DICEÓPOLIS *(con dos cortesanas del brazo).*

¡Ay! ¡ay! ¡ay! ¡Vuestro turgente seno tiene la dureza del membrillo! Dadme un beso, tesoro mio, un beso dulce y voluptuoso. Pues yo he sido el que he bebido la primera copa.

LÁMACO.

¡Oh suerte funesta! ¡Oh dolorosísimas heridas!

DICEÓPOLIS.

¡Ah! ¡ah! salud, caballero Lámaco.

LÁMACO.

¡Infeliz de mí!

DICEÓPOLIS.

¡Qué desdichado soy!

LÁMACO.

¿Por qué me besas?

DICEÓPOLIS.

¿Por qué me muerdes?

LÁMACO.

¡Infortunado! ¡Qué duro escote he pagado en el combate!

DICEÓPOLIS.

¿Pues qué se paga escote en la fiesta de las copas? (1)

(1) Los invitados á las fiestas solemnes no pagaban escote.

LÁMACO.

¡Oh Pean! ¡Pean! (1)

DICEÓPOLIS.

Hoy no se celebran las fiestas de Pean.

LÁMACO.

Levantadme, levantadme esta pierna. ¡Ay, amigos mios, sostenedme!

DICEÓPOLIS.

Vosotras, amigas mias, sostenedme tambien (2).

LÁMACO.

La herida de la cabeza me da vértigos y me turba la vista.

DICEÓPOLIS.

Yo quiero acostarme; no puedo más: necesito descanso (3).

LÁMACO.

Llevadme á casa de Pítalo, cuyas manos son émulas de las de Peon (4).

DICEÓPOLIS.

Llevadme ante los jueces. ¿Dónde está el Rey? Dadme el odre señalado como premio.

LÁMACO.

Una lanza terrible se ha clavado en mis huesos.

DICEÓPOLIS.

Mirad esta copa vacía. ¡Victoria! ¡Victoria!

---

(1) Sobrenombre de Apolo, honrado como dios de la medicina.

(2) *Meum penem ambæ medium prehendite.*

(3) *Tentigine rumpor, et in tenebris futuere gestio.*

(4) Dios de la medicina.

CORO.

¡Victoria! Anciano, pues así lo deseas, clamemos ¡victoria!

DICEÓPOLIS.

He llenado mi copa de vino y la he apurado sin respirar.

CORO.

¡Victoria! recoge tu odre, ilustre vencedor.

DICEÓPOLIS.

Seguidme cantando: ¡Victoria! ¡Victoria!

CORO.

Te seguiremos cantando ¡victoria! ¡victoria! á tí y á tu odre.

FIN DE LOS ACARNIENSES.



LOS CABALLEROS.

NOTICIA PRELIMINAR.

Al establecer Solon el principio de la soberanía nacional, dando al pueblo reunido en asamblea ámplias facultades legisladoras y administrativas. no dejó de comprender el grave peligro que la nave del Estado correria si de su direccion se encargaba una multitud ligera, frívola, olvidadiza, fácilmente impresionable, apasionada en sus decisiones, ignorante y perpétuamente inexperta como la ateniense. Entre los infinitos escollos que el sabio legislador debió prever, presentábasele indudablemente como uno de los más formidables el de los nombramientos para las altas magistraturas encargadas de importantísimas funciones. Pues si privaba á la asamblea del derecho electoral, exponíase á hacer ilusorios todos los otros, dejándola á merced de sus enemigos declarados; y si no limitaba de algun modo el ejercicio de esta prerogativa, ¿cómo impedir que, captándose el aura popular mediante halagos y promesas, escalasen los más

altos puestos hombres sin ilustracion ni patriotismo, ávidos, rapaces y predispuestos al soborno y la venalidad? Sabido es que Solon resolvió el conflicto dejando á la asamblea general la facultad de nombrar los magistrados y de exigirles cuenta de su administracion, mas prescribiendo que la designacion para altos cargos únicamente pudiera recaer sobre los ricos. Al efecto, adoptando como base la riqueza y prescindiendo de la aristocracia de la sangre, dividió á los Atenienses en cuatro clases, á saber: *Pentacosiomedimnos*, que tenian una renta anual de 500 medimnas; *Caballeros*, cuya cosecha era de 300 á 500; *Zeugitas*, que recogian de 200 á 300; y *Tetas* (Θῆτες), todos los demas. Estos últimos, con arreglo á la constitucion de Solon, no tenian más derechos políticos que el de emitir su voto en la Asamblea y formar parte de los tribunales de justicia, miéntras las tres clases primeras constituian, por decirlo así, el cuerpo de electores-elegibles.

Pero las guerras médicas ántes, y la del Peloponeso despues, dieron al traste con tan sábias precauciones, siendo causa del desastroso estado en que la administracion de Aténas se encontraba cuando Aristófanes escribió *Los Caballeros*. Arístides fué quien dió el primer paso en tan funesto camino, haciendo aprobar despues de la batalla de Platea un decreto por el cual los ciudadanos de la última clase podian aspirar, en concurrencia con los de las otras, á las altas magistraturas: agravóse más tarde el mal cuando el gobierno consignó un

salario para los asistentes á las públicas deliberaciones y empezaron á hacerse distribuciones de trigo: la clase pobre rehuyó entónces el trabajo; el aliciente del trióbolo la arrastró en masa al Pnix; la holgazanería fomentó su humor inquieto y novelero; la miseria la hizo esclava del que prometia más; y rechazando el blando freno de la ley y la prudencia con que los buenos ciudadanos intentaban sujetarla, los alejó furiosa del gobierno, y se echó ciegamente en brazos de los ambiciosos demagogos. Figuraba como el principal de éstos Cleon, heredero de la influencia de Perícles y acérrimo partidario de la guerra: Tucídides nos le pinta audaz, arrebatado y violento (1), idolatrado por el pueblo ateniense, cuyo apoyo se procuraba mediante larguezas esquilmadoras del tesoro y lisonjeros discursos en que trataba de inspirarle un soberano desprecio á las fuerzas de Lacedemonia (2). Cuéntase que, deseando dar uno de esos golpes de efecto que seducen á la muchedumbre, reunió un dia á todos sus amigos y les manifestó que, hallándose á punto de administrar la república, veíase obligado á renunciar á todo género de afecciones para ajustar sus actos sólo al más puro criterio de justicia. Los hechos desmintieron bien pronto estas palabras; pero la multitud, obstinada y ciega, continuó favoreciéndole hasta el punto de tolerar sus burlas é insolencias, y áun de

(1) *Hist.*, III, 36.
(2) *Id.*, IV, 28.

aplaudirlas, como las de un niño mimado (1). Sin embargo, como el pueblo ateniense era voluble y tornadizo si los hubo, empezaba ya á eclipsarse y palidecer la estrella de Cleon, cuando un acontecimiento singular, reciente al ponerse en escena *Los Caballeros*, vino á prestarle nuevos y más vivos resplandores. Refiriéndose constantemente la comedia de Aristófanes á este suceso, preciso es que sobre el mismo digamos algo.

Corria el año sétimo de la guerra del Peloponeso (425 ántes de J. C.). Demóstenes, general ateniense, en una expedicion á la Laconia, ocupó á Pílos, pequeña ciudad marítima, situada en la antigua Mesenia, á 400 estadios de Esparta, y la hizo amurallar en la espectativa de un ataque de los Lacedemonios. Dieron éstos al principio muy poca importancia á la dicha ocupacion, considerando cosa fácil el recobrar una plaza fortificada á la ligera, defendida sólo por un puñado de hombres y mal aprovisionada por añadidura. En esta confianza marcharon contra Pílos; pero no creyendo inútiles ciertas precauciones, situaron sus hoplitas en la isla Esfacteria, que extendiéndose delante de aquel puerto sólo permite llegar á él por dos estrechos

(1) Plutarco, en la *Vida de Nicias*, refiere que en una ocasion, esperando la Asamblea á Cleon con impaciencia para tratar de un asunto interesante, el insolente demagogo presentóse al fin, suplicando á los concurrentes que dejasen la discusion para otro dia, porque teniendo convidados á unos extranjeros, no tenía entónces tiempo para dedicarse á los negocios del Estado. El pueblo se levantó, aplaudió á Cleon y continuó favoreciéndole.

pasos, cuya angostura dificulta sobremanera toda maniobra naval. Pensaban, pues, sin combate marítimo y sin grave riesgo, apoderarse de una plaza casi desguarnecida. Sin embargo, de tal modo se arreglaron las cosas que, contra lo que esperaban, fueron vencidos los Lacedemonios en un combate, y viéronse obligados á abandonar en Esfacteria 420 soldados de las más distinguidas familias espartanas. Con objeto de librarlos, enviaron á los Atenienses una embajada; pero Cleon, cuyo ascendiente sobre el pueblo no tenía entónces límites, imposibilitó todas las negociaciones con exigencias irritantes, y la guerra continuó alrededor de Pílos con más encarnizamiento que nunca.

Prolongábase el bloqueo indefinidamente; los Atenienses carecian de víveres y sufrian toda clase de privaciones, miéntras los Lacedemonios conseguian, aunque á duras penas, introducir vituallas en la isla. El pueblo de Aténas irritóse con estas dilaciones y empezó á murmurar de Cleon á quien cabia grave responsabilidad en el asunto. El audaz demagogo culpó de lo que ocurria á la ineptitud y morosidad de los generales Nícias y Demóstenes, dejándose decir públicamente que si se le confiaba el mando del ejército, se apoderaria de Esfacteria en ménos de veinte dias. Cogióle la palabra Nícias y le puso en grave aprieto dimitiendo su cargo: el pueblo, viendo defenderse á Cleon con evasivas, le obligó á partir por uno de esos movimientos familiares á la multitud ateniense.

Demóstenes en tanto habia puesto fuego á un

montecillo de la isla, desde el cual su gente era muy hostilizada. Quemado el monte era fácil apoderarse de Esfacteria sin necesidad de refuerzos. Llegó á poco Cleon, y acompañado de Demóstenes obligó á rendirse á la guarnicion lacedemonia, y volvió triunfante á Aténas con los trescientos prisioneros hechos en la isla, atribuyéndose toda la gloria de aquella hazaña. No es decible cuánto aumentó su crédito con esto; las turbas llegaron á adorar en él, con lo cual el insolente demagogo dió rienda suelta á su audacia y vejó más que nunca á todos sus enemigos (1).

A raíz de estos sucesos compuso Aristófanes su comedia intitulada *Los Caballeros* (Ἱππῆς) que es una violentísima sátira contra Cleon y sus secuaces. El poeta le azota sin piedad; saca á público espectáculo sus violencias y sus crímenes; acumula sobre su cabeza cuantas acusaciones pueden hacer á un hombre odioso y despreciable, y se ensaña con una virulencia de que no hay otro ejemplo en los anales literarios. Como si no le bastase haber apurado todo el diccionario de los ultrajes y dicterios, llega hasta inventar palabras nuevas para denigrarlo: Cleon en *Los Caballeros* es insolente, adulador, sicofanta, concusionario, venal, impudente, cobarde, calumniador, canalla, bribon, infame, recaudador sin conciencia, mina de latrocinios y abismo de perversidad: las prendas corporales marchan en armonía con las del espí-

(1) Tucídides, IV, 3, 41.

ritu; su continente es tosco y soez, su voz atronadora y desentonada, su faz ceñuda, sus ojos aviesos y feroces, y todo su cuerpo, en fin, sucio y pestilente. Para apreciar en su justo valor la verdad de todo este negrísimo retrato, téngase en cuenta que en Aristófanes hablaban á un tiempo el odio de partido y los resentimientos personales. Tucídides, no obstante estar afiliado tambien á la aristocracia, trata á Cleon con mucho ménos encono; pero ya vimos en *Los Acarnienses* que luégo de representados *Los Babilonios*, Cleon habia acusado á Aristófanes en la persona de Calistrato de haber entregado el pueblo al ludibrio de los extranjeros y luego habia tratado de disputarle su condicion de ciudadano.

El poeta despues de estos ataques creyóse autorizado á todo, y desafiando, como nos dice el mismo, *el huracan* y *las tempestades* (1), lanzó contra el hombre más poderoso de su tiempo los dardos de su burla inextinguible. Pero en medio de las personalidades que afean *Los Caballeros*, no puede ménos de aplaudirse el ardiente patriotismo de Aristófanes, que con valor rayano en temerario le anima á decir á sus conciudadanos las más amargas verdades: en esta comedia ataca, en efecto, vigorosamente todos los vicios que iban minando la constitucion de Aténas y acelerando el dia de su perdicion cuales eran: la debilidad del Senado, la impudencia de los oradores, la frivolidad y presuncion

(1) *Los Cab.*, v. 511.

del pueblo, las concusiones de los funcionarios públicos, las calumnias de los sicofantas, el desórden de la administracion, la manía de los procesos, la creciente inmoralidad de las costumbres y la funesta oposicion á la paz.

El pueblo ateniense está en *Los Caballeros* personificado en Δῆμος viejo chocho y gruñon, de áspero é irascible carácter. Dos de sus esclavos, Nícias y Demóstenes, los generales de que acabamos de hablar, se quejan amargamente de que uno de sus camaradas, como perro zalamero, á fuerza de adulaciones y servilismo ha logrado sorber el seso al buen anciano, y gobernar á su antojo toda la casa. Este tal es Cleon, al cual nunca llaman por su propio nombre, sino con los apodos de Paflagonio ó curtidor. Buscando un modo de librarse de tan odiosa tiranía, consiguen apoderarse de un oráculo, en el cual se predice que debe ser suplantado por un choricero. Apénas han concluido de enterarse de la preciosa profecía, aparece uno de aquel oficio en la plaza pública: Nicias y Demóstenes se apresuran á anunciarle su futura gloria, y logran vencer sus escrúpulos y resistencia. «¿Pero cómo yo, simple choricero, les dice, puedo llegar á ser un gran personaje?—Por eso mismo, porque eres un canalla, audaz y salido de la hez del pueblo.—Si no he recibido la menor instruccion; si sólo sé leer, y eso mal...» alega batiéndose ya en retirada. A lo lo cual replican: «Precisamente lo único que te perjudica es saber leer, aunque mal, porque has de tener presente que el gobierno popular no per-

tenece á los hombres ilustrados y de intachable conducta, sino á los ignorantes y perdidos.» Con tan sangrienta ironía ataca Aristófanes á la democracia.

Cleon aparece entónces vomitando calumnias, y á su vista el Choricero huye despavorido: el coro, formado de *Caballeros*, acude á socorrerle, y lanza una granizada de denuestos sobre el Paflagonio; el choricero se anima poco á poco; entáblase entre ambos contendientes un certámen sobre cuál es más bribon, desvergonzado y canalla, y el Choricero vence. Cleon acude al Senado y al Pueblo, y su rival consigue nuevos triunfos, hasta que al fin se presenta con el anciano Demo, completamente remozado y embellecido, y con firmes propósitos de enmendarse. Para probar su arrepentimiento el Pueblo arroja al Paflagonio de su presencia, y celebra las *dulzuras de la paz.*

Respecto á la dificultad de apreciar el mérito literario de *Los Caballeros*, dice el Sr. Camus: «Dos circunstancias de gran bulto hacen que no podamos recrearnos con esta pieza tanto como se recrearon los espectadores atenienses: es la primera el ningun interes que para nosotros tiene el personaje satirizado por el poeta, y por tanto, no tienen ya el efecto cómico que hubieron de tener entónces las mordaces alusiones á sus rasgos personales; y la segunda, que por estar erizado su estilo de enigmas y anécdotas de aquel tiempo, por grande que sea nuestra erudicion, por grande que sea nuestro conocimiento de las cosas de aquella época por

siempre memorable, nunca llegaremos á comprenderlas todas lo bastante para poder disfrutar de toda la gracia que contienen, quedando siempre algo ininteligible y oscuro (1).» Mas á pesar de todo, se nota en esta comedia que el vigor del ataque, la séria indignacion que hervia en el alma del poeta, y tal vez el convencimiento de los peligros á que le dejaba expuesto su filípica teatral, hacen sin duda que en ella no se encuentren con la ordinaria abundancia la inagotable inventiva, la vis cómica, las sabrosas sales, las ingeniosas alegorías, las chispeantes burlas, la ática ironía características del teatro aristofánico. La realidad se ve demasiado clara, y la verdad se muestra demasiado al desnudo, sin que el velo de la ficcion, tan necesario en todo poema dramático, suavice la dureza de sus contornos y dulcifique la acritud de su colorido; «sólo al fin, dice un traductor de Aristófanes (2), cuando el poeta ha desahogado ya su bílis contra Cleon su enemigo, vuelve á aparecer la inextinguible vena de sus chistes en la lucha de adulaciones y zalamerías que el Choricero y el Curtidor entablan para granjearse el afecto del Pueblo.» Es tambien de admirar en *Los Caballeros* la pericia de consumado general con que Aristófanes previene los peligros y consecuencias de su

(1) *Estudios de lit. griega*, publicados en la *Revista de la Universidad de Madrid.*—Segunda época, tomo I, página 645.

(2) Poyard: *Aristophane, trad. nouvelle*. Paris, 1878, pág. 44.

agresion, ligando á su propia causa la de los acaudalados propietarios, de entre los cuales formó el coro, no designando nunca por su nombre á Cleon, por más que se le vea, dice Brumoy (1), detras de una alegoría de gasa; y por último, lisonjeando los instintos de la multitud, abofeteada en la persona de Pueblo, con su regeneracion y embellecimiento final.

El hecho de no haber querido ningun actor encargarse del papel de Paflagonio ni haberse encontrado en Aténas artista alguno que quisiera hacer su máscara, demuestra elocuentemente la necesidad de estas precauciones: el mismo Aristófanes con la cara embadurnada tuvo que representar al peligroso personaje.

Los Caballeros se pusieron en escena en las fiestas *Leneas*, á raíz de los acontecimientos de Pílos, el 425 ántes de Jesucristo, habiendo obtenido el primer premio.

(1) *Le Thèâtre des Grecs*. Paris. 1749. Tom. VI, p. 295.

PERSONAJES.

DEMÓSTENES.
NÍCIAS.
UN CHORICERO llamado AGORÁCRITO.
CLEON.
CORO DE CABALLEROS.
PUEBLO, personificado en un anciano.

La escena pasa delante de la casa del anciano Pueblo.

LOS CABALLEROS.

DEMÓSTENES.

¡Oh qué calamidad! ¡Ojalá confundan los dioses á ese recien venido Paflagonio (1) y á sus malditos consejos! Desde que, en mal hora, se introdujo en esta casa (2), no cesa de apalear á los esclavos.

NÍCIAS.

¡Ojalá perezca desastradamente con sus infames calumnias!

DEMÓSTENES.

¿Cómo lo pasas, desdichado?

NÍCIAS.

Muy mal, lo mismo que tú.

---

(1) Cleon. Le llama *Paflagonio,* no por que fuese de Paflagonia, region del Asia menor, sino para indicar su pronunciacion defectuosa y sus desentonados gritos. Pues dicho apodo se deriva del verbo παφλάζω, designativo del rumor que produce el agua al hervir, y que en otra acepcion significa tambien *tartajear* ó *tartamudear.*

(2) Es decir, se mezcló en la administracion de la República.

DEMÓSTENES.

Ven acá: mezclemos nuestros gemidos, imitando los cantos plañideros de Olimpo (1).

DEMÓSTENES Y NÍCIAS.

Mumu, mumu, mumu, mumu, mumu, mumu.

DEMÓSTENES.

¿A qué lamentos inútiles? ¿No convendria más buscar otro medio de mejorar nuestra suerte, y dejarnos de llantos?

NÍCIAS.

¿Cuál podrá ser ese medio? Dímelo.

DEMÓSTENES.

Dímelo tú; no quiero disputar contigo.

NÍCIAS.

No, ¡por Apolo! no he de ser yo el primero; habla sin temor; despues hablaré yo.

DEMÓSTENES.

«¡Ojalá me dijeses lo que debo decir!» (2)

NÍCIAS.

No me atrevo. ¿Cómo haré para decir eso discretamente, á la manera de Eurípides?

DEMÓSTENES.

¡Aparta, aparta, no me llenes de verdolagas! (3) Más vale que inventes un canto de libertad (4).

---

(1) Músico, discípulo de Márpsias, que compuso melodías, con acompañamiento de flauta, que expresaban perfectamente el dolor.

(2) Verso 345 del *Hipólito* de Eurípides.

(3) Alusion al oficio de la madre de Eurípides. El verbo διασκανδικίζω es invencion de Aristófanes.

(4) Lit.: *un canto de fuga de la casa de nuestro amo.*

NÍCIAS.

Di, pues, de una vez: *pasemos* (1).

DEMÓSTENES.

Sea; ya digo *pasemos*.

NÍCIAS.

Añade *á él* á *pasemos*.

DEMÓSTENES.

A él.

NÍCIAS.

Perfectamente. Ahora, como si te arrascases, di primero despacito: *Pasemos*, y repítelo despues, aprisa, añadiendo *á él*.

DEMÓSTENES.

Pasemos, *pasemos á él*, *pasemos á él*.

NÍCIAS.

¡Eh! ¿No es delicioso?

DEMÓSTENES.

Sin duda; pero temo que este oráculo sea funesto á nuestra piel.

NÍCIAS.

¿Por qué motivo?

DEMÓSTENES.

Porque arrascándose suele arañarse la piel (2).

(1) La palabra griega μόλωμεν se decia con particularidad de los esclavos y desertores. Quiza Aristófanes supone en Nícias y Demóstenes intencion de pasarse al enemigo.

(2) Sobre la interpretacion de este pasaje, dice discretamente el Sr. *Camus:*

«Brunck en su traduccion latina *(Argentorati, apud Socios Bibliop.* Bauer *et* Treuttel, 1781) y todos los que le siguen, como Artaud, Poyard y otros en lenguas vulgares, creen hallar aquí una obscenidad repugnante; pero hartas suciedades tiene el original para que los eruditos se tomen el

NÍCIAS.

En el actual estado de las cosas, creo que lo mejor será acercarnos suplicantes á la estatua de cualquier dios.

DEMÓSTENES.

¿A qué estatua? ¿Acaso crees que hay dioses?

NÍCIAS.

Yo sí.

DEMÓSTENES.

¿En qué te fundas?

NÍCIAS.

En que soy aborrecido por ellos. ¿No tengo razon?

DEMÓSTENES.

Me has convencido.

NÍCIAS.

Pero hablemos de otra cosa.

DEMÓSTENES.

¿Quieres que manifieste todo el asunto á los espectadores?

NÍCIAS.

No será malo: pero ántes roguémosles que con la expresion de su fisonomía muestren si les son gratos nuestros argumentos y palabras (1).

---

trabajo excusado de acrecentar su número, á todas luces lamentable; lo que no es necesario á fé para demostrar la travesura sin freno del ingenio del poeta. El verbo δέφω en su acepcion recta significa *rascar*, y tambien *amasar*, como se prueba en la *Odyss.*, lib. XII, v. 48: Κηρὸν δεφήσας μελιήδεα, *cera malassata dulci (Estudios de literatura griega. Comedia,* publicados en la *Revista de la Universidad de Madrid*. Segunda época. Tom. II, pág, 648).»

(1) Probablemente el público manifestaria su aprobacion por medio de aplausos.

DEMÓSTENES.

Principio ya. Tenemos un amo, selvático, voraz por las habas (1), irascible, tardon y algo sordo; se llama Pueblo Pniciense. El mes último compró un esclavo, zurrador paflagonio, lo más intrigante y calumniador que puede imaginarse. El tal Paflagonio, conociendo el carácter del viejo, empezó, como perro zalamero, á hacerle la rosca, á adularle, á acariciarle y á sujetarle con sus correillas (2), diciéndole: «¡Dueño mio! véte al baño, que ya es bastante trabajo el sentenciar un pleito; toma un bocadillo, echa un trago, come, cobra los tres óbolos (3). ¿Quieres que te sirva la comida?» Y arrebatando despues lo que cada uno de nosotros habia dispuesto para sí, se lo ofrecia generosamente al viejo. Últimamente le habia yo preparado en Pílos (4) un pastel lacedemonio; pues bien, no sé de

(1) Las habas se empleaban para votar en las asambleas; además, los jueces, para no dormirse en el tribunal, solian entretenerse en mascullarlas. De modo que el epíteto de Aristófanes es intencionadísimo, pues satiriza á un tiempo las dos manías capitales de los Atenienses: la aficion á la política y á los pleitos. Por esto mismo la abstencion de comer habas, que prescribia Pitágoras á sus discípulos, significaba su retraimiento de los negocios.

(2) Cleon era hijo de un curtidor y habia ejercido el oficio de su padre.

(3) Salario de los jueces. Perícles fué quien introdujo la costumbre de pagar un óbolo á los ciudadanos que concurrian á la asamblea ó formaban parte de los tribunales. Cleon, para hacerse popular, elevó su sueldo á tres.

(4) Alusion á la victoria de Pílos, que se atribuyó á Cleon, aunque Demóstenes lo hizo todo. (Véase la *Noticia preliminar* y Tucídides, lib. IV, páginas 28 y siguientes).

qué manera se las arregló ese bribon; pero el caso es que me lo escamoteó y se lo ofreció al amo como cosa suya. Nos aparta cuidadosamente del anciano Pueblo y no nos permite servirle. Armado de su mosquero de correas (1), se coloca junto á su señor cuando cena, y espanta á los oradores y pronuncia oráculos, y le ha llenado al viejo la cabeza de profecías. Cuando le ve ya chocho, pone manos á la obra. Acusa y calumnia á todos los de la casa y nos muelen á golpes. El mismo Paflagonio corre alrededor de los criados, les pide, les acosa, les arranca regalos, diciéndoles: «¿Veis cómo por mí causa le sacuden á Hílas? ¡Si no haceis lo que quiero, morireis hoy mismo!» Y nosotros le damos cuanto pide, pues sino, pateados por el viejo, aflojaríanos ocho veces más (2). Tratemos, pues, cuanto ántes, amigo mio, del camino que debemos seguir y á dónde debemos ir á parar.

NÍCIAS.

Lo mejor será lo que ántes hemos dicho; huir.

DEMÓSTENES.

Pero si nada puede hacerse sin que lo vea ese maldito Paflagonio: él mismo lo inspecciona todo. Tiene un pié en Pílos y el otro en la asamblea. Esta inmensa separacion de sus piernas hace que sus nalgas caigan sobre Caonia, miéntras sus dos ma-

(1) Cambiando μυρσίνην en βυρσίνην, el poeta sustituye la rama de mirto que los esclavos usaban para espantar las moscas por unas disciplinas de cuero, alusivas al oficio de Cleon.

(2) *Octuplum cacamus.*

nos están pidiendo en Etolia y su imaginacion robando en Clopidia (1).

NÍCIAS.

Lo mejor será morir. Mas procura que muramos como valientes.

DEMÓSTENES.

¿Cómo nos arreglaremos para morir como valientes?

NÍCIAS.

Lo mejor será beber sangre de toro. ¿Hay muerte más apetecible que la de Temístocles? (2).

DEMÓSTENES.

Sangre no, por mi vida; mejor será vino del Buen Genio. Quizá se nos ocurra alguna idea excelente.

NÍCIAS.

¡Ah! ¡vino! Luego se trata de beber. ¿Pero qué idea buena puede ocurrírsele á un hombre ebrio?

DEMÓSTENES.

Pues ya lo creo; bebes tanta agua que sólo aciertas á decir necedades. ¿Te atreves á acusar al vino

---

(1) Lit. *Culus est Chaoniæ, manus utraque Ætoliæ, mens vero in tribu Clopidum.*

Alusion á las infamias y rapacidad de Cleon, *Chaonia quia podex ejus hiat; Ætolia*, de αἰτέω, *pedir; Clopidia* (κλέπτω, *robar)*, region imaginaria, sinónima de *país de los ladrones*. «Los espectadores esperaban oir en vez de este último nombre el de *Crópides*, demo de la tribu Leóntida.» (Esc. *Cab.*, 79.)

(2) Tucídides (lib. I, 138) no menciona esta particularidad de la muerte de Temístocles, y asegura que murió de enfermedad, aunque apunta el rumor de que se suicidó; pero Ciceron *(De claris Orat.*, II*)* y Plutarco *(Vida de Temístocles)* dicen lo mismo que Aristófanes.

de que turba la razon? ¿Acaso hay nada de más eficaces resultados? Escucha: los hombres cuando beben son ricos, afortunados en sus negocios, ganan los pleitos y son felices y útiles á sus amigos. Ea, tráeme pronto una copa de vino para que riegue mi espíritu y diga alguna gracia.

NÍCIAS.

¡Ay de mí! ¿Qué vamos á sacar de que tú bebas?

DEMÓSTENES.

Mil ventajas; pero trae la copa: voy á recostarme aquí. Si llega á alegrarme el vino, ya verás cómo inundo estos contornos de conceptitos, sentencitas y argumentillos.

(Entra un momento en la casa y vuelve con el vino.)

NÍCIAS.

¡Qué suerte! nadie me ha sorprendido.

DEMÓSTENES.

¡Dí! ¿Qué hace el Paflagonio?

NÍCIAS.

Harto de vino y panes denunciados, el muy bribon ronca tendido sobre sus cueros.

DEMÓSTENES.

Entónces escánciame vino con mano pródiga, como si fuera para una libacion.

NÍCIAS.

Toma y haz una libacion en honor del Buen Genio (1); bebe, bebe el vino del genio de Pramnio (2).

---

(1) Se cree que era la copa que se bebia al fin de la comida. Otros suponen que era la primera.

(2) Comarca del Asia menor, junto á Esmirna, célebre por sus vinos.

DEMÓSTENES.

¡Oh Buen Genio! esta idea no es mia, sino tuya.

NÍCIAS.

¡Cómo! ¡habla pronto! ¿qué se te ha ocurrido?

DEMÓSTENES.

Entra en la casa miéntras duerme, y escamotéale sus oráculos al Paflagonio.

NÍCIAS.

Lo haré. Mas temo que esa idea te la haya inspirado un mal Genio.

DEMÓSTENES.

Anda. En tanto llenaré yo mismo la copa. Tal vez este riego haga germinar en mi cerebro alguna buena idea.

(Entra en la casa Nícias y vuelve en seguida.)

NÍCIAS.

¡Con qué furia ronca y se desahoga el Paflagonio! Así es que le he sustraido sin dificultad aquel sagrado oráculo que guardaba cuidadosamente.

DEMÓSTENES.

¡Tu destreza no tiene rival! dámelo para que lo lea. En tanto échame vino á toda prisa.—Veamos lo que dice. ¡Oh, qué precioso hallazgo! Dáme, dáme pronto la copa.

NÍCIAS.

Toma. ¿Qué dice el oráculo?

DEMÓSTENES.

Lléname otra.

NÍCIAS.

¡Cómo! ¿El oráculo dice: «lléname otra?»

DEMÓSTENES.

¡Oh Bácis! (1).

NÍCIAS.

¿Pero qué es ello?

DEMÓSTENES.

Dáme pronto la copa.

NÍCIAS.

Sin duda Bácis menudeaba los tragos.

DEMÓSTENES.

¡Maldito Paflagonio! ¡Por eso guardabas hace tanto tiempo este oráculo que se refiere á tí!

NÍCIAS.

¿Cómo?

DEMÓSTENES.

Aquí se dice cómo ha de perecer.

NÍCIAS.

Pero ¿cómo?

DEMÓSTENES.

¿Cómo? El oráculo dice terminantemente que primero habrá un vendedor (2) de estopas que gobernará la república.

NÍCIAS.

Ya hemos tenido el vendedor. ¿Y despues?

---

(1) Antiguo y famoso adivino griego, natural de Beocia. El Escoliasta menciona dos más del mismo nombre, uno Ateniense y otro Arcade.

(2) *Eucrátes* (álias *Estopa)*, demagogo influyente en Aténas ántes de Cleon. Vióse obligado á esconderse bajo un monton de salvado para librarse de sus enemigos. Parece que además de comerciante en estopas lo era tambien en trigo y harinas.

DEMÓSTENES.

Será el segundo un tratante en ganado (1).

NÍCIAS.

Ya van dos comerciantes. Y á ése ¿qué le sucederá?

DEMÓSTENES.

Mandará hasta que aparezca otro hombre más perverso que él. Caerá entónces, reemplazándole un Paflagonio, comerciante en pieles, ladron, alborotador y de voz ensordecedora como la del torrente Ciclóboro (2).

NÍCIAS.

¿El tratante en ganado debia, pues, ser derribado por el comerciante en pieles?

DEMÓSTENES.

Sí, por cierto.

NÍCIAS.

¡Infeliz de mí! ¿Dónde podremos encontrar otro comerciante?

DEMÓSTENES.

Aun hay otro de astucia extraordinaria.

NÍCIAS.

¿Quién? Por favor, ¿quién es?

DEMÓSTENES.

¿Lo diré?

NÍCIAS.

Sí, por Júpiter.

(1) *Lísicles*, demagogo como el anterior.
(2) Torrente del Atica.

DEMÓSTENES.

Un choricero será quien le derribe.

NÍCIAS.

¡Un choricero! (1) ¡Nobilísimo oficio, por Neptuno! ¿Pero dónde hallaremos á ese hombre?

DEMÓSTENES.

Busquémosle.

NÍCIAS.

Ahora entra uno en el mercado; los dioses nos le envian.

(Entra el CHORICERO *con una tabla llena de embutidos.)*

DEMÓSTENES.

¡Ven, ven, choricero dichoso! ¡adelante, hombre querido, á quien está reservada nuestra salvacion y la de la republica!

EL CHORICERO.

¿Qué es esto? ¿Por qué me llamais?

DEMÓSTENES.

Ven acá, y escucha tu feliz y afortunado destino.

NÍCIAS.

Ea, cógele el tablero y entérale del oráculo del dios, y de su contenido. Yo voy á ver lo que hace el Paflagonio.

DEMÓSTENES.

Vamos, deja primero en el suelo tus mercancías, y adora despues á la tierra y á los dioses.

---

(1) El choricero se cree que es Hipérbolo.

EL CHORICERO.

Héme aquí. ¿Qué es ello?

DEMÓSTENES.

¡Mortal bienaventurado! ¡mortal opulento, que hoy no eres nada, y mañana lo serás todo! ¡Oh jefe de la afortunada Aténas!

EL CHORICERO.

¿Por qué, buen hombre, te burlas de mí y no me dejas lavar estas tripas ni vender estos chorizos?

DEMÓSTENES.

¿Qué tripas? ¡Insensato! mira allí. ¿Ves esas filas de ciudadanos? (1).

EL CHORICERO.

Las veo.

DEMÓSTENES.

Pues bien, tú serás su jefe, y el jefe del mercado, y de los puertos y de la Asamblea; pisotearás al Senado; destituirás á los generales, les cargarás de cadenas, los reducirás á prision y establecerás tu mancebía en el Pritáneo.

EL CHORICERO.

¿Yo?

DEMÓSTENES.

Sí, tú; y áun no lo ves todo. Súbete sobre ese tablero y mira todas las islas del rededor (2).

EL CHORICERO.

Las veo.

DEMÓSTENES.

Bueno; ¿y los mercados y las naves de carga?

(1) Señala á los espectadores.
(2) Ἐν κύκλῳ, *en círculo*. Se refiere á las Cícladas.

EL CHORICERO.

Tambien.

DEMÓSTENES.

¿Puede haber fortuna mayor? Dirige ahora el ojo derecho á Caria y el otro á Calcedonia (1).

EL CHORICERO.

¿De modo que mi gran fortuna va á ser quedarme bizco?

DEMÓSTENES.

No; tú *venderás* (2) todo eso. Porque llegarás á ser, como el oráculo lo dice, un gran personaje.

EL CHORICERO.

¿Pero cómo yo, que soy un choricero, llegaré á ser un personaje?

DEMÓSTENES.

Por eso mismo llegarás á ser un grande hombre; porque eres un canalla audaz, salido de la hez del pueblo.

EL CHORICERO.

Me creo indigno de ser grande.

DEMÓSTENES.

¡Pobre de mí! ¿De qué te crees indigno? parece que áun abrigas algun buen sentimiento. ¿Acaso perteneces á una clase honrada?

EL CHORICERO.

No, por los dioses; pertenezco á la canalla.

---

(1) La *Caria* estaba al Sur del Asia Menor, y la *Calcedonia* al Norte; de ahí los temores de estrabismo que asaltan á Agorácrito.

(2) *Venderás*, por *gobernarás*; alusion á la mala administracion de Aténas.

DEMÓSTENES.

¡Oh mortal afortunado! ¡de qué felices dotes de gobierno te ha colmado la naturaleza!

EL CHORICERO.

Pero, buen amigo, si no he recibido la menor instruccion; si sólo sé leer, y eso mal.

DEMÓSTENES.

Precisamente lo único que te perjudica es saber leer, aunque sea mal. Porque el gobierno popular no pertenece á los hombres instruidos y de intachable conducta, sino á los ignorantes y perdidos. No desprecies lo que los dioses te prometen en sus predicciones.

EL CHORICERO.

Veamos; ¿qué dice ese oráculo?

DEMÓSTENES.

Se expresa muy bien, por los dioses, y con una alegoría elegante y no muy oscura. «Pero cuando el águila pelambrera, de ganchudas uñas, por la cabeza sujete al estúpido dragon bebedor de sangre, entónces la salmuera con ajos de los Paflagonios perecerá, y el Númen á los tripicalleros concederá insigne gloria; á no ser que prefieran continuar vendiendo embutidos» (1).

EL CHORICERO.

¿Qué tiene eso que ver conmigo? Explícamelo.

DEMÓSTENES.

El águila pelambrera es nuestro Paflagonio.

(1) Parodia del estilo ampuloso é intrincado de los oráculos.

EL CHORICERO.

¿Qué significa eso «de ganchudas uñas?»

DEMÓSTENES.

Eso quiere decir que con sus manos todo lo arrebata y se lo lleva.

EL CHORICERO.

¿Y lo del dragon?

DEMÓSTENES.

Eso está clarísimo. El dragon es largo y el chorizo tambien. Y el chorizo y el dragon se llenan de sangre. Así es que el dragon, dice el oráculo, podrá vencer al águila pelambrera si no se deja engañar por palabras.

EL CHORICERO.

Me lisonjean, por vida mia, sus vaticinios; mas no acierto á comprender cómo puedo ser apto para los negocios políticos.

DEMÓSTENES.

Muy fácilmente. Haz lo mismo que ahora: embrolla y revuelve los negocios como acostumbras á hacer con los intestinos, y conquista el cariño del pueblo engolosinándole con proposiciones culinarias. Tus cualidades son las únicas para ser un demagogo á pedir de boca: voz terrible; natural perverso; impudencia de plazuela; en fin, cuanto se necesita para gobernar la república. Los oráculos y el mismo Apolo Pitio te designan para ello. Ea, ponte una corona, haz una libacion á la *Necedad* (1) y ataca á tu rival denodadamente.

(1) Como pudiera decir á Júpiter ó á las Musas.

EL CHORICERO.

¿Y quién me ayudará? Los ricos le temen; la pobre plebe tiembla en su presencia.

DEMÓSTENES.

Pero hay mil honrados caballeros (1) que le detestan y que te defenderán; en tu auxilio vendrán todos los ciudadanos buenos y probos, todos los espectadores sensatos y yo con ellos, y hasta los mismos dioses. No temas; ni siquiera verás su rostro, pues ningun artista se ha atrevido á esculpir su máscara. Sin embargo, ya se le conocerá; los espectadores no son lerdos.

(Sale Cleon.)

EL CHORICERO.

¡Desdichado de mí! Ya sale el Paflagonio.

CLEON.

No quedará impune, lo juro por los doce grandes dioses, la conspiracion que estais tramando contra el pueblo hace tanto tiempo. ¿Qué hace aquí esta copa de Cálcis? (2) No cabe duda de que tratabais de sublevar á los Calcidenses. Perecereis, morireis sin remedio, pareja de malvados.

---

(1) Segunda clase del Estado. (V. *Noticia preliminar.*)
(2) Ciudad de Tracia, sometida entónces á Aténas y que trataba de sacudir el yugo de la metrópoli. Cleon al ver una copa de Cálcis en manos de Demóstenes sospecha que es un regalo enviado para sobornarlo. Otros creen que se trata de Cálcis de Eubea, emancipada del protectorado de Aténas pocos años despues (Tuc. VIII, 5), y muy conocida por sus obras de Cerámica.

DEMÓSTENES.

¡Eh, tú! ¿Por qué huyes? Quédate, ilustre choricero. No abandones la empresa. Acudid, Caballeros: llegó la hora. Simon, Panecio, colocaos en el ala derecha. Ya se acercan. Persiste tú tambien y dále cara de nuevo. El polvo que levantan te anuncia que ya llegan; resístele, acométele, hazle que huya.

CORO DE CABALLEROS.

Hiere, hiere á ese canalla enemigo de los Caballeros, recaudador sin conciencia, abismo de perversidad, mina de latrocinios, y canalla y cien veces canalla; y siempre canalla, nunca me cansaré de decírselo, pues lo es más cada dia. Pero sacúdele, síguele, zarandéale, expulsa á ese bribon; maldícele como nosotros y persíguele gritando. Cuidado no se te escabulla; mira que sabe los caminos por donde Eucrátes se escapó al salvado (1).

CLEON.

Ancianos Heliastas (2), cofrades del trióbolo, á quienes yo alimento con mis justas é injustas denuncias, socorredme: estos hombres se han conjurado para sacudirme.

---

(1) Véase la nota sobre Eucrátes.

(2) Llamábanse así los jueces del Ἡλιαστικὸν, tribunal de Aténas, situado al Mediodía y al aire libre. Cleon cuenta con la ayuda de los Heliastas, que eran 500, por el sueldo de tres óbolos que por iniciativa suya se les habia asignado.

CORO.

Y nos sobra razon, porque tú te apoderas de los bienes de todos y los consumes ántes de que sean distribuidos; y despues tanteas y oprimes á los que han de dar las cuentas, como se tantea un higo para ver si está verde ó maduro; y cuando ves alguno de carácter débil y pacífico, le haces venir del Quersoneso (1), le agarras por la cintura, le echas los brazos al cuello, le armas la zancadilla, y despues de arrojarlo al suelo te lo tragas de un sólo bocado (2). Tú siempre estás acechando á los ciudadanos sencillos y mansos como ovejas, honrados y enemigos de pleitos.

CLEON.

¿Todos os sublevais contra mí? Y sin embargo, ciudadanos, por vuestra causa soy apaleado, pues iba á proponer en el Senado que se construyese en la ciudad un monumento conmemorativo de vuestro valor.

CORO.

¡Qué hablador y qué astuto! Mira como se arrastra á nuestro alderedor y trata de engañarnos como si fuerámos unos viejos chochos. Mas si vence por estos medios, con ellos será castigado; si se inclina hácia aquí, le plantaré un puntapié.

(1) El Quersoneso de Tracia, tributario entónces de Aténas y muy maltratado por Cleon.

(2) Aristófanes despues de una serie de metáforas tomadas de los combates cuerpo á cuerpo, vuelve á su primera comparacion de los higos. La idea es que Cleon arruina con sus calumniosas delaciones á los débiles ó tímidos.

CLEON *(apaleado).*

¡Oh pueblo! ¡Oh ciudadanos! ¡Qué fieras me patean el vientre!

CORO.

¿Tambien tú gritas, destructor de la república?

EL CHORICERO.

Yo me comprometo á ahuyentarle al punto con mis gritos.

CORO.

Si tus gritos son mayores, te proclamaremos vencedor; si le sobrepujas en desvergüenza, nuestra será la victoria.

CLEON.

Yo delato á ese hombre, y sostengo que ha llevado la salsa de sus mercancías á las naves peloponesias (1).

EL CHORICERO.

Y yo, voto á brios, acuso á este de haber ido al Pritáneo con el estómago vacío, y haber vuelto de él con el vientre lleno (2).

DEMÓSTENES.

Y además, saca de allí cosas prohibidas, carne, pan y pescado, lo cual nunca consiguió ni el mismo Perícles.

CLEON.

Los dos vais á morir.

EL CHORICERO.

Gritaré tres veces más que tú.

(1) Con quienes Aténas estaba en guerra entónces.
(2) Alusion al súbito enriquecimiento de Cleon.

CLEON.

Te aturdiré con mis voces.

EL CHORICERO.

Te ensordeceré con mis gritos.

CLEON.

Te acusaré cuando seas general.

EL CHORICERO.

Te deslomaré como á un perro.

CLEON.

Ya te cortaré los vuelos.

EL CHORICERO.

Ya te atajaré el camino.

CLEON.

Mírame de frente.

EL CHORICERO.

Tambien yo me he criado en la plaza.

CLEON.

Si resuellas, te hago trizas.

EL CHORICERO.

Si hablas, te cubro de estiércol.

CLEON.

Yo confieso que soy un ladron: tú lo niegas.

EL CHORICERO.

Por Mercurio, dios del mercado, lo negaré con juramento aunque me cojan infraganti.

CLEON.

Quieres adornarte con méritos ajenos. Te acusaré antè los Pritáneos (1) de que tienes vientres

(1) Los Pritáneos eran cincuenta individuos del Senado ó Consejo de los quinientos, encargados de la vigilancia y presidencia de las asambleas durante treinta y cinco dias.

de víctimas que no han pagado su diezmo á los dioses.

CORO.

¡Infame, bribon, bocaza; tu audacia llena toda la tierra, toda la asamblea, las oficinas de recaudacion, los procesos, los tribunales! ¡Removedor de fango, tú has enturbiado la limpieza de la república, y ensordecido á Aténas con tus estentóreos clamores: tú desde lo alto del poder acechas las rentas públicas, como desde un peñasco acecha el pescador los atunes!

CLEON.

Ya sé yo donde se ha adobado (1) esta conspiracion.

EL CHORICERO.

Si tú no supieses adobar pieles, yo no sabria hacer embutidos; tú que vendias á los labradores la piel de un buey enfermo, curtida de suerte que parecia más gruesa, y apénas la habian llevado un dia se estiraba dos palmos.

DEMÓSTENES.

¡A mí me jugó la misma mala pasada! ¡Cuánto se burlaron mis compañeros y vecinos! Antes de llegar á Pergaso (2) ya nadaba en mis zapatos.

CORO.

¿No has hecho desde el principio ostentacion de desvergüenza, arma única de los oradores? Tú, que eres el jefe de esa impudente gavilla, sonsacas á

(1) Término tomado de su oficio de pelambrero.
(2) Demo de Aténas.

los extranjeros opulentos; por eso el hijo de Hipodamo (1) llora cuando te mira; pero ha aparecido, ¡cuánto me alegro! otro hombre más bribon que tú, que te arrojará del puesto, y, á lo que parece, te vencerá en audacia, intrigas y maquinaciones. *(Al Choricero.)* Tú, que te has criado aquí (2), de donde salen los hombres que valen algo, demuéstranos cuán inútil es una educacion honrada.

EL CHORICERO.

Escuchad, pues, quién es este ciudadano.

CLEON.

¿No me dejarás hablar?

EL CHORICERO.

No por cierto; tambien yo soy un canalla.

CORO.

Si eso no le convence, dile que tambien fueron canallas tu padre y tu madre.

CLEON.

¿No me dejarás hablar?

EL CHORICERO.

No.

CLEON.

Sí.

---

(1) Hipodamo de Mileto fué un arquitecto célebre; contribuyó mucho al embellecimiento de Aténas, dividiéndola en calles, plazas y barrios. Cedió al Estado una casa de su propiedad en el Pireo. Su hijo Arqueptolemo, afiliado á la aristocracia y enemigo de Cleon, y partidario de la paz, despues de la caida de los *cuatrocientos* y del restablecimiento de la democracia, fué acusado de traicion y condenado á muerte.

(2) Es decir, en el mercado, escuela de desvergüenza y malas artes.

EL CHORICERO.

No, por Neptuno. Discutamos ántes para ver á quién le corresponde hablar el primero.

CLEON.

¡Oh, voy á estallar!

EL CHORICERO.

No te dejaré.

CORO.

Déjale, por los dioses te lo pido; déjale que estalle.

CLEON.

¿En qué confias para creerte digno de contradecirme?

EL CHORICERO.

En que sé hablar y hacer chorizos.

CLEON.

¡Hablar! Será bueno, si se te presenta algun asunto, ver cómo lo haces picadillo y lo embutes sin dificultad. ¿A que sé lo que te ha pasado? Lo mismo que á otros muchos. Sin duda has ganado un pleito contra algun infeliz extranjero domiciliado (1) á fuerza de soñar con tu defensa toda la noche, de hablar á solas en las calles, de beber agua, y ensayarte cien veces con gran molestia de tus amigos; y sin más te crees ya un elocuente orador. ¡Qué estupidez!

(1) Los *metecos* ó extranjeros domiciliados no gozaban de los derechos políticos; estaban sujetos á tributos especiales y á multitud de vejaciones: su condicion era, pues, muy inferior á la de los ciudadanos.

EL CHORICERO.

¿Y tú qué licor has bebido para hacer callar con tu charlatanería á toda la ciudad?

CLEON.

¿Y habrá quien se atreva á oponérseme? A mí, que despues de comer una caliente tajada de atun, y de beber una copa de buen vino, soy capaz de hacer un corte de mangas á todos los generales de Pílos.

EL CHORICERO.

Yo, que despues de tragarme todos los tripacallos de un buey y el vientre de un cerdo, y de beberme encima la salsa, soy capaz de estrangular á todos los oradores y de volver turulato al mismo Nícias.

CORO.

Me parece bien cuanto has dicho; sólo me desagrada el que pienses beberte toda la salsa.

CLEON.

¿A que no te atreves con los Milesios (1), sólo por comer percas de mar?

EL CHORICERO.

¿A que si me cómo un lomo de buey recobro las minas? (2).

---

(1) Las costas de Mileto abundaban en rica pesca, especialmente en el pez llamado λάϐραξ, especie de perca, gobío ó locha á que los romanos dieron el nombre de *lupus*.

(2) Se refiere á las minas de oro y plata de Laurium, montaña próxima á Aténas: el impuesto sobre sus rendimientos proporcionaba al Estado una pingüe renta. Pertenecian á particulares ricos.

CLEON.

¿A que si me arrojo sobre el Senado lo trastorno todo?

EL CHORICERO.

¿A que hago una morcilla con tu intestino recto?

CLEON.

¿A que te aplico un puntapié, y sales de cabeza?

EL CORO.

¡Eh! por Neptuno, para que ese salga tienes que echarme á mí ántes.

CLEON.

¡En qué cepo de madera (1) te voy á meter!

EL CHORICERO.

Te acusaré de cobardía.

CLEON.

Cubriré sillas con tu piel.

EL CHORICERO.

Te desollaré para hacer un zurron de bandidos.

CLEON.

Te clavaré en el suelo.

EL CHORICERO.

Te haré picadillo.

CLEON.

Te arrancaré los párpados.

EL CHORICERO.

Te reventaré el buche.

DEMÓSTENES.

¡Por Júpiter! Metámosle un palo en la cabeza

(1) A los criminales se les sujetaba con cepos de madera.

como hacen los cocineros, arranquémosle la lengua, y mirando á placer por el agujero del ano, veamos si tiene lamparones (1).

CORO.

Hay, pues, otras cosas más ardientes que el fuego, y en la ciudad palabras más desvergonzadas que la desvergüenza misma. No hay que despreciar este asunto. Empújale, derríbale, nada hagas á medias: en cuanto consigas que flaquee en el primer encuentro, verás que es un cobarde. Nosotros le conocemos bien.

EL CHORICERO.

Siempre lo ha sido, y sin embargo, ha pasado por valiente, sin más que por haberse dado maña á recoger la cosecha ajena. Ahora deja que se sequen en las prisiones aquellas espigas y pretende venderlas (2).

CLEON.

No os temo miéntras exista el Senado, y el Pueblo continúe siendo estúpido.

CORO.

¡Qué desvergonzado es en todo! ¡Ni siquiera se le muda el color! Si no te aborrezco, permita Júpiter que sirva á Cratino de colchon (3) y que tenga

(1) Operaciones que se practicaban con los cerdos para certificarse de su buen estado.

(2) Alusion á la victoria de Pílos, conseguida en realidad por Demóstenes, y cuya gloria se apropió Cleon; y despues á los prisioneros de Esfacteria, por los cuales se exigia á los Lacedemonios un crecido rescate, y que al fin murieron de miseria en las prisiones de Aténas.

(3) Célebre poeta cómico. Su aficion al vino, que Aris-

que aprender á cantar toda una tragedia de Morsimo (1).

¡Y tú, que como la abeja que vaga de flor en flor andas pidiendo regalos á todos en todas partes, ojalá los devuelvas con la misma facilidad que los adquieres! Entónces podremos cantar: «Brinda, brinda á la buena fortuna» (2). Entónces hasta el hijo de Julio (3), ese viejo acaparador de trigo, cantará alegremente al dios Pean y á Baco.

CLEON.

¡Os juro por Neptuno que no me excedereis en desvergüenza! de otra suerte, permita el cielo que no asista á los sacrificios de Júpiter, protector del mercado (4).

EL CHORICERO.

Y yo juro por los infinitos puñetazos que por mil tunantadas diversas me han sacudido desde la niñez, y por mis cien cuchilladas, que espero vencerte en esta contienda, ó si no, me será inútil esta corpulencia adquirida á fuerza de comer mi-

---

tófanes le echa en cara varias veces, le hizo contraer una incontinencia de orina.

(1) Trágico detestable. Su padre Filócles y su hijo Astidámas eran tambien muy malos poetas. Aristófanes le cita á menudo. (V. *Paz*, 803; *Ranas*, 151.)

(2) Así empezaba una cancion de Simónides.

(3) Sobre el epíteto πυροπίνην, *acaparador de trigo*, dado al hijo de Julio, véase Feuillemorte, *Comédies d'Aristophane*, tomo I, pág. 290, nota. Paris, 1864.

(4) Lit. *Júpiter forense* ἀγοραιὸς, sin duda por la estatua que tenía en la Agora ó mercado.

gajones destinados á limpiarse la grasa de los dedos (1).

CLEON.

¡Migajones, como un perro! ¿y tú, miserable, que te has alimentado como un perro, quieres reñir con un cinocéfalo? (2).

EL CHORICERO.

¡Eh, por Júpiter! tambien yo cometia mis fraudes cuando chico. Engañaba á los cocineros diciéndoles: «Mirad, muchachos, ¿no veis? ya viene la primavera, la golondrina (3).» Ellos miraban, y miéntras tanto yo les atrapaba muy buenas tajadas.

CORO.

¡Astucia admirable! ¡Inteligencia precoz! Como los aficionados á comer ortigas (4), hacias tu cosecha ántes de volver las golondrinas.

EL CHORICERO.

La mayor parte de las veces no me veian; pero si alguno lo notaba, escondia la carne entre los muslos, y juraba por todos los dioses que nada te-

(1) En vez de servilletas se usaban rebanadas de pan para limpiarse los dedos.

(2) Especie de mono. *Cinocéfalo* quiere decir *Cabeza de perro*, esto es, desvergonzado, ó conservando la etimología, *cínico*.

(3) La aparicion de las golondrinas era en Grecia señal de la vuelta de la primavera. Se celebraba mucho su venida. Ateneo nos ha conservado una cancion de los niños de Rodas, titulada *Quelidonismo*, cuya traduccion incluí en mi artículo sobre los *cantos populares griegos*, publicados en *El Ateneo de Vitoria*.

(4) Se cogian al aproximarse el buen tiempo.

nía. Por lo cual dijo un orador que me vió: «Es imposible que ese muchacho no llegue á gobernar la república.»

CORO.

Acertó en su pronóstico. Claro está en qué se fundaba: en que negabas descaradamente el hurto, miéntras lo escondias entre las nalgas.

CLEON.

Yo reprimiré tu audacia, ó más bien, la de los dos. Me arrojaré sobre tí con ímpetu horrendo, y, á modo de violento torbellino, revolveré los mares y la tierra.

EL CHORICERO.

Pero yo formaré con mis chorizos una balsa, y encomendándome sobre ella á las olas propicias, te daré que sentir.

DEMÓSTENES.

Y yo vigilaré en la sentina, por si acaso se raja.

CLEON.

No, por Céres lo juro; no has de disfrutar impunemente de los talentos que has robado á Aténas.

CORO.

Cuidado, amaina un poco las velas; empieza á soplar un viento de calumnias y delaciones.

EL CHORICERO.

Me consta que has sacado diez talentos de Potidea (1).

(1) Ciudad tributaria de Aténas: al principio de la guerra del Peloponeso se declaró independiente, y fué reducida á la obediencia despues de un largo asedio (V. Tuc., I, 59, 64; II, 58, 70).

CLEON.

¿Quién? ¡Yo! ¿Quieres uno por callar?

CORO.

Con gusto lo tomaria. Pero tú ya desamarras.

EL CHORICERO.

El viento cede.

CLEON.

Voy á hacer que te formen cuatro causas de cien talentos cada una (1).

EL CHORICERO.

Y yo á tí veinte por desercion, y más de mil por robo.

CLEON.

Yo digo que desciendes de los profanadores de la Diosa (2).

EL CHORICERO.

Y yo, que tu abuelo fué uno de los satélites...

CLEON.

¿De quién? Dí.

EL CHORICERO.

De Birsina, esposa de Hípias (3).

CLEON.

Eres un impostor.

---

(1) El acusador debia fijar la multa á que habia de ser condenado el reo, caso de probarse el delito.

(2) Alusion á un antiguo sacrilegio cometido en el templo de Minerva.

(3) La mujer de Hípias, tirano de Aténas é hijo de Pisístrato, se llamaba *Mirrina* ó *Mirsina;* pero Aristófanes la da el nombre de *Birsina*, aludiendo al primer oficio de Cleon: *Birsa*, significa *cuero*.

EL CHORICERO.

Y tú un bandido.

CORO.

¡Dále duro!

CLEON.

¡Ay, ay! Los conspiradores me matan á palos.

CORO.

Dále, dále duro; azótale el vientre con manojos de intestinos; castígale sin piedad.

¡Oh admirable corpulencia! ¡Oh esforzado corazon, salvador de la república y de los ciudadanos! ¡Con qué hábil oratoria has sabido vencerle! ¡Ojalá pudiéramos alabarte como deseamos!

CLEON.

No se me ocultaba, por Céres, esta fábrica de intrigas: bien sabía yo que aquí se encolaban todas (1).

CORO.

¿Y tú no le dirás algun término de constructor de carretas?

EL CHORICERO.

Tampoco se me oculta lo que está fraguando en Argos. Finge que trata de conciliarnos su alianza, y celebra en tanto conferencias secretas con los Lacedemonios. Sé para qué se atiza este fuego; para forjar las cadenas de los cautivos.

CORO.

¡Bravo, bravo! forja tú miéntras él encola.

---

(1) Parodia de las metáforas bajas y vulgares que algunos oradores empleaban para hacer efecto en el populacho.

EL CHORICERO.

Allí tienes hombres que te ayudan en la obra (1); mas nunca, aunque me des todo el oro y plata del mundo y me envies á todos mis amigos para que me calle, nunca conseguirás que yo oculte la verdad á los Atenienses.

CLEON.

Iré al punto al Senado y delataré á todos vuestra conjuracion, vuestras reuniones nocturnas contra la república, vuestra connivencia con el rey persa, y ese negocio con los de Beocia que tratais de que cuaje.

EL CHORICERO.

¿Pues qué precio tiene el queso de Beocia? (2)

CLEON.

¡Por Hércules, te voy á desollar vivo!

CORO.

Ea, demuéstranos ahora ingenio y valor; tú, que, como acabas de confesarlo, escondias en otro tiempo la carne entre los muslos. Corre al Senado sin perder un instante, pues ese va á calumniarnos á todos, vociferando como acostumbra.

EL CHORICERO.

Voy allá; pero ántes permitidme que deje aquí estas tripas y cuchillos.

---

(1) Quizá estas palabras se dirigieran á cierta clase de espectadores.

(2) La pregunta del Choricero, está motivada por la metáfora de Cleon. Demóstenes *(Discurso sobre la Embajada mal desempeñada)* empleó una frase análoga, τυρεύειν κατάσκευας.

CORO.

Lleva sólo esa enjundia para untarte el cuello y poder escurrirte si la calumnia te agarra (1).

EL CHORICERO.

Buen consejo; así se acostumbra en la palestra.

CORO.

Toma, y cómete tambien esos ajos (2).

EL CHORICERO.

¿Para qué?

CORO.

Para que al combatir harto de ajos, tengas más fuerza, amigo mio. Pero anda pronto.

EL CHORICERO.

Ya voy.

CORO.

Procura morderle y derribarlo; arráncale la cresta, y no vuelvas sin haberte comido su papada (3). Parte alegre y triunfa como es mi deseo. ¡Que el Júpiter del mercado te guarde, y vuelvas vencedor y cubierto de coronas!

(EL CHORICERO *sale;* EL CORO *queda solo por primera vez en la escena y se vuelve á los espectadores para principiar la parábasis.)*

Pero vosotros, que estais acostumbrados á todo

---

(1) A imitacion de los atletas, que se untaban el cuerpo de aceite para escurrirse con más facilidad entre las manos de su adversario.

(2) Véase la nota al verso 166 de *Los Acarnienses*.

(3) Alusion á las riñas de gallos.

género de poesías, escuchad nuestros anapestos (1).

Si alguno de vuestros antiguos poetas cómicos nos hubiese pedido que recitáramos sus versos en el teatro, le hubiera sido difícil conseguirlo; pero el autor de esta comedia es digno de que lo hagamos en su obsequio. Ya porque odia á los mismos que nosotros aborrecemos, ya porque desafiando intrépido al huracan y las tempestades, no le atemoriza el decir lo que es justo. Como muchos se le han acercado admirándose de que desde hace tiempo no haya solicitado un coro, y preguntádole la causa de ello, el poeta nos manda que os manifestemos el motivo. No ha sido sin razon, dice, el haber tardado tanto, sino por conocer que el arte de hacer comedias es el más difícil de todos, hasta el punto de que de los muchos que lo solicitan, pocos logran dominarlo. Sabe además desde hace tiempo cuán inconstante es vuestro carácter, y con qué facilidad abandonais, apénas envejecen, á los poetas antiguos. No ignora, en primer lugar, la suerte que cupo á Mágnes (2) cuando le empezaron á blanquear los cabellos. Aunque habia conseguido muchas victorias en los certámenes cómicos; aunque recorrió todos los tonos y presentó en escena citaristas, aves, Lidios y cínifes; aunque se pintó el

(1) Metro usado en la parábasis.
(2) Poeta cómico, al principio muy del gusto de los Atenienses, que premiaron sus piezas once veces. Aristófanes enumera algunas de sus comedias. Ateneo (xv, 690, c.) cita *Los Citaristas*, *Los Cínifes* y *Los Lidios*.

rostro del color de las ranas, no pudo sostenerse, sino que en la edad madura y no en la juventud le abandonasteis, porque con los años habia perdido aquella gracia que os hacia reir. Tambien se acuerda de Cratino, que en sus buenos tiempos, en el apogeo de su gloria, corria impetuosamente por los llanos, y desarraigando plátanos y encinas, los arrastraba con sus adversarios vencidos; entónces no se podia cantar en los banquetes otra cosa que: *Doro, la de las sandalias de higuera* (1), y *Autores de himnos elegantes* (2); ¡tan floreciente estaba! Pero ahora cuando le veis chochear no os compadeceis de él: desde que á su lira se le caen las clavijas, se le saltan las cuerdas y se le pierden las armonías, el pobre anciano vaga lo mismo que Connas (3), ceñida la frente de una seca corona y muerto de sed, él que por sus primeros triunfos merecia beber (4) en el Pritáneo, y en vez de delirar

(1) Principio de un canto de Cratino, que era una sátira contra la venalidad y la delacion.

(2) Principio de otro canto de Cratino.

(3) Músico que tenia el vicio de embriagarse; su pobreza era extremada, pues las coronas de olivo con que le premiaron en los juegos olímpicos eran toda su hacienda. Solia decir: «que estaba bien coronado, pero mal bebido.»

(4) Cratino era extremadamente aficionado á la bebida. Horacio hace mérito de este vicio (*Epist.* I, 19):

Prisco, si credis, Mæcenas docte, Cratino
Nulla placere diu, nec vivere carmina possunt,
Quæ scribuntur aquæ potoribus.....

Dícese que, sin duda mortificado por la alusion de Aristófanes, Cratino compuso á los noventa y siete años de edad, y al siguiente de la representacion de *Los Caba-*

en la escena, presenciar perfumado el espectáculo, sentado junto á la estatua de Baco (1). ¿Y Crátes (2), cuántos insultos y ultrajes vuestros no sufrió á pesar de que os alimentaba, á tan poca costa, masticando en su boca delicada los más ingeniosos pensamientos? Y, sin embargo, este fué el único que se sostuvo, ya cayéndose, ya levantándose.

Temeroso de esto nuestro autor, se ha contenido repitiéndose á menudo: «es preciso ser remero ántes de ser piloto, y guardar la proa y observar los vientos ántes de dirigir por sí mismo la nave.» En gracia de esta modestia, que le ha impedido deciros necedades, tributadle un aplauso que iguale al estruendo de las olas, honradle en estas fiestas Leneas (3) con jubilosas aclamaciones, para que, satisfecho de su triunfo, se retire con la frente radiante de alegría (4).

Neptuno ecuestre (5), que te complaces oyendo el relincho de tus corceles y el resonar de sus ferrados cascos; potente númen á quien agrada ver las

---

lleros, una comedia titulada *La botella de mimbres*, que ganó el primer premio: alarde de vigor intelectual, que no es único en el teatro ateniense, pues tambien *Sófocles* compuso su *Edipo en Colona* á los ochenta y tantos años.

(1) Habia asientos de honor en el teatro.

(2) Poeta cómico. Principió por ser actor y representar las obras de Cratino. El Escoliasta asegura que compraba los votos de los espectadores.

(3) Véanse *Los Acarnienses*.

(4) Aristófanes parece aludir á su espaciosa calva.

(5) En su disputa con Minerva sobre quién habia de dar su nombre á la ciudad de Aténas, Neptuno produjo el caballo, de donde el epíteto que se lee en el texto.

triremes (1) mercenarias hender rápidas los mares con azulada proa, y á los jóvenes, enardecidos por esa pasion que les arruina, dirigir sus carros en el reñido certámen, asiste á este coro, deidad de áureo tridente, rey de los delfines, adorado en Sunio (2) y en Geresta (3), hijo de Saturno, protector de Formion (4), y ahora, para Aténas, el más propicio de los dioses.

Queremos elogiar á nuestros padres, héroes dignos de su patria y de los honores del peplo (5), que, vencedores siempre y en todas partes en combates terrestres y marítimos, cubrieron de gloria á la república; que nunca al encontrar los enemigos se ocuparon en contarlos, pues su corazon estaba

(1) Las *triremes* (τριήρης) eran naves de tres filas de remeros.

(2) Promontorio del Atica consagrado á Neptuno.

(3) Promontorio de Eubea, junto al cual habia un templo de Neptuno.

(4) General ateniense, jefe de la escuadra, y famoso por sus recientes victorias navales. Era de costumbres muy austeras. No habiendo podido pagar á causa de su honrada pobreza la cantidad de cien minas, por la que estaba en descubierto con el tesoro público, «fué condenado como insolvente y se retiró al campo.» Más tarde le rehabilitó el pueblo ateniense. (V. *La Paz,* 347; Tuc. II, 68, 85, 92.)

(5) El peplo (πέπλος) era una especie de manto cortado en redondo, de una tela muy fina, consagrado con especialidad á Minerva en concepto de patrona de Aténas; en él se hallaba representado el gigante Encélado, muerto por la diosa. Cada cinco años, en las *grandes Panateneas*, se le ofrecia un peplo en el cual figuraban las acciones y los nombres de los ciudadanos dignos de recordarse. (V. Winckelmann, *Hist. de l'Art chez les Anciens*; tom. I, pág. 517. Paris, 1802; Escoliasta, *Los Cab.*, 566.)

siempre dispuesto al ataque. Si alguno llegaba á caerse por casualidad en la batalla, limpiábase el polvo, y negando su caida, volvia á la carga con más ardor. Jamás los generales de entónces hubieran pedido á Cleéneto (1) que se les alimentase á costa del Estado; pero ahora, si no tienen esta prerogativa y la de asiento distinguido (2), se niegan á combatir. Nosotros deseamos pelear valientemente y sin sueldo por la patria y nuestros dioses: nada pedimos en pago, sino que cuando se haga la paz y cesen las fatigas de la guerra nos permitais llevar largo el cabello (3) y cuidar de nuestro cútis.

Veneranda Pálas, diosa tutelar de Aténas que reinas sobre la tierra más religiosa y fecunda en poetas y guerreros, ven y trae contigo á la victoria, nuestra compañera en los ejércitos y batallas, esa fiel amiga del Coro, que combate á nuestro lado contra nuestros enemigos. Preséntate ahora: hoy más que nunca, sea como quiera, es preciso que nos otorgues el triunfo. Queremos tambien publicar lo bueno que sabemos de nuestros caballos (4): dignos son de alabanza. Muchas veces nos ayuda-

(1) Autor de un decreto sobre el derecho de los generales á obtener de la República una subvencion. El padre del demagogo Cleon se llama Cleéneto, pero no está bien averiguado si es el mismo á quien cita Aristófanes.

(2) Uno de los honores más apreciados era el tener asiento de distincion en el teatro y otros lugares públicos.

(3) Los caballeros llevaban el cabello largo.

(4) El Coro tributa á sus caballos los elogios que no quiere dirigirse á sí mismo.

ron en las excursiones y combates; mas nunca nos admiraron tanto con lo que en tierra hicieron, como cuando se lanzaron intrépidamente á las naves (1) con toda su carga de vasos de campaña, ajos y cebollas; y apoderándose de los remos, como si fueran hombres, gritaban: «¡Hippapai! (2) ¿Quién remará con más brío? ¿Qué hacemos? ¿No remarás tú, oh Sánfora? (3)» Tambien bajaron á Corinto: los más jóvenes se hicieron allí un lecho con sus cascos é iban en busca de cobertores, y en vez de forraje de la Media, comian los cangrejos que se descuidaban en salir á la playa, y áun los buscaban en lo profundo del mar. Por eso Teoro dijo que un cangrejo habia hablado así: «Terrible es, oh Neptuno, no poder, ni en el fondo del abismo, ni en la tierra, ni en el mar, escapar de los Caballeros» (4).

(Vuelve EL CHORICERO.)

CORO.

¡Oh, el más querido y valiente de los hombres, cuán inquieto nos ha tenido tu ausencia! Ya que vuelves sano y salvo, cuéntanos cómo te las has arreglado.

---

(1) Los Atenienses enviaron una expedicion contra Corinto despues de la victoria de Pílos, tantas veces aludida en esta comedia. (V. Tuc., IV, 42, 43.)

(2) Grito de los marineros.

(3) Nombre de un caballo.

(4) Pasaje lleno de alusiones oscuras para nosotros. Sobre Teoro, véanse *Los Arcanienses*.

EL CHORICERO.

¿Qué he de deciros, sino que he conseguido la victoria en el Senado?

CORO.

¡Ahora es ocasion de prorumpir todos en exclamaciones de júbilo! Tú, que hablas tan bien, pero que superas á las palabras con las obras, cuéntanoslo todo circunstanciadamente; con gusto emprenderíamos un largo viaje sólo por oirte. Por tanto, hombre excelente, habla sin miedo; todos nos alegramos de tu triunfo.

EL CHORICERO.

Escuchad, pues la cosa merece la pena. En cuanto salió de aquí, le seguí pisándole los talones; apénas entró en el Senado, empezó con su voz estentórea á tronar contra los Caballeros, acumulándoles calumnias portentosas, acusándoles de conspiradores y amontonando palabras sobre palabras, que empezaban á ser creidas. El Senado le escuchaba y tan fácilmente se apacentó de aquellas falsedades, que crecian prodigiosamente como la mala hierba, que ya lanzaba miradas severas y fruncia el entrecejo. Pero yo, cuando comprendí que sus palabras producian efecto y que conseguia engañar á su auditorio, exclamé: «Oh dioses protectores de la lujuria y del fraude, de las chocarrerías y desvergüenzas (1); y tú, Mercado, en donde

---

(1) Todas las divinidades invocadas por el Choricero son inventadas por Aristófanes: Σκίταλοι, *demonios de la lujuria*; Φένακες, *del fraude* (de φέναξ, *engañador*); Βερεσχεθοὶ,

se educó mi niñez, dadme audacia, lengua expedita é impudente voz.» Cuando pensaba en esto, un bardaje se desahogó (1) á mi derecha, y yo me prosterné en actitud de adoracion; despues, empujando la barrera con la espalda, grité abriendo una boca enorme: «Senadores, soy portador de buenas noticias, y quiero ser el primero en anunciároslas desde que estalló la guerra, nunca han estado más baratas las anchoas.» Al punto la serenidad brilló en todos los semblantes, y en seguida me decretaron una corona por la fausta nueva. Yo en cambio les enseñé en pocas palabras un secreto para comprar muchas anchoas por un óbolo: que era el recoger todos los platos á los fabricantes. Todos aplaudieron y me miraban con la boca abierta. Advirtiendo esto el Paflagonio, que conoce muy bien el modo de engatusar al Senado, dijo: «Ciudadanos, propongo, ya que tan buenas nuevas acaban de anunciarnos, que para celebrarlas inmolemos cien bueyes á Minerva.» Y el Senado se puso otra vez de su parte: yo, viéndome entónces humillado y vencido, le cogí la vuelta, proponiendo que se sacrificasen hasta doscientos, y además mil cabras á Diana, si al dia siguiente se vendian las sardinas á un óbolo el ciento; con esto el Senado se inclinó de nuevo á mi favor; y el Paflagonio, aturdido, empezó á decir necedades: los arqueros y Pritáneos le sacaron fuera y se formaron grupos en que se tra-

de la estupidez; Κοϐάλοι, *de la chocarrería*; Μόθων, *exclavo insolente*.

(1) *Pepedit.*

taba de las anchoas. Él les suplicaba que esperasen un momento: «Escuchad, exclamaba, lo que va á decir el enviado de Lacedemonia: viene á tratar de la paz.» Entónces gritaron todos á una: «¿Ahora de la paz? ¡Estúpido! ¿Despues que han sabido lo baratas que tenemos las anchoas? No necesitamos paz, siga la guerra.» Y mandaron á los Pritáneos que levantasen la sesion. En seguida saltaron las verjas por todas partes. Yo me escapé y corrí á comprar cuanto cilantro y puerros habia en el mercado, y los distribuí luégo grátis á todos los que lo necesitaban para sazonar las anchoas. Ellos no hallaban palabras con que elogiarme y me colmaban de caricias, hasta el punto de que por un solo óbolo de cilantro me he hecho dueño del Senado.

CORO.

Has conseguido cuanto te proponias como hombre favorecido por la fortuna. Aquel bribon ha tropezado con otro que le da quince y raya en tunantadas, astucia y zalamerías. Procura terminar el combate con igual felicidad: ya sabes hace tiempo que somos tus benévolos auxiliares.

EL CHORICERO.

Ahí viene el Paflagonio turbando y arremolinando las olas delante de sí, como si tratara de tragarme. ¡Dioses! ¡qué audacia!

CLEON.

¡Que me muera si no te hago añicos, por pocas de mis antiguas mentiras que me resten!

EL CHORICERO.

Me gusta oir tus amenazas y reirme de tus humos; de miedo que me das, bailo y grito ¡quíquiriquí!

CLEON.

¡Por Céres, perezca ahora mismo si no te devoro!

EL CHORICERO.

¿Si no me devoras? ¡Así me muera si no te sorbo de un solo trago y reviento despues de haberte sorbido!

CLEON.

Te mataré, lo juro por el asiento de honor que gané con lo de Pílos.

EL CHORICERO.

¡Ya salió el asiento distinguido! ¡Bah! pronto pienso verte relegado de aquel primer asiento á los últimos bancos del teatro.

CLEON.

Juro por cuanto hay que jurar, aplicarte el tormento.

EL CHORICERO.

¡Qué furioso estás! Vamos, ¿qué te daré de comer? ¿Qué es lo que más te gusta? ¿Una bolsa?

CLEON.

Te voy á arrancar las tripas con las uñas.

EL CHORICERO.

Ya te cortaré yo esas uñitas con que atrapas los víveres del Pritáneo.

CLEON.

Te arrastraré ante el pueblo para que me haga justicia.

EL CHORICERO.

Tambien yo te arrastraré y te acusaré de mil crímenes.

CLEON.

¡Miserable! á tí no te cree, y yo me burlo de él cuando quiero.

EL CHORICERO.

¡Qué seguro estás de dominar al pueblo!

CLEON.

Es que sé con qué guisos se le ceba.

EL CHORICERO.

Y le alimentas mal como las nodrizas; pues con el pretexto de masticar ántes la comida te tragas tres veces más de lo que á él le presentas (1).

CLEON.

¡Por Júpiter, con mi destreza yo puedo ensanchar ó estrechar el pueblo á mi gusto (2).

EL CHORICERO.

¡Vaya un lance! tambien lo sé yo.

CLEON.

Pobre hombre, no pienses que me has de jugar otra pasada como la del Senado: acudamos al pueblo.

EL CHORICERO.

Nada nos lo impide: adelante, no haya tardanza.

CLEON.

¡Oh pueblo! ¡sál aquí!

---

(1) Aristóteles (*Ret.*, I, 4) hace la misma comparacion.
(2) Es decir, darle mucho ó poco á su arbitrio.

EL CHORICERO.

¡Sí, por Júpiter; sál aquí, padre mio!

CLEON.

¡Pueblecillo mio querido, sál para que veas cuán indignamente me tratan!

PUEBLO.

¿Quiénes son estos alborotadores? ¡fuera pronto de esta puerta! Me habeis tirado el ramo de olivo (1). ¿Quién te maltrata, Paflagonio?

CLEON.

Este, y esos jóvenes que me apalean por tu causa.

PUEBLO.

¿Por qué?

CLEON.

Porque te quiero, oh Pueblo, y estoy enamorado de tí.

PUEBLO.

Y tú, ¿quién eres?

EL CHORICERO.

Yo soy su rival; te amo ya hace tiempo, y con otros muchos buenos y honrados ciudadanos sólo anhelo serte útil. Pero éste nos lo impide. Pues tú te pareces á esos jóvenes rodeados de amantes; no quieres á los buenos y honrados, y te entregas á los vendedores de lámparas (2), y á los zapateros, guarnicioneros y curtidores.

(1) Era una costumbre piadosa el colgar ramas de árboles á las puertas de la casa.
(2) Alusion á Hipérbolo.

CLEON.

Hace bien; porque yo sirvo al pueblo.

EL CHORICERO.

¿En qué? ¿díme?

CLEON.

Fuí á Pílos, suplanté á los generales cuando á ella se dirigian, y me traje á los prisioneros lacedemonios.

EL CHORICERO.

Tambien yo, estando paseando, robé de una tienda la olla con la comida que otro habia puesto á cocer.

CLEON.

Pueblo mio, convoca cuanto ántes una asamblea para que sepas quién de los dos te quiere más, y decidas quién merece tu amor.

EL CHORICERO.

Bueno, bueno, decide entre los dos, con tal que no sea en el Pnix (1).

PUEBLO.

No puedo sentarme en otro sitio; pero ántes es necesario reunir en él los ciudadanos.

EL CHORICERO.

¡Infeliz de mí! ¡Soy perdido! Porque este viejo, que en su casa es el más discreto de los hombres, en cuanto se sienta en esos bancos de piedra se está con la boca abierta, como el que al colgar higos se le quedan los cabos en la mano (2).

---

(1) Lugar donde se reunia la asamblea popular.
(2) Al ponerlos á secar al sol.

CORO (1).

Ahora es necesario que despliegues todas las velas y desamarres todos los cables; ármate de valor y de astucia y de capciosos discursos para vencerle. El enemigo es flexible y hábil en presentar toda clase de obstáculos. Procura, pues, arrojarte sobre él con todas tus fuerzas; mucho cuidado; ántes de que él te ataque levanta los pesos que has de arrojarle y adelanta tu nave (2).

CLEON.

¡Oh poderosa Minerva, protectora de la ciudad! si despues de Lisícles (3), Cinna y Salabaca (4) soy yo el que más amo al pueblo ateniense, concédeme que, como hasta ahora, sea, por no hacer nada, alimentado á costa del Estado. Mas si te aborrezco y no combato por tí, aunque me vea aislado, que muera y me sierren vivo, y corten en correas mi pellejo.

EL CHORICERO.

¡Y yo, Pueblo mio, si no es cierto que te amo y estimo, permita Júpiter que sea cocido y hecho menudísimas tajadas! Si no crees mis palabras, consiento en ser rallado sobre este tablero, mezclado con queso para hacer un almodrote y arrastrado con un gancho al Cerámico (5).

(1) Cambio de decoracion. La escena debia de representar el Pnix.
(2) Metáforas tomadas de la navegacion.
(3) Lisícles, ya citado en el verso 132.
(4) *Cinna* y *Salabaca*, cortesanas de Aténas. Como se ve, el patriotismo de Cleon no era excesivo.
(5) Demo de Aténas en que eran sepultados los guerre-

CLEON.

¡Oh Pueblo! ¿Cómo puede haber un ciudadano que te ame más que yo? Desde que soy tu consejero, he enriquecido tu tesoro atormentando á éstos, apurando á aquellos y pidiendo á otros, sin atender á ningun particular con tal de serte grato.

EL CHORICERO.

Todo eso, oh Pueblo, nada tiene de extraordinario; yo haré lo mismo, pues robaré panes á otros para servírtelos. No creas que ese te ama y procura tu bien en consideracion á tu persona, sino por calentarse á tu fuego. De otra suerte, ¿cómo no ve que tú, que en defensa de esta tierra desenvainaste en Maraton la espada contra los Persas y alcanzaste de ellos aquella insigne victoria tantas y tantas veces ponderada, te sientas siempre sobre esas duras piedras? Nunca se le ha ocurrido como á mí ofrecerte un cojin, como este que te traigo cosido con mis propias manos. Ea, levántate y siéntate sobre él cómodamente; así no estarán mortificados esos miembros que trabajaron tanto en Salamina (1).

PUEBLO.

¿Quién eres, amigo mio? ¿Eres acaso de la raza de Harmodio? Tu obsequio es en verdad muy popular y delicado.

---

ros muertos en el combate. En el recinto de la ciudad habia un lugar del mismo nombre habitado por las cortesanas. Para dar más fuerza á su imprecacion, Agorácrito dice por dónde ha de ser enganchado: τῶν ὀρχιπέδων, *correptis testiculis*.

(1) *Nates eorum qui remum agebant.*

CLEON.

Eso es muy poco para que ya te muestres benévolo con él.

EL CHORICERO.

A fe que tú le has engañado con mucho ménos cebo.

CLEON.

Apuesto la cabeza á que no habido nunca uno que combata más que yo por tí, ¡oh Pueblo! ni que más te ame.

EL CHORICERO.

¿Cómo puedes amarle cuando le ves hace ocho años vivir en cuevas y miserables chozas, y léjos de compadecerte de él lo dejas que se muera ahumado (1), y cuando Arqueptólemo vino á proponernos la paz, la rechazaste y arrojaste de la ciudad á puntapiés á los embajadores encargados de pactar las treguas? (2).

CLEON.

Es para que gobierne á todos los Griegos. Por que en los oráculos se dice que si tiene paciencia llegará á cobrar en la Arcadia cinco óbolos por administrar justicia. Así es que yo le alimentaré y cuidaré, y suceda lo que suceda siempre le pagaré los tres óbolos (3).

(1) Vid. la Noticia preliminar de *Los Acarnienses*.

(2) Los Lacedemonios, ántes de la toma de Pílos, enviaron á Aténas una embajada solicitando la paz. Arqueptólemo, ciudadano ateniense, fué el encargado de presentarla; pero Cleon hizo infructuosas sus gestiones. (Vid. Tuc. IV, 17, 22.)

(3) Salario de los jueces. Ya hemos visto que era uno

EL CHORICERO.

No te afanas porque éste mande en Arcadia, sino por robar más, y obtener muchos regalos de las ciudades tributarias: quieres que entre el remolino de la guerra el Pueblo no vea tus tunantadas, y que la necesidad, la miseria y el aliciente del estipendio le obligue á considerarte como su única esperanza. Pero si alguna vez, volviendo al campo, logra vivir en paz, y reponer sus fuerzas con el trigo nuevo y las sabrosas olivas, conocerá los bienes de que le priva tu estipendio; entónces, irritado y feroz, te acusará ante los tribunales. Tú lo sabes, y por eso le engañas con esperanzas quiméricas.

CLEON.

¿No es intolerable que tú digas eso de mí y me calumnies ante los Atenienses y el Pueblo, cuando, por la venerable Céres lo juro, he prestado á la República más servicios que Temístocles?

EL CHORICERO.

«¡Ciudad de Argos! ¿escuchas lo que dice? (1)» ¿Tú igual á Temístocles? Nuestra ciudad estaba ya henchida de riquezas, y él añadió tantas que se desbordaron como el agua de un vaso lleno hasta la boca; á los manjares de su espléndida mesa, él añadió el Pireo (2), y, sin quitarnos los antiguos peces, nos

---

de los medios empleados por Cleon para sostener su influencia.

(1) Verso de Eurípides.

(2) Puerto de Aténas que se hizo por consejo de Temístocles, quien lo unió á la ciudad por medio de una muralla de 35 estadios. (PLUTARCO, *Vida de Temístocles;* CORNELIO NEPOTE, *id.*, cap. 6.)

procuró otros nuevos! ¡Tú igual á Temístocles, cuando no has hecho más que estrechar la ciudad, dividirla con murallas é inventar oráculos! El, sin embargo, fué desterrado, y tú te regalas el cuerpo á nuestra costa (1).

CLEON.

¿No es insufrible, oh Pueblo, tener que oir estos dicterios sólo porque te amo?

PUEBLO.

Cállate, basta de injurias. Harto tiempo me has engañado.

EL CHORICERO.

¡Es un malvado, Pueblecillo mio! Ha cometido mil iniquidades miéntras te ha tenido sorbido el seso. Se ha hecho pagar á peso de oro la impunidad de los concusionarios, y metiendo el brazo hasta el codo en el tesoro de la República, ha robado cuanto ha podido.

CLEON.

¡No te has de alegrar! Yo probaré que has robado tres mil dracmas.

EL CHORICERO.

¿Por qué te revuelves? ¿Por qué te alborotas siendo el hombre peor que existe para el pueblo ateniense? Tambien yo probaré, ó si nó que me muera, que recibiste de Mitilene (2) más de cuarenta minas.

---

(1) Lit. «Comes las tortas de Aquiles,» frase proverbial para indicar una alimentacion exquisita.

(2) No se sabe de cierto por qué motivo. El Escoliasta recuerda lo que sobre la sublevacion de los Mitilenenses dice Tucídides (III, 18, 36, 50). Pero el haber pedido

CORO.

Te felicito por tu elocuencia, oh mortal que apareces como el bienhechor de todos los hombres (1). Si así continúas, serás el más grande de los Griegos, y único dueño de la República: armado del simbólico tridente, mandarás á los aliados, y reunirás inmensas riquezas trastornando y confundiéndolo todo. Pero no sueltes á ese hombre, ya que se ha dejado coger; fácil te será vencerle con semejantes pulmones.

CLEON.

Aun no, buena gente, áun no han llegado las cosas á ese extremo; me queda todavía por decir una hazaña tan ilustre que puedo tapar con ella la boca á todos mis adversarios, miéntras se conserve un resto de los escudos cogidos en Pílos (2).

EL CHORICERO.

Párate en los escudos; ya me has dado un asidero (3). Pues por precaucion no debias, ya que

---

Cleon que fuesen pasados á cuchillo todos los hombres de la ciudad rebelde y reducidos á la esclavitud los niños y las mujeres, no permite suponer que hubiera sido comprado en esta ocasion. El pueblo ateniense, compadecido de la mísera suerte de tantos infelices, revocó su cruel decreto, y sólo fueron castigados los principales culpables.

(1) Parodia del verso 614 del *Prometeo* de Esquilo.

(2) Los escudos cogidos al enemigo se colgaban en los templos como en accion de gracias á los dioses; pero tomando la precaucion de quitarles las correas ó abrazaderas para evitar el que pudieran utilizarse en alguna sedicion. A esta falta de precaucion alude en su respuesta el Choricero.

(3) Juego de palabras sobre λαβήν, que designa tambien la *abrazadera* ó *asa* del escudo.

tanto amas al pueblo, permitir que fueran suspendidos en el templo con sus abrazaderas. Pero lo que hay aquí, Pueblo mio, es una maquinacion para que no puedas castigarle, si alguna vez lo intentas. ¿Ves esa turba de jóvenes curtidores que le escolta, acompañada por esa otra de vendedores de miel y de quesos? Pues todos conspiran al mismo fin. Por tanto, si te encolerizas y le amenazas con el ostracismo (1), se apoderarán una noche de esos escudos y correrán á apropiarse de nuestros graneros.

PUEBLO.

¡Infeliz de mí! ¿Conque áun tienen las abrazaderas? ¡Infame, cuánto tiempo me has tenido engañado!

CLEON.

Querido mio: no seas tan crédulo; no pienses que has de encontrar un amigo mejor que yo: yo solo he sofocado todas las conspiraciones; en cuanto existe la menor conspiracion, yo te la denuncio á gritos.

EL CHORICERO.

Haces lo que los pescadores de anguilas. Si el lago está tranquilo, no cogen nada; pero cuando revuelven el cieno arriba y abajo, hallan buena pesca. Tú tambien pescas cuando revuelves la ciudad (2). Pero dime una sola cosa: tú que vendes

(1) Destierro por algunos años que se solia decretar contra los ciudadanos cuyo poder é influencia inspiraba temor á la recelosa democracia ateniense.

(2) Nótese la semejanza de esta comparacion con nuestro refran: «A rio revuelto ganancia de pescadores.»

tantos cueros, y te jactas de amar tanto al pueblo, ¿le has dado nunca una suela para sus zapatos?

PUEBLO.

¡No, por Apolo!

EL CHORICERO.

Y bien, ¿vas conociendo á ese hombre? Yo te he comprado este par de zapatos y te los doy para que los gastes.

PUEBLO.

Ningun hombre, que yo sepa, ha sido mejor que tú para el pueblo; ni más celoso por el bien de la República y de los dedos de mis piés.

CLEON.

¿No es doloroso que des tanta importancia á un par de zapatos y te olvides de todo lo que he hecho en tu favor? Yo corregí á los lujuriosos, borrando á Grito (1) de la lista de los ciudadanos.

EL CHORICERO.

¿No es doloroso tambien que te metas á investigaciones de cierto género (2), y á corregir los lujuriosos? Aunque sólo lo hiciste por miedo de que se convirtiesen en oradores (3). En tanto, ves á este

---

(1) Uno de los Escoliastas dice que este *Grito* era un constante parroquiano de los lupanares y burdeles, condenado á muerte por Cleon. Sin embargo, lo probable es que no sea un personaje real. Quizá es un nombre imaginario, formado de γρῦ, *porquería de las uñas*, inventado por Aristófanes para hacer ridícula la importancia de la pretendida correccion de costumbres que pondera Cleon.

(2) *Te culos quidem inspectare.*

(3) Aristófanes alude muchas veces á la disolucion de los oradores.

pobre anciano sin túnica, en el rigor del invierno, y no has sido capaz de darle una con dos mangas (1), como esta que yo le regalo.

PUEBLO.

Hé aquí una idea que nunca se le ocurrió á Temístocles. No cabe duda de que las fortificaciones del Pireo son una gran cosa, pero á mí me parece mejor la ocurrencia de darme esta túnica.

CLEON.

¡Ay de mí! ¡con qué zalamerías me suplantas!

EL CHORICERO.

Nada de eso: hago lo que los convidados cuando se ven apretados por una necesidad; así como ellos cogen los zapatos ajenos (2), yo me valgo de tus añagazas.

CLEON.

Pues á zalamero no me has de ganar. Voy á cubrirle con este manto. Tú, bribon, rabia ahora.

PUEBLO.

¡Puf! ¡quita allá! apestas á cuero.

EL CHORICERO.

Por eso te ha puesto el manto, con objeto de asfixiarte. Tambien ántes lo intentó: ¿te acuerdas de aquella corteza de laserpicio (3) que vendia tan barata?

(1) Las túnicas con mangas sólo las usaban los *cinædi* y *pueri meritorii*, y los actores: ¿habrá en la promesa de Cleon alguna alusion satírica al pueblo ateniense? (Vid. Winckelmann, *obra citada*, tom. I, pág. 546.)

(2) Los antiguos se descalzaban para recostarse en los triclinios, ó camas, sobre las cuales comian.

(3) El σίλφιον me parece que debe traducirse laserpicio,

PUEBLO.

Sí que me acuerdo.

EL CHORICERO.

Procuró que se vendiese tan barata para que la compraseis y comieseis, y despues en el tribunal os mataseis los jueces unos á otros con vuestras ventosidades.

PUEBLO.

¡Por Neptuno, un *fematero* (1) me dijo lo mismo.

EL CHORICERO.

¿Y no os poniais rojos de tanto mal olor?

PUEBLO.

Fué en verdad una idea digna de Pirrandro (2).

CLEON.

¡Canalla! ¡con qué chocarrerías intentas perderme!

EL CHORICERO.

La diosa me mandó que te sobrepujase en palabrería.

CLEON.

Pues no me vencerás. Yo prometo, oh Pueblo,

---

por más que haya escritores que entiendan que es el *benjuí*. Era una hierba notable por sus cualidades medicinales, y sumamente ventosa y laxante. Su olor no era agradable para todos. Se cosechaba mucho en la Cirenaica.

(1) Permítasenos la importacion de esta palabra del catalan, en gracia á que traduce exactamente el κόπρειος del original, y puede además derivarse de la castellana *fiemo* ó *cieno*.

(2) *Pirrandro* quiere decir *hombre rojo*, aludiendo al enrojecimiento anterior. Segun el Escoliasta, el sujeto citado fué un delator ó sicofanta.

darte un buen plato: tu salario de juez sin trabajar nada.

EL CHORICERO.

Y yo te doy esta cajita con ungüento para que te cures las úlceras de las piernas.

CLEON.

Yo te rejuveneceré, quitándote los cabellos blancos.

EL CHORICERO.

Toma esta cola de liebre para que te enjugues los ojillos.

CLEON.

Cuando te suenes, Pueblo mio, límpiate los dedos en mi cabeza.

EL CHORICERO.

En la mia.

CLEON.

En la mia. Haré que te nombren Trierarca (1) para que te veas obligado á equipar una nave á tu costa; ya procuraré darte la más vieja, y de ese modo no tendrán fin tus gastos y reparaciones. Las velas han de ser podridas.

EL CORO.

El hombre entra en ebullicion (2); basta, basta.

---

(1) El cargo de Trierarca era sumamente oneroso. La República sólo proporcionaba el casco de la nave, y el Trierarca tenía que equiparla á su costa. Era uno de los medios de que se valian los demagogos para vejar á sus enemigos.

(2) Παφλάζει, de donde el apodo de *Paflagonio* dado á Cleon.

Mira que hierve demasiado; quita un poco de fuego para disminuir sus espumarajos de rabia.

CLEON.

Ya me las pagarás todas juntas; voy á hundirte á contribuciones, y á hacer que te inscriban en el padron de los ricos.

EL CHORICERO.

Yo no gastaré el tiempo en amenazas; sólo esto te deseo: que cuando la sarten llena de calamares esté chirriando en el fuego, y tú disponiéndote á hablar por los Milesios para ganar un talento si consigues que su proposicion sea aprobada, al tratar de engullirte á toda prisa la fritada, ántes de acudir á la asamblea, se presente cualquiera importuno, y tú por no perder el talento, te ahogues al tragar el almuerzo.

CORO.

¡Muy bien, por Júpiter, Céres y Apolo!

PUEBLO.

A mí tambien me parece fuera de duda que es un buen ciudadano, y de esos que en estos tiempos no se venden por un óbolo. Tú, Paflagonio, que tanto alardeas de quererme, me has irritado, y por tanto devuélveme mi anillo (1), pues desde este instante dejas de ser mi tesorero.

CLEON.

Tómalo. Sin embargo, bueno es que sepas que si no me dejas gobernar la república, mi sucesor será peor que yo.

---

(1) Signo de mando.

PUEBLO.

No es posible que este sea mi anillo; me parece, si no me engaña la vista, que el sello es diferente.

EL CHORICERO.

Veamos, ¿cuál era tú sello?

PUEBLO.

Una hoja de higuera untada de grasa (1).

EL CHORICERO.

No es ese.

PUEBLO.

¿No es la hoja de higuera? ¿pues qué tiene?

EL CHORICERO.

Un cuervo marino (2), con el pico abierto, arengando desde una piedra (3).

PUEBLO.

¡Desdichado de mí!

EL CHORICERO.

¿Qué te pasa?

PUEBLO.

Tíralo léjos; no es el mio, es el de Cleónimo (4). Toma este y sé mi tesorero.

CLEON.

A lo ménos, dueño mio, escucha ántes mis oráculos.

(1) Vuelve á mencionarse el Θρῖον, de cuya confeccion hablamos en la nota al verso 1102 de *Los Acarnienses*. Hay además en el original un equívoco intraducible, basado en la casi completa semejanza de los vocablos δῆμος, *pueblo*, y δημός, *grasa*.

(2) Ave voraz, símbolo de la codicia de Cleon.

(3) La tribuna desde la cual hablaban los oradores.

(4) Alusion á su rapacidad.

EL CHORICERO.

Y los mios.

CLEON.

Si le crees, tendrás que prestarte á sus rapiñas.

EL CHORICERO.

Si le crees, tendrás que prestarte á sus infamias (1).

CLEON.

Mis oráculos dicen que reinarás en todo el mundo coronado de rosas.

EL CHORICERO.

Los mios, que vestido de una túnica de púrpura bordada á aguja, y ceñida la frente con una corona, perseguirás en un carro de oro á Esmicítes (2) y á su marido.

PUEBLO.

Vé y trae los oráculos para que éste los oiga.

EL CHORICERO.

Con gusto.

PUEBLO.

Trae tú tambien los tuyos.

CLEON.

Voy.

EL CHORICERO.

Vamos, pues: nada nos lo impide.

---

(1) *Verpum te fieri necesse est usque ad pectinem.*

(2) Rey de Tracia, aliado de los Persas. Aristófanes lo convierte en mujer, y al decir que el pueblo *perseguirá* á Esmicites, en vez de añadir y á *su ejército,* dice y á *su marido,* como si se tratase de perseguir en justicia á una *mujer*, la cual sólo podia ser demandada en union de su esposo.

CORO.

Felicísimo será este dia para los presentes y los que han de llegar (1), si en él acaece la pérdida de Cleon; aunque he oido en el bazar de los pleitos sostener á ciertos viejos tardones, que si este hombre no hubiera alcanzado tanto poder, nos faltarian en la República dos utilísimos enseres: el mortero y la espumadera (2).

Admiro tambien su grosera educacion; los muchachos que con él asistian á la escuela, dicen que nunca pudo templar su lira más que al modo dórico, sin querer aprender ningun otro; por lo cual irritado el maestro de música le despidió, diciendo: «ese mozuelo es incapaz de aprender otros tonos que aquellos cuyo nombre signifique regalar» (3).

CLEON.

Aquí tienes, mira; áun no los traigo todos.

EL CHORICERO.

¡Ah, no puedo resistir más! (4) y áun no los traigo todos.

---

(1) Los habitantes de las ciudades aliadas.

(2) Quiere decir que Cleon desempeñaba el mismo papel en la administracion del Estado que el mortero y la espumadera en la cocina; aplastando á sus enemigos y revolviéndolo todo.

(3) Alusion á los regalos que Cleon admitia. Hay en el original un juego de palabras basado en la semejanza de *dórico* y δῶρον, *regalo*.

(4) *Quam valde cacaturio.*

PUEBLO.

¿Qué es eso?

CLEON.

Oráculos.

PUEBLO.

¿Todos?

CLEON.

¿Te admiras? pues áun tengo un arca llena.

EL CHORICERO.

Y yo el desvan de mi casa y otros dos contiguos.

PUEBLO.

Veamos, ¿de quién son esos oráculos?

CLEON.

Los mios de Bácis.

PUEBLO.

¿Y los tuyos?

EL CHORICERO.

De Glánis (1), hermano mayor de Bácis.

PUEBLO.

¿De qué hablan?

CLEON.

De Aténas, de Pílos, de tí, de mí, de todas las cosas.

PUEBLO.

Y los tuyos ¿de qué?

EL CHORICERO.

De Aténas, de lentejas, de Lacedemonia, de ala-

(1) *Glánis* es un adivino inventado por Agorácrito. Llamábase así un pez que tenía la particularidad de comerse el cebo sin tragarse el anzuelo.

chas frescas, de los que venden en la plaza mal el grano, de tí, de mí. ¡Chúpate esa, Paflagonio! (1).

PUEBLO.

Leédmelos, leédmelos, y sobre todo aquel que tanto me agrada porque vaticina que seré un águila cerniéndome en las nubes.

CLEON.

Escucha, y fíjate bien: «Medita, hijo de Erecteo, sobre el sentido de este oráculo, que Apolo pronunció desde su santuario impenetrable, por medio de los trípodes venerandos. Te manda guardar al sagrado can de agudísimos dientes, que ladrando y desgañitándose por tí, defiende tu salario; si así no lo hicieres, morirá. Mil grajos envidiosos graznan contra él.»

PUEBLO.

Por Céres, no he entendido una palabra de toda esa jerigonza ¿Qué tiene que ver Erecteo con los perros y los grajos?

CLEON.

Yo soy aquel perro, que ladro por tí, y Apolo te dice que me guardes.

EL CHORICERO.

No dice semejante cosa; pero ese perro roe los oráculos lo mismo que tu puerta: yo tengo uno que canta claro respecto á ese sagrado can.

PUEBLO.

Dilo: ántes voy á coger una piedra, no se le antoje morderme á ese oráculo que habla del perro.

(1) *Penem iste sibi mordeat.*

EL CHORICERO.

«Desconfia, hijo de Erecteo, del Cancerbero traficante en hombres, que mueve la cola y te mira cuando cenas, dispuesto á arrebatarte la comida si vuelves la cabeza para bostezar. A la noche penetrará cautelosamente en la cocina, y con perruna voracidad te lamerá los platos y las ollas.»

PUEBLO.

Oh Glánis, tus oráculos son mucho mejores.

CLEON.

Escucha, amigo mio, y juzga despues: «hay una mujer que parirá en la sagrada Atenas un leon, que, como si defendiese sus cachorros, peleará por el pueblo, contra una multitud de mosquitos; guárdalo y construye murallas de madera y ferradas torres.»

¿Comprendes lo que esto significa?

PUEBLO.

Ni una sola palabra.

CLEON.

El dios te ordena bien claro que me conserves; yo soy para tí lo que el leon.

PUEBLO.

¿Cómo te has convertido en leon sin yo saberlo?

EL CHORICERO.

Te oculta de intento una parte esencial del vaticinio: el fatídico Lóxias (1) ordena en efecto que lo guardes, pero ha de ser encerrado en los muros de madera y ferradas torres.

---

(1) Sobrenombre de Apolo, cuando profetizaba.

PUEBLO.

¡Cómo! ¿El dios dice eso?

EL CHORICERO.

Te manda sujetarlo en un cepo de cinco agujeros.

PUEBLO.

Me parece que el oráculo se empieza á cumplir.

CLEON.

No lo creas; es el graznido de las envidiosas cornejas. Ama siempre al azor; no olvides que te ha traido los cuervos de Lacedemonia (1).

EL CHORICERO.

Ese peligro lo afrontó el Paflagonio en un momento de embriaguez: ¿y lo tendrás por una hazaña insigne, atolondrado Cecrópida? (2) Una mujer llevará fácilmente un fardo si le ayuda á cargársele un hombre; pero no combatirá en la guerra, por que si combate, apestará (3).

CLEON.

Pero fíjate bien en lo que dice de Pílos; escucha: «Pilos está delante de Pilos...»

PUEBLO.

¿Qué significa lo de «delante de Pílos?»

EL CHORICERO.

Da á entender que ocupará todas las *pilas* de los baños (4).

(1) Una clase de peces.
(2) *Cécrope* fué el primer rey de Aténas.
(3) *Cacaverit*. Hay en el original un juego de palabras, sobre μαχέσαιτο y χέσαιτο.
(4) Juego de palabras que hemos podido reproducir.

PUEBLO.

De modo que hoy no podré lavarme, puesto que nos roba todas las pilas.

EL CHORICERO.

Este oráculo mio dice de la escuadra una cosa en la que te conviene fijar mucho la atencion.

PUEBLO.

Ya atiendo; lee, pero ántes dime cómo me he de arreglar para pagar el sueldo á los marineros.

EL CHORICERO.

«Hijo de Egeo, cuidado no te engañe el perro-zorro (1); mira que muerde á traicion, y es falaz, astuto y malicioso.»

¿Sabes quién es este?

PUEBLO.

Filóstrato es el perro-zorro (2).

EL CHORICERO.

No es eso; Cleon te pide naves ligeras, para cobrar los tributos insulares; Apolo te prohibe dárselas.

PUEBLO.

¿Pero en qué se parece una trireme al perro-zorro?

EL CHORICERO.

¿En qué se parece? La trireme y el perro son muy veloces.

PUEBLO.

Y ¿por qué al perro se añade el zorro?

(1) *Cinalopex,* especie de pero de caza. (V. JENOFONTE, *Cinegética.*)
(2) Rufian conocido por el apodo que le da el texto.

EL CHORICERO.

Porque el zorro se asemeja á los soldados en que roba las uvas de las viñas.

PUEBLO.

Sea; ¿mas dónde está el sueldo para esos raposillos? (1).

EL CHORICERO.

Yo lo proporcionaré en el término de tres dias. Escucha tambien este oráculo en que el hijo de Latona te manda evitar á Cilene y sus engaños.

PUEBLO.

¿Qué Cilene?

EL CHORICERO.

Da á entender la mano de Cleon, porque está diciendo siempre «Echa en Cile» (2).

---

(1) El sueldo era la preocupacion constante de los Atenienses.

(2) Es decir, «en el hueco de la mano.» FEUILLEMORTE *(Comédies d'Aristophane*, tom. I, pág. 342) comenta así este verso: «Cilene (que es necesario no confundir con la montaña del mismo nombre situada al Sur de la Acaya, al Norte de la Arcadia, tenida por los antiguos como morada de los *mirlos blancos)* era el principal puerto de la Elida en el mar de Sicilia. Quizá su nombre es denigrado por el oráculo, que la personifica como un agente de fraudes y tunanterías, no sólo á causa de la analogía de su nombre con el que en griego significa *hueco de la mano*, ó *garra*, de que va á hablar luégo, sino porque en aquella ciudad habia nacido Mercurio, dios de los ladrones *(Pomponio Mela,* II, 2, 3). Esta explicacion es aplicable tambien á la Cilene de Arcadia, pues Virgilio *(Eneida*, VIII, 138) coloca en esta montaña la cuna de Mercurio, y Pausanias *(Arcad.)* dice que en ella habia un antiguo templo consagrado á aquel dios.»

CLEON.

Te equivocas. Febo al hablar de Cilene (1) se refiere á la mano de Diópito (2). Pero áun tengo un oráculo alado, que se refiere á tí. «Serás un águila y reinarás en toda la tierra.»

EL CHORICERO.

Yo tengo otro: «administrarás justicia en la tierra, en el mar Eritreo y en Ecbatana, y comerás manjares deliciosos» (3).

CLEON.

Yo he tenido un sueño, y en él me ha parecido ver á la misma diosa derramando sobre el pueblo la salud y la riqueza.

EL CHORICERO.

Y yo tambien, por Júpiter, y en él me ha parecido ver á la misma diosa bajar de la ciudadela con una lechuza (4) sobre sus cabellos, y derramar de un ancho vaso sobre tu cabeza, ¡oh Pueblo! la ambrosía, y sobre la de ese (5) salmuera con ajos.

PUEBLO.

¡Oh! ¡oh! nadie aventaja á Glánis en sabiduría. Me encomiendo á tí para que seas el báculo de mi vejez, y me eduques como á un niño (6).

(1) Ciudad de Mesenia.
(2) Adivino, amigo de Nícias, orador fogoso y arrebatado, acusado de ladron. Frínico, Eupolis, Amípsias y Teléclides le atacaron tambien. Aristófanes vuelve á ocuparse de él en *Las Aves*, 988, y en *Las Avispas*, 380.
(3) Alusion á la manía de juzgar de los Atenienses.
(4) La lechuza estaba consagrada á Minerva, patrona de Aténas.
(5) Cleon.
(6) Parodia del *Peleo* de Sófocles.

CLEON.

Aun no; por favor, espera un instante; yo te daré todos los dias trigo y alimentos.

PUEBLO.

No quiero oir hablar de granos; tú y Teófano (1) me habeis engañado ya muchas veces.

EL CHORICERO.

Yo te daré la harina preparada.

CLEON.

Yo tortitas muy bien cocidas y peces asados; no tendrás más que comerlos.

PUEBLO.

Apresuraos á cumplir lo que prometeis. Entregaré las riendas del Pnix al que me trate mejor.

CLEON.

Yo seré el primero.

EL CHORICERO.

¡Cá' el primero seré yo.

(Vánse corriendo.)

CORO.

¡Oh Pueblo! tu poder es muy grande; todos los hombres te temen como á un tirano; pero eres inconstante y te agrada ser adulado y engañado (2): en cuanto habla un orador te quedas con la boca abierta, y pierdes hasta el sentido comun.

---

(1) *Teófano* debia ser algun demagogo que prometia al pueblo repartos de trigo.

(2) Sobre la facilidad con que el pueblo ateniense era engañado por los oradores, véase en Tucídides el discurso de Cleon (lib. III, 38).

PUEBLO.

No habrá un átomo de sentido comun bajo vuestros cabellos si creis que obro sin juicio: me hago el loco porque me conviene. A mí me gusta estar bebiendo todo el dia, alimentar á un dueño ladron, y matarlo cuando está bien gordo.

CORO.

Discretamente obras, si segun aseguras haces las cosas con esa intencion; si los engordas en el Pnix como públicas víctimas, y luégo, cuando hay falta de provisiones, eliges el más gordo, lo matas y te lo comes.

PUEBLO.

Considerad, pues, si veré claros los manejos de esos que se tienen por muy listos y creen engañarme. Yo los observo cuando roban, y finjo no ver nada, despues les obligo á vomitar todo cuanto me han robado, echando por su garganta á guisa de anzuelo una acusacion pública.

CLEON.

¡Afuera, en hora mala!

EL CHORICERO.

¡Véte tú, so bribon!

CLEON.

¡Oh Pueblo! hace ya mucho tiempo que estoy aquí dispuesto á servirte.

EL CHORICERO.

Y yo hace diez veces más tiempo, y doce veces más tiempo, y mil veces más tiempo, y mucho más tiempo, mucho más tiempo, mucho más tiempo.

PUEBLO.

Y yo hace treinta mil veces más tiempo que os espero, y os maldigo, y muchísimo tiempo, muchísimo tiempo más.

EL CHORICERO.

¿Sabes lo que has de hacer?

PUEBLO.

Si no lo sé, tú me lo dirás.

EL CHORICERO.

Mándanos que disputemos á quién te sirve mejor.

PUEBLO.

Que me place. Alejaos.

CLEON.

Ya estamos.

PUEBLO.

Corred.

EL CHORICERO.

No me adelantarás.

PUEBLO.

Gracias á estos dos adoradores, voy á ser hoy el más feliz de los mortales, á no ser que me las eche de interesante.

CLEON.

¿Ves? yo soy el primero que te traigo una silla.

EL CHORICERO.

Pero no una mesa; y yo la he traido muchísimo ántes.

CLEON.

Mira; aquí tienes esta tortita hecha con aquella harina que traje de Pilos.

EL CHORICERO.

Toma estos panecillos que la misma diosa ha socavado con su mano de marfil (1)

PUEBLO.

¡Qué dedos tan largos tienes, Minerva veneranda!

CLEON.

Toma estos puches de guisantes, cuyo hermoso color y buen gusto abre el apetito: los ha colado la misma Pálas, mi protectora en Pílos.

EL CHORICERO.

¡Oh Pueblo! no hay duda que la diosa te protege; ahora extiende sobre tu cabeza esta olla llena de salsa.

PUEBLO.

¿Crees tú que hubiera podido vivir tanto tiempo en esta ciudad si la diosa no hubiese tenido realmente la olla extendida sobre nosotros? (2)

CLEON.

Este plato de peces te lo regala la diosa, terror de los ejércitos.

EL CHORICERO.

La hija del poderoso Júpiter te envia esta carne cocida en salsa, y este plato de tripa-callos é intestinos.

PUEBLO.

Bueno es que se acuerde del peplo (3) que la regalo.

---

(1) Era costumbre quitar al pan la miga y echar en el hueco salsa ó legumbres. La mano de marfil alude á la magnífica estatua de Minerva hecha por Fidias, y colocada en la Ciudadela.

(2) En vez de su mano protectora.

(3) Vid. la nota al verso 566.

CLEON.

La diosa temible por la Gorgona de su casco, te manda comer esta torta prolongada, para que puedas alargar más fácilmente los remos.

EL CHORICERO.

Toma tambien esto.

PUEBLO.

¿Y qué haré de estos intestinos?

EL CHORICERO.

La diosa te los envia de intento, para componer las tripas de las naves: no pierde de vista nuestra escuadra. Bebe tambien este vaso con dos partes de vino y tres de agua.

PUEBLO.

¡Oh Júpiter! ¡Qué vino tan grato! ¡Qué buen gusto le dan las tres partes de agua (1).

EL CHORICERO.

La misma Tritonia (2) ha hecho la mezcla.

CLEON.

Acepta este pedazo de torta untado con manteca.

EL CHORICERO.

Toma esta torta entera.

CLEON.

Pero tú no tienes liebre para darle, y yo sí.

---

(1) Los Griegos no solian beber el vino puro, sino mezclado con agua.

(2) En el original hay un juego de palabras intraducibles que versa sobre la semejanza de sonido entre el ordinal τρίτος *(tercero)* que ocurre al hablar de las tres partes de agua mezcladas á dos de vino, y Τριτογενής, sobrenombre de Minerva, por haber nacido de la cabeza de Júpiter á los tres dias de concebida, ó á la márgen del lago Triton.

EL CHORICERO.

¡Ay! es verdad. ¿En donde encontraré liebre ahora? Ingenio mio, discurre alguna estratagema.

CLEON.

¿Ves esta liebre, pobre hombre?

EL CHORICERO.

Nada se me importa. ¡Calla! aquellos se dirigen á mí.

CLEON.

¿Quiénes son?

EL CHORICERO.

Unos embajadores con bolsas repletas de dinero.

CLEON.

¿Dónde? ¿dónde?

EL CHORICERO.

¿Qué se te importa? ¿no has de dejar en paz á los extranjeros? *(Al volver la cabeza Cleon, le quita la liebre y se la ofrece á* PUEBLO.*)* Pueblecillo mio, ¿ves la liebre que te traigo?

CLEON.

¡Ay desdichado! me la has robado á traicion.

EL CHORICERO.

Por Neptuno, tú hiciste lo mismo en Pílos.

PUEBLO.

Dime, dime: ¿de qué estratagema te has valido para robársela?

EL CHORICERO.

La estratagema es de la diosa; el hurto mio.

CLEON.

Me ha costado mucho trabajo el cazarla.

EL CHORICERO.

Y á mí el asarla.

PUEBLO.

Véte; yo sólo sé quién me la ha servido.

CLEON.

¡Infeliz de mí! ¡Me vence en desvergüenza!

EL CHORICERO.

¿Por qué no decides, oh Pueblo, quién de los dos ha servido mejor á tí y á tu vientre?

PUEBLO.

¿De qué medio me valdre para demostrar á los espectadores la justicia de mi eleccion?

EL CHORICERO.

Voy á decírtelo. Anda, registra en silencio mi cesta y la del Paflagonio; mira lo que contienen, y despues podrás juzgar con acierto.

PUEBLO.

Corriente, voy á examinar la tuya.

EL CHORICERO.

¿No ves, padrecito mio, que está vacía? Todo te lo traje.

PUEBLO.

Es una cesta verdaderamente popular.

EL CHORICERO.

Aproxímate á la del Paflagonio. ¿La ves?

PUEBLO.

¡Hola! ¡qué repleta está! ¡qué torta tan grande se ha guardado! ¡y á mí me dió un pedacillo!

EL CHORICERO.

Siempre ha hecho lo mismo; te daba un trocito de lo que cogia, y él se guardaba la mejor parte.

PUEBLO.

¡Ah, infame! ¿así me robabas; así me engañabas? Y «yo te llené de coronas y presentes» (1).

CLEON.

Yo robaba por el bien de la República.

PUEBLO.

Quítate al instante esa corona para que se la ciña á tu rival.

EL CHORICERO.

Quítatela pronto, bergante.

CLEON.

De ninguna manera: tengo un cráculo de Délfos que declara quién debe ser mi vencedor.

EL CHORICERO.

Dice, y muy claro, que he de ser yo.

CLEON.

Examinaré ántes si las palabras del dios pueden referirse á tí; dime en primer lugar, ¿á qué escuela acudiste de niño?

EL CHORICERO.

Me educaron á puñetazos en las cocinas.

CLEON.

¿Qué dices? ¡Ah, este oráculo me mata!... Prosigamos... ¿Qué aprendiste con el maestro de gimnasia?

EL CHORICERO.

A robar, á negar el robo y á mirar á los testigos cara á cara.

---

(1) Verso tomado de los *Hilotas coronando á Neptuno*, tragedia de autor desconocido. Está en dialecto dórico.

CLEON.

¡Oh Febo! ¡Oh Apolo, dios de Licia! (1) ¿qué vas á hacer de mí? Y de adulto ¿á qué te has dedicado?

EL CHORICERO.

A la venta de chorizos y al libertinaje.

CLEON.

¡Oh desdicha! Soy perdido; una tenue esperanza me sustenta. Dime esto no más: ¿vendias los chorizos en el mercado ó en las puertas?

EL CHORICERO.

En las puertas, donde se vende la pesca salada.

CLEON.

¡Infortunado! la prediccion se ha cumplido (2). Llevad adentro á este infeliz. Adios, corona mia. Bien á mi pesar te abandono: otro te poseerá no más ladron que yo, aunque más afortunado (3).

EL CHORICERO.

Tuya es la victoria, Júpiter, protector de la Grecia.

DEMÓSTENES.

Salud, ilustre vencedor; acuérdate de que yo te he hecho hombre. Bien poco te pido en recompensa: nómbrame escribano de actuaciones, como lo es ahora Fános (4).

(1) Verso del *Telefo* de Eurípides.
(2) Parodia de un verso del *Belerofonte* de Eurípides.
(3) Parodia de los versos 181 y 182 de la *Alceste* de Eurípides.
(4) Fano (etimológicamente el *delator)* se duda si era un agente de Cleon, ó un nombre inventado por Aristófanes. Se le cita tambien en *Las Avispas*, v. 1.220.

PUEBLO *(al Choricero.)*

Dime cómo te llamas.

EL CHORICERO.

Agorácrito, porque me crié en el mercado en medio de los pleitos.

PUEBLO.

Póngome, pues, en manos de Agorácrito (1), y le entrego á ese Paflagonio. *(En este momento Cleon, que habia permanecido en la escena, era llevado adentro).*

AGORÁCRITO.

Y yo, Pueblo, te cuidaré con tal solicitud que tendrás que confesar que nunca has visto un hombre más adicto á la república de los papanatas.

(Vanse.)

CORO.

«¿Hay nada más hermoso que principiar y concluir nuestros cantos celebrando al conductor de rápidos corceles» (2), en vez de herir con ultrajes gratuitos á Lisístrato ó á Teomántis (3) privado hasta de hogar? Este, divino Apolo, derramando lágrimas arrancadas por el hambre, se abraza su-

---

(1) Nombre compuesto de ἀγορά, *plaza pública, mercado*, y κριτής, *juez*.

(2) Los tres primeros versos de este coro están tomadon literalmente de Píndaro.

(3) Sobre Lisístrato, véase *Los Acarnienses*, nota al verso 855. *Teomántis* era un adivino sumamente pobre. *Aristófanes* vuelve á citarle en *Las Aves*, v. 1.406.

plicante á tu carcaj en Délfos para evitar el rigor de la miseria.

Nadie critica que se censure á los malvados; todos los hombres discretos lo consideran como un tributo á la virtud. Si la persona cuyas infamias voy á delatar fuese muy conocida, no haria mencion de otro amigo. Nadie ignora quién es Arignoto (1), á ménos de no saber distinguir lo blanco de lo negro, ni el modo Ortio de los demas. Pero éste tiene un hermano que no lo es ciertamente en las costumbres, el infame Arifrades (2), perverso á sabiendas, y no sólo perverso (si así fuese nada diria), ni sólo perversísimo, sino inventor de nefandas torpezas..

....

....

Quien no deteste con toda su alma á semejante hombre, no beberá jamás en nuestra copa.

Muchas veces medito durante la noche sobre la causa de la voracidad de Cleónimo. Dicen que devorando como un animal los bienes de los ricos, no pueden apartarle de la cesta del pan, viéndose obligados á decirle: «Vete, por piedad; déjanos algo en la mesa.»

---

(1) Músico muy estimado por los Atenienses. Sobre el modo Ortio. véase la nota al v. 16 de *Los Acarnienses*.

(2) Hermano de Arignoto y de costumbres horriblemente depravadas. Aristófanes las expone á la pública indignacion, aunque más valiera que nunca lo hubiera hecho. Tan repugnante es la descripcion que de ellas hace, que ni encubiertas con el velo de la lengua latina pueden reproducirse. En nuestra traduccion omitimos en su consecuencia la de los versos 1.284-1.287.

Cuentan que el otro dia se reunieron las naves para tratar de sus asuntos, y que la más vieja de todas dijo: «¿Habeis oido, amigas mias, lo que pasa en la ciudad? Un tal Hipérbolo (1), ciudadano perverso é inútil como el vino picado, ha pedido cien de nosotras para una expedicion á Calcedonia» (2). Dicen que esto pareció insoportable á las triremes, y que una de ellas, vírgen todavía, exclamó: «Por todos los dioses, ántes consentirá Naufante, hija de Nauson, ser roida por la carcoma y pudrirse de vieja en el puerto, que tener por dueño á un hombre semejante. ¡Tan cierto como estoy hecha de tablas y de brea! si los Atenienses aprueban esa proposicion, no nos resta más recurso que navegar con rumbo al templo de Teseo ó al de las Euménides (3), y detenernos allí. De este modo no le veremos insultar á la República mandando la escuadra; váyase á los infiernos, botando al agua aquellos cajones en que vendia lámparas.»

AGORÁCRITO.

Guardad el silencio sagrado, plegad los labios y absteneos de citar testigos: ciérrense las puertas de los tribunales, delicias de la República, y retumbe

(1) Demagogo muy influyente, varias veces citado. Despues de la muerte de Cleon su poder no tuvo límites, hasta que Nicias y su partido consiguieron que se le condenase al ostracismo.
(2) Ciudad de Tracia, próxima á Bizancio.
(3) El templo de *Teseo* y el de las Euménides gozaban del derecho de asilo.

en todo el teatro un jubiloso pean (1) en celebridad de las nuevas felicidades.

CORO.

¡Antorcha de la sagrada Aténas, salvador de nuestras islas! ¿qué fausta nueva nos anuncias? ¿Qué dicha es esa que llenará nuestras plazas con el humo de los sacrificios?

AGORÁCRITO.

He regenerado á Pueblo (2), y lo he hermoseado.

CORO.

Y ahora ¿dónde está, ¡oh inventor de cambio tan prodigioso!

AGORÁCRITO.

Habita en la antigua Aténas, coronada de violetas.

CORO.

¿Cuándo le veremos? ¿Qué vestido tiene? ¿Cómo es ahora?

AGORÁCRITO.

Es lo que era ántes, cuando tenía por comensales á Milciades y Arístides. Vais á verle; pues ya

---

(1) El *Pean*, himno dedicado primeramente á celebrar á Apolo, recibió este nombre de παύειν *(cesar)* porque se le dirigia al dios para obtener la terminacion de alguna calamidad, como la guerra ó la peste. Despues llegó á designar como aquí, todo canto de alegría. En este sentido dice Calímaco *(Himno* II, v. 20 y 21):

Οὐδὲ Θέτις Ἀχιλῆα κινυρέται αἴλινα μήτηρ
Ὁππότ ΙΗ ΠΑΙΗΟΝ ΙΗ ΠΑΙΗΟΝ ἀκούσῃ.

(2) Lit.: *recoxi,* aludiendo sin duda al remozamiento de Eson por Medea.

resuenan las puertas de los Propileos (1). Regocijaos; saludad con ruidosas aclamaciones á la admirable y celebrada Aténas; miradla qué bella parece, recobrado su antiguo esplendor, y habitada por un pueblo ilustre (2).

CORO.

¡Oh hermosa y brillante ciudad coronada de violetas! (3), muéstranos al único señor de este país y de la Hélada.

AGORÁCRITO.

Vedle con las cabellos adornados de cigarras (4), con su esplendido traje primitivo, oliendo á mirra y á paz, en vez de apestar á mariscos (5).

CORO.

Salud, rey de los Griegos; contigo nos congratulamos; sobre tí ha derramado la Fortuna dones dignos de esta ciudad y de los trofeos de Maraton.

---

(1) Magnífico edificio construido por órden de Perícles conforme á los diseños del arquitecto Mnesícles. Era de mármol y del majestuoso y severo órden dórico. Principióse el 437 ántes de J. C., y se concluyó cinco años despues. El importe de esta suntuosa fábrica ascendió á dos mil doce talentos, suma que excedia al presupuesto anual de ingresos de Aténas. Su nombre Προπύλαιων, vale tanto como *vestíbulos*.

(2) Probablemente un cambio de decoracion permitiria ver el pórtico de los Propileos.

(3) Epíteto tradicional de Aténas. Vid. *Acarnienses,* 637.

(4) La cigarra, á la que se creia nacida de la tierra, era un símbolo de *autoctonía* para los habitantes de Aténas. Los antiguos habitantes del Atica, acostumbraban á recoger sus cabellos con cigarras de oro. (TUCID., I, 6).

(5) Los jueces emitian sus votos por medio de conchas. Esta es la etimología de *ostracismo*.

PUEBLO.

¡Oh queridísimo amigo! acércate, Agorácrito. ¡Cuánto bien me has hecho transformándome!

AGORÁCRITO.

¿Yo? Pero, buen hombre, áun no sabes lo que eras ántes y lo que hacias; de otra suerte me creerias un dios.

PUEBLO.

¿Pues qué hice ántes? dime, ¿cómo era?

AGORÁCRITO.

Antes, si alguno decia en la asamblea: «Oh Pueblo, yo soy tu amigo, yo te amo de véras, yo soy el único que velo por tus intereses,» al punto te levantabas del asiento y te pavoneabas arrogante.

PUEBLO.

¿Yo?

AGORÁCRITO.

Y despues de engañarte se marchaba.

PUEBLO.

¿Qué dices? ¿Eso hicieron conmigo, y yo nada conocí?

AGORÁCRITO.

No es extraño: tus orejas se extendian unas veces, y otras se plegaban como un quitasol.

PUEBLO.

¡Tan imbécil y chocho me puso la vejez!

AGORÁCRITO.

Además, si dos oradores trataban, uno de equipar las naves y el otro de pagar á los jueces su salario, siempre se retiraba vencedor el que habló del sueldo, y derrotado el que propuso armar la

escuadra.—¿Pero que haces? ¿Por qué bajas la vista? ¿No puedes estarte quieto?

PUEBLO.

Me avergüenzo de mis faltas pasadas.

AGORÁCRITO.

Pero no te aflijas; no es tuya la culpa, sino de los que te engañaron. Ahora contéstame: si algun abogado chocarrero te dice: «Jueces, no tendreis pan si no condenais á este acusado,» ¿qué le harás?

PUEBLO.

Lo levantaré en alto y lo arrojaré al Báratro (1), colgándole del cuello á Hipérbolo.

AGORÁCRITO.

¡Hola! en esto ya andas acertado y discreto. Pero, y los otros asuntos de la república ¿cómo los arreglarás?

PUEBLO.

En cuanto lleguen al puerto los remeros de los navíos de guerra les pagaré íntegro su sueldo (2).

AGORÁCRITO.

Providencia grata á muchas asendereadas posaderas.

PUEBLO.

Despues mandaré que ningun ciudadano inscrito en la lista de los hoplitas (3) pueda pasar por reco-

(1) Precipicio al cual eran arrojados los criminales. La frase de Aristófanes es mucho más graciosa en el texto original, por cuanto el nombre propio *Hipérbolo* es tambien un adjetivo con el cual se designaba la piedra que servía para la ejecucion.

(2) El sueldo de los remeros era de un dracma diario.

(3) La infanteria ateniense se componia de tres clases

mendacion á otro órden; cada cual estará en la lista donde se le apuntó al principio.

AGORÁCRITO.

Eso va derecho contra el escudo de Cleónimo (1).

PUEBLO.

Ningun imberbe podrá hablar en la asamblea.

AGORÁCRITO.

¿Y dónde perorarán Clístenes y Estraton? (2)

PUEBLO.

Hablo de esos jovenzuelos que frecuentan las tiendas de perfumes, donde charlan así: «¡Qué docto es Feax! (3) ¡Cuán acertada ha sido su educacion! Se apodera del ánimo de sus oyentes y los conduce á su fin: es sentencioso, sabio, y muy diestro en mover las pasiones y en dominar un tumulto.»

AGORÁCRITO.

¿Acaso estás apasionado de esos charlatanes?

---

de soldados: 1.°, los *Hoplitas*, cuyas armas eran: casco, coraza, escudo, grebas, pica y espada; 2.°, los *Psiles*, ó infantería ligera, destinados á lanzar dardos, y áun piedras; 3.°, los *Peltastas*, que recibian este nombre del pequeño escudo llamado *pelta* (πέλτη) de que iban armados.

(1) Aristófanes moteja su cobardía en casi todas sus comedias.

(2) Ya citados en *Los Arcanienses*.

(3) Orador diserto pero no elocuente. Los cómicos le acusaban de pederastia. Parece que era muy hábil abogado, pues consiguió eludir con un discurso la pena de muerte que iba á imponérsele inevitablemente, por haber sido cogido *infraganti* en un delito que la merecia. El elogio de Aristófanes tiene visos de irónico.

PUEBLO.

No, por cierto; á todos les obligaré á irse de caza, en vez de hacer decretos.

AGORÁCRITO.

Con esa condicion, toma esta silla, y este robusto muchacho para que la lleve; si te agrada, puedes sentarte sobre él (1).

PUEBLO.

¡Qué felicidad recobrar mi antiguo estado!

AGORÁCRITO.

Eso lo podrás decir cuando te entregue las treguas por treinta años. ¡Hola, Treguas (2), presentaos pronto!

PUEBLO.

¡Júpiter supremo! ¡Qué hermosas son! Dime, por los dioses: ¿puede tratarse con ellas? ¿dónde las encontraste?

AGORÁCRITO.

Pues qué, ¿no las tenía guardadas el Paflagonio para que tú no las hallases? Yo te las doy; véte al campo y llévatelas.

PUEBLO.

¿Qué castigo vas á imponer á ese Paflagonio que ha hecho tanto mal?

---

(1) Casi todas estas palabras y las de las contestaciones siguientes tienen un doble sentido obsceno.

(2) Personifica las *Treguas* convirtiéndolas en cortesanas. Despues de la muerte de Cleon y Brásidas (Tuc., v, 10) se pactó una tregua de 30 años, que se rompió muy pronto.

AGORÁCRITO.

Uno pequeño. No le impondré más que el de ejercer mi antiguo oficio: vender chorizos en las puértas, y picar carnes de perros y burros (1). Cuando se embriague, reñirá con las prostitutas, y no beberá más agua que la de las bañeras.

PUEBLO.

Excelente idea: nadie más digno que él de destrozarse á denuestos con los bañeros y prostitutas. En recompensa de tantos beneficios te invito á venir al Pritáneo y á ocupar en él la silla de aquel miserable. Sígueme y coge esa túnica verde-rana. Conducid al Paflagonio al sitio donde ha de ejercer su oficio, para que lo vean los extranjeros á quienes solia ultrajar.

(1) Como se vé, cierta clase de fraudes tienen un antiquísimo abolengo.

FIN DE LOS CABALLEROS.

LAS NUBES.

NOTICIA PRELIMINAR.

«El año último dirigió el poeta sus ataques contra esos vampiros que, pálidos abrasados por incesante fiebre, estrangulaban en las tinieblas á vuestros padres y abuelos, y acostados en el lecho de los ciudadanos pacíficos enemigos de cuestiones, amontonaban sobre ellos procesos, citaciones y testigos, hasta el punto de que muchos acudieron aterrados al polemarca. Y esto no obstante, el año pasado abandonasteis al intrépido defensor que puso todo su ahinco en purgar de tales monstruos á la patria, precisamente cuando sembraba pensamientos de encantadora novedad, cuyo crecimiento impedisteis por no haberlos comprendido bien. Sin embargo, el autor jura á menudo, entre estas libaciones á Baco, que jamás oisteis mejores versos cómicos. Vergonzoso es que no comprendieseis de seguida su intencion profunda; pero al poeta le consuela el no haber desmerecido en la opinion de los doctos, aunque se hayan estrellado

sus esperanzas por vencer en audacia á sus rivales.»

Así explica Aristófanes, en la *Parábasis* de *Las Avispas*, el objeto de *Las Nubes*, y el elevado concepto que tenía formado de esta comedia, una de las más hermosas creaciones de su fantasía. *Las Nubes* son, en efecto, una sátira ingeniosa y trascendental de los vicios que en la educacion iban introduciéndose merced, especialmente, á la influencia de los sofistas, ídolo entónces de la juventud, que frecuentaba solícita sus escuelas. Los sofistas habian aparecido en Aténas en tiempo de Perícles, y, abusando de la invencion de Zenon el eleático, esgrimieron las armas de la dialéctica para satisfacer sus miras interesadas y ambiciosas. En sus discursos, exornados con todas las galas de la oratoria, no se proponian como objeto principal la demostracion científica de un sistema de verdades, sino el deslumbrar á sus oyentes, sosteniendo, con aquellos falaces argumentos que de ellos han recibido el nombre de sofismas, las más absurdas conclusiones y extrañas paradojas.

Ensoberbecidos con su ingenio, disputaban atrevidamente de *omni re scibili*, y sostenian indistintamente el pró y el contra en todas las cuestiones, llegando, por este funesto modo de filosofar, á convertir la varonil elocuencia antigua en un arte de disputar artificiosamente, á llevar las inteligencias al escepticismo y á la negacion de los dioses, y á relajar los más fuertes vínculos sociales con la predicacion de una moral cuyo único móvil era el

carpe diem y el placer. «El talento de hacer justo lo injusto, é injusto lo justo, que orgullosamente se atribuian, debia de ser, dice Schoell, siguiendo á Heeren (1), extremadamente peligroso en sus relaciones con la vida civil; pero áun producia un mal mayor, cual es el de echar por tierra el sentimiento de la verdad, que deja de ser respetable desde el momento en que se la considera discutible.»

Aristófanes, que siempre estaba con el látigo levantado contra todo abuso y todo error, lo descargó tambien sobre estos maestros ateos, vanos é inmorales, impulsado por el noble, levantado y patriótico pensamiento de restaurar aquel sistema de enseñanza que formó los héroes de Maraton é hizo reinar en las costumbres la modestia y la virtud; pero al hacerlo cometió la imperdonable falta de elegir como blanco de sus tiros y personificacion de los sofistas la venerable figura de Sócrates, que era precisamente el más declarado de sus enemigos. ¿Qué motivo pudo impulsar á Aristófanes á semejante eleccion y á acumular sobre la cabeza del virtuoso filósofo los anatemas con que quiere confundir la nueva educacion? ¿Por qué acusar de corruptor de la juventud al que sólo pretendia dirigirla al bien, de ateismo al hombre más piadoso, de avaricia al más generoso y desprendido, y de perderse en nebulosas especulaciones al que sen-

(1) *Histoire de la littérature grecque profane,* Paris, 1824, t. II, p. 329.

taba toda su filosofía sobre la base práctica de la moral? Digámoslo en dos palabras: por la misma popularidad de Sócrates y su especial manera de enseñar. Sócrates, que no explicaba dentro del recinto de una escuela, sino en los lugares más concurridos; que empleaba todos los recursos de su natural gracejo en la disputa y en la exposicion de sus doctrinas, era indudablemente el filósofo más conocido de los Atenienses, y sin duda por eso lo eligió Aristófanes para personificar en él toda la filosofía de su tiempo, obedeciendo á la necesidad de dar unidad á su comedia y de no convertirla en una polémica insípida ó pedante.

Es preciso, además, tener en cuenta, que Sócrates, como todos los genios, quizá no lo apareciera ante los ojos de sus contemporáneos hasta que su muerte depuró en él, por decirlo así, toda aquella especie de imperfeccion que empequeñece, cuando se las mira de cerca, las más grandes figuras. Desde luégo, áun los más furiosos detractores de Aristófanes no podrán ménos de confesar que habia motivo para engañarse al apreciar las miras del mártir de la cicuta, cuando se le veia discutir con chistes y cuentecillos entre la plebe ménos ilustrada, ó dar consejos *de arte amandi* á la bella cortesana Teodota.

Esta singular conducta cuando sus altos fines no eran bien conocidos, se prestaba indudablemente al ridículo; y por eso Sócrates, que despreciaba las vulgares preocupaciones que acerca de él existian, fué el blanco, como dice Séneca, de las envenena-

das burlas de los cómicos. Porque no fué sólo Aristófanes quien le escarneció en el teatro; Eupólis y Amípsias le llamaron vanidoso, mendigo y ladron, y es de creer que tambien otros, dada la declarada guerra que entre poetas cómicos y filósofos y trágicos existia.

No pretendemos con esto justificar á Aristófanes, sino hacer constar que al componer *Las Nubes,* aparte de lo indisculpable de la sátira personal y calumniosa, procedió de buena fe, aunque con criminal ligereza, por haber confundido á Sócrates con la turba de sofistas cuya peligrosa enseñanza queria desterrar.

De todos modos, sus insultos no hallaron eco, por esta vez, en el público de Aténas, que, acostumbrado á la extremada licencia de los cómicos, tomaba á risa sus ultrajes y calumnias, ó los consideraba como grandes exageraciones. Pues sólo así se comprende que aplaudiese á un mismo tiempo los ataques de Aristófanes á Eurípides y su sistema dramático, y las tragedias del inspirado poeta. Sócrates, segun irrecusables testimonios, continuó despues de representadas *Las Nubes* siendo querido y respetado, y no pareció guardar resentimiento alguno contra su calumniador. Platon y Jenofonte, sus más afectos discípulos, tampoco tienen para él ni una palabra de censura: al contrario, el primero compuso en su honor un lisonjero dístico y le presentó en el *Banquete,* conversando amigablemente con el maestro sobre las interesantes teorías del arte, la belleza y el amor.

En vista de estos elocuentes hechos y de haber trascurrido nada ménos que veinticuatro años entre la primera representacion de *Las Nubes* y la muerte de Sócrates, ha caido ya en descrédito la opinion de que la comedia aristofánica fué la causa principal de la injusta condena del filósofo. Verdad es que sus enemigos presentaron contra él las mismas acusaciones que en *Las Nubes* se le hacen; pero tambien es cierto que no pasaron dc ser pretextos especiosos acogidos por un tribunal decidido á condenar á muerte al que habia osado censurar la tiranía de los Treinta, y los atropellos de Nícias (1).

Quitado de *Las Nubes* el nombre de Sócrates, queda esta comedia como una de las más perfectas de Aristófanes. Muy lisonjeros juicios se han formulado sobre ella; pero como entre los más acertados figura el que mi particular amigo D. Fermin Herran tuvo la bondad de poner al frente de mi version en el año 1875, lo inserto á continuacion, aprovechando esta oportunidad de agradecerle los amables é inmerecidos elogios de que entónces me colmó.

«El argumento de *Las Nubes* es sencillísimo; parécese en esto á algunos de nuestros autos sacramentales en que la accion se desenvuelve sin tropiezo, sin incidentes que la compliquen, ni episodios que la armonicen; ligera, sencilla y fácilmente comprensible.

(1) Véase sobre *Las Nubes*, y la multitud de trabajos á que han dado lugar, MULLER, *Hist. de la litt. grecque*, t. II.

»Estrepsíades, personaje que Aristófanes nos »presenta como la personificacion del fraude, tipo »que excita la repugnancia, sin dejar de interesar »por eso, es un hombre que agobiado de deudas y »no teniendo con qué pagarlas, discurre los medios »de burlar á sus acreedores dejando á salvo su res»ponsabilidad, única cosa que le atemoriza, no por »la nota que sobre él podrá echar, sino por la mate»rialidad del pago á que se veria obligado. Y en »vez de recurrir á la economía, disminuyendo sus »gastos, deshaciéndose de lo superfluo, ó arbitrando »recursos de cualquiera manera, cree haber resuelto »la cuestion enviando á su hijo Fidípides á la es»cuela de Sócrates, donde debia aprender á con»vencer con su elocuencia á los más rehacios de »sus acreedores, logrando de este modo, y en caso »de ser citado á juicio, ganar el pleito obteniendo »sentencia favorable, para lo cual habia de llevar »prevenidos dos discursos, uno justo y otro injusto. »Pero, en un principio, su hijo Fidípides, que está »muy léjos de ser un modelo de respeto y cariño »filial, se niega á ir á la escuela, pretextando la an»tipatía que siente por aquellos sabios, viéndose »Estrepsiades obligado á presentarse él mismo en »la escuela, donde es admitido, empezando á recibir »las lecciones de Sócrates, que renuncia á sacar »partido de un discípulo tan estúpido y desmemo»riado que sólo recuerda de lo que le enseñan »aquello que tiene relacion con la manía que le »ocupa. Viendo que por sí mismo nada consigue, »logra, si no convencer, persuadir á su hijo á en-

»trar en la escuela, de donde sale con los conoci»mientos que deseaba, los cuales emplea, no en »salvar á su padre de los rigores de una sentencia »inminente, sino en cohonestar con argucias ó so»fismas su conducta depravada; lo que obliga á »Estrepsíades á renegar del talento de su hijo y »maldecir la hora en que abrigó la idea de que lo »adquiriese. Ansiando tomar venganza de los auto»res de su mal, quema la casa de Sócrates, y ter»mina la comedia.

»Como se ve, la accion marcha por sí sola, sin »que nada la detenga ni precipite; y la moral, »aunque un poco tergiversada, es clara y prove»chosa, y pudiera condensarse en estas palabras: »del mal no puede venir el bien.»

»Por el argumento no podria llamarse á Aristó»fanes notable dramático, toda vez que el ingenio »más mediano es capaz de concebir un asunto tan »sencillo; pero hay circunstancias que le avaloran »y engrandecen, poniendo á su autor en elevado »lugar.

»El diálogo, siempre vivo y animado, se hace »notable é interesa por la oportunidad de las ré»plicas y agudeza de las observaciones. La sátira »punzante que encierra, las transparentes alusio»nes que pone en boca de sus personajes le reco»miendan y enaltecen, y los chistes en que abunda »hacen la accion amena é interesante en sumo »grado: la intervencion del coro podria hacerla pe»sada y algo monótona, pero es necesaria, toda vez »que el comentario puesto en su boca hace las veces

»de moraleja, ilustracion del texto, y explicacio»nes de los pasajes, además de que, dadas las cos»tumbres de entónces en aquel país, no podia pres»cindirse de él.

»Cuanto de ridículo tienen algunos personajes de »la comedia está sacado á luz con tanta gracia, »con tal oportunidad, que á pesar de reconocer »muchas veces la injusticia y encono de los tiros, »se aplaude la puntería en gracia del chiste.

»En los episodios, en ciertas escenas, en deter»minadas situaciones, luce esplendorosa la habili»dad del autor de *Las Nubes*. El diálogo entre lo »*Justo* y lo *Injusto* es admirable y verdadera obra »maestra de ática ironía. El poner en boca del hijo, »niño mimado é insolente, los sofismas que para »defender lo contrario, ó al ménos lo distinto, ha »expuesto el padre, bonachon y débil, es de éxito »grande y efecto oportuno, como lo es la famosa »escena entre el viejo y el filósofo, cuya irónica »gracia, cuya petulancia é intencion son muy su»periores á todo encarecimiento.

»Sintetizando: argumento sencillo, lenguaje se»lecto, diálogos chispeantes y animados, caracteres »bien dibujados y correctos, episodios divertidos é »interesantes.»

La representacion de *Las Nubes* tuvo lugar, segun la opinion más probable, el año primero de la Olimpiada ochenta y nueve, ó sea el 424 a. J. C. El mismo Aristófanes lo indica al lamentarse de su mal éxito en la parábasis de *Las Avispas*, representadas el 423, y al hablar en aquella comedia de

Cleon, como si viviese todavía, siendo así que el célebre demagogo murió en el año décimo de la guerra del Peloponeso, que corresponde al segundo de la Olimpiada ochenta y nueve.

PERSONAJES.

Estrepsíades.
Fidípides.
Un esclavo de Estrepsíades.
Discípulos de Sócrates.
Sócrates.
Coro de Nubes.
El Razonamiento justo.
El Razonamiento injusto.
Pásias, *acreedor*.
Un testigo de Pásias.
Amínias, *acreedor*.
Querefon.

LAS NUBES.

La escena representa el dormitorio de Estrepsíades. Este aparece en su lecho, y próximos á él duermen su hijo y los esclavos.

ESTREPSÍADES.

¡Oh Júpiter supremo! ¿Es acaso interminable la duracion de las noches? ¿Nunca se hará de dia? Mucho tiempo ha que he oido el canto del gallo, y sin embargo, los esclavos áun están roncando: ántes no sucedia esto. Maldita sea la guerra, que me impide hasta el castigar á mis esclavos (1). Este buen mozo no despierta en toda la noche, y duerme profundamente (2), envuelto en las cinco mantas de su lecho. Pero probemos á imitarle...

¡Pobre de mí! no puedo conciliar el sueño. ¿Cómo he de dormir, si me atormentan los gastos, la ca-

(1) Sin duda por el temor de que evitasen los malos tratamientos pasando al campo enemigo. En *La Paz* (verso 454) se indica esto mismo con más claridad. La guerra á que alude Aristófanes es la del Peloponeso.

(2) *Verum pedit.*

balleriza y las deudas que he contraido por causa de este hijo? El cuida su cabellera, cabalga, guia un carro y sueña con caballos; y yo me siento morir cuando llega el dia veinte del mes, porque se acerca el momento de pagar los intereses... (1). Muchacho, enciende la lámpara y tráeme el libro de cuentas, para que examine los gastos, y averiguando á quiénes debo, calcule los intereses... Ea, veamos, ¿cuánto debo? «Doce minas á Pásias (2).» ¿Y por qué doce minas á Pásias? ¿En qué las he gastado? Cuando compré el Coppatia (3). ¡Desdichado de mí! ¡Ojalá me hubiesen vaciado ántes un ojo de una pedrada! (4).

FIDÍPIDES *(soñando)*.

Filon, guias mal: tu carro debe seguir á éste.

ESTREPSÍADES.

Hé aquí el mal que me mata: hasta durmiendo sueña con caballos.

FIDÍPIDES *(soñando)*.

¿Cuántas carreras es necesario dar en el certámen?

ESTREPSÍADES.

A tu padre sí que le haces dar carreras... ¿Pero qué deuda contraje (5) despues de la de Pásias?

(1) Los intereses de las cantidades tomadas á préstamo se pagaban á fin de mes.
(2) Cantidad equivalente á 4.179 reales 69 céntimos.
(3) Nombre de un caballo, derivado del coppa (90) signo de la numeracion griega, que marcado en la piel, designaria su precio.
(4) Porque entónces no lo hubiera comprado.
(5) Parodia de Eurípides, segun el escoliasta.

Veamos: «tres minas á Amínias (1) por el carro y las ruedas.»

FIDÍPIDES *(soñando)*.

Lleva el caballo á la cuadra y revuélcalo ántes en la arena.

ESTREPSÍADES.

¡Infeliz! tú si que das vuelco á mi fortuna; unos me tienen ya citado á los tribunales, otros me piden que les garantice el pago de los intereses (2).

FIDÍPIDES *(despertando)*.

Pero, padre, ¿qué te angustia que no haces más que dar vueltas toda la noche?

ESTREPSÍADES.

Me muerde cierto Demarco (3) de las camas.

FIDÍPIDES.

Por favor, querido, déjame dormir un poco.

ESTREPSÍADES.

Duerme en hora buena, pero sabe que todas estas deudas caerán sobre tu cabeza... ¡Oh! así perezca miserablemente aquella casamentera que me impulsó á contraer matrimonio con tu madre! Porque yo tenía una vida dulcísima, sencilla, grosera, descuidada y abundante en panales, ovejas y acei-

---

(1) Se cree que bajo este nombre Aristófanes alude á Amínias, hijo de Pronápos, autor de un decreto que prohibia á los poetas cómicos burlarse de los magistrados.

(2) Por medio de prendas ó hipotecas.

(3) *Demarco* se llamaba al jefe de un demo ó canton del Atica; uno de sus deberes era llevar un registro de las deudas de sus administrados, y apoderarse de los deudores morosos. Estrepsíades alude á ellos al quejarse de las pulgas de su lecho.

te. Despues, aunque era hombre del campo, me casé con la nieta de Megácles, hijo de Megácles, ciudadana soberbia, amiga de los placeres, con las mismas costumbres que Cesira (1). Despues del matrimonio, cuando nos acostábamos, yo no olia más que á mosto, higos y lana de mis ovejas; ella por el contrario, apestaba á pomadas y esencias, y sólo deseaba besos amorosos, lujo, comilonas y los placeres de Vénus (2). No diré que fuese holgazana, sino que tejía; y muchas veces, enseñándola esta capa, le decia con tal pretexto: «Esposa mia, *aprietas* (3) demasiado los hilos.»

UN ESCLAVO.

No tiene aceite la lámpara.

ESTREPSÍADES.

¡Ay de mí! ¿por qué has encendido una lámpara tan bebedora? Acércate para que te haga llorar.

EL ESCLAVO.

Y ¿por qué he de llorar?

ESTREPSÍADES.

Por haber puesto una mecha muy gorda... Despues, cuando nos nació este hijo, disputamos mi

---

(1) Mujer de Alcmeon, que se hizo famosa por su extraordinario lujo.

(2) Nos valemos de este rodeo para traducir las palabras Κωλιάδος y Γενετυλλίδος. Ambos son sobrenombres de Vénus, tomados, el primero del promontorio Cólias, sobre el cual tenía un templo; y el segundo del acto de la generacion. Bajo el primero se oculta un equívoco obsceno que autoriza más nuestra version.

(3) El verbo σπαθάω significa tambien *prodigar* y *dilapidar*.

buena mujer y yo acerca del nombre que habríamos de ponerle. Ella le posponia á todos los nombres el de caballo, queriendo que se llamase Jantipo, Caripo ó Calípides (1). Yo le llamaba Fidónides (2), como su abuelo. Tras largo debate, adoptamos, por fin, un término medio y le llamamos Fidípides (3). Su madre, tomándole en brazos, solia decirle entre caricias: «¡Cuándo te veré, hecho un hombre, venir á la ciudad, ricamente vestido y dirigiendo tu carro, como tu abuelo Megácles!...» Y yo le decia: «¡Cuándo te veré, vestido de pieles, traer las cabras del Feleo (4) como tu padre.....!» Pero nunca hizo caso de mis palabras. Y su aficion á los caballos (5) me ha perdido. Despues de haber meditado toda la noche, he encontrado un maravilloso expediente, que me salvará si consigo persuadir á mi hijo. Mas, ántes de todo, quiero despertarle. ¿Cómo haré para despertarlo dulcemente? ¿Cómo? ¡Fidípides, querido Fidípides! (6).

---

(1) Nombres en cuya eomposieion entran el sustantivo ἵππος (caballo) y los adjetivos ξανθὸς (rubio), Χαρίεις (gracioso y Καλλὸς (hermoso).

(2) Signifiea *económico*.

(3) Nombre eompuesto de φειδὸς (económieo) é ἱππὶς (diminutivo de caballo).

(4) Monte del Atica. V. *Acarnienses,* 273.

(5) Ιππερος, *enfermedad del caballo* (morbus equinus), palabra formada por Aristófanes á semejanza de ὕδερoσ, ἴκτερος.

(6) Φειδιππιδίφον, diminutivo de Fidípides, imposible de formarse bien en nuestra lengua, por lo cual nos valemos de un apelativo eariñoso equivalente: *Fidipidillo* sería interminable.

FIDÍPIDES.

¿Qué, padre mio?

ESTREPSÍADES.

Bésame y dáme tu mano derecha.

FIDÍPIDES.

Héla aquí. ¿Qué ocurre?

ESTREPSÍADES.

Dí: ¿me amas?

FIDÍPIDES.

Sí, por Neptuno ecuestre.

ESTREPSÍADES.

Por favor, no me recuerdes nunca á ese domador de caballos; es la causa de todos mis males. Si me amas de todo corazon, hijo mio, compláceme.

FIDÍPIDES.

¿Y en qué quieres que te complazca?

ESTREPSÍADES.

Cambia pronto de costumbres, y vé á aprender donde yo te mande.

FIDÍPIDES.

Explícate ya: ¿qué quieres?

ESTREPSÍADES.

¿Y me obedecerás?

FIDÍPIDES.

Te obedeceré, por Baco.

ESTREPSÍADES.

Mira á este lado. ¿Ves esa puertecita y esa casita?

FIDÍPIDES.

Las veo. ¿Pero qué quiere decir esto?

ESTREPSÍADES.

Esa es la escuela (1) de las almas sábias. Ahí habitan hombres que hacen creer con sus discursos que el cielo es un horno que nos rodea, y que nosotros somos los carbones (2). Los mismos enseñan, si se les paga, de qué manera pueden ganarse las buenas y las malas causas.

FIDÍPIDES.

Y ¿quiénes son esos hombres?

ESTREPSÍADES.

No sé bien cómo se llaman. Son personas buenas dedicadas á la meditacion.

FIDÍPIDES.

¡Ah, los conozco, miserables! ¿Hablas de aquellos charlatanes pálidos y descalzos, entre los cuales se encuentran el perdido Sócrates y Querefon (3).

ESTREPSÍADES.

¡Eh! calla: no digas necedades. Antes bien, si te conmueven las aflicciones de tu padre, sé uno de ellos y abandona la equitacion.

---

(1) La palabra griega φροντιστήριον tiene una gracia intraducible: literalmente significa *un pensadero*.

(2) Doctrina de Hippon de Sámos. El escoliasta de Aristófanes dice que en esta opinion fué tambien ridiculizada por el poeta Crátes. En *Las Aves* (v. 101) se pone en boca del geómetra Meton.

(3) Querefon era uno de los discípulos más asiduos de Sócrates, segun Platon. *(Apología.)* Diógenes Laercio *(lib.* II. *Sócrates*, 16*)* dice que á él dió la Pitonisa aquel conocido oráculo: *Sócrates es el sabio entre los hombres.* Aristófanes le llama νυκτερίς, *murciélago*, *(Aves*, v. 1296 y 1564.*)*

FIDÍPIDES.

No lo haré, por Baco, aunque me dieses todos los faisanes que cria Leógoras (1).

ESTREPSÍADES.

¡Oh! por favor, queridísimo hijo, vé á la escuela.

FIDÍPIDES.

Y ¿qué aprenderé?

ESTREPSÍADES.

Dicen que enseñan dos clases de discursos: uno justo, cualquiera que sea, y otro injusto (2); con el segundo de éstos afirman que pueden ganar hasta las causas más inicuas. Por tanto, si aprendes el discurso injusto, no pagaré ni un óbolo (3) de las deudas que tengo por tu causa.

FIDÍPIDES.

No puedo complacerte. Me sería imposible mirar á un jinete si tuviese el color de la cara tan perdido.

ESTREPSÍADES.

Por Céres, no comereis ya á mis espensas ni tú, ni tu caballo de tiro, ni tu caballo de silla (4); sino que te echaré de casa enhoramala (5).

---

(1) Célebre gloton, padre del orador Andócides.
(2) Literalmente *mejor* y *peor*.
(3) Valia próximamente tres cuartillos de nuestro real de vellon.
(4) Σαμφόρας designa un caballo marcado con la letra sigma, circunstancia que parece designar un caballo de lujo.
(5) Literalmente *á los cuervos* (ἐς κόρακας.)

FIDÍPIDES.

Mi tio Megácles no me dejará sin caballos. Me voy, y no hago caso de tus amenazas.

(Aquí debe haber mutacion de escena, puesto que Estrepsíades va á llamar en la puerta de Sócrates.)

ESTREPSÍADES.

Sin embargo, aunque he caido, no he de permanecer en tierra (1), sino que invocando á los dioses iré á esa escuela y recibiré yo mismo las lecciones. Pero ¿cómo, siendo viejo, olvidadizo y torpe, podré aprender discursos llenos de exquisitas sutilezas? Marchemos. ¿Por qué me detengo y no llamo á la puerta? ¡Esclavo! ¡Esclavo!

UN DISCÍPULO.

¡Vaya al infierno! ¿Quién golpea la puerta?

ESTREPSÍADES.

Estrepsíades, hijo de Fidon, del canton de Cicinno (2).

EL DISCÍPULO.

¡Por Júpiter! campesino habias de ser para golpear tan brutalmente la puerta y hacerme abortar (3) un pensamiento que habia concebido.

ESTREPSIADES.

Perdóname, porque habito léjos de aquí, en el

---

(1) Quiere decir que no se da por vencido.
(2) Uno de los cantones del Atica.
(3) Alusion al oficio de partera que tenía la madre de Sócrates. Este solia llamarse comadron de las almas.

campo; pero dime: ¿cuál es el pensamiento que te he hecho abortar?

EL DISCÍPULO.

—No me es permitido decirlo más que á los discípulos.

ESTREPSÍADES.

Dímelo sin temor, porque vengo á la escuela como discípulo.

EL DISCÍPULO.

Lo diré: pero ten en cuenta que esto debe de ser un misterio. Preguntaba ha poco Querefon á Sócrates cuántas veces saltaba lo largo de sus patas una pulga que habia picado á Querefon en una ceja y se habia lanzado luégo á la cabeza de Sócrates (1).

ESTREPSÍADES.

Y ¿cómo ha podido?...

EL DISCÍPULO.

Muy ingeniosamente. Derritió un poco de cera, y cogiendo la pulga sumergió en ella sus patitas. Cuando se enfrió la cera, quedó la pulga con una especie de borceguíes pérsicos (2). Se los descalzó Sócrates y midió con ellos la distancia recorrida por el salto.

ESTREPSÍADES.

¡Supremo Júpiter, qué inteligencia tan sutil!

---

(1) Burla sobre las espesas cejas de Querefon y la calva de Sócrates.

(2) Calzado de mujer. Vid. *Lisístrata*, 229; *Las Fiestas de Céres*, 734; *Las Junteras*, 319.

EL DISCÍPULO.

¿Pues qué dirás si te cuento otra invencion de Sócrates?

ESTREPSÍADES.

¿Cuál? Dímela, te lo ruego.

EL DISCÍPULO.

El mismo Querefon Esfetiense le preguntó si creia que los mosquitos zumbaban con la trompa ó con el trasero.

ESTREPSÍADES.

¿Y qué dijo de los mosquitos?

EL DISCÍPULO.

Dijo que el intestino del mosquito es muy angosto, y que á causa de su estrechez el aire pasa con gran violencia hasta el trasero, y como el orificio de éste comunica con el intestino, el trasero produce el zumbido por la violencia del aire.

ESTREPSÍADES.

Por lo tanto, el trasero de los mosquitos es una trompeta. ¡Oh tres veces bienaventurado el autor de tal descubrimiento! Fácilmente obtendrá la absolucion de un reo quien conoce tan bien el intestino del mosquito.

EL DISCÍPULO.

Poco ha una salamandra le hizo perder un gran pensamiento.

ESTREPSÍADES.

Dime: ¿de qué manera?

EL DISCÍPULO.

Observando de noche el curso y las revoluciones de la luna, miraba al cielo con la boca abierta, y

entónces una salamandra le arrojó su excremento desde el techo.

ESTREPSÍADES.

¡Linda salamandra que hace sus necesidades en la boca de Sócrates!

EL DISCÍPULO.

Ayer por la tarde no teníamos cena.

ESTREPSÍADES.

¡Hem! ¿Y qué inventó para encontrar comida?

EL DISCÍPULO.

Extendió polvo sobre la mesa, dobló una barrita de hierro (1), y recogiendo despues el compas, escamoteó un vestido de la palestra.

ESTREPSÍADES.

¿Por qué admiramos ya á Táles? (2) Abre, abre prontamente la escuela, y preséntame á Sócrates cuanto ántes. Me impaciento por ser su discípulo. ¡Vivo! abre la puerta.—¡Oh Hércules! ¿De qué país son estos animales? (3).

EL DISCÍPULO.

¿De qué te admiras? ¿Con quiénes les encuentras semejanza?

ESTREPSÍADES.

Con los Lacedemonios hechos prisioneros en Pílos (4). ¿Pero por qué miran esos á la tierra?

---

(1) Como para hacer una demostracion de geometría.

(2) Célebre filósofo, el primero de los sabios de Grecia y fundador de la escuela jónica. (Vid. Dióg. Laercio, lib. I.)

(3) Esta transicion indica que la puerta se abre y se ve el interior de la escuela.

(4) Alude al mal aspecto que éstos debieron presentar

EL DISCÍPULO.

Investigan las cosas subterráneas.

ESTREPSÍADES.

Entónces buscan cebollas. No os cuideis más de eso: yo sé dónde las hay hermosas y grandes.—¿Y qué hacen esos otros con el cuerpo inclinado?

EL DISCÍPULO.

Investigan los abismos del Tártaro.

ESTREPSÍADES.

¿Para qué mira al cielo su trasero?

EL DISCÍPULO.

Es que aprende astronomía por su parte. Pero entrad, no sea que el maestro nos sorprenda.

ESTREPSÍADES.

No, todavía no: que estén aquí; tengo que comunicarles un asuntillo mio.

EL DISCÍPULO.

Es que no pueden permanecer largo tiempo al aire y en el exterior.

ESTREPSÍADES.

¡En nombre de los dioses! ¿qué son estas cosas? Decídmelo.

EL DISCÍPULO.

Esa es la astronomía.

ESTREPSÍADES.

¿Y ésta?

EL DISCÍPULO.

La geometría.

á causa del hambre sufrida durante el sitio de aquella ciudad. Vid. *Caballeros*, *passim*. Tucidides, IV, 15, 29-38.



ESTREPSÍADES.

¿Para qué sirve la geometría?

EL DISCÍPULO.

Para medir la tierra.

ESTREPSÍADES.

¿La que se distribuye á la suerte?

EL DISCÍPULO.

No. Toda la tierra.

ESTREPSÍADES.

¡Gracioso dicho! Hé aquí una idea muy popular y útil (1).

EL DISCÍPULO.

Hé aquí todo el circuito de la tierra. ¿Ves? Aquí está Atenas.

ESTREPSÍADES.

¿Qué dices? No te creo. No veo á los jueces en sesion (1).

EL DISCÍPULO.

Sin embargo, este es verdaderamente el territorio del Atica.

ESTREPSÍADES.

¿Y dónde están los Cicinenses mis compatriotas?

EL DISCÍPULO.

Hélos aquí; y mira tambien la Eubea, que, como ves, es muy larga.

---

(1) PLUTARCO *(Vida de Perícles*, 34.) asegura que Perícles calmó la irritacion del pueblo contra la guerra prometiendo distribuir los campos conquistados. Despues de la toma de Mitilene, realizó esta promesa, dividiéndola en tres mil lotes. (TUC. III, 50.)

(2) Alusion á la manía de juzgar de los Atenienses, criticada en *Las Avispas*.

ESTREPSIADES.

Lo sé: Perícles y vosotros la habeis sometido á mil torturas (1). Pero ¿dónde está Lacedemonia?

EL DISCÍPULO.

¿Que dónde está? Héla aquí.

ESTREPSIADES.

¡Cuán cerca de nosotros! Meditad sobre esto y alejadla todo lo que se pueda.

EL DISCÍPULO.

Por Júpiter, eso es imposible.

ESTREPSÍADES.

Pues ya os pesará.—¡Calla! ¿y quién es ese hombre suspendido en el aire en un cesto?

EL DISCIPULO.

Él.

ESTREPSIADES.

¿Quién es él?

EL DISCÍPULO.

Sócrates.

ESTREPSIADES.

¡Sócrates! Anda y llámale fuerte.

EL DISCÍPULO.

Llámale tú; que yo no tengo tiempo.

ESTREPSIADES.

¡Sócrates! ¡Sócrates!

(1) El verbo griego παρατείνω significa *extender* y *torturar*. La isla de Eubea (Negro ponto) es de desproporcionada longitud y habia sufrido mucho durante la guerra del Peloponeso.

SÓCRATES.

Mortal (1). ¿Por qué me llamas?

ESTREPSIADES.

Ante todo, te ruego que me digas qué es lo que haces ahí.

SÓCRATES.

Camino por los aires y contemplo el Sol.

ESTREPSIADES.

Por tanto, ¿miras (2) á los dioses desde tu cesto y no desde la tierra? Si no es que...

SÓCRATES.

Nunca podria investigar con acierto las cosas celestes si no suspendiese mi alma y mezclase mis pensamientos con el aire que se les parece (3). Si permaneciera en el suelo, para contemplar las regiones superiores, no podria descubrir nada porque la tierra atrae á sí los jugos del pensamiento: lo mismo exactamente que sucede con los berros.

ESTREPSIADES.

¿Qué hablas? ¿El pensamiento atrae la humedad de los berros? Pero, querido Sócrates, baja, para que me enseñes las cosas que he venido á aprender.

SÓCRATES.

¿Qué es lo que te ha hecho venir?

(1) La palabra griega es mucho más enfática, y literalmente traducida significa *efímero*.

(2) Ὑπερφρονέω significa *mirar de alto á bajo* (despicere) y tambien *menospreciar*.

(3) Alusion á las ideas de Anaxímenes Milesio, que decia eran principio de todas las cosas el aire y el infinito (Diog. Laer., lib. ii) y que el alma se parecia á aquel primer elemento.

ESTREPSÍADES.

El deseo de aprender á hablar. Los usureros, los acreedores más intratables me persiguen sin descanso y destruyen los bienes que les he dado en prenda.

SÓCRATES.

¿Cómo te has llenado de deudas sin apercibirte?

ESTREPSIADES.

Me ha arruinado la enfermedad de los caballos, cuya voracidad es espantosa. Mas enséñame uno de tus dos discursos, aquel que sirve para no pagar. Sea cual fuere el salario que me pidas, juro por los dioses que te lo he de satisfacer.

SÓCRATES.

¿Por qué dioses juras? En primer lugar, es preciso que sepas que los dioses no son ya moneda corriente entre nosotros.

ESTREPSIADES.

¿Pues por quién jurais? Acaso por las monedas de hierro, como en Bizancio .

SÓCRATES.

¿Quieres conocer perfectamente las cosas divinas y saber sin engaño lo que son?

ESTREPSIADES.

Sí, por Júpiter, á ser posible.

SÓCRATES.

Y ¿hablar con las Nubes, nuestras divinidades?

ESTREPSIADES.

Mucho más.

SÓCRATES.

Sientate, pues, en el lecho sagrado.

ESTREPSIADES.

Ya estoy sentado.

SÓCRATES.

Coge esta corona.

ESTREPSIADES.

¿Para qué la corona? ¡Ay de mí!, Sócrates, no me sacrificarás como á Atámas (1).

SÓCRATES.

No: hacemos todas estas ceremonias con los iniciados.

ESTREPSIADES.

¿Y qué ganaré con esto?

SÓCRATES.

Llegarás á ser un molino de palabras, un verdadadero cascabel, fino como la flor de la harina: pero no te muevas.

ESTREPSIADES.

No me engañas, por Júpiter; si continúas empolvándome de ese modo me convertiré pronto en flor de harina (2).

---

(1) Alusion á una tragedia de Sófocles en que Atámas era llevado al sacrificio coronado de flores. Atámas abandonó á su mujer *Néfele* (la Nube), que se refugió en el Cielo, haciendo sufrir una prolongada sequía al país de su marido. Este, para evitar tamaño azote, se ofreció á sí mismo en sacrificio; pero en el momento de ir á ser inmolado, fué salvado por Hércules. El recuerdo de Atámas, con preferencia á otra víctima, es muy natural en esta comedia por la circunstancia de ser marido de la Nube.

(2) Sócrates (segun el escoliasta) esparcia harina sobre la cabeza de Estrepsíades, como se acostumbraba á hacer con las tortas de los sacrificios.

SÓCRATES.

Es necesario guardar silencio, anciano, y escuchar atentamente mis súplicas. Soberano señor, Aire inmenso que rodeas la sublime tierra, Eter luminoso, y vosotras, Nubes, diosas venerables, que engendrais los rayos y los truenos, levantaos, soberanas mias, y mostraos al filósofo en las alturas.

ESTREPSIADES.

No, todavía no, hasta que me cubra la cabeza con el manto doblado, no sea que me moje. ¡Pobre de mí! haber salido de casa sin mi montera de piel de perro.

SÓCRATES.

Venid pues, oh Nubes venerables, y mostraos á éste, ora ocupeis la sagrada cumbre del nevado Olimpo, ora formeis con las Ninfas la danza sagrada en los jardines del padre Océano, ora recojais en urnas de oro las aguas del Nilo, ora residais en la laguna Meótis, ó sobre las nevadas rocas del Mímas; oidme, aceptad mi sacrificio y mirad complacidas estas sagradas ceremonias.

CORO DE NUBES.

Del seno mugiente del Océano, nuestro padre, levantémonos, Nubes eternas, ligeras por nuestra naturaleza vaporosa, á las altas cumbres de los montes coronados de árboles seculares. Desde ellas veremos á lo léjos el horizonte montuoso, la tierra sagrada, madre de los frutos, el curso de los rios divinos, y el mar que murmura profundamente.

Puesto que el ojo infatigable del Eter brilla siempre con resplandeciente luz, disipemos la niebla oscura que nos rodea, y mostrémonos á la tierra con todo el esplendor de nuestra belleza inmortal.

SÓCRATES.

Indudablemente, habeis escuchado mis votos ¡oh Nubes venerables! ¿Has oido tú su voz acompañada de los mugidos del trueno?

ESTREPSIADES.

Yo tambien os adoro, santas Nubes, y quiero responder á vuestros truenos (1); á ello me obligan el miedo y el temblor; así es que, sea ó no lícito, quiero desahogarme (2).

SÓCRATES.

No te burles, ni hagas lo que esos cómicos miserables (3).—¡Silencio! Una multitud de diosas se adelantan cantando.

CORO.

Vírgenes imbríferas (4), vamos á visitar el pingüe territorio de Pálas y la amable tierra de Cécrope, patria de tan grandes hombres, donde se celebra el culto de los sagrados misterios, se ven el santuario místico de las santas iniciaciones (5), las ofrendas á los habitantes del Olimpo, los ele-

(1) *Vestrisque volo tonitrubus oppedere.*
(2) *Volo cacare.*
(3) Literalmente *tiznados con heces de vino.*
(4) Empleamos este adjetivo, que tal vez parecerá demasiado poético, porque ningun otro traduce con tanta exactitud el ὀμβροφόροι del original.
(5) El templo de Céres en Eléusis.

vados templos y las estatuas de los dioses, las procesiones religiosas, los sacrificios á las coronadas divinidades y los festines de todas las estaciones; y, cuando con la primavera vuelve la fiesta de Baco, los certámenes de los resonantes coros, y el grave sonido de las flautas.

ESTREPSÍADES.

¡Por Júpiter! Sócrates, dime: ¿Quiénes son aquellas mujeres que han cantado con tanta majestad? ¿Son algunas heroínas?

SÓCRATES.

No; estas son las celestes Nubes, grandes diosas de los hombres ociosos; que nos dan el pensamiento, la palabra y la inteligencia, el charlatanismo, la locuacidad, la astucia y la comprension.

ESTREPSÍADES.

Hé aquí por qué al oirlas parece que mi alma va á volar, y ya desea discutir sobre sutilezas, hablar del humo, contradecir y oponer argumentos contra argumentos. Así es que desearía, si fuese posible, verlas personalmente.

SÓCRATES.

Mira hácia aquel lado, hácia el monte Parneto. Yo las veo descender con lentitud.

ESTREPSIADES.

¿Donde? Enséñame.

SÓCRATES.

Míralas; vienen oblicuamente en gran número, á traves de los valles y los bosques.

ESTREPSÍADES.

Pero ¿qué es esto? sino las distingo.

SÓCRATES.

Ahí, junto á la entrada.

ESTREPSÍADES.

Al fin las entreveo.

SÓCRATES.

Ahora las verás perfectamente si no tienes telarañas en los ojos (1).

ESTREPSÍADES.

Sí, por Júpiter: ¡oh diosas venerables! ya ocupan toda la escena.

SÓCRATES.

¡Y tú, que ignorabas su existencia y no las tenías por diosas!

ESTREPSÍADES.

No por cierto: pero las creia niebla, humo ó rocío.

SÓCRATES.

Por Júpiter, ¿no sabes que éstas alimentan á multitud de sofistas, á los adivinos de Turium, á los médicos, á los holgazanes que no se ocupan mas que de sus uñas, sortijas y cabellos, á los autores de ditirambos y á los charlatanes de vaciedades sublimes? A todos éstos los alimentan porque las celebran en sus cantos.

ESTREPSÍADES.

¿Por eso cantan en sus versos el ímpetu veloz de las húmedas Nubes que lanzan deslumbradores relámpagos, los cabellos erizados de Tifon, el de las cien cabezas, y las tempestades furiosas como aves

(1) *Nisi gramias in oculis habes instar cucurbitæ.*

de rapiña, que vuelan por el éter, nadando por el aire y los torrentes de lluvia que derraman las Nubes? (1) Y en premio de estos versos se comen los más grandes peces y la carne delicada de los tordos.

SÓCRATES.

¿Por causa de ellas, no es justo?

ESTREPSÍADES.

Pero dime, si en realidad son Nubes, ¿en qué consiste que parecen mujeres y sin embargo no lo son?

SÓCRATES.

¿Pues qué son entónces?

ESTREPSÍADES.

No lo sé bien: ahora me parecen copos de lana, pero de ninguna manera mujeres. Estas, sin embargo, tienen narices.

SÓCRATES.

Vamos, responde á mis preguntas.

ESTREPSÍADES.

Pregunta lo que quieras.

SÓCRATES.

¿No has visto alguna vez, mirando al cielo, una Nube parecida á un centauro, á un leopardo, á un lobo ó á un toro?

ESTREPSÍADES.

Sí, en verdad; y ¿á qué viene esto?

SÓCRATES.

A probarte que se transforman como quieren.

(1) Parodia del estilo hinchado é incoherente que solian emplear los malos poetas ditirámbicos.

Así, cuando ven á un hombre de larga cabellera y pecho velludo como el hijo de Jenofante, se burlan de su locura, cambiándose en centauros.

ESTREPSÍADES.

Y ¿qué hacen cuando ven á Simon, ladron del tesoro público?

SÓCRATES.

Para poner de manifiesto sus costumbres, se transforman en lobos.

ESTREPSÍADES.

Por eso es que ayer al distinguir á Cleónimo, que arrojó su escudo para huir, al verle tan cobarde se cambiaron en ciervos.

SÓCRATES.

Y ¿ves ahora? al mirar á Clístenes se han transformado en mujeres.

ESTREPSÍADES.

¡Salud, oh diosas! Si alguna vez lo habeis hecho por un mortal, romped vuestro silencio y dejad oir vuestra celeste voz, reinas omnipotentes.

CORO.

Salud, investigador de la sabiduría: y tú, sacerdote de las vaciedades más inútiles, dí para qué nos necesitas. Porque á ningun sofista de los que investigan las cosas del cielo escuchamos con tanto placer como á tí, excepto á Pródico (1): á éste le

(1) Sofista de grande ingenio muy elogiado por su alegoría del Vicio y la Virtud disputándose el alma de Hércules. Jenofonte (*Memorias de Sócrates*, lib. II) hace de ella una magnífica exposicion, y San Basilio habla de él con mucho aprecio recomendando á los jóvenes su lectura.

atendemos por su ingenio y por su ciencia; á tí por tu andar arrogante, por tu mirar desdeñoso, tu sufrimiento en caminar desnudo, y la majestad que imprimes á tu fisonomía.

ESTREPSÍADES.

¡Oh Tierra, qué voz tan sagrada, venerable y prodigiosa!

SÓCRATES.

Es que ellas son las únicas diosas; todas las demas son pura ficcion.

ESTREPSÍADES.

Pero entónces, dime, por la sagrada Tierra: ¿Júpiter olímpico no es dios?

SÓCRATES.

¿Cuál Júpiter? tú te burlas. No hay tal Júpiter.

ESTREPSÍADES.

¿Qué estas diciendo? ¿pues quién hace llover? Demuéstrame esto ántes de todo.

SÓCRATES.

Ellas: y voy á demostrarlo con grandes razones. ¿Has visto alguna vez que Júpiter haga llover sin Nubes? Si fuese él, sería necesario que lloviese estando el cielo sereno y despues de haberlas disipado.

ESTREPSÍADES.

Perfectamente: por Apolo, tu argumento me ha convencido. Yo creia ántes, como cosa cierta, que Júpiter para hacer llover orinaba en una criba. Pero dime: ¿quién produce el trueno? Esto me hace temblar.

SÓCRATES.

Las Nubes truenan cuando se revuelven sobre sí mismas (1).

ESTREPSÍADES.

¿De qué manera, hombre audaz?

SÓCRATES.

Cuando están muy llenas de agua y se ponen én movimiento arrastradas por su propio peso, al caer se entrechocan y rompen con estrépito.

ESTREPSÍADES.

Pero ¿quién las empuja para que se entrechoquen? ¿acaso Júpiter?

SÓCRATES.

De ningun modo: las empuja el Torbellino etéreo.

ESTREPSÍADES.

¿El Torbellino? En verdad, ignoraba que Júpiter no existia y que reinaba por él el Torbellino. Pero nada me has enseñado todavía del fragor de los truenos.

SÓCRATES.

¿No me has oido decir que cuando las Nubes llenas de agua caen unas sobre otras producen ese fragor á causa de su densidad?

ESTREPSÍADES.

¿Y cómo he de creer eso?

SÓCRATES.

Observando lo que á tí mismo te sucede, como

(1) Epicuro explicaba la formacion de la lluvia, el rayo y el trueno con las mismas razones que Aristófanes pone en boca de Sócrates. (Vid. Diog. Laert. lib. X. *Epicuro.*)

voy á demostrarte. Cuando en las Panateneas (1) cenas tanto que se te desarregla el vientre, ¿no has notado que este produce de repente algunos ruidos?

ESTREPSÍADES.

Sí á fe mia: y en seguida me atormenta, y se revuelve, ruge como el trueno, y despues estalla con estrépito. Primero hace, con ruido apénas perceptible, *pax*; luégo *papax*, en seguida *papappax*, y cuando hago mis necesidades es un verdadero trueno *pappappax*, lo mismo que las Nubes.

SÓCRATES.

Considera el gran ruido que haces con tu pequeño vientre; ¿será, pues, inverosímil el que el aire inmenso truene con estrepitoso fragor? Por eso las palabras *trueno* y *ventosidad* son semejantes.

ESTREPSÍADES.

Pero dime: ¿de dónde provendrá el rayo resplandeciente que á unos los reduce á cenizas y á otros los toca sin matarlos? Evidentemente Júpiter es quien lo lanza contra los perjuros.

SÓCRATES.

¡Pobre tonto, más viejo que el tiempo, la luna y el pan! ¿Cómo, si hiere á los perjuros, no ha abrasado ni á Simon, ni á Cleónimo, ni á Teoro? Estos son no poco perjuros. Sin embargo, vemos que hiere á su propio templo, al promontorio Sunio, y á las gigantescas encinas. ¿Por qué causa? una encina jamás es perjura.

(1) Fiestas en honor de Minerva.

ESTREPSÍADES.

No lo sé, pero me parece que discurres bien. Mas dime: ¿qué es el rayo?

SÓCRATES.

Si un viento seco se eleva y se encierra dentro de las Nubes, las hincha como si fueran una vejiga; despues cuando su misma fuerza las revienta se escapa violentamente comprimido por su densidad, y el ímpetu terrible con que estalla hace que se encienda á sí mismo.

ESTREPSÍADES.

En verdad, lo mismo me sucedió una vez en las fiestas de Júpiter. Asaba para mi familia un vientre sin haber tenido la precaucion de hacerle algunas incisiones; se habia hinchado mucho, y de repente reventó por medio y me saltó á los ojos su interior quemándome la cara.

CORO.

¡Oh tú que deseas aprender los arcanos de la ciencia, cuán dichoso serás entre los Atenienses y los demas Griegos, si tienes memoria y aplicacion y un alma constante para el sufrimiento; si no te cansas ni de permanecer quieto, ni de caminar; si no te hace mella el frio, ni deseas comer; si te abstienes del vino, de los ejercicios gimnásticos y de otras necedades, y piensas que es lo mejor y lo más propio de un hombre digno el sobresalir en las obras, en los consejos y en los combates de la palabra!

ESTREPSÍADES.

Si te hace falta un alma dura é insensible á los

desveladores cuidados, y un estómago frugal acostumbrado á las privaciones y capaz de alimentarse con ajedrea, puedes contar conmigo; mi cuerpo es tan duro como un yunque.

SÓCRATES.

Promete tambien no reconocer ya más dioses que los que nosotros veneramos en concepto de tales; á saber: el Cáos, las Nubes y la Lengua; hé aquí las tres divinidades.

ESTREPSÍADES.

Nunca hablaré de otras aunque me tropezase con ellas, ni las honraré con sacrificios, libaciones ni incienso.

CORO.

Pide ahora confiadamente lo que deseas de nosotras, y lo obtendrás, si nos honras, nos admiras y procuras ser hombre hábil.

ESTREPSÍADES.

¡Oh dioses! lo que os pido es lo ménos que puede pedirse; haced tan sólo que sea el más elocuente de los Griegos.

CORO.

Concedido: ningun hombre de estos tiempos te superará en hacer bellos discursos.

ESTREPSÍADES.

No: eso no es lo que deseo, porque á mí jamás se me ocurre pronunciar grandes sentencias. Tan solo quiero resolver en mi favor los pleitos y escapar de las manos de los acreedores.

CORO.

Se cumplirá lo que deseas, pues no apeteces cosas

imposibles. Ponte confiadamente en manos de uno de nuestros sacerdotes.

ESTREPSÍADES.

Haré lo que me mandais, pues la necesidad aprieta por causa de los caballos y el matrimonio, que me han perdido. Hagan estos de mí ahora todo cuanto les plazca; yo les entrego mi cuerpo para que lo destrocen á fuerza de golpes, hambre, sed, calor y frio, y si quieren conviertan mi piel en una bota, con tal que no pague mis deudas y pase por hombre atrevido, charlatan, temerario, sin vergüenza, costal de mentiras, inventor de frases, trillado en los pleitos, litigante perpétuo, molino de palabras, zorro astuto, penetrante barreno, correa flexible, disimulado, escurridizo, fanfarron, insensible como el nudo de las maderas, impuro, veleta, y parásito impudente. Si todos los que me encuentren llegan á saludarme con todos estos calificativos, hagan mis maestros cuanto les agrade de mi persona; y si les gusta, por Céres, embutan mis intestinos y sírvanselos á los filósofos.

CORO.

Este hombre tiene una voluntad pronta y valiente. Ten entendido que la ciencia que te vamos á enseñar te hará conseguir tal gloria entre los mortales, que te levantará hasta el cielo.

ESTREPSÍADES.

Y ¿qué me sucederá?

CORO.

Que miéntras vivas, gozarás con nosotras una existencia extremadamente feliz.

ESTREPSIADES.

¿Acaso llegaré á ver eso?

CORO.

¡Habrá constantemente muchos sentados á tu puerta, deseando consultarte, hablar contigo y deliberar sobre infinitos pleitos y negocios en los que se cruzarán sumas inmensas. *(A Sócrates)* Pero enseña al viejo algunas de tus lecciones, sondea su espíritu y explora los alcances de su ingenio.

SÓCRATES.

Ea, dime qué clase de carácter tienes, para que, una vez conocido, pueda dirigir contra él nuevas máquinas.

ESTREPSÍADES.

¡Cómo! ¿Acaso piensas asaltarme como si fuera una muralla?

SÓCRATES.

No: solamente quiero hacerte algunas breves preguntas. En primer lugar, ¿tienes memoria?

ESTREPSÍADES.

Sí, por cierto, y de dos clases. Si me deben, tengo una memoria excelente; pero si debo, ¡pobre de mí! soy muy olvidadizo.

SÓCRATES.

¿Tienes alguna disposicion natural para la elocuencia?

ESTREPSÍADES.

Para la elocuencia no, pero sí para el fraude.

SÓCRATES.

Entónces, ¿cómo podrás aprender?

ESTREPSÍADES.

Perfectamente, no te inquietes por eso.

SÓCRATES.

Ea, manos á la obra; en cuanto yo te proponga alguna cuestion sobre las cosas celestes, te apoderas de ella inmediatamente.

ESTREPSÍADES.

¡Qué! ¿es preciso atrapar la sabiduría como un perro arrebata una tajada?

SÓCRATES.

¡Vaya un hombre ignorante y bárbaro! Me parece, anciano, que vas á necesitar algun correctivo. Vamos á ver, ¿qué haces cuando alguno te apalea?

ESTREPSÍADES.

Me dejo apalear; despues tomo testigos; en seguida ejercito mi accion ante el tribunal.

SÓCRATES.

Ea, quítate el vestido.

ESTREPSÍADES.

¿Te he ofendido en algo?

SÓCRATES.

No; pero la costumbre es entrar desnudo (1).

ESTREPSÍADES.

Yo no vengo aquí á buscar ninguna cosa robada (2).

SÓCRATES.

Abajo el vestido. ¿A qué decir tantas sandeces?

(1) Como en los misterios.

(2) El que penetraba en una casa para buscar un objeto que le habia sido robado y que suponia se hallaba escondido, debia, para evitar fraude, despojarse de sus vestidos.

ESTREPSÍADES.

Dime solo una cosa. Si soy muy aplicado y estudio con grande afan ¿á cuál de tus discípulos me pareceré?

SÓCRATES.

Serás enteramente semejante á Querefon.

ESTREPSÍADES.

¡Ay desgraciado de mí! Entónces seré un cadáver ambulante.

SÓCRATES.

No charles tanto. Apresúrate y sígueme hácia ese lado.

ESTREPSÍADES.

Dáme ántes una torta de miel, porque, al entrar ahí, siento tanto miedo como si bajase á la cueva de Trofonio (1).

SÓCRATES.

Anda: ¿por qué te detienes en la puerta?

CORO.

Marcha regocijado, sin que disminuya tu valor por eso. Ojalá tenga feliz éxito la empresa de este hombre, que en edad provecta ilustra su inteligencia con ideas nuevas y cultiva la sabiduría (2).

Expectadores, os diré francamente la verdad; lo juro por Baco, de quien soy discípulo (3). Así salga

(1) Con objeto de impedír el que pudieran ser reconocidos los resortes de la cueva de este célebre oráculo, los que penetraban en ella llevaban las manos ocupadas con tortas de miel para evitar, segun decian los sacerdotes, las mordeduras de las serpientes.

(2) Principia la *parábasis*.

(3) Tanto la tragedia como la comedia tuvieron su orí-

yo vencedor y sea tenido por sabio, como es cierto que creyéndoos personas de buen gusto, sometí por primera vez á vuestra aprobacion esta comedia, la mejor de las mias, trabajada con exquisito esmero. Y sin embargo, á pesar de no merecer tal desgracia, fuí vencido por rivales ineptos (1). Por esto me quejo de vosotros, ilustrados jueces, á quienes dediqué mis trabajos. Mas no por tal motivo he de recusar la opinion de los doctos, ante quienes es tan agradable comparecer, y que oyeron con tanta complacencia á mi *Prudente* y mi *Deshonesto* (2), cuando yo, (vírgen aún porque no me era lícito parir) (3) expuse el fruto de mi ingenio, que recogido por otra madre (4) fué educado liberalmente por vosotros; desde lo cual creia tener asegurada vuestra benevolencia. Ahora, pues, se presenta mi Comedia como una nueva Electra buscando con la vista á aquellos sabios espectadores; y de seguro que reconocerá, en cuanto lo vea, el

---

gen en las fiestas de Baco, por lo cual era este considerado como el dios de los poetas dramáticos. En todos los teatros la *timela* recordaba el altar donde primitivamente se sacrificó á Baco (V. la Introduccion).

(1) Uno de estos fué *Amípsias*, del cual nos ha conservado Diógenes Laercio algunos versos (*Vida de Sóc.*, 9).

(2) Personajes de la primera comedia de Aristófanes, *Los Detalenses.*

(3) Era necesario tener treinta ó cuarenta años de edad para poder presentar comedias en el teatro. Los autores que no los tenian las presentaban con el nombre de otro.

(4) Alude á Filónides y Calístrato, que presentaron como suya la primera comedia de Aristófanes.

rizo de su hermano (1). Reparad la decencia de sus costumbres. Es la primera que aparece en la escena sin venir armada de un instrumento de cuero, rojo por la punta, grueso y á propósito para hacer reir á los niños (2); que no se burla de los calvos ni baila el cordax (3); que no introduce un viejo golpeando con su baston á todos los que encuentra para disimular la grosería de sus chistes, ni asalta la escena agitando una antorcha y gritando ¡Io! ¡Io!; ni confia más que en sí misma y sus versos. Y yo, que soy su autor, ciertamente que no me enorgullezco (4) por tal cosa, ni procuro engañaros, presentándola dos y tres veces. Sino que siempre invento comedias nuevas, que no se parecen entre sí y son todas bellas é ingeniosas. Cuando Cleon estaba en todo su poder yo le he atacado frente á frente (5), pero en cuanto cayó cesé de insultarle. Los demas poetas, desde que Hipérbolo dió el ejemplo, atacan sin cesar al desgraciado sin perdonar ni á su madre. El primero de todos fué Eupólis, el cual presentó en escena su *Maricas* que no era otra cosa que un mal arreglo de mis *Caballeros*; sólo añadió una vieja embriagada

(1) Alusion al reconocimiento de Electra y Oréstes, en las *Coéforas* de Esquilo.
(2) Descripcion del falo. (V. *Los Acarnienses*.)
(3) Baile lascivo usado en la comedia antigua.
(4) El verbo κομάω significa *enorgullecerse* y *tener buenos cabellos*. Aristófanes era calvo, por lo cual esta palabra es muy graciosa en sus labios.
(5) Literalmente; «Le he herido en el vientre.» Alude á *Los Caballeros*.

que bailase el cordax; personaje inventado mucho tiempo hace por Frínico (1), que la exponia á la voracidad de un monstruo marino. Despues Hermipo presentó á Hipérbolo; y todos los demas cayeron sobre Hipérbolo imitando mi comparacion de las anguilas. ¡Ojalá los que rien en sus comedias no se diviertan con las mias! En cuanto á vosotros, que os deleitais con mi persona é invenciones, sereis considerados en el porvenir como personas de buen gusto.

SEMICORO.

Invoco primeramente en favor de este coro al gran Júpiter, rey del cielo y señor de los dioses; despues al prepotente númen cuyo tridente irresistible conmueve la tierra y los salados mares; y á tí, nuestro ilustre padre, venerable Eter, alma de todas las cosas; y á tí, oh Sol, domador de corceles, que vivificas la tierra con tus brillantes rayos, y eres una divinidad poderosa entre los inmortales y los hombres.

CORO.

Sabios espectadores, parad en esto la atencion. Nos quejamos de la injusticia con que nos tratais; puesto que recibiendo de nosotras vuestra ciudad más beneficios que de todos los demas dioses, sin embargo ni sacrificais ni haceis libaciones en

(1) El Frínico á quien alude Aristófanes es probablemente un poeta cómico contemporáneo suyo, y no el perfeccionador de la tragedia. Sus comedias carecian de invencion, y adolecian de defectos de versificacion y lenguaje.

honor de vuestras conservadoras. Si se decreta alguna expedicion insensata, inmediatamente tronamos ó llovemos. Cuando elegisteis general al zurrador Paflagonio (1), enemigo de los dioses, fruncimos las cejas y dimos muestras de grande indignacion; brilló el rayo acompañado de los estallidos del trueno; la luna abandonó su acostumbrado camino; y el sol (2), retirando su antorcha, negó sus resplandores á la tierra si Cleon era general. Sin embargo, le elegisteis, y desde entónces dicen que todas vuestras determinaciones son desacertadas, pero que los dioses convierten en buenas las faltas que cometeis. Os enseñaremos fácilmente la manera de aprovecharos de esto: apoderaos de Cleon (3), de esa paviota voraz, y, despues de condenarle por ladron y sobornador, encabrestadlo y ahorcadlo contra una viga: de esta manera repararcis vuestra falta y conseguireis que produzca resultados en favor de la República.

SEMICORO.

Acude tú tambien, Febo soberano, dios de Délos,

(1) Cleon, célebre demagogo, objeto de los violentos ataques de Aristófanes en *Los Caballeros*. Si le llama Paflagonio, no es porque hubiera nacido en esa region del Asia menor, sino aludiendo á su voz fuerte y desentonada.

(2) Aristófanes parece aludir al eclipse que, segun Tucídides, tuvo lugar el año octavo de la guerra del Peloponeso á la hora del medio dia.

(3) Nótese que Aristófanes habla en este pasaje de Cleon como si viviese todavía, cuando poco ántes ha hecho mencion de su muerte. Esta contradiccion hace creer que el texto de *Las Nubes* está formado con los de varias ediciones de la misma.

habitante de las elevadas y rocallosas cumbres del Cintio; y tú, Diana inmortal, que tienes en Efeso un templo de oro, donde te sirven magníficamente las hijas de los Lidios; y tú, Minerva, diosa de nuestra patria, señora de la égida, patrona de esta ciudad; y tú, alegre Baco, que vagas por la cima del Parnaso, al resplandor de las teas, entre las bacantes de Délfos.

CORO.

Cuando íbamos á marchar, la luna se ha acercado á nosotros y nos ha encargado en primer lugar que saludemos á los Atenienses y á sus aliados. Despues se ha mostrado enojada por la manera atroz con que la habeis tratado, cuando ella os presta mil servicios no de palabra sino de obra. Primeramente os economiza lo ménos un dracma de luz cada mes; puesto que todos los que salen al oscurecer dicen á su criado: «No compres antorchas porque la luz de la luna es muy hermosa.» Tambien dice que os hace otros muchos beneficios. Vosotros, en cambio, alterais de un modo lamentable el órden de los dias (1). Así es que en todos ellos tiene que sufrir las quejas de los dioses cuando vuelven á sus palacios frustradas sus esperanzas de una cena, que debia ofrecérseles segun el primitivo órden de los dias. Cuando es ocasion de hacer sacrificios, os hallais ocupados en los tribuna-

(1) Este pasaje alude probablemente á la confusion que se introdujo en el calendario griego por causa del arreglo hecho por el astrónomo Meton.

les. Cuando uno ayuna llorando la muerte de Memnon ó de Sarpedon (1), otros rien y beben. Por eso nosotras hemos arrebatado su corona á Hipérbolo, cuando designado por la suerte, acudia este año á la asamblea de los Anfictiones. Así aprenderá á arreglar los dias conforme á las revoluciones de la luna.

SÓCRATES.

Juro por la respiracion, por el cáos y por el aire, no haber visto nunca un hombre tan grosero, tan estúpido y tan olvidadizo. Las sutilezas más sencillas las olvida ántes de haberlas aprendido. Sin embargo, le llamaré á la luz del dia. ¡Hola, Estrepsíades! Sal aquí y tráete la cama.

ESTREPSÍADES.

No me dejan llevarla las chinches.

SÓCRATES.

Colócala pronto y préstame atencion.

ESTREPSÍADES.

Héme aquí.

SÓCRATES.

¡Ea! dime: ¿cuál de las cosas que ignoras quieres aprender primero: los versos, la medida ó el ritmo?

ESTREPSÍADES.

La medida. Precisamente un comerciante de harina me defraudó el otro dia dos kénices (2).

---

(1) Hijos de Júpiter.
(2) El *kénice* ático (χοῖνιξ) valia litros 1,08.

SÓCRATES.

No te pregunto eso; sino qué medida te parece más hermosa, la de tres ó la de cuatro (1).

ESTREPSIADES.

Ninguna hay mejor que el semisextario (2).

SÓCRATES.

¡Pobre hombre! sólo dices necedades.

ESTREPSÍADES.

¿Qué apuestas á que el semisextario es la medida de cuatro?

SÓCRATES.

¡Vé enhoramala! ¡Cuidado que eres díscolo y grosero! Vamos á ver si aprendes con más facilidad algo del ritmo.

ESTREPSÍADES.

¿De qué me servirá el ritmo para vivir?

SÓCRATES.

Serás amable y chistoso cuando conozcas el ritmo enoplio (3) y el del dáctilo.

ESTREPSÍADES.

¿El del dáctilo? Por Júpiter, ya le conozco.

SÓCRATES.

Pues dilo.

---

(1) Literalmente el trímetro ó el tetrámetro. Sócrates habla de la medida de los versos, y Estrepsíades entiende la medida ordinaria.

(2) El *semisextario* (ἡμίεκτον) valia cuatro kénices, lo que en sentir del viejo equivale al tetrámetro.

(3) El *ritmo enoplio* se componia de dos dáctilos y un espondeo.

ESTREPSÍADES (1).

Este. Cuando era jóven me servia de este otro.

SÓCRATES.

Eres tonto y grosero.

ESTREPSÍADES.

Pero, desdichado, ¡si yo no quiero aprender ninguna de esas cosas!

SÓCRATES.

¿Pues cuáles quieres?

ESTREPSÍADES.

Aquel, aquel razonamiento injusto.

SÓCRATES.

Pero ántes es necesario aprender otras cosas. En primer lugar, tienes que saber cuáles son los cuadrúpedos machos.

ESTREPSÍADES.

¿Pues no lo sé, ó acaso estoy loco? El carnero, el cabron, el toro, el perro, el faisan... (2).

SÓCRATES.

¿Ves lo que haces? llamas faisan á la hembra lo mismo que al macho.

ESTREPSÍADES.

¿Cómo es eso?

SÓCRATES.

¿Cómo? faisan y faisan.

---

(1) Dáctilo significa dedo. Estrepsíades usa esta palabra en un doble sentido, que debia comprenderse por medio de la accion.

(2) En griego, ἀλεκτρυών *(gallo)*. Hacemos esta variacion para que se entienda con más facilidad lo siguiente.

ESTREPSÍADES.

Verdad es lo que dices, por Neptuno. ¿Mas de qué modo llamaré á la hembra?

SÓCRATES.

Faisana; y al otro faisan (1).

ESTREPSÍADES.

Faisana. Tienes razon, por el Aire. Sólo por eso he de llenar de trigo tu troj (2).

SÓCRATES.

Nueva falta. Haces masculino un nombre femenino.

ESTREPSÍADES.

¿Cómo hago masculina la troj?

SÓCRATES.

Lo mismo que diciendo Cleon (3).

ESTREPSÍADES.

¿Por qué razon? explícate.

SÓCRATES.

Dices troj lo mismo que Cleon.

ESTREPSÍADES.

Pero, querido, si Cleon no tenía troj y amasaba la harina en un mortero redondo. Acabemos. ¿Cómo deberé decir?

SÓCRATES.

¿Cómo? diciendo *troja* como dices *Sóstrata.*

---

(1) Ἀλεκτρύαιναν τὸν δ' ἕτερον ἀλέκτορα.

(2) Lit.: de harina tu artesa. Como todos los argumentos de Sócrates se fundan en tener κάρδοπος *(artesa)* terminacion masculina no obstante ser del género femenino, hemos tenido que buscar un equivalente, para hacer inteligible el pasaje.

(3) El texto original dice: *Cléonimo.*

ESTREPSÍADES.

¡Troja!

SÓCRATES.

Así está bien.

ESTREPSÍADES.

De modo que debe decirse *troja*, Cleona.

SÓCRATES.

Tambien debes aprender á distinguir en los nombres de las personas cuáles son masculinos y cuáles femeninos.

ESTREPSÍADES.

Conozco perfectamente los que son femeninos.

SÓCRATES.

Di algunos.

ESTREPSÍADES.

Lisila, Filina, Clitágora, Demetria.

SÓCRATES.

¿Y qué nombres son masculinos?

ESTREPSÍADES.

Muchísimos. Filóxeno, Meléxias, Amínias.

SÓCRATES.

Pero, tonto, esos no son masculinos.

ESTREPSÍADES.

¿No son masculinos para vosotros?

SÓCRATES.

De ninguna manera. ¿Cómo dirás para llamar á Amínias?

ESTREPSÍADES.

¿Cómo diré? así: ¡Aminia! ¡Aminia! (1).

(1) El vocativo de Amínias tiene en griego terminacion femenina.

SÓCRATES.

¿Lo ves? Ya llamas á Amínias como si fuera una mujer.

ESTREPSÍADES.

Y ¿no es justo llamar así al que no va al ejército? Mas ¿para qué aprendo lo que todos sabemos?

SÓCRATES.

Para nada, en verdad. Pero acuéstate ahí...

ESTREPSÍADES.

¿Qué hago?

SÓCRATES.

Pensar un poco en tus asuntos.

ESTREPSÍADES.

Por favor, no me mandes tenderme en esa cama. Si es de todo punto preciso el acostarse, déjame meditar sobre el duro suelo.

SÓCRATES.

Eso es imposible.

ESTREPSÍADES.

¡Infeliz de mí, cuánto me van á atormentar hoy las chinches!

SÓCRATES.

Medita y reflexiona; reconcentra tu espíritu, y hazle discurrir en todos sentidos. Cuando tropieces con alguna dificultad, pasa inmediatamente á otro asunto, y así el dulce sueño huirá de tus párpados.

ESTREPSÍADES.

¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!

SÓCRATES.

¿Qué te pasa? ¿Qué te aflige?

ESTREPSÍADES.

Perezco miserablemente; las chinches, que brotan de esta cama, me muerden, me desgarran los costados, me chupan la sangre, me ulceran todo el cuerpo (1) y me matan.

SÓCRATES.

No te quejes tan fuerte.

ESTREPSÍADES.

Cómo no he de gritar si he perdido mis bienes, mi sangre, mi alma y mis zapatos, y para colmo de males, voy á perder aquí lo poco que me queda.

SÓCRATES.

¡He, tú! ¿qué haces? ¿No meditas?

ESTREPSÍADES.

Sí, por Neptuno.

SÓCRATES.

Y ¿en qué piensas?

ESTREPSÍADES.

Pienso en si dejarán algo de mí las chinches.

SÓCRATES.

Te perderás sin remedio.

ESTREPSÍADES.

¡Pero, buen hombre, si ya estoy perdido!

SÓCRATES.

No desfallezcas, y envuélvete bien. Es preciso discurrir algun fraude, algun paliativo.

ESTREPSÍADES.

¡Ay! ¿quién me arrojará como paliativo una piel de carnero?

(1) *Et testiculos evellunt, et culum perfodiunt.*

SÓCRATES.

Ea, veré primeramente lo que hace éste. ¡Hola! ¿duermes?

ESTREPSÍADES.

No, por Apolo.

SÓCRATES.

¿Tienes algo?

ESTREPSÍADES.

Nada tengo.

SÓCRATES.

¿Nada absolutamente?

ESTREPSÍADES.

Nada más que esto (1).

SÓCRATES.

Cúbrete y discurre algo.

ESTREPSÍADES.

¿Sobre qué? contesta, Sócrates.

SÓCRATES.

Di tú lo que quieres hallar primeramente.

ESTREPSÍADES.

¿No lo has oido mil veces? quisiera hallar el medio de no pagar los intereses á ningun usurero.

SÓCRATES.

Pues manos á la obra, cúbrete, fija tu inteligencia en un pensamiento sutil y estudia minuciosamente el asunto, distinguiendo bien sus diferentes partes y reflexionando sobre ellas.

ESTREPSÍADES.

¡Ay de mí!

(1) *Nihil, nisi penem hunc, quem teneo dextera.*

SÓCRATES.

Tranquilízate; si tropiezas con alguna dificultad, sepárate de ella; y en seguida vuelve al mismo pensamiento y reflexiona sobre él.

ESTREPSÍADES.

¡Ay, queridísimo Sócrates!

SÓCRATES.

¿Qué pasa, anciano?

ESTREPSÍADES.

Ya he dado con un medio de no pagar los intereses.

SÓCRATES.

Manifiéstalo.

ESTREPSÍADES.

Di: ¿si yo comprase una hechicera de la Tesalia, que hiciera bajar de noche á la luna y la guardase despues encerrada en una caja redonda, como si fuera un espejo...?

SÓCRATES.

¿Para qué puede servirte...?

ESTREPSÍADES.

¿Para qué? si la luna no volviese á salir, yo no tendria que pagar más intereses.

SÓCRATES.

¿Cómo?

ESTREPSÍADES.

Porque los intereses se pagan cada mes.

SÓCRATES.

Perfectamente. Pero yo voy á proponerte otra astucia. Dime, si se dicta contra tí una sentencia que te condena al pago de cinco talentos, ¿cómo te arreglarás para que desaparezca?

ESTREPSÍADES.

¿Cómo? ¿cómo? no sé: pero es preciso hallar un medio.

SÓCRATES.

No concentres siempre el pensamiento dentro de tí mismo; dale suelta y déjale volar como un escarabajo á quien se ata un hilo al pié para que no se escape.

ESTREPSÍADES.

He hallado un medio ingeniosísimo para anular la sentencia; tú vas á ser de mi opinion.

SÓCRATES.

¿Cuál?

ESTREPSÍADES.

¿Has visto alguna vez en la tienda de los droguistas una piedra hermosa y diáfana, que sirve para encender fuego?

SÓCRATES.

¿Hablas del cristal?

ESTREPSÍADES.

Del mismo.

SÓCRATES.

Y bien, ¿qué harias?

ESTREPSÍADES.

Cogeria el cristal, y cuando el escribano escribiera la sentencia, yo, permaneciendo bastante separado, derretiria (1) al sol el documento que me condenaba.

(1) Se escribia sobre tablas cubiertas de una ligera capa de cera.

SÓCRATES.

Ingeniosísimo, por las Gracias.

ESTREPSÍADES.

¡Qué placer, borrar una sentencia que me condena al pago de cinco talentos!

SÓCRATES.

Vamos á ver si encuentras pronto esto.

ESTREPSÍADES.

¿Qué?

SÓCRATES.

El modo de contradecir la peticion del demandante en un juicio, cuando ya vas á ser condenado, por falta de testigos.

ESTREPSÍADES.

Eso es sumamente fácil.

SÓCRATES.

Veamos.

ESTREPSÍADES.

Cuando no quedase por sentenciar más que un pleito ántes del mio, correria á ahorcarme.

SÓCRATES.

Eso nada vale.

ESTREPSIADES.

¿Pues no ha de valer? Por los dioses, ¿quién me pondria pleito despues de mi muerte?

SÓCRATES.

Desvarías. Véte de aquí; no quiero enseñarte más.

ESTREPSIADES.

Por los dioses, querido Sócrates, dime la causa.

SÓCRATES.

Porque olvidas al instante todo cuanto se te enseña. Y si no, dime: ¿qué era lo que has aprendido primeramente?

ESTREPSIADES.

Veamos: ¿qué era lo primero? ¿qué era lo primero?... ¿qué era aquello en que guardábamos el trigo?... ¡Ay de mí! ¿qué era?

SÓCRATES.

Vaya enhoramala el más desmemoriado y el más estúpido de todos los viejos.

ESTREPSIADES.

¡Ah desdichado! ¿qué será de mí? Soy perdido, por no haber aprendido á manejar bien la lengua. Vosotras, oh Nubes, dadme algun buen consejo:

CORO.

Nosotras, anciano, te aconsejamos que si tienes educando á algun hijo, lo envies para que estudie por tí.

ESTREPÍSADES.

Tengo un hijo bueno y hermoso; pero no quiere estudiar. ¿Qué haré?

CORO.

Y ¿tú toleras eso?

ESTREPSIADES.

Es vigoroso y de buena constitucion, y desciende por parte de madre de la noble familia de Cesira. Me dirigiré á él, y si se niega, no cómo pan hasta que no lo eche de casa. Entra, tú, adentro y espérame un poco.

CORO.

¿Reconoces (1) que nosotras te proporcionamos más bienes que todos los demas dioses? Porque ese está dispuesto á hacer todo cuanto le mandes. El pobre hombre queda atónito y deslumbrado por tu ingenio; procura sacar de él todo cuanto puedas, y que sea pronto, porque no suelen durar mucho tan buenas disposiciones.

ESTREPSIADES.

No, no permanecerás más en esta casa, lo juro por la Niebla: lárgate, y cómete las columnas (2) de tu tio Megácles.

FIDIPIDES.

¡Desgraciado! ¿Qué te pasa, padre mio? Por Júpiter olímpico, tú has perdido el seso.

ESTREPSIADES.

¡Mira, mira «Júpiter olímpico!» ¡Qué estupidez! ¿á tu edad crees en Júpiter olímpico?

FIDIPIDES.

¿De qué te ries?

ESTREPSIADES.

De verte tan chiquillo dando crédito á todas esas vejeces. Acércate y sabrás muchas cosas; y áun te diré alguna que en cuanto la sepas te sentirás convertido en hombre; pero no se la digas á nadie.

---

(1) Dirigiéndose á Sócrates.
(2) Por ser lo único que le resta de su antigua opulencia.

FIDIPIDES.

Héme aquí. ¿Qué es ello?

ESTREPSIADES.

Acabas de jurar por Júpiter.

FIDIPIDES.

Es cierto.

ESTREPSIADES.

¡Mira que bueno es estudiar! No existe Júpiter, querido Fidípides.

FIDIPIDES.

¿Pues quién?

ESTREPSIADES,

Reina el Torbellino, que ha expulsado á Júpiter.

FIDIPIDES.

¿Qué estás disparatando?

ESTREPSIADES.

Sabe que es como te digo.

FIDIPIDES.

¿Quién dice eso?

ESTREPSIADES.

Sócrates el Meliense (1), y Querefon, que conoce las huellas de una pulga.

FIDIPIDES.

¿Tan adelante has ido en tu locura que das crédito á esos atrabiliarios?

ESTREPSIADES.

Contén la lengua, y no murmures de esos hombres hábiles é inteligentes que, por economía, ni

(1) Sócrates era de Aténas; pero Aristófanes le llama Meliense, porque el ateo Diágoras era natural de Mélos.

se rasuran, ni se perfuman, ni van nunca al baño para lavarse; miéntras que tú disipas mis bienes, como si ya hubiese muerto. Pero vé cuanto ántes y aprende por mí.

FIDÍPIDES.

¿Qué cosa buena puede aprenderse de ellos?

ESTREPSÍADES.

Toda la sabiduría humana. Tú mismo has de conocer lo ignorante y estúpido que eres. Pero espérame aquí un momento (1).

FIDÍPIDES.

¡Ah! ¿qué haré? Mi padre está loco. ¿Le argüiré de demencia en los tribunales, ó noticiaré su enfermedad á los confeccionadores de ataudes?

ESTREPSÍADES.

Vamos á ver: ¿cómo llamas á este pájaro?

FIDÍPIDES.

Faisan.

ESTREPSÍADES.

Bien, ¿y á esta hembra?

FIDÍPIDES.

Faisan.

ESTREPSÍADES.

¿Los dos lo mismo? eso es ridículo. En adelante no hables. Llama á ésta faisana y á aquél faisan.

---

(1) Entra un momento en la casa, de donde sale con un gallo y una gallina en la mano, que aquí sustituimos por una pareja de faisanes, y repite la leccion que ántes recibió de Sócrates.

FIDÍPIDES.

¿Faisana dices? ¿Esas son las grandes cosas que has aprendido de los hijos de la Tierra?

ESTREPSÍADES.

Y otras muchas; pero á causa de mis años cuando aprendia algo se me olvidaba en seguida.

FIDÍPIDES.

¿Por eso has perdido tu vestido?

ESTREPSÍADES.

No lo he perdido; lo he dejado en la escuela.

FIDÍPIDES.

¿Y qué has hecho de tus zapatos, pobre tonto?

ESTREPSÍADES.

Los he perdido, como Perícles (1), en lo que era necesario. Ea, anda, marchemos: si obedeces á tu padre, podrás delinquir sin cuidado alguno. No habias cumplido seis años, y áun balbuceabas, cuando yo te compré en las fiestas de Júpiter un carrillo con el primer óbolo que gané administrando justicia en el Heliástico.

FIDÍPIDES.

Algun dia te pesará lo que haces.

ESTREPSÍADES.

Bien, ya me obedeces. ¡He! Sócrates, sal aquí pronto; te traigo á mi hijo, á quien he convencido á duras penas.

---

(1) Alusion á la frase análoga de Perícles al dar cuenta de los diez talentos gastados en sobornar á los generales espartanos. (Plutarco, *Vida de Perícles*, c. XXII, XXIII.)

SÓCRATES.

Este es un mozo inexperto y no acostumbrado á nuestros cestos colgantes.

FIDÍPIDES.

Más acostumbrado estarias tú si te colgases.

ESTREPSÍADES.

¿No te irás al infierno? estás insultando á tu profesor.

SÓCRATES.

¡Si *te colgases*, ha dicho! ¡Qué horrible pronunciacion! ¡qué abrir la boca! ¿Cómo podrá aprender éste la manera de ganar un pleito, de entablar una demanda y de destruir los argumentos del contrario? Hipérbolo aprendió todo esto por un talento.

ESTREPSÍADES.

No te apures y enséñale: porque tiene disposicion natural. Cuando era pequeñito, ya construia casas, esculpia naves, fabricaba carritos de cuero y hacía ranas de cáscaras de granada. Enséñale los dos razonamientos, el bueno, cualquiera que sea, y el malo, que triunfa del bueno por medio de la injusticia; ó, por lo menos, enséñale el razonamiento injusto.

SÓCRATES.

Lo aprenderá de los mismos razonamientos.

ESTREPSÍADES.

Yo me retiro. Acuérdate de ponerle en estado de refutar todos los argumentos justos.

CORO.

(Falta el canto del coro.)

EL RAZONAMIENTO JUSTO (1).

Sal aquí y muéstrate á los espectadores, tú que eres tan descarado.

EL RAZONAMIENTO INJUSTO.

Sea como gustes; al fin te derrotaré con más facilidad hablando ante la multitud.

EL JUSTO.

¿Tú derrotarme? ¿Quién eres?

EL INJUSTO.

Un razonamiento.

EL JUSTO.

Sí, pero débil.

EL INJUSTO.

Pues te venceré, aunque te crees más fuerte.

EL JUSTO.

¿De qué modo?

EL INJUSTO.

Inventando pruebas nuevas.

EL JUSTO.

Eso está hoy de moda, gracias á esos necios.

EL INJUSTO.

Di más bien á esos sabios.

EL JUSTO.

Yo te derrotaré vergonzosamente.

(1) El Razonamiento justo y el injusto eran traidos á la escena en jaulas de mimbre como dos gallos preparados para reñir.

EL INJUSTO.

¿Cómo?

EL JUSTO.

Diciendo lo que sea justo.

EL INJUSTO.

Yo lo echaré todo por tierra contradiciéndote. En primer lugar, niego que haya justicia.

EL JUSTO.

¿Dices que no hay...?

EL INJUSTO.

Claro; y si no, ¿dónde está?

EL JUSTO.

Entre los dioses.

EL INJUSTO.

Si la justicia existe, ¿cómo es que Júpiter no pereció cuando encadenó á su padre?

EL JUSTO.

¡Cómo! ¿Hasta ese extremo llega el mal? ¡Qué asco! traedme una jofaina.

EL INJUSTO.

Eres un viejo chocho é imbécil.

EL JUSTO.

Y tú un bardaje sin vergüenza...!

EL INJUSTO.

Como si me cubrieras de rosas.

EL JUSTO.

¡Payaso!...

EL INJUSTO.

Me coronas de lirios.

EL JUSTO.

Y parricida.

EL INJUSTO.

Pero ¿no conoces que me empolvas con oro?

EL JUSTO.

En otro tiempo esto te parecia plomo.

EL INJUSTO.

Pues ahora me sirve de adorno.

EL JUSTO.

¡Qué desvergonzado!

EL INJUSTO.

¡Qué estúpido!

EL JUSTO.

Por tí no frecuenta ningun jóven las escuelas: ya conocerán algun dia los Atenienses lo que enseñas á esos nécios.

EL INJUSTO.

Tu suciedad me repugna.

EL JUSTO.

Ahora eres rico, pero no há mucho pedias limosna, y te comparabas á Telefo de Misia, teniendo por única comida las sentencias de Pandelétes que llevabas en tu alforja.

EL INJUSTO.

¡Qué gran sabiduría...!

EL JUSTO.

¡Qué gran locura...!

EL INJUSTO.

¡Me estás recordando...!

EL JUSTO.

La tuya y la de Aténas que alimenta al corruptor de la juventud.

EL INJUSTO.

¿Pretendes educar á este jóven, viejo chocho?

EL JUSTO.

Claro está que sí, á no ser que quiera perderse y ejercitarse sólo en la charlatanería.

EL INJUSTO.

Acércate aquí y déjale que delire.

EL JUSTO.

Te arrepentirás si le tiendes la mano.

CORO.

Dejaos de riñas y de injurias; y declarad, tú lo que enseñabas á los hombres de otra época, y tú la nueva doctrina; para que este jóven, oido y sentenciado vuestro pleito, se decida por lo que mejor le parezca.

EL JUSTO.

Me place.

EL INJUSTO.

A mí tambien.

CORO.

Ea, ¿quién hablará primero?

EL INJUSTO.

Concedo que principie éste; cuando haya hablado, yo me encargo de destrozar sus dichos con palabras y pensamientos nuevos, agudos como flechas; y por último, si áun se atreve á respirar, los rasgos de mi elocuencia le darán muerte, picándole toda la cara y los ojos, como si fueran tábanos.

CORO.

Vais á demostrar ahora por medio de artificiosas

palabras, sutiles pensamientos y profundas sentencias cuál de vosotros es más hábil en el arte oratoria. Hoy se debaten grandes asuntos de la filosofía, por la cual mis amigos libran un gran combate. Tú, que inspiraste á los antiguos tan buenas costumbres, levanta la voz en defensa de tu causa favorita, y dános á conocer tu carácter.

EL JUSTO.

Voy á decir cuál era la educacion antigua, en los tiempos florecientes en que yo predicaba la justicia, y la modestia reinaba en las costumbres. En primer lugar, era necesario que ningun niño pronunciase imperfectamente. Los que vivian en un mismo barrio, iban á casa del maestro de música, recorriendo modestamente las calles desnudos y en buen órden, aunque la nieve cayese tan espesa como la harina del cedazo: despues se sentaban con las piernas separadas y se les enseñaba ó el canto «Temible Pálas, destructora de ciudades,» ó el que principia «Grito resonante á lo léjos,» conservándoles el aire que les habian dado sus antepasados. Si alguno de ellos trataba de hacer alguna payasada, ó cantar, imitando los modos de Kios y Sifnios, con las muelles inflexiones inventadas por Frínis (1), y que hoy gozan de tanta popularidad, era inmediatamente castigado con sendos azotes por enemigo de las Musas. En el gimnasio debian sentarse con las piernas extendidas para no ense-

(1) Tañedor de lira, que obtuvo el primer premio en las Panateneas, siendo arconte Cálias.

ñar ninguna indecencia; y cada cual al levantarse debia remover la arena, cuidando de no dejar á los amantes ninguna huella de su sexo. Ningun niño se ungia entónces más abajo del ombligo, floreciendo en sus vergüenzas un vello suave como el de las manzanas; ni se ofrecia por sí mismo á un amante con dulces inflexiones de voz y miradas lascivas. No les era permitido comer rábanos, ni el anís, reservado á los viejos, ni apio, ni peces, ni tordos (1), ni poner una pierna sobre otra (2).

EL INJUSTO.

Todo esto es antiquísimo y coetáneo de las fiestas Diipolias (3), llenas de cigarras (4), del poeta Cécidas (5) y de las Bufonias.

EL JUSTO.

Sin embargo, esta fué la educacion que formó los héroes que pelearon en Maraton. Tú en cambio les enseñas á envolverse en seguida en sus vestidos; así es que me indigno, cuando, si les es necesario bailar en las Panateneas, veo á algunos cubriéndose con el escudo, sin cuidarse de Minerva. Por lo tanto, jóven, decídete por mí sin vacilar; y apren-

---

(1) Esta prohibicion reconocia por causa la virtud afrodisiaca de todos esos alimentos.

(2) Esta postura era muy indecente entre los Griegos. Su prohibicion á los niños debia obedecer á motivos análogos al de la anterior.

(3) Las fiestas Diipolias y Bufonias eran una misma en honor de Júpiter *Polieus* ó protector de la ciudad.

(4) Alude á una moda antigua de Aténas, que consistia en sujetar los cabellos con una cigarra de oro.

(5) Poeta ditirámbico muy antiguo.

derás á aborrecer los pleitos, á no acudir á los baños públicos, á avergonzarte de las cosas torpes, á indignarte cuando se burlen de tí, á ceder tu asiento á los ancianos que se te acerquen, á conducirte bien con tus padres, y á no hacer nada deshonesto, porque debes de ser la imágen del pudor; á no extasiarte ante las bailarinas, no sea que miéntras las miras como un papanatas, alguna meretriz te arroje su manzana (1), con detrimento de tu reputacion; á no contradecir á tu padre, ni, burlándote de su vejez, recordar los defectos del que te ha educado.

EL INJUSTO.

Cree lo que este dice, y, por Baco, te parecerás á los hijos de Hipócrates (2), y te llamarán el tonto.

EL JUSTO.

Brillarás en los gimnasios; no charlarás sandeces en la plaza pública, como hacen los jóvenes del dia; ni entablarás pleitos por la cosa más pequeña, cuando pueden arruinarte las calumnias de tus adversarios. Sino que, bajando á la Academia, te pasearás con un sabio de tu edad bajo los olivos sagrados, ceñidas las sienes con una corona de caña blanca, respirando en la más deliciosa ociosidad el perfume de los tejos y del follaje del álamo blanco, y gozando de los hermosos dias de primavera, en los que el plátano y el olmo confunden sus murmullos.

(1) Como prenda de amor.
(2) Eran tres, tan notables por su estupidez, que fueron objeto de la burla de los poetas cómicos.

Si haces lo que te digo, y sigues mis consejos, tendrás siempre el pecho robusto, el cútis fresco, anchas las espaldas, corta la lengua, gruesas las nalgas, y proporcionado el vientre (1). Pero si te aficionas á las costumbres modernas, tendrás muy pronto color pálido, pecho débil, hombros estrechos, lengua larga, nalgas delgadas, vientre desproporcionado, y serás gran litigante. El otro te educará de tal modo que te parecerá torpe lo honesto, y honesto lo torpe, y por último, serás tan infame como Antímaco.

CORO.

¡Qué grato perfume de virtud exhalan tus palabras, cultivador de la más sólida y elevada filosofía! ¡Dichosos hombres los que vivieron en la época de tu esplendor! Tú, que posees todos los recursos de la oratoria, es preciso que digas algo nuevo contra éste, que se ha hecho digno de alabanza. Necesitas ciertamente emplear recursos extraordinarios contra tu adversario, si quieres vencerle y no ser blanco de la burla de todos.

EL INJUSTO.

Hace tiempo que me abrasa la impaciencia, y ardo en deseos de echar por tierra todos sus argumentos. Los filósofos me llaman injusto, porque soy el primero que he descubierto la manera de contradecir las leyes y el derecho; pero ¿no es una habilidad inestimable la de salir vencedor en la causa más débil? Verás cómo refuto su decantado

(1) *Penem.*

sistema de educacion. En primer lugar, te prohibe los baños calientes. ¿En qué te fundas para vituperar los baños calientes?

EL JUSTO.

En que son perjudiciales y debilitan al hombre.

EL INJUSTO.

Alto: ya estás cogido y no te escaparás. Dime, ¿cuál de los hijos de Júpiter ha sido el más esforzado y ha llevado á cabo más trabajos?

EL JUSTO.

Creo que ninguno sobrepuja á Hércules.

EL INJUSTO.

Y ¿dónde has visto baños frios bajo la advocacion de Hércules? (1) Sin embargo, ¿quién era el más esforzado?

EL JUSTO.

Esas son las razones que los jóvenes tienen siempre en la boca, y gracias á ellas los baños están llenos y desiertas las palestras.

EL INJUSTO.

Tambien vituperas la costumbre de hablar en la plaza pública. Yo la alabo. Porque, si eso fuese perjudicial, Homero no hubiera hecho orador á Néstor, ni á todos los demas sabios. Pasemos al ejercicio de la lengua: dice que los jóvenes no deben cultivarla; yo digo lo contrario. Tambien recomienda la modestia. En total, dos malos consejos. Porque ¿á quién has visto que haya conse-

(1) Las fuentes de aguas termales se llamaban baños de Hércules.

guido bien alguno por medio de la modestia? Habla, refútame.

EL JUSTO.

He visto muchos: por causa de ella recibió Peleo (1) una espada.

EL INJUSTO.

¡Una espada! ¡Linda ganancia tuvo el desdichado! Ahí tienes á Hipérbolo, que gracias á su malicia y nó á su espada, ha ganado muchos talentos vendiendo lámparas.

EL JUSTO.

El mismo Peleo, por ser modesto, se casó con la diosa Tétis.

EL INJUSTO.

Que se marchó muy pronto y le dejó solo; porque no era un hombre violento, capaz de pasar toda la noche en dulces luchas de amor, que es lo que agrada á las mujeres. Pero tú eres un viejo chocho.

Considera, jóven, todas las contrariedades de la modestia, y de qué placeres te privará; de los muchachos, de las mujeres, de los juegos (2), de los pescados, de beber y de reir. ¿Para qué quieres la vida, privada de estos placeres? Basta de esto. Paso ahora á las necesidades de la naturaleza. Has delinquido, has amado, has cometido algun adulte-

(1) Peleo recibió una espada de los dioses, cuando fué expuesto sin armas al furor de las fieras, á causa de la calumnia de Hipólita.

(2) Aristófanes nombra el Cótabo, por toda clase de juegos.

rio y eres cogido infraganti; ya eres hombre muerto porque no sabes defender tu causa. Pero, conmigo, goza sin cuidado de la vida, baila, rie, y nada te avergüence. Si eres sorprendido con la mujer ajena, asegura al marido que no has faltado; echa la culpa á Júpiter, que tambien fué vencido por el amor y las mujeres. Tú, siendo mortal, ¿cómo puedes ser más fuerte que el padre de los dioses?

EL JUSTO.

Y si siguiendo tus lecciones, es condenado al castigo de los adúlteros (1): ¿encontrará entónces algun argumento para demostrar que no es un bardaje?

EL INJUSTO.

Y aunque sea un bardaje, ¿qué mal hay en ello?

EL JUSTO.

¿Puede haber mal mayor?

EL INJUSTO.

¿Qué dirás si tambien te venzo en este punto?

EL JUSTO.

Me callaré; ¿qué podria hacer?

EL INJUSTO.

Ea, dime, ¿á qué clase pertenecen los oradores?

EL JUSTO.

A la de los bardajes (2).

EL INJUSTO.

Lo creo. ¿Y los poetas trágicos?

---

(1) Véase el Escoliasta. (*Las Nubes*, 1083; *Pluto*, 168. De este castigo, que producia la *euriproctia*, se libraba el culpable mediante el pago de una multa.

(2) Εξ εὐρυπρώκτων.

EL JUSTO.

A la de los bardajes.

EL INJUSTO.

Tienes razon. ¿Y los demagogos?

EL JUSTO.

A la de los bardajes.

EL INJUSTO.

¿Ves cómo yo no hablaba tan neciamente? Mira ahora á qué clase pertenecen la mayoría de los espectadores.

EL JUSTO.

Ya miro.

EL INJUSTO.

¿Qué ves?

EL JUSTO.

Por los dioses, veo que los más son bardajes. Este que yo conozco, ese, y aquel de los largos cabellos.

EL INJUSTO.

¿Qué dices ahora?

EL JUSTO.

Somos vencidos. ¡Bardajes, recibid mi manto; me paso á vosotros!

(Se retiran.)

SÓCRATES.

Y bien, ¿quieres llevarte á tu hijo, ó dejarle para que le enseñe el arte de hablar?

ESTREPSÍADES.

Enséñale, castígale, y no te olvides de afilar bien

su lengua, de modo que uno de sus dos filos le sirva para los negocios de poca monta, y el otro para los de mucha importancia.

SÓCRATES.

Pierde cuidado; te le enviaré hecho un completo sofista.

FIDÍPIDES.

Bien pálido, me parece, y bien miserable.

CORO.

Id, pues; creo que te arrepentirás algun dia. *(Entran en la escuela de Sócrates.)* Queremos deciros, jueces, lo que ganareis si nos otorgais la proteccion merecida. En primer lugar, al principio de la primavera, cuando querais labrar vuestras tierras lloveremos ántes para vosotros y en seguida para los demas; despues, cuando vuestras viñas tengan ya racimos, cuidaremos de que no las perjudiquen ni la sequía ni la excesiva humedad. Pero, si algun mortal nos ofende, piense en los muchos males que le reserva nuestra venganza. No recogerá de su campo vino ni fruto alguno; cuando principien á brotar sus vides y sus olivos, los devastaremos y los destruiremos por medio del huracan; si le vemos fabricar ladrillos, lloveremos y romperemos con redondo granizo las tejas de su casa; cuando él ó alguno de sus parientes ó amigos contraiga matrimonio, lloveremos á torrentes toda la noche (1),

(1) Para apagar las antorchas á cuya luz era conducida la novia á casa de su marido.

de modo que preferirá haber estado en Egipto á haber juzgado injustamente.

(Estrepsiades sale de su casa con un saco de harina y se dirije á la de Sócrates.)

ESTREPSIADES.

Aun faltan cinco dias; despues cuatro, tres, dos, y por último viene luégo á toda prisa el que más temo, detesto y abomino, el dia treinta del mes (1). Todos mis acreedores hacen el depósito necesario para entablar un pleito y juran arruinarme y perderme: sin embargo, mis proposiciones son moderadas y justas. «Amigo mio, digo á cada uno, no me exijas por ahora esta cantidad; dáme próroga para pagarte esta otra; perdóname aquella.» Pero ellos dicen que así no cobrarán nunca, me insultan llamándome injusto, y dicen que van á procesarme. ¡Que me procesen! poco me importa, si Fidípides aprende el arte de hablar bien. Pronto lo sabré; llamemos á la puerta de la escuela. ¡Esclavo! ¡hola, esclavo!

SÓCRATES.

Salud á Estrepsíades.

(1) Ενη καὶ νέα, significa literalmente *el viejo* y *el nuevo*, porque Solon le consideró comun al mes que terminaba y al que daba principio. (PLUTARCO, *vida de Solon*, c. 25.) En este dia se pagaban los intereses.

ESTREPSÍADES.

Salud á Sócrates. Por lo pronto, toma esto (1). Es justo regalar alguna cosa al maestro. Di, ¿ha aprendido mi hijo el famoso razonamiento?

SÓCRATES.

Lo ha aprendido.

ESTREPSIADES.

¡Bien, oh Fraude omnipotente!

SÓCRATES.

Podrás ganar todos los pleitos que quieras.

ESTRESÍADES.

¿Aunque haya habido algun testigo cuando yo tomé el préstamo?

SÓCRATES.

Aunque haya habido mil.

ESTREPSIADES.

De modo que podré gritar en alta voz: ¡Ay de vosotros, usureros! ahora perecereis con vuestro capital y los intereses de los intereses; no me vejareis más, porque en esa escuela se educa un hijo mio, armado de una lengua de dos filos, que será mi defensor, el salvador de mi casa, el azote de mis enemigos, el que libertará á su padre de infinitos cuidados y molestias. Llámale pronto afuera. ¡Hijo mio, hijo mio! ¡Sál de la casa! ¡Atiende á tu padre!

SÓCRATES.

Hélo aquí.

(1) La harina que le prometió ántes.

ESTREPSÍADES.

¡Oh, amigo mio! ¡amigo mio!

SÓCRATES.

Parte, y llévatelo.

(Sócrates entra en su casa.)

ESTREPSÍADES.

¡Oh, hijo mio! ¡Ah! ¡Ah! ¡Cuánto me alegro al ver tu color! Tu rostro indica que estás dispuesto primero á negar, despues á contradecir, y que te es muy familiar esta frase: «¿Qué dices tú?» y el fingirte injuriado, cuando injurias y maltratas á los demas. Hasta en tu semblante brilla la mirada ática. Ahora dáte maña á salvarme, ya que me has perdido.

FIDÍPIDES.

¿Qué te atemoriza?

ESTREPSIADES.

El dia viejo y nuevo.

FIDÍPIDES.

¿Hay acaso algun dia viejo y nuevo?

ESTREPSIADES.

En él dicen que van á hacer sus depósitos para procesarme.

FIDÍPIDES.

Pues perderán los depositantes; porque un dia no puede ser dos dias.

ESTREPSIADES.

¿Que no puede ser?

FIDÍPIDES.

¿Cómo? á ménos que la misma mujer pueda ser á un tiempo vieja y jóven.

ESTREPSÍADES.

La ley así lo dispone.

FIDÍPIDES.

Indudablemente no comprenden bien el espíritu de la ley.

ESTREPSÍADES.

¿Cuál es su espíritu?

FIDÍPIDES.

El viejo Solon era, por carácter, amigo del pueblo.

ESTREPSÍADES.

Eso no tiene nada que ver con el dia nuevo y viejo.

FIDÍPIDES.

Y fijó dos dias para la citacion á juicio, el viejo y el nuevo, á fin de que los depósitos fuesen hechos el dia del novilunio.

ESTREPSÍADES.

¿Y por qué añadió el viejo?

FIDÍPIDES.

¿Preguntas por qué, fatuo? Con objeto de que los que hayan sido citados tengan un dia para arreglar amigablemente el asunto; y de lo contrario, para que pueda reclamárseles en la mañana misma del novilunio.

ESTREPSÍADES.

Entónces, ¿por qué los magistrados no reciben los depósitos el dia primero de mes, sino en el anterior, en el dia nuevo y viejo?

FIDÍPIDES.

Me parece á mí que hacen lo que los glotones, adelantan un dia para disfrutar más pronto de los depósitos de los litigantes.

ESTREPSÍADES.

¡Bien! Pobres tontos que servís de juguete á nosotros los sabios, porque sois como piedras, como un rebaño de imbéciles, como borregos aglomerados al acaso cual si fuerais tinajas. Preciso es que yo entone un himno de alabanza en honor mio y de mi hijo.

«¡Feliz Estrepsíades, cuán sabio eres, y qué hijo has educado!» Tales serán las palabras de mis amigos y conciudadanos cuando me feliciten por haber ganado mis pleitos con tu elocuencia. Pero entra, que antes quiero darte una buena comida.

(Entran en la casa.)

PÁSIAS *(dirigiéndose al testigo que viene con él).*

¿Conviene perder alguna vez los bienes propios en provecho de los demas? Nunca seguramente. Yo debí hace tiempo deponer toda vergüenza y me hubiera ahorrado estos disgustos. Ahora, para recobrar mi dinero, tengo que traerte como testigo, y convertir en enemigo un conciudadano. Pero suceda lo que suceda, jamás, miéntras viva, me he de mostrar indigno de mi patria (1). Citaré á Estrepsíades...

(Sale Estrepsíades.)

(1) Alude á la aficion á pleitear de los Atenienses.

ESTREPSIADES.

¿Quién es este?

PÁSIAS.

Para el dia viejo y nuevo.

ESTREPSIADES.

Sed testigos de que ha indicado dos dias á la vez. ¿Por qué me citas?

PÁSIAS.

Por las doce minas que te presté cuando compraste el caballo tordo.

ESTREPSIADES.

¿Un caballo? ¿No le oís todos vosotros que sabeis cuánto aborrezco la equitacion?

PÁSIAS.

Y juraste por los dioses que me las habias de restituir.

ESTREPSIADES.

¡Por Júpiter! entónces mi hijo Fidípides áun no habia aprendido el razonamiento irresistible.

PÁSIAS.

¿Y piensas por eso negar ahora tu deuda?

ESTREPSIADES.

¿Qué otro provecho he de sacar de aquella enseñanza?

PÁSIAS.

¿Y te atreverás á negarla ante los dioses cuando yo te exija el juramento?

ESTREPSIADES.

¿Qué dioses?

PÁSIAS.

Júpiter, Mercurio, Neptuno...

ESTREPSÍADES.

Sin duda; y áun añadiré tres óbolos por el gusto de que me hagas prestar juramento.

PÁSIAS.

¡Ojalá castiguen tu desvergüenza!

ESTREPSÍADES.

Si á este hombre le restregasen con sal estaría mejor (1).

PÁSIAS.

¡Ah, te burlas!

ESTREPSÍADES.

Caben en él seis congios (2).

PÁSIAS.

¡Por el gran Júpiter y por todos los dioses! no te burlarás de mí impunemente.

ESTREPSÍADES.

Me estás dando risa con tus dioses. Júpiter, por quien juras, excita la hilaridad de las personas ilustradas.

PÁSIAS.

Algun dia serán castigadas tus blasfemias. Pero contesta si me pagarás ó nó; despáchame pronto.

ESTREPSÍADES.

Ten paciencia. En seguida te voy á contestar claramente.

(Entra en su casa.)

PÁSIAS.

¿Qué te parece que hará?

(1) Para hacer de él un pellejo de vino.
(2) El congio (χοῦς) era una medida de capacidad que contenia doce cótilas. La cótila equivale á 27 centílitros.

EL TESTIGO.

Me parece que te restituirá lo que le prestaste.

ESTREPSIADES.

¿Dónde está el que reclama el dinero? Dí, ¿qué es esto?

PÁSIAS.

¿Qué es eso? Una pequeña troj (1).

ESTREPSIADES.

¿Y te atreves á reclamar tu dinero siendo tan rudo? No; jamás devolveré ni un óbolo á quien llama *troj* á la *troja.*

PÁSIAS.

¿Conque no me pagarás?

ESTREPSIADES.

Nó, que yo sepa. ¿Pero te marchas, ó piensas echar raíces en la puerta?

PÁSIAS.

Me voy. Mas ten presente que ó me muero, ó hago el depósito legal para demandarte.

ESTREPSIADES.

Será una nueva pérdida que tendrás que añadir á la de las doce minas. De todas maneras, siento que te suceda eso por haber llamado neciamente *troj* á la *troja.*

AMÍNIAS.

¡Ay, pobre de mí!

(1) Lit: *una artesa.*

ESTREPSIADES.

¡Hola! ¿Quién es este que se queja? ¿Acaso ha hablado alguno de los dioses de Carcino? (1)

AMÍNIAS.

¿Quién soy? ¿Quieres saber quién soy? Soy un hombre desgraciado.

ESTREPSIADES.

Sigue entónces tu camino.

AMÍNIAS.

¡Oh, triste suerte mia! ¡Oh fortuna, que has roto las ruedas de mis carros! ¡Oh Pálas, tú me has perdido! (2)

ESTREPSIADES.

¿Pues qué daño te ha causado Tlepólemo?

AMÍNIAS.

No te burles de mí, amigo mio; manda más bien á tu hijo que me devuelva el dinero que me debe, hoy principalmente que estoy en la desgracia.

ESTREPSIADES.

¿De qué dinero hablas?

AMÍNIAS.

Del que le presté.

ESTREPSIADES.

Tú no estás bueno, á lo que parece.

---

(1) Poeta que en alguna de sus tragedias introdujo dioses que se lamentaban.

(2) Parodia de una tragedia de Jenócles, hijo de Carcino, en la que Alcmena lamenta en iguales términos la muerte de su hermano Licinmio á manos de Tlepólemo.

AMÍNIAS.

Es verdad, me he caido al hacer galopar los caballos.

ESTREPSIADES.

Pues no se conoce, porque deliras como si nunca te hubieras caido del asno (1).

AMÍNIAS.

¡Conque deliro porque quiero cobrar lo que se me debe!

ESTREPSIADES.

Es imposible que estés en tu sano juicio.

AMÍNIAS.

¿Por qué?

ESTREPSIADES.

Me parece que tienes el cerebro algo perturbado.

AMÍNIAS.

Por Mercurio, te citaré á juicio, si no me devuelves el dinero.

ESTREPSIADES.

Díme: cuando llueve ¿crées tú que Júpiter hace siempre caer agua nueva, ó bien que es la misma suspendida en el aire por el calor del sol?

AMÍNIAS.

No lo sé, ni me importa saberlo.

ESTREPSIADES.

Entónces, ¿cómo ha de ser justo el pagarte si no tienes ninguna nocion de meteorología?

---

(1) La frase griega significaba al mismo tiempo caer en demencia, porque en la pronunciacion se confundian, ἀπ' ὄνου y ἀπὸ νοῦ. Hemos tratado de sustituirla con una frase española equivalente.

AMÍNIAS.

Si te encuentras apurado, págame al ménos el interes.

ESTREPSIADES.

¿El interés? ¿Qué animal es ese?

AMÍNIAS.

Es el dinero que va creciendo más y más cada dia, á medida que trascurre el tiempo.

ESTREPSÍADES.

Muy bien dicho. Pero contesta: ¿crees tú que el mar es ahora más grande que ántes?

AMÍNIAS.

No, por Júpiter, siempre es igual: porque el mar no puede aumentarse.

ESTREPSIADES.

¿Y cómo, gran canalla, si el mar no crece á pesar de los rios que en él desembocan, pretendes tú aumentar incesantemente tu dinero? A ver si te largas pronto de esta casa. ¡Pronto! Un palo (1).

AMÍNIAS.

Séd testigos de esto.

ESTREPSIADES.

¡Largo de aquí! ¿qué esperas? ¿No te moverás?

AMÍNIAS.

¿No es esto una injuria?

ESTREPSIADES.

¿Te mueves, ó me obligas á que te pinche como

(1) Literalmente «un aguijon.»

á un caballo de tiro? ¿Huirás? *(Sale)* Ya iba yo á removerte con tus ruedas y tus carros.

(Estrepsiades entra en la casa.)

CORO.

¡Lo que es aficionarse á las malas obras! Este viejo, que las ama con pasion, quiere defraudar á sus acreedores el dinero que le prestaron; pero es imposible que hoy no le sobrevenga alguna desgracia, y que este sofista, en castigo de sus tramas, no sea víctima de algun mal imprevisto. Creo que muy pronto conseguirá lo que deseaba, y su hijo sabrá oponer hábiles argumentos contra la justicia, y vencerá á todos sus adversarios áun cuando defienda las peores causas. Pero quizá llegue á desear que su hijo sea mudo.

ESTREPSÍADES *(Saliendo precipitadamente)*.

¡Ay! ¡Ay! Vecinos, parientes, ciudadanos, socorredme con todas vuestras fuerzas! ¡Me apalean! ¡Ay mis mandíbulas! ¡Infame! ¿no ves que es á tu padre á quien maltratas?

FIDÍPIDES.

Lo confieso, padre mio.

ESTREPSIADES.

¿Oís? confiesa que me maltrata.

FIDÍPIDES.

Sin duda.

ESTREPSIADES.

¡Perverso! ¡parricida! ¡horadador de murallas!

FIDÍPIDES.

Dime otra vez esas injurias, y añade otras; ¿sabes que tengo el mayor gusto en escucharlas?

ESTREPSIADES.

¡Infame!

FIDÍPIDES.

Me estás cubriendo de rosas.

ESTREPSIADES.

Maltratas á tu padre.

FIDÍPIDES.

Y, por Júpiter, he de demostrar que tengo razon en pegarte.

ESTREPSIADES.

¡Perversísimo! ¿Acaso puede nunca haber razon para pegar á su padre?

FIDÍPIDES.

Yo te lo demostraré y te convenceré con mis palabras.

ESTREPSIADES.

¿Que me convencerás?

FIDÍPIDES.

Hasta la evidencia y muy fácilmente. Elige cuál de los dos razonamientos he de emplear.

ESTREPSIADES.

¿Cuáles razonamientos?

FIDIPIDES.

El fuerte ó el débil.

ESTREPSIADES.

A la verdad, querido mio, daré por bien emplea-

dos mis afanes para enseñarte á contradecir la justicia, si consigues persuadirme que es bueno y justo que los hijos golpeen á sus padres.

FIDÍPIDES.

Pues creo que te persuadiré de tal manera, que en cuanto me hayas oido no tendrás nada que replicarme.

ESTREPSIADES.

Tengo ganas de oirte.

CORO.

A tí te corresponde, anciano, el encontrar un medio de reducirle á la obediencia; porque no estaria tan soberbio si dudase de su triunfo. Por tanto, hay alguna cosa que le hace insolente como hombre confiado en sus propias fuerzas. Pero primeramente conviene que digas al Coro cómo ha tenido lugar vuestra disputa. Esto es lo que debes hacer ántes de todo.

ESTREPSIADES.

Os diré cómo comenzó nuestra reyerta. Despues que hubimos comido, como sabeis, le mandé en primer lugar tomar su lira y cantar la cancion de Simónides «Cuando el carnero fué trasquilado.» Y en seguida me replicó que era una necedad cantar de sobremesa acompañado de la cítara, como una mujer ocupada en moler trigo.

FIDÍPIDES.

¿Y no era motivo para golpearte y patearte el que me hubieses mandado cantar como si tuvieras cigarras convidadas?

ESTREPSIADES.

Ahora no hace más que repetir lo que me dijo en casa: tambien aseguró que Simónides era un mal poeta. Me contuve al principio, aunque con trabajo, y le mandé que, tomando la rama de mirto, me recitase algun trozo de Esquilo. «¡Está muy bien! me contestó; precisamente yo considero á Esquilo el primero de nuestros poetas, como que es desordenado, enfático, estrepitoso y desigual.» Con estas palabras, considerad como estaria mi corazon; pero reprimiendo la ira, le dije: «Ea, recita sino, algunos pasajes de los poetas modernos que son los más doctos.» Y en seguida cantó un fragmento de Eurípides, en el que un hermano ¡justo cielo! viola á su hermana de madre (1). Entónces yo no pude contenerme y le dirigí los más terribles insultos, y despues, como suele suceder, acumulamos injurias sobre injurias; y por último, éste se lanza sobre mí, me golpea, me maltrata, me sofoca y me mata.

FIDÍPIDES.

Muy justamente. ¿Por qué no elogias al doctísimo Eurípides?

ESTREPSIADES.

¡El doctísimo! ¡Ah!... ¿Cómo diré yo? Pero seré de nuevo maltratado.

---

(1) Una ley de Solon permitia el matrimonio con los hermanos de padre, pero entre hermanos uterinos estaba prohibido. Estrepsíades alude á una tragedia de Eurípides, *El Eolo*, en que Macareo viola á su hermana Canace.

FIDÍPIDES.

Sí, por Júpiter, y justísimamente.

ESTREPSIADES.

¡Justísimamente, desvergonzado! ¡A mí que te he educado con tanto cariño, que adivinaba los deseos que manifestabas con voz todavía balbuceante! Si decias «brin,» te comprendia, y te daba al punto de beber. Si decias «manman,» en seguida te traia pan. Apénas habias dicho «caccan» te sacaba fuera y te sostenia para que hicieras tus necesidades (1). Ahora, aunque yo clame y grite, es bien seguro, bribon, que no me sacarás fuera, ni me sostendrás. Al contrario, me sofocas y me obligas á desahogarme aquí mismo.

CORO.

Creo que el corazon de los jóvenes palpita impaciente por escuchar lo que va á decir. Y si logra demostrar que obró justamente al perpetrar tal crímen, no doy un comino (2) por la piel de los viejos. Ahora, gran inventor y removedor de palabras, busca argumentos convenientes para justificar tu causa.

FIDÍPIDES.

¡Qué grato es vivir entre cosas nuevas é ingeniosas y poder despreciar las leyes establecidas! Cuando me ocupaba sólo de la equitacion, no podia pronunciar tres palabras seguidas sin equivocar-

---

(1) Parodia del admirable discurso de Fénix en la *Ilíada*. Lib. IX.

(2) Lit.: un garbanzo.

me; pero desde que este hombre me ha hecho abandonar mis aficiones predilectas, y me he acostumbrado á los pensamientos sutiles, á los discursos y á las meditaciones, me siento capaz de probar que he obrado bien maltratando á mi padre.

ESTREPSÍADES.

Sigue con la equitacion, por Júpiter. Prefiero mantener cuatro caballos á ser molido á golpes.

FIDÍPIDES.

Reanudo mi discurso en donde tú lo has interrumpido, y principio por preguntarte: ¿Me pegaste cuando era chico?

ESTREPSÍADES.

Sí, porque te queria y miraba por tu bien.

FIDÍPIDES.

Dime, ¿no será justo que ahora mire yo igualmente por tu bien, y te pegue, puesto que el pegar á uno es mirar por su bien? ¿Es razonable que tu cuerpo esté exento de palos y el mio no? ¿No nací yo de tan libre condicion como tú? Lloran los hijos, y ¿no han de llorar los padres? ¿Crees que los padres no deben llorar?

ESTREPSÍADES.

¿Por qué?

FIDÍPIDES.

Tú dirás que la ley tolera que el niño sea castigado, y yo replicaré que los viejos son dos veces niños, y que es más justo castigar á los viejos que á los jóvenes, por cuanto sus faltas son ménos excusables.

ESTREPSÍADES.

Pero ninguna ley establece que el padre sea castigado.

FIDÍPIDES.

¿No era hombre como tú y como yo el que primeramente presentó aquella ley, y persuadió á los antiguos á que la aprobasen? Pues bien; ¿qué se opone á que yo haga una nueva por la cual los hijos puedan á su vez castigar á los padres? De buen grado os perdonamos los golpes recibidos ántes de la promulgacion de esta ley, y consentimos el haber sido maltratados impunemente. Mira cómo los gallos y los demas animales se vuelven contra sus padres: sin embargo, ¿se diferencian de nosotros en otra cosa que en no redactar decretos?

ESTREPSÍADES.

Ya que imitas á los gallos en todo, ¿por qué no comes estiércol y duermes en un palo?

FIDÍPIDES.

No es lo mismo, querido; Sócrates no admitiria ese argumento.

ESTREPSÍADES.

No me pegues, pues te perjudicarás tú mismo.

FIDÍPIDES.

¿Por qué?

ESTREPSÍADES.

Porque lo justo es que yo te castigue; y que tú castigues á tu hijo, si alguno te nace.

FIDÍPIDES.

¿Y si no me nace? Habré llorado en vano, y tú morirás burlándote de mí.

ESTREPSÍADES.

En verdad, amigos mios, voy creyendo que tiene razon, y que se les debe conceder lo que es equitativo. Justo es que seamos castigados si no andamos derechos.

FIDÍPIDES.

Escucha otro argumento todavía.

ESTREPSÍADES.

Soy hombre muerto.

FIDÍPIDES.

Quizá te alegres de haber sido maltratado.

ESTREPSÍADES.

¿Cómo? díme qué ganancia sacaré.

FIDÍPIDES.

Maltrataré tambien á mi madre.

ESTREPSÍADES.

¿Qué dices? ¿Qué dices? ¡Eso es mucho peor!

FIDÍPIDES.

¿Qué dirás, si te pruebo por medio de aquel razonamiento que es necesario maltratar á la madre?

ESTREPSÍADES.

Si haces eso, nada se opondrá á que te arrojes al Báratro (1) con Sócrates y su maldito razonamiento. Por vosotras, Nubes, me sucede esto; por vosotras á quienes encomendé todos mis asuntos.

CORO.

Tú tienes la culpa de todo por haber seguido la senda del mal.

(1) Precipicio al que eran arrojados los criminales.

ESTREPSÍADES.

¿Por qué no me lo advertisteis ántes, en vez de engañar á un pobre viejo campesino?

CORO.

Siempre obramos de esa manera cuando conocemos que alguno se inclina al mal, hasta enviarle una desgracia, para que aprenda á respetar á los dioses (1).

ESTREPSÍADES.

¡Ay! doloroso es el castigo, ¡oh Nubes! pero justo. Pues no debia haber negado á mis acreedores el dinero que me prestaron. Ahora, hijo mio querido, acompáñame para que nos venguemos del infame Querefon y de Sócrates, que nos han engañado.

FIDÍPIDES.

Nunca maltrataré á mis maestros.

ESTREPSÍADES.

Respeta á Júpiter paternal.

FIDÍPIDES.

¡Júpiter paternal! ¡qué tonto eres! ¿Hay acaso algun Júpiter?

ESTREPSÍADES.

Sí.

FIDÍPIDES.

No hay tal; pues reina el Torbellino que ha destronado á Júpiter.

ESTREPSÍADES.

No lo ha destronado; pero entónces creia que

(1) Este parece ser el fin moral de la Comedia.

ese Torbellino era Júpiter. ¡Pobre de mí, que tomé por un dios á un vaso de arcilla! (1).

FIDÍPIDES.

Quédate ahí diciendo necedades.

(Se vá.)

ESTREPSÍADES.

¡Funesto delirio! ¡Qué necio fuí al negar los dioses, persuadido por Sócrates! Pero, queridísimo Mercurio, no te encolerices conmigo: no me aniquiles; perdona á un pobre hombre fascinado por la charlatanería de los sofistas; sé mi consejero: ¿qué te parece? ¿entablaré contra ellos un proceso ó adoptaré otra resolucion?... ¡Excelente consejo! (2) dices que no espere la tardía determinacion de una sentencia é incendie cuanto ántes la casa de esos habladores. ¡Hola, Jántias! ven acá, trae una escalera y un azadon, sube en seguida al tejado de la escuela; y si amas á tu dueño, sacude de firme hasta que el techo se desplome sobre los habitantes. Dadme tambien una antorcha encendida; quiero vengarme de esos infames á pesar de toda su arrogancia.

DISCÍPULO PRIMERO.

¡Ay! ¡Ay!

---

(1) Estrepsíades parece dirigirse á un vaso de arcilla que, segun Brunck, debia haber en el teatro, delante de la casa de Sócrates, sustituyendo á la columna en honor de Apolo que los Atenienses acostumbraban á colocar en el vestíbulo.

(2) Se supone inspirado por Mercurio.

ESTREPSÍADES.

Antorcha mia, lanza una llama devoradora.

DISCÍPULO PRIMERO.

¡Eh! tú: ¿qué estás haciendo?

ESTREPSÍADES.

¿Qué hago? Disputo sobre sutilezas con las vigas de la casa.

DISCÍPULO SEGUNDO.

¡Ah! ¿Quién incendia nuestra casa?

ESTREPSÍADES.

Aquel á quien habeis cogido la capa.

DISCÍPULO SEGUNDO.

¡Que nos vas á matar! ¡Que nos vas á matar!

ESTREPSÍADES.

No quiero otra cosa, con tal que el azadon no defraude mis esperanzas ó que ántes no me desnuque cayéndome de lo alto.

SÓCRATES.

Hola, ¿qué haces en el tejado?

ESTREPSÍADES.

Camino por el aire y contemplo el sol.

SÓCRATES.

¡Ay de mí! intentas asfixiarme.

QUEREFON (1).

¡Desgraciado! voy á morir quemado vivo.

(1) Bergk *(Aristophanis Comoedias.* Lipsiac, 1867, volúmen I, pág. XVII) dice que las palabras de Querefon deben atribuirse al Discípulo, pues si el poeta hubiera querido que interviniera en la accion, indudablemente hubiera dado tambien más importancia á su papel. Cree asimismo que los Discípulos de Sócrates debe entenderse que son uno solo.

ESTREPSÍADES.

¿Quién os mandaba ultrajar á los dioses, y contemplar el lugar de la luna? Sigue (1), arranca, destroza, paguen así todas sus culpas, y principalmente su impiedad.

CORO.

Retirémonos; pues el Coro ha trabajado bastante.

---

(1) Estas palabras van dirigidas á Jántias.

FIN DE LAS NUBES.

ÍNDICE

Págs.

Cuatro palabras acerca del Teatro griego en España. v
Introduccion.. 1
Los Acarnienses...................................... 21
Los Caballeros...................................... 119
Las Nubes... 223



CATALOGO DE LOS AUTORES GRIEGOS Y LATINOS QUE COMPRENDERA LA BIBLIOTECA CLÁSICA.

CLÁSICOS GRIEGOS.

	Tomos.
HERODOTO.—Los nueve libros de la Historia.....	2
TUCÍDIDES.—Historia de las guerras del Peloponeso	1
JENOFONTE.—Obras completas..................	3
POLYBIO.—Historia........	3
PLUTARCO.—Vidas paralelas.................. ..	5
FLAVIO JOSEFO.—Obras completas.............	6
APIANO.—Historia romana.	3
ARRIANO.—Expediciones de Alejandro..............	1
DIÓGENES LAERCIO.—Vidas de los filósofos.........	2
DIODORO SÍCULO.—Biblioteca histórica..........	4
HOMERO.—Obras completas....................	5
HESIODO.—Las obras y los dias.—La Teogonía....	1
POETAS BUCÓLICOS *(Teócrito, Mosco y Bion)*......	1
POETAS LÍRICOS *(Píndaro, Anacreonte, Safo*, etc.).	2
ESQUILO.—Teatro completo	1
SÓFOCLES.—Idem, id......	2
EURÍPIDES.—Idem, id......	4
ARISTÓFANES.—Idem, id...	3
PLATON.—Obras completas	10
ARISTÓTELES.—Obras escogidas..................	11
TEOFRASTRO.—Caracteres	
CEBES.—Tabla............	1
EPICTETO.—Manual......	
HIPÓCRATES.—Obras escogidas..................	1
DEMÓSTENES.—Discursos..	2
ISÓCRATES.—Discursos....	1
ORADORES ÁTICOS *(Lisias, Ipérides*, etc)...........	1
LUCIANO.—Obras completas	3
HELIODORO.—Teagenes y Coriclea................	1
LONGO.—Dafnis y Cloe....	

CLÁSICOS LATINOS.

	Tomos.
JULIO CÉSAR.—Obras completas..................	2
SALUSTIO.—Obras completas....................	1
TITO LIVIO.—Historia romana..................	6
TÁCITO.—Obras completas.	3
SUETONIO.—Los doce Césares..................	1
QUINTO CURCIO.—Vida de Alejandro..............	1
VELEYO PATERCULO.—Historia Romana.........	
CORNELIO NEPOTE.—Biografías	1
VIRGILIO.—Eneida.........	
— Las Eglogas..........	
— Las Geórgicas.........	
LUCRECIO.—De la naturaleza de las cosas.......	2
LUCANO.—La Farsalia.....	1
ESTACIO.—La Tebaida.....	1
VALERIO FLACCO.—La Argonáutica..............	1
SILIO ITÁLICO.—Guerra púnica.............	1
HORACIO.—Obras completas.....................	4
OVIDIO.—Obras completas.	3
CATULO.—Poesias	
TIBULO.—Elegías..........	1
PROPERCIO.—Elegías......	
JUVENAL.—Sátiras........	1
PERSIO.—Sátiras	
MARCIAL.—Epigramas.....	1
PLAUTO.—Teatro completo	4
TERENCIO.—Teatro completo..................	1
SÉNECA EL TRÁGICO.—Teatro completo...........	2
CICERON.—Obras completas	10
SÉNECA.—Obras completas	4
PLINIO EL JÓVEN.—Cartas	1
— Panegírico de Trajano	
COLUMELA. De agricultura	1
PETRONIO.—El satiricon...	1
APULEYO.—El asno de oro.	1


EDITOR
MADRID
ARISTÓF
COMED
U
1012